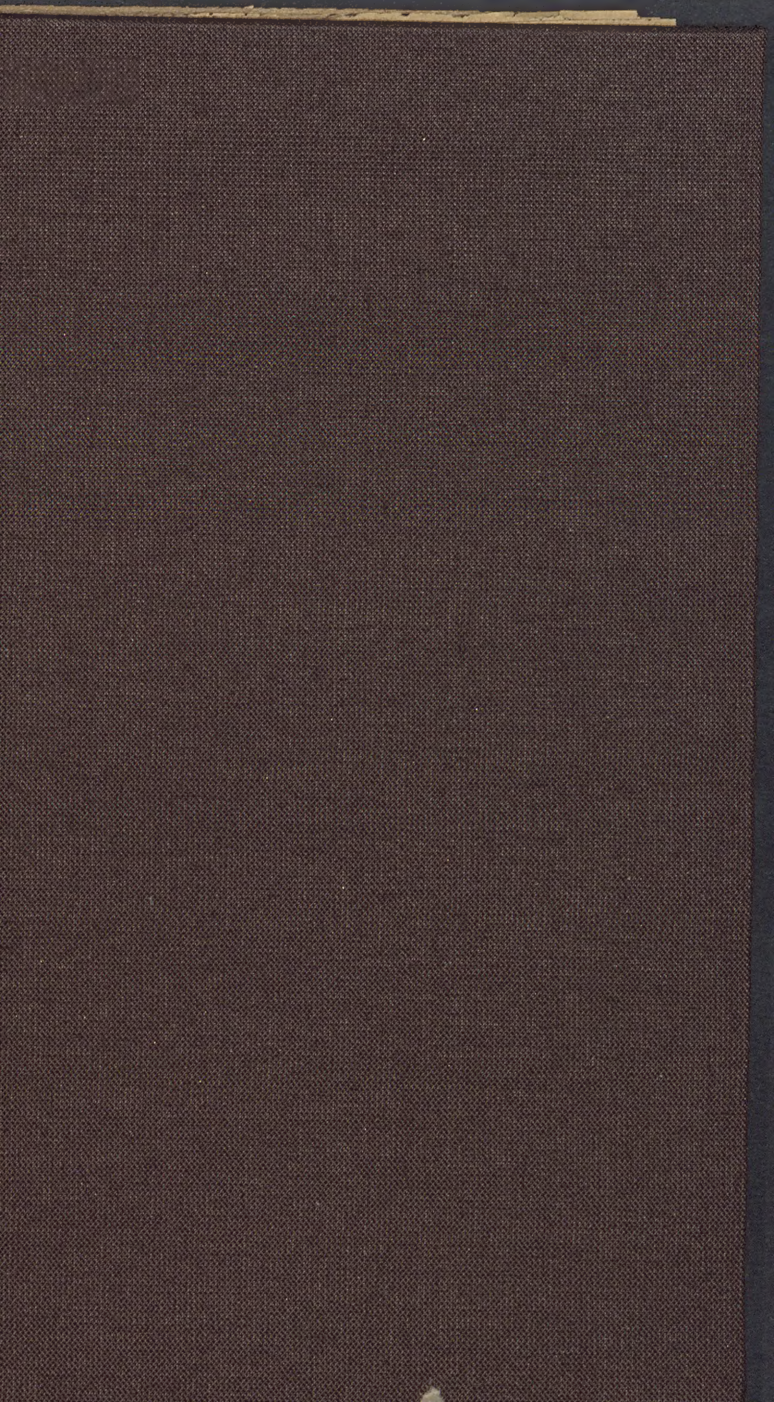
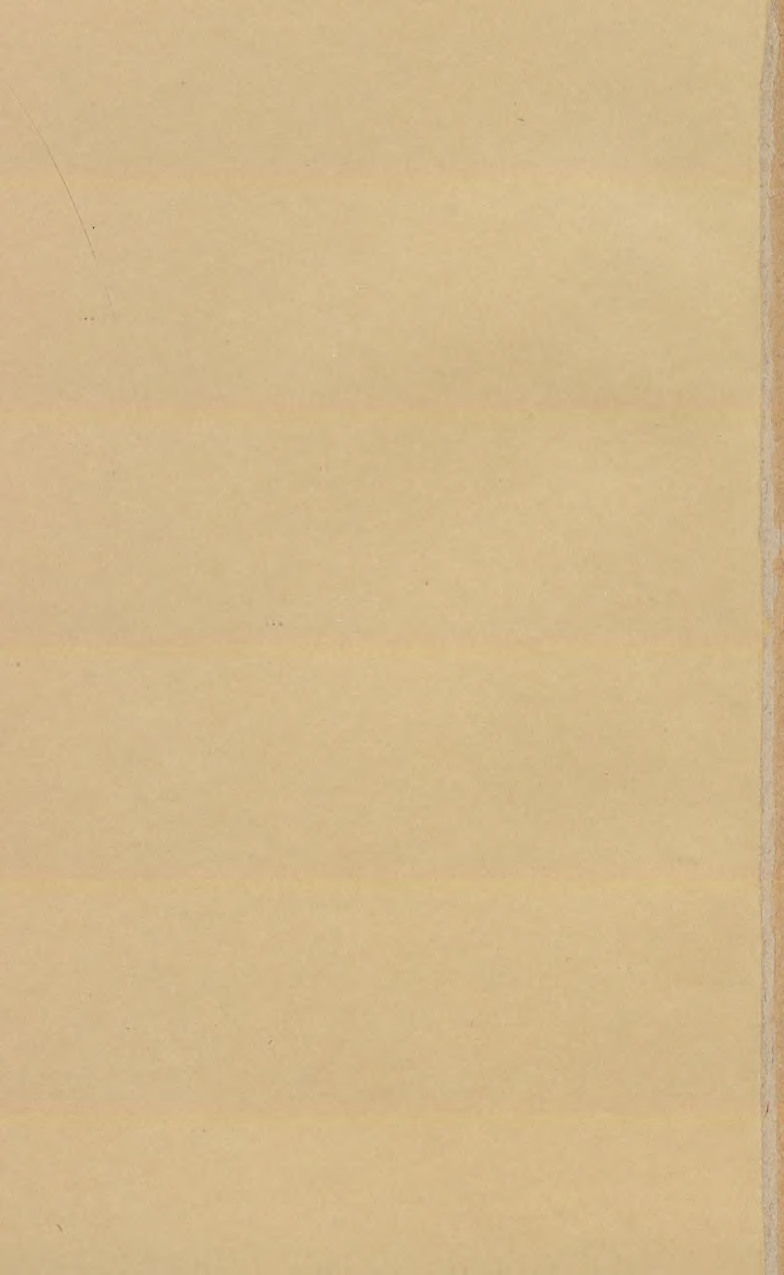




MELITON MARTIN.

PÓNOS

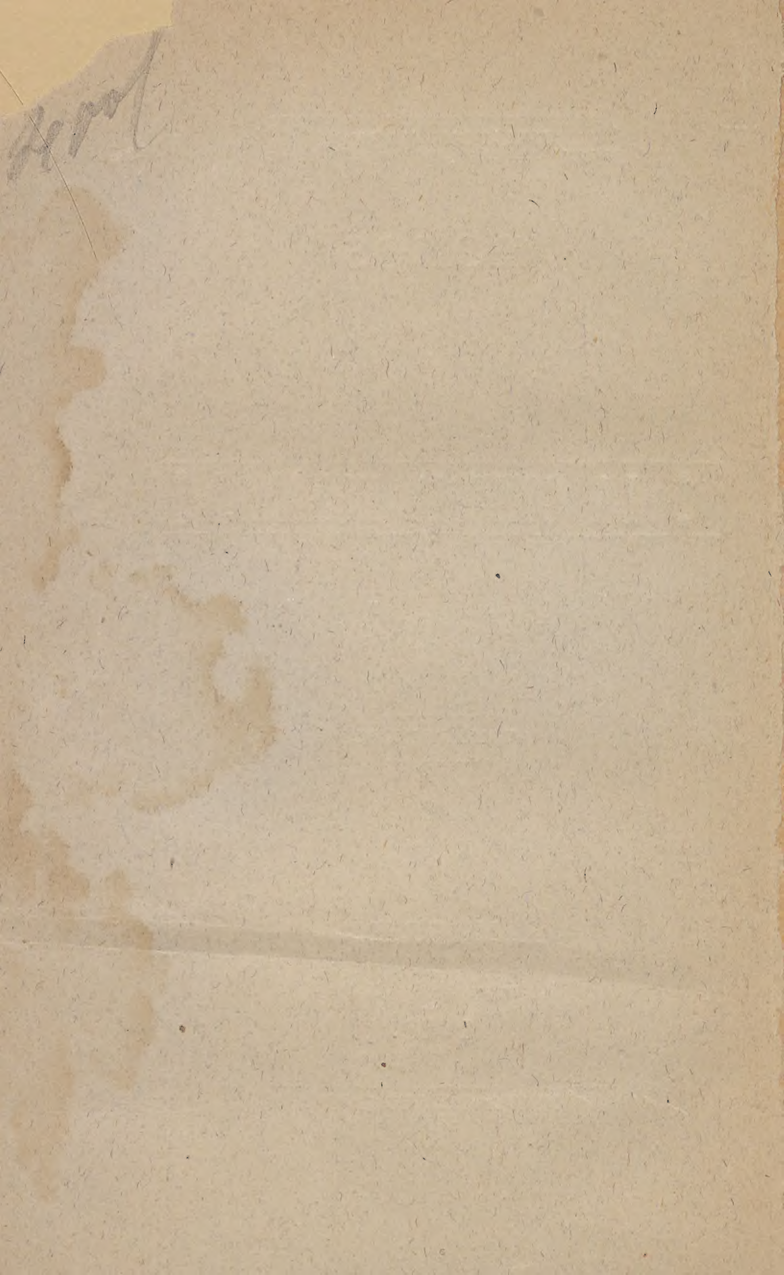
ó

LA COMEDIA HUMANA.

TOMO PRIMERO

MADRID
IMPRENTA DE SEGUNDO MARTINEZ
1, Travesía de San Mateo, 1
1883.

PRECIO 2 PESETAS 50 CÊNTIMOS.



PÓNOS.



PÓNOS,

ó

LA COMEDIA HUMANA,

POR

MELITON MARTIN.

TOMO PRIMERO.

MADRID
IMPRENTA DE SEGUNDO MARTINEZ
1, Travesía de San Mateo, 1
—
1883.

CONFIDENCIA PRELIMINAR.

Yo no sé, benévolo lector ó atrabiliario, si despues de callar y más callar te habrás encontrado alguna vez con el pecho rebosando cuitas y si por ende habrás experimentado la urgente necesidad de verter en pecho amigo alguna parte de tus amarguras; pero hayas ó no padecido semejantes ánsias, y estés ó no dispuesto, por lo tanto, á tolerar mis desahogos, prevéngote sin ambajes que no tengo humor para comenzar el relato de mi cuento, si no me prestas antes tu atencion y escuchas paciente y resignado mis tiernas quejas y mis sentidas confianzas. No te impacientes; no te asustes; soy hombre de mi siglo como tú; si te robo breve rato de ese tu vivir vertiginoso, pagártelo hé en oro de buena ley ó en valor

sorio; 3.ª, las leyes del trabajo, como fuente de todo bien y de todo mal, son fundamentales para todo conocimiento y todo juicio, y 4.ª, nuestra mision terrena es el trabajo, si damos á esta palabra una definicion científica.

Aquí tienes lector en cuatro trazos, la génesis de mi pensamiento. Darle á conocer á los demás de tal modo y en tal forma que el adolescente ó la mujer hallaran recreo en ello, ciencia los hombres viriles, y materia para meditar los pensadores ó ancianos, fué desde luego mi ambicion y el objeto que irreflexivo me propuse.

Impaciente por realizarle, emborroné mi primer cuento hace veinte años, y le lancé al mundo y á la vida en una atmósfera cuyos elementos de tolerancia eran muy otros de los actuales. Por eso y por un temor, entonces lógico y lícito, de escandalizar con atrevidas novedades, el engendro debió ser concebido en hora aciaga y nacer feo y raquítico, á juzgar por la pena de menosprecio que la crítica le impuso sin apelacion, y de la cual,—sea dicho entre paréntesis,—apelo á los venideros.

Durante los veinte años transcurridos he procurado dar á entender el fundamento de

mis opiniones en otros libros como *La Filosofía del sentido comun*, *Le Travail humain*, *El Conato de clasificacion de los conocimientos humanos*, y en *Las Huelgas*, *El Trabajo en España* y varios otros escritos de menor cuantía, quise ensayar la solidez de la doctrina en la piedra de toque de su aplicacion, su eficacia para resolver los problemas sociales de todas y cualesquiera épocas.

Por otra parte, los progresos del pensamiento en España han sido grandes desde entonces, y si no abrigo plena esperanza todavía, confio hallar, en general, alguna más benevolencia. Escuelas y pensadores hay hoy, en boca de todos, desconocidos ó ignorados en 1863.

Con lo dicho basta y sobra para explicar, si no para justificar, mi atrevimiento al ofrecer al público español una nueva edicion de El Pónos.

¿Y qué es El Pónos? se me preguntará. Vamos por partes y despacio.

Por de pronto cúmpleme advertir, que no presumo haber dado la existencia á uno de aquellos hijos bellísimos, honra, gloria y embeleso de sus padres. Es como una creacion

anticipada, la cual, á fuerza de cuidado y correcciones, podria ser con el tiempo tan hermosa como es útil. Para decir sin rodeos el valor justo que le doy, me valdré de un muy apropiado símil. El Pónos es como una de esas copias de la figura humana hecha por mano de niño sobre lienzo de pared: un redondel con ínfulas de círculo, representa la cabeza; dentro de él dos puntos desnivelados son los ojos, una raya la nariz y otra debajo la boca. El cuerpo de esta cabeza—curva del órden de las calabazoides—lleva dos líneas á uno y otro lado, y otras dos inferiores y colgantes con cinco trazos divergentes en las extremidades de las cuatro, para completar la representacion sensible de la imágen que bullia en el cerebro infantil, imágen y representacion informes cuanto defectuosas, pero que andando los tiempos y de retoque en retoque pudieran convertirse en un Apolo ó una Vénus, en un dechado de gracia y de lozanía. Mi obra—lo sé y lo digo sin rebozo—es como el pueril alarde, mas ¿quién se atreverá á negar que encierra siquiera los contornos de la grande, de la magnífica epopeya?

Lícito me será, pues, indicar en confianza su genuina significacion y los motivos ó razones de su especial estructura.

Hay en toda obra forma y fondo. En la mia el fondo es lo principal, y quienes prescindan de él, deben renunciar á su lectura. Quisiera deleitar, pero prefiero instruir.

Cuantos lean con detenimiento las cuatro partes de El Pónos, comprenderán desde luego que aspira á ser una síntesis general deducida de la historia, conforme á las leyes de evolucion proclamadas por la ciencia. Advertirán tambien cómo procuro presentar el desenvolvimiento histórico, demostrando con ejemplos, que todo lo humano es obra del trabajo, y reclamando el puesto primero y principal en los gloriosos anales, para los soldados oscuros, cuyas heróicas proezas fueron el noble pedestal de esas egrégias figuras no siempre dignas de exclusiva admiracion ó de servir de modelos.

Presentar así en cuadro animado y reducido nuestra mision sobre el planeta, tomando en cuenta los elementos verdaderos de la civilizacion y sus fuerzas impulsoras, y presentarle, sonriendo tristemente ante los sueños, los

errores, las flaquezas y los desengaños de la especie, es de suyo temerario; pero aspirar á trazarle en forma amena ó galana ofrece dificultades, insuperables casi, casi. Más fácil me hubiera sido escribir uno de esos rosarios de rapsodias en treinta ó cuarenta tomos, tan citados como poco y mal leidos, y de los cuales nadie saca una síntesis concreta, un concepto claro de la historia para su uso y su guía.

Y sin embargo, yo me decidí por lo más difícil y ménos eficáz para alcanzar por de pronto fama y nombre, porque cabalmente mi propósito era sustituir la interminable é inconexa série de hechos cronológicos, el revuelto arsenal de teorías y argumentos, (valederos para defender todo dislate y todo error, perpetuándolos), con un resúmen sencillo de las leyes superiores á cuyo imperio vivimos entregados, dentro de cuyo resúmen cupiese la medida de nuestro libre albedrío, el catálogo de los medios á nuestra disposicion, las reglas del bien obrar y buen vivir, y todo ello diluido en la poesía seductora y la tiernísima solicitud que velan de contínuo sobre el hombre para auxiliarle en la lucha y endulzarla embelleciéndola.

Cualquiera que compare mis ciclos de desenvolvimiento, ya material, ya intelectual, ó ya afectivo, con los ciclos de Vico en su *Scienza Nuova*, por ejemplo, paréceme que notará novedad y trascendencia.

Expuesta así mi aspiracion, no es difícil entender cómo la forma se me impuso. Condensar datos tan múltiples, épocas de tanta duracion, lances al parecer contradictorios, en tan reducido molde; adivinar su sentido para ponerle al alcance de la generalidad, sólo podia intentarse con el recurso de abstracciones dentro del libre campo de la fábula. Conozco los inconvenientes de esta forma; mucho he vacilado, mucho he discurrido: no encontré otra solucion y la acepté, como acepto los fundadísimos reproches que por unos y otros se me harán. En un período literario de gustos ultra-analíticos en donde todo es subjetivo, y cuando lo subjetivo se alambica y desmenuza hasta descender á las naderías de lo pueril ó al fango de lo libidinoso; cuando las gentes se extasían con descripciones convencionales de lo trivial y mentidas autopsias psicológicas, ¿quién no tendrá un anatema para la obra cuyo proce-

dimiento dialéctico exige del lector un discurrir suyo propio, á fin de saborear sus abstracciones?

Porque la grande dificultad para entender el alcance de mi obra, nace de sus alegorías y de su absoluta generalidad. *Seuda* es la mentira en todo, como *Dinamion* representa la fuerza en sus manifestaciones múltiples, y si acaso predomina en aquella abstraccion el sentido religioso, no es culpa mia si entre los errores infinitos acariciados por los pueblos, los errores religiosos siempre descuellan y trascienden.

Por lo demás, yo no puedo estar conforme con aquellos que en absoluto rechazan la forma alegórica y casi la dan por muerta. ¿Qué serian las obras más grandes del ingénio humano sin la fábula y el símbolo?. Dante, Gœthe, Calderon, si hubiesen renunciado al simbolismo, ¿nos habrian legado por ventura sus más deliciosas enseñanzas?. Claro está que si las creaciones alegóricas se reducen á personificar cuatro virtudes ó vicios—como en el *Criticon* ó el *Pilgrim's Progress*—para hacerlos dialogar pesadamente, el simbolismo, al traspasar los límites del breve é inge-

nioso apólogo, puede hacerse insoportable; pero si tomando de éste la sencillez y el candor se complica la trama cómica ó dramática en proporcion á los ensanches del molde, no hay razon para negar la posibilidad de escribir la Comedia de la Vida de un modo ameno y simpático.

Porque yo carezca de estro, de inspiracion, de númen, no hay razon para declarar la obra desacertada ó imposible.

Dichas estas compendiosas frases en disculpa de mi tenáz insistencia, añadiré muy pocas más.

No siendo mi intencion ni mi propósito hacer la historia detallada de los inventos humanos, héme limitado á mencionar, cual ejemplos, algunos de los principales, colocándolos en el punto y hora de más efecto, para dar relieve, no al cuento, sino á la doctrina.

Por esto y despues de preparar su advenimiento, concentro su significacion y sus ventajas en un símbolo maravilloso, y por eso personifico los agentes naturales, como el fuego, la pesantez ó el aire, ganoso de despertar la meditacion de mis lectores para

inocular en sus conciencias el amor á algo superior, cuyà bondad se manifiesta en todo cuanto nos rodea. Sin semejante recurso habria sido poco un libro en cada caso, para decir peor, y hacer resaltar aún ménos, las maravillas poéticas que nos envuelven do quier.

Algunas notas, muy pocas, muy sucintas, he intercalado en el texto para orientar de cuando en cuando al pensador ó al curioso. Quizás haya quien hubiera deseado más. Anotar cumplidamente mi leyenda exigiria por lo poco ocho ó diez tomos gruesísimos, y ante tamaña árdua empresa, y por piedad hácia el lector, hube de retroceder.

No vaya á creerse ahora que abrigue yo la nécia pretension de decir algo original y nuevo. Faltaria á mis más arraigadas convicciones y al íntimo sentido de mi obra. Cuanto digo lo he aprendido de mis antecesores, ó me lo han enseñado mis semejantes en la práctica. La forma sola tendrá tal vez algunos lineamientos personales mios, pues áun el recurso de colocar al protagonista de mi cuento en una isla, se ha empleado antes de mí, ya por Defoe, en su famoso *Robinson*, ya

por Abubeker-ben-Tofail, el árabe de Guadix, en las aventuras de *Hai Ebn Yokdhan*, traducidas al latin por Pococke con el título del *Autodidactus:* el primero para poner de relieve el poder de la diligencia y la utilidad de lo aprendido, áun en medio del aislamiento y desamparo; el segundo á fin de demostrar—y en mi sentir tan falsa como gratuitamente—que la razon individual se puede formar por sí, y llegar al sumo saber en una sola existencia individual hasta confundirse con su creador.

Aún hay más: algunos de los nombres griegos (empleados con el deseo de hacer el cuento universal) se encuentran en obras antiquísimas, entre las cuales citaré *El Coloquio* del Obispo Teodulo, allá en los primeros siglos de la Iglesia, en cuyo *Coloquio*, reducido á setenta y siete estancias, aparecen *Alitia* (la verdad) y *Pseusti* (la mentira), equivalentes á la Alecia y á la Seuda de mi historia.

No tengo, pues, sino una única ambicion: la de contribuir en la escasa medida de mis fuerzas á la emancipacion de ALECIA, procurando persuadir al hombre de la necesidad de someterse á las divinas leyes de este mun-

do, y enseñándole que su mision en él es de actividad ó de trabajo. Ni la naturaleza, ni el destino, me permitieron aspirar á mayor gloria, porque aherrojado á mis muchos y pesadísimos deberes, he vivido como náufrago en medio de las oleadas de ciencia nueva y vieja fé, causa de las borrascas de mi tiempo, y llevado aquí y allí, por manera irregular, fuí tragando bocanadas de saber y de cultura, que si excitaban en mí, cual las salobres ondas de la mar, una sed inextinguible, negábanme punto de reposo, una playa ó un albergue donde saciarla á mi sabor en los perennes manantiales de la verdad y la belleza.

Despues de tanto trabajar, ni áun puedo exornar mi obra con un soñado atractivo: el atractivo de la ilustracion. Dado á luz hace veinte años mi primer informe esbozo, varios de nuestros pintores (entre los cuales pudiera citar nombres conocidos) me instaron á emprender otra edicion ilustrada. Segun ellos, pocos libros brindan al lápiz del artista con cuadros más variados y fantásticos. Yo, conociendo los defectos del engendro, me propuse rehacerle tan luego como la fortuna me

otorgara algunos años de tranquilidad, é ir entretanto allegando los recursos indispensables á la realizacion del plan. El hombre propone y la malicia del prógimo dispone. Acepté la direccion de unas obras colosales, creyendo terminarlas en cinco años, y doce malgasté, no del todo estérilmente, en apartar á dos infelices del suicidio, y ocho llevo padeciendo martirio por la justicia. Ni pude, pues, pulir mi obra, ni puedo ahora sufragar los indispensables desembolsos para su cumplida ilustracion.

Con el pié ya en el estribo, duéleme dejar detrás de mí, defectuoso y contrahecho, al pobre hijo de mi amor, y por eso antes de emprender el eterno inevitable viaje, le doy una recorrida á la ligera, y te le ofrezco, carísimo lector, algo curado de escrúpulos y temores, menos oscuro de lenguaje, y más resuelto y viril. Préstale oido y atencion, porque tal vez te evite lecciones duras en la escuela de este mundo. Prevéngote, sin embargo, que sus palabras suelen ir tan sóbriamente religadas, que de no leerlas todas, *meditando,* pudieras sacar de algunas, ó deducciones falsísimas, ó muy erróneas consecuencias.

Pónos es así: ó se le toma en junto, ó se le deja.

Dios te guarde, y á mí—si yerro—me perdone.

1.º *de Enero de* 1883.

MELITON MARTIN.





PERSONAJES.

ÉL.	*El creador.*
DYNA..	*La fuerza cósmica.*
PROTEO.	*La materia.*
DINAMION.	*La fuerza humana ó social.*
SEUDA.	*El error ó la mentira.*
ALÉCIA.	*La verdad.*
ANOYA.	*La ignorancia.*
PÓNOS.	*La actividad humana ó el trabajo.*
ÁNTROPOS.	*El hombre.*
ÁNDROS.	*Id.*
GINA..	*La mujer.*
TÉLIA.	*Id.*
MELANIO.	*El negro.*
ELPISA..	*La esperanza.*
FANTA..	*La fantasía.*
ÉGOS..	*El egoismo.*
FÓBO..	*El miedo.*
ALAZONA.	*La vanidad.*
APÉNIA.	*La crueldad.*
EIDÓLATROS.	*La idolatría.*
PETONOSA.	*La envidia.*
FILOCTESIA.	*La avaricia.*
LICNIA..	*La glotonería, la gula.*

Ratimia..........	*La pereza*
Moslema.........	*El Islamismo.*
Tongo............	*El sonido.*
Éco..............	*El éco.*
Báros............	*La pesantez.*
Pir..............	*El fuego.*
Atmosa..........	*La atmósfera.*
Ánemos..........	*El viento.*
Piron............	*El vapor.*
Fós..............	*La luz.*
Glós (contraccion de Angelos, el mensagero.)......	*La electricidad.*
Hipodonte........	*La caballería.*

CICLO PRIMERO.

HASTA LA FORMACION DE LA FAMILIA NATURAL

> Para nada se necesita tanta filosofía como para comprender las cosas que tenemos demasiado cerca.
>
> J. J. Rousseau.



PRÓLOGO.

En los cielos.

ÉL *en médio, sobre un pedestal de nubes.*

Cien soles se mueven acompasados en torno de su frente. Dentro de este círculo de soles, miles de formas indefinibles, bellísimas, se columbran impalpables como la luz del esplendente foco en que se agitan.

ÉL *de pié:* DYNA (1) y PROTEO (2) *á sus plantas en contemplacion estática. Debajo de los cielos millones de séres—de bulto y sombra—surgen, luchan, se transfigurán y desaparecen.*

DYNA *(en voz baja á* PROTEO). Bella es tu obra, hijo mio, hermosa en su variedad, rica en tonos y accidentes, compleja y seductora y viva, pero..... ¡y esta espléndida multiplicidad! ¡esta unidad admirable! ¡esta armonía magnífica!

PROTEO *(por lo bajo)*. ¡Oh! ¡tierna madre! ¡emanacion de Su creador aliento! Mis innumerables hechuras *hastían* despues de contemplar esta gloria....

---

(1) La fuerza.

(2) La materia.

Allí abajo está la sombra efímera y sus bultos: allá arriba, la luz y los séres sempiternos.

Óyense acordes como de arpa eolia, inmensa de grandeza y de dulzura.

Él. Regocijáos, hijos mios. La obra sigue y vá de suyo. Contempladla y respetadla.

Dyna y Proteo *(por lo bajo)*. ¡Al vibrar de esos acentos, el amor infinito inunda los espacios!

Él. ¡Pónos! (1)

Proteo. Viene hácia tí, despues de poner en órden mis escuadrones innúmeros.

Pónos *(llegando)*. Señor....?

Él. ¿Y Ántropos? (2)

Pónos. Vegeta y tiembla allá en Gé. (3) Ni lucha ni requiere mis consejos. De continuar aletargado, huelga mi mision novísima en este universal concierto.

Él. ¿Apenas te acercaste al hombre y ya te escuece la duda? ¿Tienes fé?

Pónos. ¿Quién no la tiene en presencia de tus obras?

Él. Luego..... ¿No ves? El hombre crece y siente y piensa.

Pónos. Sentirá y pensará mañana... pero, hoy...

Él. ¡Pobres criaturas! ¡Ni áun las sublimes me entienden! Para ellas el ayer, el hoy, el mañana,— lo grande, lo mediano, lo pequeño (¡lo pequeño sobre todo!) para mí, ni tiempo, ni espacio, ni imprevisto. *(Suspira)* ¿Nos podremos entender? *(Pausa.)*

---

(1) La actividad armónica consciente, resúmen de todas las actividades.

(2) El hombre.

(3) La Tierra.

¡Escuchad! Por esta sola vez hablaré vuestro lenguaje finito. Torna, Pónos, á la isla de Gé para velar sobre Ántropos y su familia. Te encomiendo el remate de la obra; la crianza y pulimento del penúltimo eslabon de la cadena que ha de acercar el fin á su principio; el elemento bisexual senciente é inteligente destinado á constituir el más complejo y más sublime de los organismos, resúmen de actividades, espejo de lo increado, gérmen miliar de la conciencia universal. Pláceme confiar á tu buen celo una chispa de mi triple esencia. Con ella podrás iluminar al frágil sér, cuya custodia debe ser tu ley: mientras Dyna se extiende por doquier, hace palpitar al Universo, guía al planeta y al átomo, agita cerebros y organismos, regula y pondera relaciones y fenómenos; mientras que Proteo, en pos, condensará las pulsaciones de su madre (reflejo de omnipotente voluntad) y le modelará, en el misterio, con tales apariencias y tan múltiples, que al través del laberinto de formas y coherencia, y textura, y atributos, ninguna criatura atisbe con visos de certidumbre ni su procedencia ni su orígen; tú, Pónos, desde hoy compañero inseparable de Ántropos el libre, tienes poderes bastantes á permitirle sospechar—¿entiendes bien? *sospechar*—de quién emana y en dónde tiene su cuna. En cambio puedes revelarle su mision y el papel que le ha tocado en la comedia de la vida. Ángel ó mensagero mio, le obedecerás en todo; fielmente le servirás, pero callando el misterio para dar campo á su albedrío, estímulo á su querer, dignidad á su conciencia. Anímale, sostenle, guíale y, sobre todo, ámale. Y vosotras, ¡formas inmortales! vivaz ambiente y empírea delectacion de mi álmo espíritu, forjad, den-

tro de los moldes eternos é incorruptibles de hermosura, el talisman á cuyo toque, allá en Gé, os reflejeis en el cerebro del hombre para que tomen realidad en armonía seductora—aunque en rítmicos ciclos alternados—lo útil, lo verdadero y lo bueno. *(Levantando el índice y la diestra.)* ¡SEA!

Parten tres rayos de la region de las formas superiores, los cuales se unen y enroscan entre las manos de DYNA, *pasan á las de* PROTEO *y éste los transforma en vara material entretegida y rutilante, que suspende de un hilo de luz al alcance próximo de* PÓNOS.

Una cortina impenetrable de nácar, oro y azul, se tiende entre lo de arriba y lo de abajo.

PÓNOS *(sólo sobre el torbellino de los séres y alargando la mano).* ¡Bonito talisman! *(examinándole).* ¡Maravillosa vara mágica! Sospecho que he menester de tan buen báculo en la árdua peregrinacion. ¿Con que al choque de este chisme, todas las formas divinas, corona de su frente augusta, se reflejarán en la mollera de aquel gaznápiro imbécil, más imprevisor que el mono, ménos sagaz que la zorra y cruel como la hiena? Obra imposible parece, pero á mí sólo me cumple obedecer. ¡Ea! manos á la obra.

Se precipita de cabeza en medio del remolino de sombras que en revuelta confusion se agitan á sus piés y dentro de ellas se zambulle.

Sólo quedan á la vista del espectador globos y nubes, plantas y animales, materia abigarrada en intrincado movimiento, formando caos aparente.

SIGUE LA COMEDIA.

CAPÍTULO I.

Era la noche.

Nadie ha podido averiguar cómo ni cuándo llegaron, pero allí estaban los dos, cerca de la playa, á la vista de la mar, inermes, inocentes y desnudos, tendidos sobre la yerba.

Él era fornido, nervudo, musculoso, de espesa y enmarañada cabellera: ella graciosa y delicada, de formas mórbidas y seductoras.

Cual dos naúfragos arrojados por el mar despues de haber brotado de su espuma, dormian plácidamente con dulce sueño al resguardo de una peña, rodeados de bosques y fieras y enemigos, pero envueltos en el tibio ambiente de una noche serena y apacible.

Al despuntar de la aurora despertáronse por fin, y sus ojos dieron suelta á las mil ánsias del terror. Parecian encontrarse bajo la impresion de un espanto rayano con la desesperacion, porque al observar cuán temerosamente tendian la mirada en

torno suyo, diríase que en medio de su anonadamiento extrañaban aquella momentánea tranquilidad de la naturaleza y que recelaban por instinto traidoras acometidas de algun enemigo oculto, cruel é irresistible.

—¡Ántropos!—suspiró ella extremeciéndose.

—¡Gina! (1)—murmuró el hombre estrechándola con arrebato.

—¡Qué noche tan espantosa y tan eterna!

—¿Cuándo, cuándo acabará?

Y tornaban á abrazarse como si todo su vivir hubiera de limitarse, entonces y despues y siempre, á permanecer así tendidos á la vista del mar y al abrigo de una vegetacion exhuberante.

Nadie habria sospechado, al verlos ó al oirlos, ni asomo de voluntad ó de energía, ni inteligencia superior en aquella pareja abatida y temerosa. Sus actos, sus palabras, revelaban un sentimiento único, exclusivo: el terror. Lejos de traslucirse en aquel hombre y en aquella mujer la posesion de facultades parecidas á las nuestras, su naciente instinto no iba más allá de un pasajero imaginar, su voluntad se revelaba en arrebatos inconscientes, y su memoria constituia un tejido confuso, tornadizo, vago, de angustias, sustos y dolores padecidos durante la noche que acababan de pasar. En cambio se advertia en ellos una irreflexiva propension á devolver maquinalmente, golpe por golpe, injuria por injuria

Su sér todo se derramaba al exterior vigilante y receloso como para defenderse de peligros reales ó imaginarios, y envueltos y oprimidos por mil y mil

---

(1) La mujer.

sensaciones, parecian preocupados de continuo por la necesidad de estar en guardia para atender á su propia conservacion. Ni un instante siquiera volvian la vista hácia su interior.

Evidentemente, por lo visto, carecian de la facultad de recapacitar y ni pensaban que pensaban, ni sentian que sentian.

Empezó con esto á amanecer, pusiéronse ambos de pié y tendieron los ojos embobados en su torno. El horizonte se ensanchaba gradualmente ante sus miradas recelosas y todo parecia ser nuevo una vez más para ellos.

A medida que se aumentaba la luz variaba el panorama, cuyas escenas veladas, indefinidas, vaporosas, en un principio, fueron tomando despues tono, colorido y luz, poblándose de flores, de reptiles, de movimiento, de confusion, de vida. A los rayos vacilantes del amanecer, los bosques se destacaban cual fuertes manchas sobre las húmedas praderas, que las fieras cruzaban para retirarse á sus guaridas cautelosamente. Luego que la palidez del horizonte se tiñó de un leve y sonrosado arrebol, comenzaron á oirse aislados píos de las medio dormidas aves, píos que resonaban claros y vibrantes en el fresco ambiente del alba reposada. Cuando la bóveda celeste reverberó la luz que la inundaba, multiplicáronse los trinos y gorgeos, agregáronse otras indefinibles voces, se despertaron los vientecillos, se extremecieron las frondosas selvas, y debemos renunciar á describir la infantil admiracion de Ántropos y Gina despues que el sol, asomándose veloz, radiante y majestuoso por encima de las aguas, hizo brillar con sus rayos de fuego las innumerables gotas de rocío pendientes de las corolas de las flores,

pintó con pinceles mágicos de luz la verdura de los prados, el azul del mar, las infinitas y anacaradas tintas de las nubes, destiló aromas de las plantas, vapores de la tierra, y provocó con su calor el rápido gorgear de la calándria allá en el cielo y en la enramada sombría los apasionados arrebatos del ruiseñor, el monótono canto del cuclillo ó el triste y lastimero arrullo de la tórtola.

Largo, larguísimo rato estuvieron el hombre y la mujer absortos en la contemplacion de la naturaleza. Sus almas parecian dos espejos esquisitamente sensibles. Reflejábase en ellas todo lo exterior, así lo tangible como lo impalpable, pero reflejábase de modo que ellos gozaban ó padecian sin darse cuenta de nada, ni siquiera distinguir los cuadros pintados en su cerebro por un pintor misterioso. Contemplaban, sentian, nada más. Por sus ojos penetraban las imágenes claras y distintas, los vapores, los aromas, se mezclaban con su aliento, las notas de cien coros armoniosos en sus oidos confundíanse, y todas aquellas impresiones movian su sensibilidad, se reflejaban en innumerables formas misteriosas, pero en la más incoherente confusion allá dentro de su sér por modo maravilloso, haciendo vibrar ya suave, ya penosamente algunas fibras perezosas de sus organismos vírgenes.

Cuando volvieron de su prolongado embelesamiento, cuando cansados los sentidos y lácio y rendido el cuérpo dejaron de querer verlo todo, oirlo todo, respirar más y mejor, como dos niños temerosos en medio de amontonados juguetes, era ya muy entrada la mañana.

—Tengo hambre—exclamó Gina.

—Aquí habrá fruta, contestó su esposo. Subamos

por esos cerros. He de buscar la comida así me cueste trabajo.

Y ambos empezaron á subir por la quebrada, en direccion á unos árboles oscuros tachonados de rojo y de amarillo que divisaban á lo lejos.

Pero no bien acaba de pronunciar Ántropos la última palabra, cuando sobre el ribazo de enfrente, apareció un personaje á cuyo aspecto se turbaron y enmudecieron. Era de no muy alta estatura, ancho de rostro y nada angosto de pecho; apoyábase sobre una varita singular entrelazada; sus brazos robustos ostentaban una musculatura varonil; su mirada tranquila y placentera, su sonrisa afable, su barba entrecana, las arrugas de su frente, todo su porte, en fin, inspiraba cariño y á la par respeto. Llevaba un manto azul y desceñido, ligeras y bien ceñidas sandalias, corta y áspera la cabellera, medio abiertas las callosas manos, el blondo cuerpo desnudo, aunque exhalando desde los piés á la cabeza comedimiento y majestad.

Miráronse todos durante algunos instantes, contemplando aquél á la pareja con evidente compasion y lástima, mientras éstos se estrechaban para defenderse como recelosos de alguna nueva humillacion. En sus miradas irradiaba, sin embargo, un movimiento de curiosidad.

—¡Pobre Gina! ¡Infeliz Ántropos! exclamó por fin el recien venido.

—¿Cómo? le preguntaron á la vez. ¿Nos conoces? ¿Sabes quiénes somos? ¿Vienes á herirnos ó á ampararnos?

—Vengo á protegeros, respondió el aparecido. ¿Qué digo? Os he protegido ya sin que os hayais apercibido de ello, durante esa noche interminable

que precedió á esta alborada. No estábais para reparar en mí. Harto hacíais con salir ilesos de sus peligros y horrores.

—¿Quién eres?

—Desde hoy vuestro apoyo, vuestro consuelo, vuestra esperanza, vuestro amigo.

—¿En dónde estamos?

En una isla encantada; en una tierra llena de prodigios. Pero teneis hambre y para aplacárosla he venido. Voy á señalaros las frutas que podreis comer y despues tiempo sobrado tendré para contestar á las preguntas inacababļes de vuestra creciente curiosidad. Desde hoy ya somos amigos, ya no nos debemos separar.

Y el misterioso personaje del manto azul, de la vara y las sandalias, se encaminó con paso majestuoso hácia el interior de la tierra confundiendo desde aquel momento los deseos de su espíritu con los de la pareja que humilde y confiada le seguia.

Andando, andando, divagaban los ojos de Ántropos y Gina cerca y lejos, porque á medida que iban internándose corrian por doquier los brutos, volaban las aves, se arrastraban los reptiles ó trepaban por los árboles séres livianos, gesteros cuanto chillones, para miraries pasar con evidente regocijo.

Llegado que hubieron á un bosquecillo de palmeras, el guia señaló con su aúrea vara á los racimos de dátiles pendientes cerca de la copa, é invitó al hombre á que imitase el trepar de aquellos séres que tanto le entretenian con sus gestos y sus contorsiones.

Ántropos obedeció. Tenia hambre y el instinto de imitacion le impulsaba á satisfacerla del propio modo que los monos, tan ágiles, tan vivarachos.

Sus primeros ensayos para trepar por los rugosos troncos de aquellas palmeras altas y cimbreñas, le costaron mucho sudor y no pocos rasguños. Cuando bajó con dos hermosos racimos el agua corria por su cuerpo teñida aquí y allí con roja sangre.

Ambrosía, manjar de dioses debieron parecer á los dos personajes de esta historia los primeros dátiles que devoraron despues de su prolongado ayuno. Tal y tanto gesticulaban y se relamian.

Saciada ya el hambre con la pulpa azucarada de tan rica fruta, mitigada la sed gracias al agua cristalina de un arroyo, el aparecido del manto azul sentándose sobre la verde yerba los convidó con el gesto á que hiciesen otro tanto y los habló de esta manera.

—¡Mala noche, larga y triste! Durante su eternidad ni siquiera reparásteis en mí. Por fin, á la luz, nos hemos conocido, y desde hoy será otra cosa. ¿Qué tal os encontrais, amigos mios?

—Bien, muy bien, contestó Antrópos; pero mi trabajo me costó. Ahora comienzo á sentir el dolor de los rasguños y el cansancio en todo el cuerpo.

—¡Ay! hijos mios; desde el momento en que se pisan estas playas no hay paso sin esfuerzo, triunfo sin lucha, bocado sin gota de sudor. Tened confianza en mí, y dia llegará en que comais tranquilos y satisfechos.

—¡Cómo! exclamó el hombre con viveza: ¿hay algo, por ventura, en esta tierra que no cause sobresalto y susto? Ahora gozamos un instante al aplacar el hambre, al apagar la sed ¿y para qué? Todo, todo nos persigue y nos humilla. ¡Maldecida tierra!

—Eso amigo Ántropos es el efecto que hacen so-

bre tí las maravillas naturales, su irresistible poder sobre tu insignificancia. Ten ánimo. Las apariencias te engañan. Eso mismo que hoy constituye tu debilidad, hará mañana tu fuerza. Con el tiempo y con mi ayuda todos esos sustos y dolores se trocarán en goces y atrevimientos.

—No lo veo, no lo veo. Aquí no reina más que el mal y no hay cosa que no sea en nuestro daño. ¡Maldecida tierra!

—Ya irás cayendo de tu error.

—Explícate.

—Estais ¡oh mortales mal aventurados! sobre la isla de Gé, que flota en la extension de un mar inmensurable, isla encantada, pais maravilloso, poblado de séres buenos y malos que no os darán tregua ni descanso. Por el aire, dentro de los rios, debajo de la tierra, en los bosques y en los mares, así en los llanos como en las montañas, habitan séres, génios, duendes y gigantes. ¡Qué digo en mares y en montañas! Muchos anidan en vuestros mismos cuerpos. Durante los primeros dias no alcanzareis á verlos con los ojos, á sentirlos con el tacto; poco á poco ellos se harán sensibles y visibles, los unos para consolaros, los otros para perseguiros. Aquí encontrareis al lado de mónstruos de fuerza descomunal, trasgos impalpables, malévolos y ruines. Hasta ahora sólo habeis tropezado con los malos; ya irán acercándose los buenos, y muchos de los malos se transfigurarán en humildes servidores; pero malos ó buenos, amigos ó enemigos, sólo los podreis atraer y conquistar con un valor heróico y una constancia á prueba de desengaños. Si cedeis sin lucha, caminareis de dolor en dolor, de pena en pena: si los reducís afables ó los venceis animosos,

os ireis acercando más y más á la paz y la ventura que deseais por impulso irresistible.

— Y todo eso *¿para qué?* preguntó Gina con acento de curiosidad.

— Y todo eso *¿por qué?* preguntó Ántropos casi al mismo tiempo (1).

— El *por qué*, amigo Ántropos, es más hondo de lo que tú puedas imaginarte. Gracias si á fuerza de tiempo y de trabajo lo podeis algun dia vislumbrar, contestó el génio grave y pensativo. Más fácil será decir á Gina el *para qué*.

— Pues dilo, exclamó la mujer con vivacidad.

— ¿No teníais hace poco un hambre devoradora? prosiguió el del manto azul.

— Ya lo creo, dijo el hombre. Cuando tengo hambre soy capaz de todo, todo.

— ¿Y no te sientes despues de haber comido mucho mejor y muy otro?

— Tan otro, que antes sentía rabia y desasosiego á la vez; queria tener fuerzas para ahogar entre mis brazos á todo bicho viviente, y ahora, por el contrario, ni tengo odio á ningun sér, ni me domina la cólera.

— Pues ahí teneis, amigos mios, el secreto fundamental de cuanto por aquí sucede. Satisfechas las necesidades, el animal más feroz se trueca en manso y apacible. El hambre es vuestra primera necesidad; pero no la única. Ellas irán surgiendo en vuestro sér numerosas como las flores de estos campos; ellas os irán atormentando sucesivamente para no dar tregua á vuestra actividad. Satisfecha una, tendreis otra, y como quiera que no encontra-

(1) Comienzan á dibujarse las tendencias de los sexos.

reis la dicha, más ó ménos duradera, sino despues de haberlas satisfecho, nunca jamás descansareis. Por otro lado, ya que la satisfaccion de cada una de esas necesidades va trocando el odio en amor, la cólera en mansedumbre, cuantas más satisfagais fácil y cumplidamente, tanto mejores sereis.

—Apenas si atisbo lo que me quieres decir, insinuó Antropos; pero sospecho que debe ser cosa buena. Dime por qué medios conseguiremos todo eso.

—Trabajando, haciendo esfuerzos, obedeciéndome á mí.

—Y si te obedecemos ¿conseguiré todo lo que yo deseo?

—No sólo conseguirás lo que ahora deseas, que es bien poco, si que por cada uno de esos deseos actuales, sentirás mañana mil, y sin embargo, todos los verás cumplidos; un sinnúmero de criados os servirán diligentes; os vereis dueños de la tierra y sus tesoros. Con sólo mencionar mañana los imposibles de hoy, los tendreis á vuestra disposicion.

—¿Y qué nos pides en cambio?

—Que me mireis como amigo, como amigo me escucheis y como tal me obedezcais.

—Si no es más que eso, soy tuyo Por mucho que me maltrates, nunca me harás padecer tanto como vengo padeciendo. Se me permite elegir, y elijo (1).

—¿Cómo te llamas?—preguntó Gina, siempre impaciente y curiosa.

—Pónos—contestó el génio.

—¿Y habrás de estar siempre con nosotros?—continuó la mujer.

---

(1) Principio del libre albedrío.

—No siempre.
—¿Por qué?
—Porque mi compañía, que os ha de ser tan saludable y tan benéfica si nos vemos con frecuencia, pero á intervalos marcados, os seria mortal y perniciosa si durara de contínuo.
—No lo entiendo—dijeron á la vez hombre y mujer.
—Es un misterio de esta isla, en la cual todo se hace con peso, medida y ritmo. El tiempo os lo explicará.
—¿Luego piensas dejarnos pronto?
—A la caida de la tarde.
—¿Y cómo nos dejarás?
—Envolviéndome en mi manto azul. Con solo embozarme en él desapareceré de vuestra vista.
—Pues embózate—gritó la caprichosa Gina.
El génio obedeció y en el espacio que ocupaba su cuerpo y su manto azul, sólo quedó aire sutil y trasparente.
El hombre y la mujer se quedaron absortos y con los ojos tamaños. Fija la vista en el punto ocupado por el génio, ni tenian voluntad para apartarla de allí, ni acertaban á pronunciar palabra. Fuese por la novedad de aquel esfuerzo, por el calor del aire, por la hartura, ó por estas tres causas de consuno, nuestra pareja sintió pronto que los párpados pesaban como de plomo y al cabo de un breve rato cayeron ambos á dos sobre el mullido césped y se entregaron dulcemente al sueño.
A la caida de la tarde despertáronse por fin, y como el tiempo era sereno y apacible, pusiéronse de pié, divagaron por el bosque y sintieron de nuevo ganas de comer. Algunas bayas y frutas encontra-

das al alcance de la mano, aplacaron su apetito desde luego, y ninguno de los dos se acordó del sábio y bondadoso Pónos.

La noche cerraba en tanto, la tierra se cubria de vapor húmedo, y el hombre y la mujer sintieron un malestar por todo extremo desagradable. Aquella sensacion de la cual deseaban verse libres, les trajo á la memoria las palabras de su génio protector y ambos de comun acuerdo comenzaron á llamarle.

—Aquí me teneis á vuestro lado—contestó con voz cariñosa el génio, al tiempo de desembozarse.—¿Qué quereis?

—Tenemos frio; ¿cómo podremos pasar la noche sin este malestar que nos aqueja?

—Hé ahí vuestra segunda necesidad madre—exclamó Pónos sin poderse contener.—Estais desnudos, sois sensibles, y cuando al sol suceden las tinieblas, necesitais un *albergue*. Ved aquí como van apareciendo las infinitas y crecientes necesidades de que os hablaba esta mañana. No todo es comer en esta isla. Ya veis como despues de comer me pedís un sitio cubierto ó resguardado, que os preste abrigo y calor. Esta nueva necesidad será, con las demás, el aguijon, la espuela, el látigo que os obligue á trabajar y á obedecerme. La lucha que empieza ahora, contra los obstáculos que os rodean y aterrorizan, constituirá la parte positiva de vuestra historia en tanto que piseis las playas, hoy inhospitalarias, mañana paradisiacas, de la encantada isla de Gé.

Dicho esto, Pónos, el del manto azul, buscó á la luz del crepúsculo un tronco carcomido, hueco y espacioso con una entrada por un lado, é hizo que

en él se acomodasen sus dos protegidos torpes é ig-
norantes, para esperar la luz del dia y entregarse
entre tanto con alguna seguridad y abrigo al dulce
y deleitoso sueño, á ese amigo leal, reparador de
nuestras fuerzas y consuelo el más precioso para
cuitas y quebrantos.



CAPÍTULO II.

Lució la aurora, descorriéronse las sombras, desperezóse la naturaleza y nuestros dos desamparados mortales abandonaron su escondite huyendo de los primeros rayos de un sol esplendoroso, porque de frente les heria.

—¿Qué tienes? preguntó Gina á su marido. Parece que andas trabajosamente.

— Estos rasguños me escuecen y me duele todo el cuerpo. Tengo las piernas y los brazos como entumecidos. Si me pides dátiles ahora, dudo que pueda trepar. ¡Maldita tierra! ¡Maldita tierra! ¡Siempre dolor! ¡Padecimientos siempre, diga lo que digere Pónos!

— Llámale, continuó la mujer. Él nos dirá lo que debemos hacer para tener desayuno.

—Basta con pronunciar mi nombre, exclamó el génio apareciendo. ¿Qué deseais?

— Ántropos se siente magullado, le dijo Gina. Queremos comer y para comer hay que trepar.

—Te entiendo, contestó el génio. Seguidme y

buscaremos un ardid. Con él las frutas se os vendrán á la mano.

A poco rato llegaron á un bosque de cocoteros y otros árboles gallardos, todos cargados de fruta, y en cuyas copas habitaban legiones enteras de monos chicos y grandes.

—Habrás observado, dijo Pónos dirigiéndose al esposo, que los monos tienen, como tú, grande aficion á imitar. Tírales algunas piedras y ya verás lo que sucede.

—Hízolo el hombre con tal tino, que á la segunda ó tercera hirió á un mono de los más jóvenes y por lo mismo más confiado y más cercano. El animal alzó el chillido saltando de rama en rama, y sus compañeros, fijando la atencion en el hombre y en sus pedradas, comenzaron á tirar cocos, plátanos, manzanas, duraznos, peras y dátiles. Aquello era como una granizada.

El suelo se cubrió de frutas.

En su vista, Ántropos y Gina no tuvieron sino bajarse á recoger la provision más variada y abundante. Ántropos no hubiera podido juntar otra parecida en una mañana de trabajo. Iban á retirarse del bosque con el botin de la batalla, cuando de pronto una voz incomparable, un rugido prolongado, aterrador, heló toda su sangre en las venas. Un terror mudo sucedió á la risa, en medio del alborozo. No era posible oir nada más feroz ni más valiente. El rugido salia de la maleza, y unos momentos despues, sobre una peña, en un claro, apareció la figura noble é imponente de un bruto desconocido. Destacándose sobre el azul del cielo, vieron los dos mortales, inermes é indefensos, el cuerpo ondulante y alargado de un animal de remos gruesos

y nervudos, cabeza enorme, sepultada en espesísima guedeja; cola larga, inquieta, poderosa, ojos grandes, redondos, serenos, atrevidos, y observaron con espanto cómo con su mirar les acechaba. El tamaño de aquel bruto equivalía á cinco Ántropos y cuando abrió la boca sosegadamente, y se limpió los ojos con larga lengua rugosa, enseñó dientes y colmillos tan blancos como la nieve.

Gina se arrojó en brazos de su esposo.

Aquel terrible animal no huía de la presencia del hombre como tantos otros, al contrario; bostezó con menosprecio, se movió con majestad, azotó sus hijares con la cola (bastante á derribar á un hombre), erizó y sacudió la melena, arrugó el ceño soberano, y se dispuso á bajar de aquella altura en ademan de acometer.

—¡Sois perdidos! exclamó Pónos. Es el leon, el rey de los animales.

El valiente y sanguinario bruto dió unos cuantos pasos en direccion al hombre y á la mujer. El peligro no podia ser más inminente. Pero quiso la fortuna que al bajar de la peña y al pasar junto á la espesura, un toro que en extraña fascinacion temblaba oculto en la maleza, hiciese un esfuerzo para huir, y apenas se movió cuando el leon cayó sobre él de un solo salto, clavó en su carne zarpas y quijada, y cual si fuese débil corza le aplanó y le sujetó.

Ántropos y Gina ni respiraron mientras la fiera se cebaba en los despojos palpitantes de su presa.

El corazon, sin embargo, latíales con violencia suma. Ni encontraban fuerza para mudar de postura, ni acertaban á separar la vista de aquel espectáculo cruento.

Por fin el leon, harto de carne, se acercó al arroyo, bebió con pausa durante largo tiempo sin dignarse reparar en la pareja, y echándoles una mirada como de desprecio se perdió por la espesura con la misma majestad con que viniera.

—¡Maldita isla! exclamó el hombre por fin separando á Gina de sus brazos. Cada paso es un peligro. ¿Y he de seguir yo á merced de tantos como aquí me humillan y me sobresaltan?

—Todo tiene su remedio, exclamó Pónos entonces.

—¿Y cuál? ¿Qué puedo hacer yo con estos dentezuelos mochos y con estas uñas que saltan al primer golpe? Todos esos brutos están armados y yo no.

—Tú tambien tienes tus armas.

—¿Cuáles? ¿Dónde?

—En esas manos, contestó el génio reposadamente. Ese pulgar que se dobla sobre los otros cuatro dedos, y esa palma, y ese puño, son como un mango sensible, dócil, casi inteligente, hecho para colocar en él los más variados instrumentos. Él te permitirá blandir las armas más poderosas, las herramientas más útiles: colmillos como los de todos los leones juntos, zarpas que hagan polvo el pedernal y rasguen las entrañas de la tierra misma. En esas manos peregrinas tienes el gérmen de todo poder, de toda fuerza.

—No te entiendo, replicó el hombre entre dudoso y turbado. Mas ya que tu lo aseguras dáme esas armas que dices. Estoy cansado de humillarme y de temblar. Quiero luchar y vencer. Vengan, vengan esas armas.

—Ahí tienes, amigo Ántropos, tu tercera necesidad: la de defenderte. ¿Ves cómo poco á poco van

surgiendo? Manos á la obra y todo lo alcanzarás.

El buen génio hizo á seguida que su protegido examinára detenidamente los juncos de los arroyos, las cañas de las lagunas y las ramas de los árboles. Entre éstas se eligieron las más rectas, iguales y resistentes. Una, de longitud y proporciones naturales, muy apropósito para ello, se convirtió en una lanza; pero como quiera que áun así y todo aquel arma era muy poco temible por falta de punta dura para herir, Pónos le sugirió la conveniencia de fijar en uno de sus extremos un trozo de pedernal obtenido á puro golpe. El hombre en sus primeros ensayos fijó aquel fragmento (puntiagudo, y alongado) mal y asaz groseramente. Advirtió, sin embargo, la propiedad incisiva de las hojas de pedernal, cuando eran planas y con filo, y se valió de algunas de ellas como de cuchillas; aprendió de Pónos la utilidad de las mimbres, los juncos y las raices más flexibles y tenaces; vió la solidez que se obtenia liando en torno de una rama aquellas fibras vegetales; se ensayó en atar y hacer lazadas y nudos; fué observando y combinando, y como sus deseos por conseguir armas, con las cuales defenderse, rayaban en paroxismo, cuando el sol empezaba á descender, Ántropos tenia ya remedos de hachas de piedra, lanzas y cuchillos, con cuya ayuda se creia en condiciones de luchar contra las fieras de la isla.

No hay para qué decir cuánto Gina le ayudára en su faena: en atar y desatar se mostró desde luego muy diligente y muy hábil.

La necesidad más imperiosa y primera, la necesidad de comer algo, puso fin á aquellos rudimentarios ensayos de armamento, y en compañía del génio buscaron frutas para alimentarse. Entre todos

los árboles que vieron sedújoles el fruto de uno cuyo color convidaba. Ántropos se preparó á trepar y comenzó á subir abrazado á su robusto tronco. Por desgracia, en un hueco de aquel tronco estaban á la sazon haciendo su regalado panal varios enjambres solícitos. El hombre habia forzosamente de pasar por encima de aquella colmena rústica, y puso la mano desapercibido sobre su misma piquera.

Salió entonces á rechazar el ataque todo el industrioso innumerable pueblo, nublando la clara luz del mismo sol con sus millones de abejas. Todas se posaron por un instinto admirable sobre el cuerpo desnudo del trepador, quien abrazado al árbol y sin poderse valer, no pudo herir á las abejas, escapando así por ende á una muerte tan cruel como segura. Porque sabido es que basta herir á una sola para que todas, apercibidas del caso, claven su aguijon sobre el imprudente y le priven de la vida á costa de la suya propia.

¡Quieto! mi buen Ántropos, le gritó su protector, no hieras á una sola abeja, no hagas movimiento alguno. Esos animalitos te clavarian sus aguijones á la vez, y entre dolores acerbos moririas. ¡Quieto! Baja muy despacio. Mientras no hieras á ninguna, ellas tampoco te herirán á tí.

Tan oportunas prevenciones, hijas de la experiencia y el saber, contuvieron en el hombre todo movimiento brusco y Ántropos bajó del árbol pausada y despaciosamente. Quizás era aquella la primera vez que el hombre recibia una impresion violenta y no la devolvia al exterior tal cual.

Condújole entónces Pónos con las mayores precauciones á uno de los infinitos pantanos que cubrian la tierra en aquel tiempo; hízole meterse en el

agua poco á poco para desalojar á las abejas por inundacion, y cuando ya le quedaba fuera de la superficie tan sólo una parte de su rostro (toda cubierta con las abejas apiñadas), le hizo zambullir de pronto y salir á la carrera hasta la orilla. A pesar de todo no escapó el hombre sin alguna que otra picadura. El excelente génio mitigó los dolores consiguientes con el jugo de algunas plantas salutíferas, y despues de haberse proporcionado una abundante provision de frutas, les hizo sentar á la orilla de un arroyo y les habló nuevamente.

—Bueno es que vayais grabando en vuestra memoria los varios lances de este dia y su profunda significacion. En primer lugar, habeis podido comprender por la aventura de los monos que tambien se alcanza á veces el sustento en esta isla de Gé sin trabajar con el cuerpo; pero como no hay satisfaccion que no tenga su precio señalado, y no hay manera de alcanzarla si no se paga aquel precio de antemano, es necesario, cuando no se trabaja con el cuerpo, trabajar de otra manera.

—Ahora sí que no te entiendo—le interrumpió Ántropos con la boca llena.

—Pues escucha y me comprenderás. Tú no tienes la fuerza del leon, ni la agilidad del mono, pero tienes en cambio una sagacidad y una astucia que te hace superior á estos y otros animales. Cuando procuras engañarlos para que por tí trabajen, haces esfuerzos con la inteligencia, y gracias á esos esfuerzos, equivalentes al trabajo de tus músculos, puedes pagar con ellos el precio de tus satisfacciones. Valiéndote del ardid empleado con los monos, utilizaste las observaciones hechas acerca de su prurito por imitar, te propusiste convertirles en instrumentos

tuyos y, por el esfuerzo de tu cerebro, lo lograste. No has pagado como otras tantas veces el precio de tu sustento con sudor y sangre, pero te has visto obligado á pensar y discurrir, y este precio sustituye al otro y le sustituye con ventaja. Lo mismo digo de esas armas que acaricias y con las cuales te crees invencible; son una satisfaccion, pero advierte lo que te costaron.

—Eso ya lo voy entendiendo pese á mi—contestó Ántropos entre dos bocados.—Si las poseo las he pagado con mi cuerpo. Dígalo sino el cansancio de mis brazos y mis manos, y el de esa pobre mujer, quien, de cansada, no come.

—Es verdad—continuó Pónos;—esas hachas y esas lanzas se han conseguido principalmente con esfuerzos de vuestros músculos. Pero, vamos á ver: recapacita. ¿No has trabajado tambien con la cabeza y no ha sudado tu frente de puro cavilar sobre el modo de romper mejor los guijos, aprovechar sus esquirlas, fijarlas sólidamente á la madera, y al estudiar y elegir las fibras mejores para atarlas y fijarlas?

Ántropos suspendió el mascar y se quedó mirando al génio con la boca medio abierta.

—No te asombre, amigo mio—continuó el génio. —Esa doble naturaleza de tu trabajo es fuente de tus derechos y con el tiempo te hará libre. Por muchos años que vivas, apenas si tendré tiempo para hacerte comprender cumplidamente todo cuanto este misterio encierra. Hoy te lo apunto nada más. Dia tras dia te lo iré exponiendo y demostrando.

—Qué me place—dijo el hombre.—Tiempo tendremos para oir las bravas cosas que me anuncias.

—Oye dos palabras más—insistió Pónos.—Tu tra-

bajo de cabeza ha de ser reflexivo para serte provechoso, y por eso ha sido de grandísima importancia el lance de las abejas. Conteniendo tu primer impulso, has dado principio á tus conquistas sobre tí —necesario complemento de tus conquistas sobre lo demás:—si continúas venciéndote, te pondrás en condiciones de mandar. La posesion de las armas te abre el camino, porque dispuesto como te veo á luchar, te emancipas del terror, y esta es tu primera redencion indispensable.

—Me dices mucho y no lo entiendo—contestó Ántropos.—El sol se ha puesto entre negros nubarrones; siento frio despues de tanto sudar, y Gina debe tener sueño segun se muestra de callada. ¿No podrás proporcionarnos para dormir á pierna suelta, un abrigo mejor que el tronco hueco de ayer noche?

—¿Lo ves, Ántropos, lo ves? No sólo crece el número de tus necesidades, sino que apenas tienes una satisfecha, deseas satisfacerla mejor, lo cual equivale casi á una nueva necesidad. Pero es natural, es justo, y yo que nada puedo por mí solo, lo puedo todo cuando me lo exiges. En marcha, pues; no lejos de aquí sé de un vallecito donde encontrareis mejor albergue.

Así diciendo, pusiéronse los tres en pié, caminaron algun rato, y cuando ya las sombras de la noche ocultaban con sus gasas los objetos, llegaron al pié de un ribazo, á la entrada de una cueva, angosta en su comienzo, ancha, cómoda y segura en su interior. En ella penetraron cautelosamente todos tres, y entonces, despidiéndose de sus protegidos, Pónos se envolvió en su manto azul y, como el humo, desapareció.

Relámpagos incesantes iluminaban cielo y tierra.



CAPÍTULO III.

Los lances del dia anterior no habian sido en verdad muy á propósito para que Ántropos y Gina conciliaran el sueño sosegadamente á pesar de la fatiga, porque la sobreexcitacion del espíritu, aunque nazca de inesperado regocijo, se opone á todo reposo y desvela á despecho del cansancio.

Ántropos hacia esfuerzos por salir de las regiones del terror (en los cuales habia hasta entonces vegetado), á nuevo sér y á nueva vida. Los movimientos geniales de su personalidad, absorbida totalmente por una naturaleza abrumadora, determinábanse á impulsos de las primeras aunque toscas satisfacciones alcanzadas, y aquel naciente asomo de su derecho á vivir, aquella ráfaga fugaz de su futura conciencia, era la chispa de luz que habia de transfigurarle.

Por consecuencia de semejante trastorno, apenas si pudo dormitar á ratos y por brevísimos intervalos, mientras Gina descansaba dulce y sosegadamente.

Por fin, allá á media noche, la mujer pareció despabilarse, y Ántropos, aprovechando la coyuntura, dijo:

— ¡Qué oscuro está aquí dentro! ¿Oyes las voces medrosas á la puerta de la cueva? Si al ménos pudiéramos ver en rededor.

—¿No deseas sino eso? preguntó una voz hueca y campanuda con ribetes de burlona. Pues cálate esas antiparras.

En medio de la noche, con tan profundo silencio y dentro de aquella cueva, cuyos ecos hacia rato repetian silbos y zumbos del viento, la voz lúgubre del cárabo, los rugidos de las fieras, el efecto de aquellas inesperadas palabras en el ánimo de Ántropos y Gina fué, á la verdad, espeluznante. ¿Quién hablaba allí tan de repente? ¿Qué queria decir con aquello de calarse las antiparras? ¿Qué eran antiparras? ¿De dónde venia aquella voz? ¿De qué trataba? ¿Sería alguno de los duendes de quienes les habló Pónos? ¿Era, por ventura, amigo ó enemigo?

Entre tanto que así rapidísima pero confusamente discurrian abrazados de puro miedo, Ántropos sintió algo muy leve y muy frio corriéndole por la piel y pesando sobre las narices. En el acto comenzó á ver por todas partes las más extraordinarias y temerosas visiones. Millares de reptiles con alas, y rejos, y uñas, poblaban en torno el aire; mónstruos horrendos entraban por la boca de la cueva y se acercaban, se acercaban; y se movian perezosos sacudiendo sus enormes colas, relamiéndose con lenguas de cuatro palmos entre espesísimas guedejas, enseñando blanquísimos colmillos con torvo y terrible ceño. Y todo esto tan propio y

al natural, que nuestro hombre quedó paralizado y ni áun moverse podia.

—¿Qué tal, amigo Ántropos?—tornó á preguntar la misma voz burlona cuanto campanuda. —¿Ves algo?

—Todos me conocen en esta tierra, pensó el hombre para sí.

—No te quejarás—continuó la voz con jovialidad.—Ves más que si tuvieras cien ojos, y esto gracias á mis antiparras.

—¡Suéltame!—gritó por fin el cuitado.

—¿Qué dices?—exclamó la voz en son de risa.

—¡Suéltame!

—¿Quién te sujeta?

—Tú.

—¿Cómo?

—Con algo que me ciñe los miembros, los oprime, los sujeta.

—¡Qué ocurrencia!—prosiguió la voz.—Ese es el efecto de mis antiparras.

Y la gruta resonó con una carcajada estrepitosa.

Un sudor frio y copioso bañaba la frente de Ántropos.

De allí á un rato volvió á preguntar:

—¿Quién eres?

—Mírame,—replicó el trasgo.

Ántropos miró y vió delante de sí á un enano cabezudo, rechoncho, patizambo, negro de rostro, barbicerrado y melenudo, rico en colmillos y no muy pobre de uñas, uñas con las cuales, aunque mochas, procuraba infundir miedo y pavor. Era además el tal enano inquieto y bullicioso: tan pronto en acometer á quien temblaba, como fácil de ahuyentar con solo clavar en él resueltamente los ojos.

—¿Quién eres?—volvió á preguntar el hombre.

—¿Qué te importa?—contestó el enano cabezudo. —Soy quien soy. Uno de tus amigos, un compadre decidido á acompañarte como el más fiel y cariñoso de todos cuantos te esperan y celebrarán muy pronto tu venida. Apenas cierre lóbrega la noche, brame el trueno, ó te suceda un percance fuera de lo natural, cuando acudiré á tu lado para evitar que cometas temerarias imprudencias.

Gina se tranquilizó, abrió los ojos y separó el rostro del seno de su marido. Siempre curiosa sobre toda ponderacion, deseaba ya ver al duendecillo que tanto interés mostraba por su esposo.

—¿Cómo te llamas?—dijo Ántropos.

—Fobo (1), para servirte—contestó el enano.

—Y si has de ser tan mi amigo—preguntó el hombre con infantil sencillez—¿por qué me sujetas las piernas y las manos?

—¡Dale bola! Para que no te arranques de los ojos mis inestimables antiparras. Tienen esa doble virtud: hacer ver tanto como un lince, y entumecer manos y piés para evitar cualquiera temeridad.

—No quiero ver lo que veo—contestó Ántropos.—Quítame las antiparras. Pronto: ¿Por qué no me las quitas?

—Porque si así lo hiciere no seria yo quien soy. Cada uno en esta tierra tiene su modo de vivir. Yo me deleito con el temblor y la medrana de quien se mira en peligro.

—¡Vaya un gusto!—exclamó Gina sin caer en lo que hacia.

—Buenas noches, Gina, dijo el bullicioso Fobo.

(1) El miedo, progreso sobre el terror.

Buenas noches. Te creí dormida, mas ya que velas, toma otro par de mis maravillosas antiparras.

Y Gina sintió una levísima impresion sobre la nariz y comenzó á ver en seguida por el aire enjambres de insectos voladores, zumbantes y rejudos, y por el suelo fieras con melenas, ojos enormes y colmillos de leon.

—Quítame esto, quítame esto—gritó la mujer llorosa y despechada como niña.

—¿Qué?—la preguntó el enano en tono de zumba y de estrañeza.

—Lo que me has puesto sobre las narices. Veo cosas que me dan miedo, y por más que cierro los ojos las veo siempre.

—¿Y cómo siendo tan curiosa, no habias tú de ver los peligros horribles que te cercan?—preguntó burlándose el duendecillo y atronó la cueva con una y otra alegre carcajada.

Los padecimientos de aquella noche habrian bastado para poner término á la existencia de nuestros amigos si la luz rosada y suave de un nuevo, claro y apacible dia, no hubiera disipado como por encanto sus terroríficas visiones. Con la claridad del sol se evaporaron, Fobo con sus antiparras, los mónstruos y los insectos, cual se evapora la neblina con los primeros ardores matinales.

¡Raro y benéfico influjo el de la hermosa luz del sol sobre los temperamentos infantiles! Ántropos y Gina casi olvidaron por completo los sustos de aquella noche cuando salieron á respirar el aire del amanecer y se volvieron á confundir en el viviente remolino. Ni se acordaron siquiera de contar aquella su aventura á su amigo y protector.

Desde aquel dia la preocupacion constante del

hombre fué la de poseer armas mejores y más perfeccionadas. Acompañados del génio vagaron por valles, llanos y montañas, vadearon charcos y pantanos, atravesaron bosques vírgenes, y siempre y en todas partes fueron observando sin querer y sin querer iniciándose en las costumbres de pájaros y brutos, en las propiedades de las piedras y las plantas. Pero el hombre todo lo aplicaba á su manía de defensa y quiso convertirlo todo en algun arma defensiva. Poco á poco la satisfaccion de aquella necesidad desarrolló sus instintos agresivos, y desde el momento en que logró matar á otro animal se hizo cruel y, con la costumbre, sanguinario. Sus primeras hachas, lanzas y cuchillos, se perfeccionaron en forma y en solidez porque aprendió á hender el extremo de las ramas y á colocar entre las dos cachas un fragmento de pedernal sujeto perfectamente con las fibras y raices más tenaces. Despues, y á fuerza de paciencia, logró pulimentar las piedras de mayor dureza, dándolas á fuerza de retoques y por impulso misterioso, líneas y contornos gratos á la vista, y ¡cosa singular! así resultaban casi siempre más propias á sus diferentes fines.

Y no paró aquella su aficion aquí. Despues de pulimentar las piedras quiso embellecerlas y adornarlas. En sus ratos de descanso, que eran á veces no pocos, trazaba sobre los trozos de pedernal, sobre las astas ó los cuernos, hojas, flores y animales de los que tenia ante sus ojos ó se paseaban por los bosques como él. Entonces trazó las representaciones toscas é imperfectas, pero pasmosamente fieles, de algunos brutos que luego desaparecieron de la isla. Cuando Ántropos arrojó aquellos ensayos por inútiles, ó los perdió en sus correrías, quedaron se-

pultados en el polvo, razon por la cual, han llegado hasta nosotros.

Mencionamos esta circunstancia porque gracias á ella y á un procedimiento de adivinacion, seguro y maravilloso, hemos podido colegir mucho de cuanto vamos diciendo. Vean nuestros lectores reflexivos si escribimos en conciencia (1).

Despues de las lanzas y las hachas vinieron las armas arrojadizas. Cuando el hombre se persuadió del respeto que infundia á la mayor parte de los animales, se atrevió á atacarlos denodadamente, y viendo que se le escapaban por ligereza de piés, comenzó por arrojarles una piedra ó una lanza que no les alcanzaba casi nunca. Aquello le hizo desear la posesion de algun medio para lanzar á gran distancia algo que pudiera herir, y consultando uno y otro dia su deseo con el génio, despues de haberse fatigado en arrojar á rodabrazo saetas y otros proyectiles, dió con la flecha, inventó la honda y se adiestró en el tiro de ambas.

En aquella época fué nuestro hombre cazador en el interior de la isla, rebuscador de raíces cuando no encontraba frutas ó no lograba hacer caza, recolector de mariscos en la costa, y por fin, pescador dentro del agua, y si ingeniosas fueron las invenciones que su génio tutelar le sugirió para cazar y colectar, no ménos curiosas y útiles fueron tambien las aplicadas á la pesca. Cuerdas de junco, ganchos de madera, arpones de hueso, cestos y armadijos se inventaron por entonces, pero de todos aquellos artimaños ninguno tan principal como la red, si bien

---

(1) Diseños en las armas de pedernal de las edades neolíticas.

las primitivas fabricadas por Ántropos y Gina en nada se parecian á las que hicieron despues y hoy con aquel nombre conocemos. Fueron las redes al principio tejidos toscos de estos ó los otros juncos y el pescador habia de suplir la falta de perfeccion de su artefacto á fuerza de trabajo y de paciencia.

Además de estos resultados tangibles de la industria de aquellos pobres salvajes, consiguieron otros de carácter inmaterial, elaborados por su inteligencia con los datos por los sentidos recogidos y en la memoria atesorados. Diariamente veian salir y ponerse el sol; durante más ó ménos noches, contemplaban crecer y mermar la luna; si se fijaban en las nubes, mirábanlas desaparecer para surgir en el azul del cielo sin saber cómo ni de dónde; y luego caian gotas y el vendabal les azotaba, y asomaban plúmulas y plantas allí donde no existian, y los conceptos de lo visible y lo invisible, de lo mudable y permanente, de fuerzas y de misterios, se esbozaban con vaguedad en su interior.

Esto en cuanto á los fenómenos fuera de su alcance, pábulo de su idealidad. Otros más sencillos y asequibles daban el sér á varios órdenes de ideas.

Vaya en prueba un solo ejemplo.

Vagaban cierto dia por la playa, cuando advirtió la mujer que algunas conchas adheridas á las peñas estaban levantadas por un lado y como separadas de la roca á la manera que bostezan los mariscos esperando la vuelta de la marea. Sea por aturdimiento ó por natural inexperiencia, Gina metió los dedos entre la concha y la peña, deseosa de apoderarse del marisco; pero no bien sintió el ataque el animal, cuando procuró cerrar con fuerza la abertura. La

mujer comenzó á gritar bajo la impresion de un dolor inaguantable; entonces acudieron en su ayuda Ántropos y Pónos. El primero cogió una piedra enorme para aplastar el marisco, y de seguro hubiera cortado al primer golpe los dedos de la paciente si el génio no le detuviera y le enseñara á valerse de una piedrecita afilada por un lado, que introdujeron poco á poco, con unos cuantos golpecitos, hasta arrancar el marisco de la peña y dejar libre á la infeliz, ya á punto de desmayarse. De esta suerte adquirieron la primera idea del poder irresistible de la cuña.

Estas nociones, como otras muchas del mismo género, se grababan indelebles en el cerebro de los dos esposos con el buril del dolor ó del peligro.

Imposible referir á la menuda otros y otros adelantos, mezquinos hoy para nosotros porque los poseemos desde el nacer y en ellos ni reparamos siquiera, pero entonces, cada una de aquellas conquistas, triviales en apariencia, eran granitos de arena para cimentar y construir el edificio futuro del raciocinio y el saber.

Imposible nos es tambien imaginarnos ahora la trascendencia de las confusas elucubraciones de aquellos tardos cerebros, ni los esfuerzos hechos por el génio para enseñar pacientemente á sus protegidos é ir abriendo con cariño la flor cerrada de su inteligencia al aura de la reflexion y á la luz del pensamiento.

¡Cuántos ensayos, ejemplos y combinaciones no hubo de repetir á cada hora para darles nociones rudimentarias sobre el número! Juntando la unidad á la unidad y comparando los pequeños grupos con tantos ó cuantos dedos extendidos de la mano, llegó

á formarlos de cinco objetos reunidos y más tarde de diez en diez para enseñarles á contar.

Empero aquella vida al aire libre; aquel contínuo vadear pantanos insalubres; aquel dormir á la sombra despues de haber corrido por los montes; aquel desarreglo en las comidas, que no siempre fueron sanas, siendo insuficientes muchas veces; los hartazgos despues del hambre, y el frio tras el calor, concluyeron por minar la salud del hombre y de la mujer, quienes padecieron de repente fiebres malignas y casi casi mortales. Pidieron al génio algun remedio, y él los condujo á puntos elevados sobre llanuras de aire puro, aunque bastante más frio. Surgió entonces su cuarta necesidad madre: el vestido. Pónos, para empezar á satisfacerla, les enseñó á juntar en fleco y en feston yerbas secas, juncos ó espadañas á fin de hacerse un abrigo á modo ya de esclavina, ya de enaguas, para colgarle de los hombros ó de la cintura. Pobre fué aquel vestido primitivo, pero así y todo sintieron que les abrigaba, y que gracias á él y á la costumbre de cambiar de clima, podian conservar sus cuerpos en calor y en sanidad.

Al contemplarles más animados y en mejor salud, el génio les habló de esta manera:

— Grande é inestimable don es, amigos mios, la salud, y á no dudarlo el tesoro más valioso poseido por el hombre. Porque, ¿de qué sirven los manjares cuando el paladar no les apetece, ni goces, ni placeres cuando el dolor ó la desgana los amarga? Las cosas para vosotros serán segun vuestro estado. Para el enfermo la misma luz es triste y enfadosa; los campos amenos, mústios; sus gayas flores, marchitas, y el canto de las aves y los murmullos de la

fuente le entristecen ú ocasionan pesadumbre. Procurad, pues, amigos mios conservar la salud y recordad que para conservarla es necesario atender al más perfecto equilibrio. Ahora bien: hay un modo muy sencillo de conservar el equilibrio en todas vuestras funciones. Vuestras necesidades tienen, cada una, una medida fija para su satisfaccion, y tan malo es pecar de más como de ménos al satisfacerlas. En ese *más* y en ese *ménos*, está el orígen de todos vuestros errores, vicios y pecados. Nada os lo demostrará tanto, por de pronto, como vuestros alimentos: cuando comeis con exceso, se os ocasiona un mal positivo, un dolor; cuando no comeis bastante, el mal es negativo, pero es un dolor tambien. Necesitais someteros á una prudente pero severa disciplina, porque satisfacer cumplidamente, y nada más, vuestras necesidades todas como medio de mantener el equilibrio y justa ponderacion de todas vuestras facultades, es el comienzo de la buena conducta personal destinada á transformarse en los años venideros en virtudes esplendentes, con las cuales se formará vuestra corona más gloriosa: la corona del imperio sobre vosotros mismos. Las cosas grandes nacen siempre en las pequeñas, y para daros un ejemplo os diré que nada os importa tanto como conservar ilesos y completos vuestros blanquísimos dientes, vuestras muelas y colmillos. Ellos preparan convenientemente el alimento; con ellos y la saliva se dá descanso al estómago, y la fácil digestion de los alimentos contribuye á sostener en el cerebro y corazon las llamas del pensar y del sentir. Dicen que las abejas forman obreras ó reinas segun la papilla con que nutren á sus crias; pero sea de esto lo que quiera, yo os aseguro que de la buena ó

mala dentadura depende la buena digestion, y de ésta y de vuestros alimentos dependerá en gran parte vuestro porvenir. Con severa disciplina para con vosotros mismos ireis aprendiendo á distinguir lo bueno de lo malo, para llegar al concepto de lo justo y de lo injusto, hasta confundir aquellos y estos conceptos en una regla segura de conducta.

Y hé aquí cómo el excelente Pónos, despues de satisfacer las necesidades físicas de los misérrimos mortales, despues de despertar y enriquecer su inteligencia con datos externos positivos, comenzó á iniciarles en los enigmas más sutiles, sacando de la necesidad de arreglar en cada caso la conducta al fin propuesto, reglas y máximas sobre lo bueno y lo malo, engendradas al calor de las leyes de la isla en los senos de la utilidad por el prolífico egoismo.

CAPÍTULO IV.

La última plática de Pónos, repetida una y otra vez en diferentes formas y con ocasion de los contínuos excesos de Ántropos y Gina al mostrarse inexpertos ó glotones, despertó en el hombre vagos deseos incipientes de regularizar alguna cosa todo lo referente á su alimentacion. Preciso es confesar tambien que contribuyeron no poco á despertar y avivar aquel deseo las contínuas privaciones de la caza, las peripecias inseguras de sus lances, y las fatigas y peligros de aquel modo de vivir.

Ahora bien: en la comarca montuosa en donde por entonces se encontraban, pacian rebaños de cabras y de ovejas, y aunque huian por lo general al aproximarse á ellos, notaron nuestros amigos que eran de natural ménos avieso que tantos otros cuadrúpedos, y de condicion más mansa. Alguna que otra vez alcanzaron á los recentales, y no pudiéndolos criar, los mataban sin sombra de compasion, y los devoraban crudos si el hambre apretaba mucho.

Todo esto les hizo consultar con su génio protector la manera de tener siempre á la mano buen número de aquellos animales, y al escucharles su amigo les dijo poco más ó ménos.

—Otra vez os digo, y no me cansaré de repetirlo, que vuestras necesidades son á la vez impulso y manifestacion de vuestra compleja actividad: ved cómo crecen y cómo se complican. La necesidad de defenderte trajo en su compañía la necesidad *de poseer;* tu primera propiedad fueron las armas. Despues de ellas vinieron algunos toscos instrumentos de trabajo, el cuchillo, el hacha, la red. Estos trebejos y herramientas, ensanche de la propiedad, dilataron vuestra accion y os hicieron más capaces y más fuertes. Ahora sentís un vehemente deseo de ser más, de poder más; pretendeis agrandar vuestro dominio poseyendo algunos séres animados que os obedezcan y os mantengan. Sea enhorabuena: procuraré satisfacer vuestro anhelo, porque preveo que esa conquista ha de iniciar en vosotros un nuevo órden de necesidades cuya importancia supera á todas las sentidas hasta aquí. Por de pronto tendeis á emanciparos del hambre y será gran redencion. Veamos la manera de sujetar en torno vuestro esas ovejas, y entonces procuraré demostraros lo que ahora no comprenderíais.

Por disposicion de Pónos, el hombre y la mujer se separaron y comenzaron á caminar en direccion contraria para llevar poco á poco á las ovejas hácia unos despeñaderos de paso angosto y difícil, en cuyas quebradas y precipicios se proponian encerrar algunas de ellas para que el génio las redujera á domesticidad al toque de su vara mágica.

Próximos estaban ya á lograr su propósito, y Án-

tropos penetraba cautelosamente en la angostura, cuando oyó gritos lastimeros y reconoció la voz de su mujer. Comprendió que la amenazaba un gran peligro, y olvidado de la caza trepó anhelante por peñas y malezas hasta dar vista al lado opuesto. Desde un punto culminante vió con espanto que otro hombre como él, un salvaje feo, hirsuto, barrigudo, tenia asida á su mujer por los cabellos y la arrastraba sin piedad orillas del precipicio y en direccion á una espesura que se veia allí cerca.

Poseido de un furor cual nunca habia experimentado, Ántropos se lanzó ligero sin reparar en peligros; llegó gritando al punto estrecho donde la mujer y su raptor todavía forcejeaban, y á sus voces el salvaje soltó la presa y esperó al hombre á pié firme.

Ántropos, jadeante y ciego, quiso herirle con el hacha, pero su enemigo, más tranquilo y más ligero, hurtó el cuerpo y Ántropos estuvo á punto de caer arrastrado por la misma violencia de su golpe. Al querer erguirse, se encontró en los brazos del salvaje, quien le sujetaba ya la mano armada del hacha con una de las suyas.

Entonces tuvo lugar una de esas luchas indescriptibles que ha presenciado la tierra en los orígenes de la humanidad.

Sobrecojida de espanto, trémula de miedo y de fatiga, presa de una ansiedad que la privaba de sus fuerzas y sus facultades, Gina se sentó sobre un peñasco y contempló desde allí el combate encarnizado que iba á decidir de su suerte y de su vida.

Los dos combatientes agarrados cuerpo á cuerpo, con los músculos tendidos, abultadas las venas, rugiendo como tigres, se herian con los dientes y las

uñas, se golpeaban y forcejeaban, y todo esto en espacio reducido, sobre un suelo desigual, á dos pasos de un abismo.

En el furor que les cegaba, claramente se advertia en ambos el afan de sujetar al contrario para arrojarle por el precipicio.

Por fin soltó Ántropos el hacha; logró desasir la diestra y, haciendo un esfuerzo veloz y desesperado, sujetó al salvaje hediondo asiéndole por la garganta. Cesaron los rugidos poco á poco, los ojos del raptor se salian de sus órbitas; su abrazo fué haciéndose ménos violento, sus golpes se debilitaron, y al advertir Ántropos que desfallecia ciñóle por la cintura con el brazo izquierdo (sin aflojar la presa de la mano derecha) y aproximándose al derrumbadero afianzó los piés sobre los picos de las peñas, hizo otro esfuerzo supremo y arrojó la carga desfallecida en el espacio, hundiendo en él su mirada.

El cuerpo del salvaje rebotó de peña en peña tiñéndolas en rojo, y dejando aquí y allí tasajos palpitantes de su carne.

Ántropos sintió un placer feroz, su sér se inundó de delectaciones inefables. Sin ser dueño á contenerse soltó un relincho y las quebradas resonaron con aquel ritmo sacudido de la exultacion cerril. Despues, volviéndose hacia Gina vió al génio del manto azul que le miraba con gesto de tristeza profundísima.

Hubo un buen rato de silencio. Por fin rompióle Pónos diciendo:

—¡Cruel necesidad, que el hombre haya de matar al hombre! ¿No bastan las fieras de los bosques, los reptiles venenosos, los miasmas de las lagunas para diezmar vuestra raza?

—Queria robarme á mi mujer—interrumpió el hombre con altivez desusada.

—Ya lo veo—contestó el génio.—Ya lo veo. Has rechazado una agresion, has querido hacer saber que no te se molesta impunemente. Este es el aspecto más horrible de la lucha por la vida. El respeto del hombre para el hombre, con sangre se ha de amasar. ¿Quién lo diria? La primera simiente de derecho y de justicia acaba de germinar en tu pecho, bárbara, rudimentaria. ¡Cuánta, cuánta sangre no correrá antes de que broten de ese gérmen las múltiples ramas de tu conducta de relacion con los demás y den aquellas sus frutos de paz y de simpatía! Pero no me entiendes y la sangre corre de tus heridas. Vamos á lavarlas.

—Ni las siento — exclamó Ántropos con arrogancia (y efectivamente apenas si las sentia). — Yo soy yo—continuó—y quien se atreva, que venga. Mira lo que le espera: mira.

Y Ántropos señalaba al precipicio y á los palpitantes restos del salvaje.

Desde aquella lucha el hombre tuvo conciencia de su personalidad y fué creyendo que era algo distinto, algo superior á todo cuanto le rodeaba.

Pasada ya la irritacion de aquel lance axtraordinario, los héroes de nuestra historia se prepararon para llevar á cabo la conquista de las ovejas. Bajo la direccion de Pónos retorcieron una soga y aprendieron á hacer ñudos corredizos. Tornaron á perseguir á los rebaños y lograron por fin atar y sujetar un par de ovejas con cria, y hasta una cabra tambien. Presas las madres, sus hijuelos se acercaron poco á poco y los machos rondaron sin alejarse.

Pónos confió entonces á sus protegidos su varita mágica, y les dijo al confiársela:

—Ya puedo daros mi báculo; su sólo toque hará fácil y grata la tarea, y su virtud allanará los imposibles.

—Qué vara tan singular, exclamó Gina. ¿Con qué está hecha? ¿Dónde la encontraste?

—Es en efecto un prodigio — contestó el génio — es un tejido de tres cosas, hoy por hoy superiores á vuestra comprension y sin embargo comenzais á tener á vuestro alcance todas tres. Tejidas entre sí de un modo maravilloso por incognoscible artífice, de ellas dependerán en todo tiempo vuestros legítimos triunfos. Valéos de ese talisman sin empeñaros en conocer su estructura: dia llegará en que podais desentrañarle para poseerle.

Ántropos y Gina contemplaron embobados y manosearon aturdidos la vara mágica del génio. Era delgada por uno de sus extremos, y allí se advertia con claridad tres materias diferentes tejidas con sencillez, pero á medida que aquellos tres elementos avanzaban hacia el otro extremo, más grueso y más resistente, el entretejido se complicaba en mil formas y de mil maneras, y la vista más perspicaz no podia darse cuenta de los dibujos cambiantes y reflejos que á millones la adornaban.

Gracias á tan poderoso auxilio nuestros amigos lograron hacerse dueños de un rebaño que les seguia á todas partes y le encerraron de noche en un redil. No lo lograron sin embargo de balde y horros de sustos. Á las pocas noches dormian junto al redil cuando oyeron balidos, sintieron que las ovejas corrian y se arremolinaban y comprendieron que sucedia algo singular y fuera de lo ordinario. Mira-

ron, y vieron brillar en rededor luces vagarosas; escucharon, y un ruido de quijadas, un rechinar de dientes, un crujir de huesos, les heló la sangre. El hombre quiso rebullirse y se sintió como sujeto y oprimido. Al mismo tiempo advirtió una sensacion desagradable, como si le pusieran algo sobre las narices y escuchó una carcajada estrepitosa.

—Apostaria yo ahora media docena de sustos—decia la voz del enano Fobo—á que estais muertos por saber lo que pasa en torno vuestro. Tened prudencia y mirad.

Ambos á dos comenzaron á ver escenas horripilantes, y un sudor frio bañó copiosamente sus frentes. Un verdadero enjambre de lobos, tigres, panteras, y hienas, y zorros y chacales, se cebaban en las pobres reses, y al contemplar la sangre chorreando por aquellas fáuces, entre colmillos de sin igual blancura, un sentimiento de lástima se mezcló al miedo de que se hallaban poseidos.

—Vamos á cuentas—siguió diciendo el enano.—¿No sentís algo muy nuevo? ¡Y todavía no me lo agradeceis! ¡Ingratos! Antes temíais por vosotros como verdaderos egoistas: ahora, ya temblais por vuestras ovejas, y eso que padeceis os honra porque algun dia se trocará en algo muy hermoso. ¡Padecer por los demás! ¡Cuán noble! ¡Cuán generoso! Poco á poco llegará á ser achaque de vuestro corazon y entonces... ¡Ah! entonces vivireis más porque participareis de la vida sublime, libre, deleitosa de la ilusion y de la poesía.

Mala, muy mala noche fué aquella, y sin embargo, dejó recuerdos indelebles en aquel par de corazones. El hombre y la mujer sintieron por vez primera una angustia semigrata, y con ella parecia

como si se espiritualizasen sus hasta entonces groseros padecimientos. La sensacion se convertia en algo mucho más dulce y delicado: apuntaba el sentimiento.

Con la primera claridad del dia levantáronse curiosos, y entonces vieron la realidad, y hasta qué punto sus temores no habian sido ilusorios.

Restos mutilados de un sinnúmero de ovejas, cadáveres sangrientos á medio devorar, yacian exparcidos aquí y allá por la pradera. Cabezas, pezuñas, bellones empapados más bien que tintos en la sangre, entrañas, cuernos, despojos, constituian un espectáculo á cuya vista el hombre y la mujer casi lloraban.

Entre iracundos y llorosos llamaron á su buen génio y éste les acudió como de costumbre.

—¿Qué es esto Pónos?—le preguntaron los dos cuando le vieron llegar.

— Esos son los primeros peligros de la hacienda, progenitores de la prevision; esos los trofeos de un pequeñísimo episodio de vuestra lucha por la vida. La prueba de que vuestra existencia se agranda es que ya sentís el dolor de otros séres en vuestro propio sér. Vuestra sensibilidad abarca todo el rebaño. Llorais porque os duele en esos corderillos, desde hoy partes de vosotros.

—Pero ¿qué hacer? ¿cómo evitarlo?—replicaron á la vez Ántropos y Gina.

—Conquistando una fiera más vigilante y más sagaz que defienda vuestro rebaño mientras vosotros dormís. La fuerza, se rechaza con la fuerza.

—¿Y dónde está esa fiera? ¿Cómo conquistarla?

— Sosegaos y escuchadme.

—¿No has reparado, tú, Ántropos, en ocasiones

infinitas cómo te seguian en tus cacerías varios brutos de la familia de los lobos para aprovecharse de los restos de tu caza? Pues procurando tocar con mi varita mágica á los más mansos y tratables de esos brutos, obtendrás lo que deseas.

—Eso seria introducir en el redil al enemigo.

—No tal, pues si al enemigo como dices, le tratas bien y le llenas bien la panza se convertirá en amigo, comenzará por no separarse de tu lado, en donde encontrará su hartura, y poco á poco, y con el tiempo, la costumbre de seguirte, base de una como segunda naturaleza, se trocará en cariño, y con rara fidelidad te servirá.

—Haremos lo que tú digas—concluyó diciendo el hombre—porque tú todo lo sabes y no hay medio de resistirte. ¿Cuál será lo primero que debamos hacer?

—Lo primero—dijo el génio—es sacar utilidad hasta de la desgracia misma El bien brota á menudo del mal. ¿Veis estos despojos ensangrentados y sucios? Pues con esas pieles vais á ensanchar y perfeccionar una de vuestras necesidades madres, vais á consumar vuestra redencion del frio. El abrigo de vuestro cuerpo asaz defectuoso é incompleto con esas capas y toneletes de yerba, debe ya perfeccionarse. Las pieles de vuestras ovejas y carneros serán desde hoy un vestido superior. Pero además no quiero dejar pasar esta ocasion para haceros notar, como el dolor contribuye á vuestra perfeccion. Cuando me acerqué á vosotros, sólo sabíais levantar la mano para coger la fruta, escarbar con las uñas en busca de las raíces, trepar y ejercitar los músculos para alcanzar el alimento. Con paciencia y con constancia os he enseñado muchas cosas, y todas atesoradas en la memoria, en forma

de imágenes, recuerdos, impresiones, os proporcionaron medios para vivir imaginando. Además y al propio tiempo del esfuerzo corporal trabajásteis con la astucia y el ingénio, hicísteis esfuerzos intelectuales. Ahora y á consecuencia de la terrible desgracia de la pasada noche, veo conmovido vuestro corazon y estais dispuestos á trabajar tambien con él para defender vuestro rebaño. Al interés egoista se mezclan ya la compasion y el cariño. No sabeis vosotros la fuerza nueva, la energía invencible que estos sentimientos van á inocular en todo vuestro trabajo, porque á la sensibilidad del cuerpo comienza á sustituirse la sensibilidad del espíritu, fuerza motriz incomparable. La sensacion, la idea, el sentimiento se empiezan á entretejer rudimentariamente en tí como se tejen y confunden las tres materias de mi vara mágica. Vamos ahora á cortar, unir y preparar vuestros vestidos novísimos.

Así diciendo hizo recojer las pieles más enteras y fué dictando las operaciones á que debian someterlas.

Primeramente se limpiaron, rasparon, lavaron, estiraron y aderezaron; despues se cortaron con el cuchillo de pedernal en muchas y muy peregrinas formas, y por fin, bien aguzando una rama, valiéndose de una espina, ó utilizando la punta del cuchillo, se taladraron, se unieron y cosieron con unas tiras ó corregüelas de las mismas pieles. Gina en todas estas operaciones demostró una aptitud muy feliz: cortó, pegó, añadió, cosió. Cuando se veia apurada, un toquecito de la vara mágica del génio lo arreglaba todo por ensalmo, y la obra á cada toque con admirable rapidez cundia.

Al amparo de tan eficaz auxilio no es maravilla si el ingénio femenil diera en aquella ocasion uno

de sus más útiles frutos. Para facilitar la sujecion de algunas prendas y poderlas vestir ó desnudar con lijereza, Gina empleó una estaquilla, asegurada en su comedio con un cabo de correa, é introduciéndola de punta en un ojal ó cortadura, la cruzó sobre la misma para evitar que se saliese. Más tarde vió por experiencia que la estaquilla se salia del ojal cuando giraba, y buscando la manera y forma de atravesar sobre las cortaduras de las pieles algo de resistencia transversal contínua, inventó el boton, ese elemento necesario y hasta indispensable en la futura indumentaria.

El resultado fué que antes de mediar su curso el sol, nuestros pastores tenian buenas pellicas, albarcas en los piés, y hasta un gorro puntiagudo en la cabeza.

Mucho se refocilaron nuestros dos amigos con aquellos nuevos trajes. Sentian un bienestar inefable, porque su cútis y sus miembros adquirian por momentos extraordinaria sensibilidad; mas no por esto olvidó el hombre la promesa de su génio tutelar ni las angustias de la pasada noche. El sol descendia hácia su ocaso y el hombre comenzaba á presentir y á temer otras escenas igualmente horribles para la venidera. ¡Singular influjo de sus nuevos y más delicados sentimientos que así avivaban su prevision haciéndole presentir para su bien los males inminentes ó futuros!

Acto contínuo y con admirable diligencia hiciéronse por indicacion de Pónos unos hoyos tendidos y profundos en una pradera angosta, cerrada por ambos lados con laderas empinadas. Aquellos hoyos se cubrieron con ramas y con césped primorosamente. Subiéronse despues los cazadores por los

altos, ocultáronse entre la espesura, acecharon el momento en que los perros cerriles vinieron á beber en un arroyo que por el hondo corria, y saliendo de pronto, y dando voces, lograron que los animales huyesen por la pradera. Varios de ellos en su huida cayeron dentro de las trampas, y una vez presos en aquellas cárceles Ántropos les alcanzó y les tocó con la vara.

Por consejo del buen Pónos arrojóles dentro de los hoyos una buena provision de carne de las ovejas muertas por las fieras. Cuando los perros estuvieron hartos hasta el punto de no poderse mover, les sacaron de las trampas y les llevaron consigo.

A la mañana siguiente y despues de haber dormido juntos, los perros lamian manos y piés á la mujer sin dejar de mover la cola obedientes y sumisos.

A los pocos dias Ántropos y Gina habian repuesto su rebaño, y los perros ahuyentaban de noche con sus ladridos los lobos, y defendian al redil.

Cuando el admirable Pónos vió asegurado el sustento de sus protegidos y regularizadas sus comidas gracias á la leche y á la carne del rebaño, se propuso prepararles á un nuevo género de vida, y les dijo lo que se verá en el capítulo siguiente:

CAPÍTULO V.

Aprovechando el génio bueno de la isla de Gé la serenidad de ánimo y buena disposicion de Ántropos y Gina en uno de sus descansos vespertinos, despues de ordeñar y de beber la siempre sabrosa leche, sentóse sobre el tronco añoso de un árbol tumbado por el viento y les habló en estos términos:

—Vuestro trabajo se va transfigurando. *Ya podeis imaginar un dia por cada ciento de fatiga y de sudor*. Ya no padecereis hambre ni sed, si sabeis conservar los frutos de estas vuestras más fáciles victorias. Reparad cómo y cuán pasmosamente se aumenta vuestro bienestar. El hacha, el cuchillo, la red, el arco y la flecha os aliviaron en parte del trabajo corporal, de la fatiga repugnante que os confundia con los brutos; esas y otras máquinas inanimadas, movidas por vuestro brazo, contribuyeron á satisfacer mejor y más cumplidamente vuestras necesidades más groseras. Ahora esas otras máquinas animadas dispuestas por la naturaleza para venir en vuestro auxilio, comienzan á redimiros de otra parte no pequeña de vuestros esfuerzos corpo-

rales. La série interminable de pequeñas redenciones sigue su curso. Ya no padecereis hambre ni sed gracias á la posesion de esos animales estólidos pero mansos, inofensivos y por lo mismo inocentes. Mirad cómo bajan la cerviz en son de humilde sumision; como recatan los rasgados ojos y os permiten tomarles los hijuelos sin dar señales de temor ó de coraje. ¿No se os antoja que fueron creados para ser los primeros en recibir el blando yugo de vuestra naciente autoridad? De vosotros esperan proteccion con la más indiferente confianza. Doléos de su flaqueza y tratadles con cariño, en cambio del sustento y del abrigo con que os brindan sus cuerpos y sus vellones.

—Descuida, descuida—exclamó Gina—los quiero ya más que á mí misma.

—Siempre, siempre apasionada—replicó el génio.
—Pues ese cariño naciente hácia tus ovejas tomará nueva y más perfecta forma si sabeis agradecer los buenos servicios del perro. Ellos tambien toman á su cargo mucha de vuestra fatiga. Sin ellos mal podríais descansar de noche, y á los afanes del dia tendríais que añadir los necesarios para guardar vuestro rebaño. Mansos, fieles, obedientes llegarán á formar parte de vosotros mismos á fuerza de procurar leer vuestra voluntad en vuestros ojos, de renunciar á sus gustos, costumbres ó inclinaciones y de copiaros é imitaros. Si os mostrais vivos ellos lo serán, si iracundos propenderán á acometer; si afables y bondadosos, vuestra bondad se reflejará en su mansedumbre. Su olfato pondrá la caza en vuestras manos, su arrojo defenderá la hacienda; su instinto les transformará en los más inteligentes de todos vuestros servidores. Y no achaqueis, no, á vi-

llanía cuando despues de sufrir los arrebatos de vuestra ira y vuestros crueles tratamientos os laman las manos amorosamente: si vileza fuese tanta sumision, os abandonarian en seguida cuando os vieran en peligro, y observareis por el contrario que, si despues de haberles maltratado, os acomete un enemigo, se olvidarán de golpes y humillaciones para perder la dulce vida por quien áun siendo su verdugo consideran siempre como su amo. ¡Cuántas lecciones nobilísimas recibireis de ese bruto! ¡Cuán beneficiosa y grata será la accion callada y misteriosa de su ejemplo sobre vuestro corazon! ¡Cuán pasmosamente se inocularán algunas de sus virtudes en vuestro modo de ser! En ese admirable compañero todo es cariño, todo lealtad, todo abnegacion. Hallareis distraccion en su inteligencia, consuelo en su amistad, auxilio en los peores trances, y cuando todos os abandonen en la tierra, no temais, no, que el perro os abandone.

—A la verdad—exclamó Ántropos—que me voy convenciendo de todo eso y desde que tengo perros se van despertando en mí ideas muy singulares.

—Vamos á ver—preguntó Pónos—¿cuáles son esas ideas?

—¿No me acabas de decir que las ovejas y los perros parecen hechos por alguien para venir en mi ayuda, trabajar conmigo y ahorrarme mucho trabajo?

—Así es. Las ovejas pueden considerarse como animales creados para hacer carne, leche y pieles á fin de satisfacer tu hambre y de cubrir tu desnudez. El perro es otra máquina animada, admirablemente dispuesta, para vigilar, avisarte del peligro, seguir la pista, descubrir la presa y hacer posible tu descanso.

—Pues bien—preguntó el hombre—¿quién hizo la oveja y quién ha hecho el perro? ¿Quién les puso en esta isla para servirme y auxiliarme?

—Difícil es contestarte—añadió el génio sonriendo al escuchar preguntas tan inesperadas.

—Pues yo lo voy adivinando—prosiguió Ántropos con grave formalidad.—Me parece que no estoy sólo en esta isla.

—Ya lo creo—exclamó Pónos.—Además de todos los animales inferiores, está poblada de semejantes tuyos, y sus bosques y sus montañas encierran miles de séres como tú. El lance de Gina y el salvaje te lo ha debido demostrar.

—No es eso, no es eso, Pónos. Hay alguien que ve más que yo, que corre más que yo, que puede más que yo.

—A ver, á ver, á ver amigo Ántropos.

—Escucha. Ya varias veces me ha sucedido que durmiendo me haya dividido en dos. Anoche mismo me acosté y para asegurarme de que mi cuerpo no se movia de aquí, até á un árbol una soga y me eché un lazo al pescuezo. Pues bien, á pesar de ser oscura la noche volví á ver la luz del sol, corrí á campo través detrás de las cabras, vadeé pantanos, subí laderas, salté á los más hondos precipicios, y todo esto sin mojarme, sin cansarme, sin herirme, porque cuando me desperté, aquí estaba en la mismísima postura y con la soga al cuello sujeta del mismo modo. Yó, este yó no se habia movido de su cama: el otro yó, no habia sosegado y habia alcanzado al sol.

—Vaya una gracia—gritó Gina al escuchar á su marido.—A mí me pasó lo mismo muchas, muchísimas noches. Unas veces voy huyendo de las fieras

y apenas puedo correr; otras subo volando como un pájaro hasta el pico más alto de una sierra y allí te topo, sin saber cómo ni por dónde, y luego de repente me encuentro cosiéndote una pellica. Despierto y nada : no me he movido del rancho.

—¿Lo estás oyendo Pónos? ¿Ves cómo es cierto lo que digo.

— Te oigo y te entiendo, pero no alcanzo á dónde vas á parar.

—Pues es muy sencillo—concluyó diciendo Ántropos.—Yo no soy uno, yo soy dos. Aquí dentro de este cuerpo hay otro Ántropos formado de aire. Cuando el Ántropos de carne y hueso duerme, el Ántropos de aire está despierto y corre lejos, muy lejos y á todas partes va y no hay nada que le sujete ó le hiera. Como que es de aire. De aire, ¿me entiendes?

Al oir aquella ocurrencia tan peregrina, pero tan natural, la sonrisa de Pónos se cambió en gesto de meditacion. Al cabo de un rato dijo :

—Qué me place amigo Ántropos. Tu razon va despertando : pero eres uno, muy uno y lo que me cuentas es un fenómeno sencillo aunque te parezca á tí maravilloso. Eso que para vosotros es la misma realidad no pasa de ser un sueño. Cuando vuestro cuerpo se entrega al descanso y se queda como muerto, vuestro espíritu se agita y veis en sueños sombras y ficciones.

—Pues bien—insistió Ántropos—eso que tú llamas espíritu es lo que yo llamo mi otro yó. Y si no... ¿por qué me veo yo tal cual soy con brazos y piernas y cabeza? Todavía hay más; ¿por qué me acompañan mis perros y veo y oigo y palpo lo mismo que cuando estoy despierto? ¿Hay mayor prue-

ba de que ese Ántropos que anda y corre y caza y siente, mientras mi cuerpo está muerto, es otro Ántropos viviendo dentro de mí?

— Pues á pesar de todas esas ilusiones eres uno, y tus sueños no tienen realidad.

— Eso no puede ser, eso no es cierto y todo cuanto me digas será inútil. Ahora comprendo quiénes son los que me hacen rabiar y padecer. Esta isla que tú llamas encantada, está poblada de séres invisibles para perseguirme y dañarme. Ya los iré yo conociendo y como no podré luchar con ellos y vencerlos cual vencí al raptor de mi mujer, procuraré ponerme bien con ellos. Así no me han de hacer daño.

— ¿Cómo?—le preguntó Pónos.

— Muy sencillamente. Si veo que tienen hambre, mataré hasta mis ovejas y mis perros y se los ofreceré para que se los coman; si son crueles, sanguinarios — y de seguro lo serán — mortificaré á todos y á mí mismo, correrá la sangre agena y la mia. ¡Ah! yo me entiendo: los aplacaré, los aplacaré.

— Mal camino es ese Ántropos y por él sospecho que has de aumentar tus angustias si por completo no te descarrías.

—Pues déjame á mí que yo me entiendo—insistió el hombre en tono imperativo.—Nos has dicho que tu mision es obedecernos y yo te mando callar. Dime lo que hemos de hacer para llevar mis armas, mis pellicas y mis trebejos, porque el rebaño necesita buenos pastos, y Gina y yo no podemos seguirle con la carga. En cuanto á lo demás voy viendo claro, muy claro.

— Eso mismo te se figurará en todo tiempo, siempre — se atrevió á decirle Pónos. — Lo que sientas,

lo que pienses, esa será para tí la realidad. ¿Cómo hacerte comprender que existe aquello que ignoras, ó que sean ilusiones lo mismo que ves ó crees ver? El mundo de tus propias creaciones, ese será para tí el solo mundo verdadero.

—Déjame en paz y á servirme. ¿Cómo podremos llevar nuestro ajuar todo con nosotros?

Ante aquella determinacion del hombre, Pónos comprendió que en la naturaleza de Ántropos el sentimiento de la fé era tenaz y que en vano seria contradecirle. Cedió y fió al tiempo y á la esperiencia la enseñanza de sus protegidos.

—Sea enhorabuena—dijo suspirando el génio.—Necesitas alguien que te lleve el ajuar, cada dia de más peso y más balumba, y es necesario proporcionarte lo que pides. Con la posesion de tu rebaño tienes una necesidad más: la de moverte, la de locomocion, y como la isla de Gé encierra maravillas y más maravillas, en ella encontrarás cuanto deseas si atiendes á mis consejos. Necesitais un criado dócil paciente, robusto, buen andador, si bien no corredor veloz; sóbrio para que os acompañe por breñas y por desiertos, sufrido para no sucumbir bajo las faltas de vuestra inexperiencia; de buen olfato, de esquisito oido, y tan firme de piés que huelle con seguro casco el borde de los precipicios. Conviene además que sea recogido de remos á fin de poder atravesar la maleza, y de piel tan dura sana y seca que ni sude, ni recoja el polvo, ni sufra sobre su cuerpo bichos parásitos, dañinos cuanto molestos. Todas esas cualidades, verdaderamente extraordinarias, habrá de reunir vuestra primera acémila, porque si fuera flojo caminante, mal os podria seguir; si veloz os burlaria; si delicado de diente no

podríais recorrer las regiones faltas de pastos ó fuentes; y si fuese delicado de piel, de cuerpo sucio ó enfermizo, ¿cómo habríais de echar sobre su lomo la leña mal pergeñada, ó montarle medio desnudos á riesgo de contaminaros con feas y repugnantes dolencias?

—Eso seria un bruto á pedir de boca. Si le logro soy feliz.

—Pues ese es el que te voy á proporcionar. Fabulosa te parece ahora la existencia de semejante servidor. Lo mismo te sucederá á cada nueva conquista: todas son verdaderas maravillas pero una vez conseguida, ninguna te lo parecerá.

Pónos hizo que el hombre y la mujer se pusieran en acecho entre unas matas de mielga inmediatas á una pradera verde y aterciopelada, por cuyo centro corria un fresco y tortuoso arroyo; recomendóles la paciencia y les hizo saber que allí bajarian á retozar y revolcarse los burros que habian de llevar su carga.

—Estad alerta—les dijo—y cuando veais que el animal se tiende de costado y pega la cabeza al suelo aproximaos con sigilo y echadle sobre el otro ojo una pellica, una piedra, cualquier objeto. Si lograis que se quede á oscuras estando así tendido en tierra, no se moverá (1) y le podeis sujetar con una soga, tocarle con la vara mágica y hacerle para siempre vuestro.

Nuestros amigos no se descuidaron. Permanecieron todo el dia ocultos entre las mielgas, y muy entrada la tarde vieron llegar á la pradera media docena de pollinos. Sin embargo, nada lograron aquel

(1) Véanse Buffon y otros naturalistas.

dia. Aquellos animales ariscos y cerriles como ningunos otros, ni se acercaron ni se tendieron. Todo lo contrario: sus orejas enormes pusieron pavor y espanto en el corazon de los cazadores, y cuando uno de ellos soltó la voz á los vientos, Ántropos y Gina se sobrecogieron de terror. Era la voz más brava y sonorosa que habia llegado á sus oidos: excepto el rugido del leon nada les habia impresionado tanto. Sospechamos además que, para amedrentarles, Fobo les puso sobre la nariz un par de sus antiparras. Se retiraron medrosos, y despues de contar á su buen génio cuanto les habia sucedido, Ántropos confesó con ingenuidad el miedo que aquellos brutos le inspiraban.

No hay para qué decir que Pónos les disuadió de su error, y que alentados por sus palabras volvieron una y otra vez á su escondite y se fueron familiarizando con la vista de los burros.

A fuerza de paciencia, y despues de ensayos infinitos, todo sucedió cual habia dicho Pónos: un pollino de lustroso pelo se acercó á las mielgas y Ántropos le contempló tan cerca que durante largo tiempo ni se acordó del objeto de su caza. El animal entre tanto echaba los cuatro cascos al aire, se cuneaba sobre el espinazo, movia gozoso la pelada cola y restregaba la cabeza contra las flores cariñosamente. Por fin cansado de rascarse, revolcarse y restregarse tendió de costado los remos mortecinos, dió un par de resoplidos estruendosos y estiró el cuello y el hocico quedando inmóvil con un ojo apoyado contra el suelo. Saliendo el hombre de repente y tapándole la vista con una piel de carnero, le dejó inmóvil y de él pudo apoderarse.

Tras aquel nuevo servidor Ántropos domesticó

otros varios de diferentes sexos, edades y condiciones, hasta el punto de poseer una recua muy lucida, con lo cual se aficionaron ambos á viajar en piés agenos. Además de esta ventaja, nada les estorbaba multiplicar sus armas y vestidos; añadir vasos de madera y calabazas á los pellejos y á las odres, y recojer para trasportar consigo, todo cuanto les sirviere. Hasta los recentales aspeados ó demasiado tiernos para seguir á sus madres se pudieron trasladar cómodamente dentro de unos serones espaciosos, tejidos por los pastores, en sus ócios, con juncos ó con esparto.

Cuando Pónos vió á sus protegidos más satisfechos y alegres mediante aquel principio de riqueza, aprovechó la coyuntura y entabló con ellos el importante diálogo siguiente:

—Comienza para vosotros nueva vida. Vuestro ganado necesita yerba en abundancia, pasto siempre fresco, y para proporcionársele vais á emprender una existencia nómada ó errante. Así recorrereis la tierra, descubrireis nuevos horizontes, ireis conociendo y estudiando la isla de Gé, morada cómoda y fecunda para vosotros y para vuestros hijos por mucho, mucho, mucho tiempo. Esta vuestra nueva vida continuará enriqueciendo vuestra memoria con hechos del mundo en que vivís, pero siendo como será un paréntesis de relativa quietud en vuestras luchas con las fuerzas y fenómenos de la naturaleza, tendreis tiempo para observar los actos y pensamientos de ese otro tú, visto confusamente en sueños. Con las conquistas groseras exteriores, alternarán sin remedio otras ménos tangibles sobre tí. Y si te empeñas en considerarte como dos, y en separar tu cuerpo de tu espíritu, sea como gustes; considérate

enhorabuena compuesto de dos Ántropos distintos y hasta sepáralos por un abismo. Lo que ha de ser sucederá y tus ensueños no han de cambiar el curso de las cosas. Abstraigamos, pues, del mundo material, para entendernos mejor, á ese otro Ántropos formado con aire. Durante tu peregrinacion en pos del rebaño y de la recua, por la fuerza misma de las circunstancias, comenzarás á pensar en tí y llegarás á ser mejor, si bien tardarás años y más años en merecer el sobrenombre de bueno. Porque satisfechas tus más apremiantes necesidades, gozarás de algun solaz; el Ántropos impalpable se agitará como en tus sueños; irá, vendrá, indagará, subirá á las nubes, bajará á la tierra, y esa curiosidad, hasta aquí circunscrita á las cosas tangibles, se extenderá á otro órden de aventuras dentro de un mundo fantástico.

—Sospecho, sin embargo—dijo el hombre—que he de aburrirme grandemente. En medio de sus peligros, la caza me solazaba. Ahora voy á hacer lo mismo todos los dias y esto es poco divertido.

—No lo creas, amigo mio, no lo creas. Necesitas una tregua en tu lucha con la naturaleza. A la actividad del Ántropos de carne y hueso vá á suceder la actividad del Ántropos invisible, y en verdad, en verdad te digo que esta actividad ha de ser más sostenida y te ha de seducir bastante más que la primera. Eso mismo se ha de repetir una y otra y otra vez. El trabajo y diligencia de cada uno de tus dos indivíduos, ha de preparar alternativamente con sus triunfos, nuevas victorias al otro. Para animaros, entreteneros y guiaros se os aparecerá de cuando en cuando mi hija, cuya presencia bastará para romper la monotonía de vuestra nueva existencia.

—¡Cómo!—gritó Gina alborozada.—¿Tienes una hija? ¡Y nada nos habias dicho!

—Tengo *dos* á quienes pueda dar con todo amor ese nombre tierno y dulce—contestó Pónos.—¡La otra.....!

Sin dejarle concluir una frase comenzada por la tristeza mismísima, Gina preguntó:

—¿Las quieres mucho?

—Muchísimo; tanto como se quiere á los hijos desgraciados.

—¡Desgraciados! ¿Y por qué?

—Porque la mayor está en manos de nuestros enemigos, prisionera y encantada, y porque la menor es muda.

—¡Muda!—exclamaron los dos esposos.—¿Y qué es eso?

—Que no puede hablar como nosotros. Que sólo sabe articular dos palabras únicas.

—¿Cuáles?

—*«Quizás»: «mañana.»*

—Poca cosa es esa para entenderse con nosotros.

—Y sin embargo con esos dos vocablos tan sencillos dá á entender más que nosotros con todos nuestros discursos.

—Bien haces en repetir que todo es aquí un prodigio y que la isla de Gé es una isla encantada.

—¿Cómo se llama la muda?—preguntó Gina.

—ELPISA (1).

—¿La conoceremos pronto?

—La conocereis muy luego, pues vuestra naciente riqueza os va haciendo ménos rudos, más simpáticos. Elpisa es tímida sobre todo encarecimiento.

---

(1) La Esperanza.

Dicho lo cual, y viendo el génio cerrada ya la noche y á sus protegidos en actitud de dormir, se envolvió en el manto azul y Ántropos y Gina, agitando y revolviendo allá en su mente el nombre y la mudez de Elpisa con otros cien conceptos inconexos ó recuerdos vagos, permanecieron silenciosos procurando recordar y comprender las últimas palabras enigmáticas de su génio protector.



CAPÍTULO VI.

Antes de pasar más adelante en la peregrina historia comenzada, conviene referir fiel y minuciosamente los nunca imaginados acontecimientos que tenian por teatro otra region de la isla.

Allá en medio de sierras, como pocas agrestes y desnudas, dentro de una caverna espaciosa, lóbrega, desapacible, el jigante Dinamion (1) reunia en torno suyo á los próceres y plebe de su novísima córte, á los secuaces de su entonces limitado y despues dilatadísimo imperio. Dando prepotente el rostro á los escasos resplandores de la luz de fuera, veíasele inmóvil sobre un enorme canto, pues tan pobre, tosco y duro era á la sazon el trono de aquel ínclito monarca. Sin otra vestidura que una piel de tigre, sin más alfombra que el musgo, flotante la roja cabellera, crespa y retorcida la espesa, rubicunda barba, giraban sus pupilas de ascua debajo de un ceño torvo, como centellea la tempestad por debajo de las nubes. Apoyada la robusta diestra sobre la rodilla, y la siniestra, no ménos nervuda, en la ñudosa tremebunda clava nos atreveríamos á decir, si gozáse-

(1) La fuerza, en su acepcion política ó social.

mos del fuero de poeta, que emulaba en su imponente apostura la olímpica majestad del Júpiter de Homero.

Á su derecha, menor en estatura y más recogidita de miembros y persona, ocupaba un canto humilde, la astuta y vigilante Seuda (1) la consejera del jigante. Era esta vieja un enigma; su cuerpo, más bien que verse, se adivinaba con trabajo porque de piés á cabeza la cubria un manto sin igual por lo maravilloso. Componíase este manto de tres capas de un tejido transparente y sutil como la bruma, y á cada capa exornaba la representacion artística de cien caretas pintadas con tal verdad y enlazadas con tal arte sobre aquel fondo vago y nebuloso, que al plegarle y sacudirle el viento se barajaban y mezclaban, se asociaban y se confundian las efigies y los rostros de la astucia, la falacia, la hipocresía, la doblez, la vanidad, la soberbia, la envidia, el ódio, la ambicion, la codicia y la avaricia, la venganza y la concupiscencia para producir en el espectador un verdadero mareo. Sin saber cómo, sin que la vista más perspicaz alcanzara á vislumbrar el juego del triple impalpable manto, una de aquellas cien caretas, y á veces dos, y á veces tres, se reflejaban sobre el rostro de la bruja sirviéndola de antifaz mientras las restantes se agitaban sobre su cuerpo contrahecho para constituir una como atmósfera envolvente, y ser, segun la ocasion, su velo, su traje y su tocado. Dos brazos amojamados con dos manos que por lo secas parecian garras, eran las únicas partes de su cuerpo de vez en cuando visibles, cuando sacándolas al través del hervidero de antifaces

---

(1) La mentira.

apoyábase encorvada sobre un báculo ñudoso, negro y retorcido.

Detrás de estos dos personajes, tan diferentes en garbo y en estatura, veíanse otros tres de pié y á distancia respetuosa.

La figura de enmedio en aquel grupo estaba cubierta con un velo negro, tupido, rozagante, al cual velo, un aro fortísimo de hierro sugetaba en derredor de la cabeza. Nada, absolutamente nada podia columbrarse de sus facciones ó su busto, y sin embargo, el talante y apostura, la majestad del andar, la nobleza de sus movimientos todos, revelaban desde luego debajo de aquel lúgubre vestido y de la argolla durísima, una mujer de bellas, graciosas y esculturales proporciones.

Esta misteriosa cuanto simpática figura tenia á su lado y á manderecha una como mujer de rostro ancho, de frente deprimida, ojos inquietos y verdosos, pómulos salientes y retorcidos colmillos, cuya cuasi-mujer acariciaba un látigo de alambre con impaciencia nerviosa. Á la izquierda de la enlutada y como de pareja con la arpía, habia otra á quien llamaremos hembra ya que no podamos resignarnos á darla el dulce nombre de mujer. Era tan obesa como de mirar estúpido, tan velluda como satisfecha, tan perezosamente indiferente como voraz y comilona, pues con los párpados medio entornados y dos enormes orejas siempre en movimiento, rumiaba sin cesar, como los bueyes, y rumiaba regoldando. La primera se llamaba Apenia (1), la segunda se apellidaba Anoya (2).

---

(1) La crueldad.
(2) La ignorancia.

Por el frente de Dinamion, á su derecha, á su izquierda y por detrás, en ancho y espacioso corro, en ruidosa y apiñada muchedumbre, se tendian los demás innumerables próceres, amigos y comensales del Señor de la caverna, á muchos de los cuales irán conociendo nuestros lectores en el trascurso de esta veraz y minuciosa historia. Unos de pié por parejas ó en pequeños grupos; otros tendidos sobre el suelo en toda clase de posturas, hablaban, gesticulaban, se esperezaban impúdicos, ó fijaban panza arriba los ojillos soñolientos en las fantásticas rugosidades del techo y de las paredes.

—¡Próceres y amigos!—gritó por fin Dinamion—y su acento cual trueno sordo, estridente, pavoroso, rodó botando y rebotando por aquellos antros infinitos. Todos los circunstantes volvieron con presteza el rostro y aguzaron el oido.

—¡Duendes y trasgos! ¡Ilustres servidores!—continuó Dinamion—ya sabeis nuestra resolucion heróica: hemos jurado emanciparnos de la tutela de Pónos, y vamos á discutir sobre los medios conducentes á vivir sin trabajar. Hijo de la casualidad y del misterio, ignoro quién fué mi padre y hasta sospecho á las vegadas si broté expontáneamente en alguna region malsana de esta tierra; pero de seguro habria perecido antes de romper á andar, si vosotros no me hubiéseis dado vuestro cariño y vuestra sangre. A todos debo favores, á todos quiero pagar. Seuda como nadie merece mi gratitud. Ella cuidó de mi niñez, en su regazo crecí y gracias á su crianza, á su amor, á sus lecciones, he llegado á ser vuestro caudillo. Soy fuerte, y como carne de vuestra carne y nervio de vuestro nervio, me encuentro decidido á hacer sentir á la isla, de mar á mar, de

sierra á sierra, todo el peso de mi clava. Cansados estamos ya de leyes y zarandajas. La fuerza es mi suprema ley; si me seguís valerosos, haremos cuanto se nos antoje. Ahora mi consegera piensa exponernos su plan: oigámosla con atencion. Habla Seuda, habla, habla.

Al escucharse interpelar de aquel modo, la bruja de las cien caretas se irguió sobre el negro báculo y soltando una tosecilla sequerona, dijo:

— ¡Habitantes de esta isla encantada de Gé! Recibimos por señor á Pónos y por ley ineludible el trabajar para vivir. Parecia en un principio como que no habia escape: toda satisfaccion se habia de adquirir forzosamente con trabajo y con más ó ménos trabajo habíanse de pagar goces, disfrutes y solaces. Hasta para comer las peras ya maduras, era forzoso levantar la mano, doblar ó fatigar el cuerpo. Tal la ley con que pretendiera Pónos embaucarnos, y eternamente hubiéramos gemido bajo su yugo ominoso, si yo no hubiese observado la falsedad — más diré — lo absurdo de toda aquella doctrina. No amigos mios: no es ineludible el trabajar para gozar. La astucia logra imposibles. Trabajen enhorabuena, los pobres de espíritu ó de cuerpo; nosotros los inteligentes, y por lo tanto, los próceres, no nos avenimos á la ley. Con la fuerza, con astucia, escamotearemos los dulces frutos del afan ageno. El sello de la superioridad consiste en esquilmar y dominar holgando. Quien quiera seguir á Pónos, abierta tiene la salida: quienes sientan en su pecho la noble inextinguible llama, sigan ciegos y entusiastas al fuerte, al poderoso, al magnánimo Dinamion. Los fines y los caminos de esta mísera existencia son en mi concepto dos: ¿Qué

preferís, amigos y compañeros, gozar ó trabajar?

—Gozar—gritó furioso y unánime el concurso.

—Pero ¿querreis gozar trabajando?—preguntó con ironía la vieja.

—No, no—tornó á vociferar la reunion unánime.

—Sea enhorabuena—prosiguió Seuda—gozareis y no trabajareis. Mas para lograr vuestro propósito, teneis que obedecer á nuestro amo y os debeis inspirar en mi sabiduría. Vamos ahora á los medios y detalles para alcanzar nuestro objeto. Tenemos frente á nosotros un enemigo nada despreciable. Pónos con su vara mágica hace milagros sin cuento y no hay que pensar en apoderarnos de él. Con envolverse en su manto azul, nos burlaria; con sólo huir de nuestro lado, nos sitiaria por hambre; sin él no habria lo mismo que codiciamos. Siga pues en libertad para engañar á los necios dispuestos á rendirle culto, porque habeis de saber, que adorado por los predestinados al trabajo, ha de llenar la isla de riqueza, de regalos, de placeres, y si logramos esclavizar á sus protegidos, todo cuanto produzcan será nuestro. A fin de poder hacer esta conquista, de la cual depende vuestra holganza, y vuestra hartura, hemos retenido, prisionera aquí, á la hija predilecta del odiado Pónos. En rehenes entre nosotros, cubierta con un manto negro por fatal encantamiento, los servidores de Pónos vivirán á ciegas, sin su luz, y Pónos mismo, temiendo siempre por su hija, habrá de acudir aquí para contemporizar. No lo dudeis amigos queridísimos: aguzando yo el ingénio y prestándonos nuestro amo el auxilio de su invencible brazo, pronto tendremos á los demás humillados bajo el pié para gloria de nuestra santa causa.

—¡Viva Seuda! ¡Viva Dinamion!—interrumpie-

ron los concurrentes.—¡Guerra á Pónos! ¡Guerra á todo trance!

—Nuestra primera diligencia—continuó Seuda—ha de ser averiguar si Pónos se ha dado á conocer á la pareja con cuya ayuda debe realizar portentos segun nos dijo no há mucho. Es necesario obrar sin pérdida de tiempo, pero es necesario obrar con perfecto conocimiento de causa. A este fin hace ya muchos, muchísimos dias, que el sutil y diligente Fobo á la cabeza de otros nuestros emisarios, recorre toda la isla, escudriña valles, montes, llanos, costas, y segun mis presunciones pronto debe estar de vuelta. Entonces sabremos si Pónos se afana con sus criaturas y si se encuentran en camino de presentarnos la batalla para reducirnos, segun pretende, á servidumbre y obediencia.

En aquel momento un murmullo lejano entre los grupos más inmediatos á la entrada de la caverna interrumpió á la bruja en su peroracion. Aquel murmullo fué tomando cuerpo y aproximándose hácia el trono — como ruido producido por el viento en un cañaveral ó la ola que sobre la playa rueda, — y á poco se vió llegar con extraordinaria diligencia á un entezuelo, cuya catadura no nos es desconocida. Fobo se adelantaba con gran prisa por entre los circunstantes y éstos le cedian indolentemente paso. Atravesó por entre la muchedumbre abriéndose calle con las manos y los codos; llegó por fin al comedio del ancho corro frente á Seuda y Dinamion; aplicóse las manos á las caderas como para tomar resuello, y con cómica gravedad dobló el espinazo despaciosamente hasta tocar la tierra con sus desmesurados bigotes.

—¿Qué nuevas nos traes, buen Fobo? Despacha

pronto y habla claro—gritó impaciente el jigante.

—Señor—contestó el duende de las antiparras—perdonad si el cansancio me priva del aliento. Pónos ha encontrado á los mortales que buscaba para transformar la isla y vencernos á nosotros. En su compañía ha dado ya principio á las innumerables conquistas con las cuales piensa domeñar á todo el mundo.

Un grito universal de alegría hizo vibrar la bóveda de la caverna y tras aquel grito espontáneo, unánime, estruendoso, se oyó un murmullo parecido al sordo arrullo del mar.

—¡Silencio!—gritó Dinamion enfurecido y descargó sobre la tierra su ponderosa clava, y la tierra rehiló medrosa.—¡Silencio!

Como en medio de la rugiente tempestad chocan las olas y se combaten los vientos y el fragor es horrísono, y el marinero ensordecido nada imagina más imponente ni estruendoso, y luego las negras nubes abren sus bocas de fuego, y el trueno retumba dominando las cien voces de mares y vendabales, y el fragor celeste acalla los elementos, y, ni zumba el huracan, ni brama la marejada, así la voz del jigante cubrió con su acento atronador los murmullos de su bando.

A la manera que, en el estío, suelen las moscas apiñadas sobre un despojo suculento, alzar el vuelo en tropel si por acaso llueven sobre ellas algunas fugaces gotas, y se alejan apenas, y vuelven para arrojarse en confusion sobre la presa, así los trasgos y los duendes retrocedieron despavoridos al sentir el rudo golpe de la clava y de la propia manera volvieron ansiosos á agruparse en torno de su señor y del enano para mirarles y oirles.

—Prosigue, Fobo—continuó el jigante.—¿Dónde los hallaste? ¿En qué comarca quedan? ¿Qué hacen? ¿Qué dicen? Habla, habla.

—Recorria yo la isla para cumplir mi cometido y durante varios dias habia escudriñado en vano cabos y ensenadas, arroyos y rios, montes y barrancos, cuando, á la caida de una tarde deliciosa, ví que las olas del mar barriendo la menuda arena, borraban juguetonas é inconstantes, huellas recientes de procedencia humana.

—Déjate de jugar con mi paciencia—dijo al enano cabezudo el impaciente Dinamion.—No se trata de descripciones poéticas. Al hecho, al hecho.

—Por las señales que ví—continuó Fobo—habian pasado por allí los dos séres que buscaba. Seguí las pisadas por la playa, descubrí la pista ya en la tierra, pero llegó la noche, y ¡qué noche, cielos! Una oscuridad caliginosa, una atmósfera candente, un cielo iluminado de contínuo por fulgores vivísimos y rápidos.....

—Dale bola—gritó el jigante—Te lo he dicho: no queremos descripciones. Buenos estamos para aguantar tus pujos de poeta.

—Vaya en gracia, señor—respondió el entezuelo compungido al ver así cercenados los vuelos de su acalorada y vehemente fantasía.—Procuraré rebajar mi estilo hasta la misma sencillez. Despues de buscar y rebuscar sin encontrar rastro alguno, tropecé al fin con unas cáscaras de frutas cuando el astro majestuoso tocaba brillante como nunca en los anacarados contornos de las pintadas nubes de la tarde.

—¡Cáscaras!—volvió á exclamar el iracundo Dinamion.—Se me acaba la paciencia ¡voto vá! Al grano, al grano.

Tembló el duende como la hoja en el árbol y prosiguió con voz no tan altisonante ni lozana.

—Aquellos restos de frutas, su disposicion y forma, me dieron á entender que eran mondaduras debidas á las lecciones de Pónos, y por su aspecto y su color calculé que el hombre y su protector debian hallarse cerca. Redoblé mis esfuerzos, fuí, vine, torné, escuché y ya me sentia rendido de cansancio, cuando allá, sobre la media noche, al pasar por delante de una cueva, percibí un resoplido cadencioso que cautivó la esquisita delicadeza de mi oido. Asomé á la gruta la cabeza, y juzga de mi alborozo al mirar dentro del albergue rústico un hombre y una mujer abrazados amorosamente. Observé tambien al lado del primero algunos utensilios de piedra y de madera, desconocidos para mí, pero segun luego supe, eran armas defensivas y ofensivas, el cuchillo cortante, el hacha mortífera, la honda, el arco, la flecha.

—¿Qué hiciste? ¿Qué sucedió?—gritaron sin podarse contener varios de los próceres.

—Despacito, señores—repuso con aire satisfecho el duendecillo.—No todo se puede decir á un tiempo y además nuestro amo me ha prohibido digresiones. Cuando contemplé aquella pareja y comprendí por las armas y su hechura que eran los protegidos de Pónos, ¡oh poderoso y magnánimo Dinamion! el corazon se me salia del pecho. Penetré, fingí ruidos pavorosos, despertaron sobrecogidos, les puse sobre las narices un par de mis antiparras y durante todo el resto de la noche les hice ver tales cosas que al amanecer los tenia por mios y por muy mios.

—¿Pero no lo son?—interrumpió el jigante entre agitado é iracundo.

—Escúchame benévolo—repuso el enanillo con apagada voz y ademan manso y temeroso.—A la salida del sol me aposté para observar el efecto de mi primera embestida y calcula mi asombro, mi indignacion, mi despecho, cuando ví llegar á Pónos y apenas les hubo hablado, pusieron en olvido las visiones de la noche. Por sus palabras comprendí todo el ascendiente del génio sobre el hombre y la mujer, oí con cuánto amor le obedecian y ya no pude dudar de su inquebrantable fé en su protector y en la varita dorada. Seguíles durante bastantes dias observando sus costumbres, sus facultades, sus progresos, les asalté en el silencio de la noche, no desperdicié ocasion ni coyuntura para amedrentarles y rendirles, mas todo, todo fué inútil. Ellos siguen realizando conquistas estupendas á granel, y cada vez es más difícil apartarles de su génio. Hasta dudo que sucumban.

—Imbécil—exclamó enfurecido y poniéndose en pié el despechado Dinamion.

—¡Oh rabia!—exclamaron irguiéndose tambien sobre las puntas de los piés y levantando al cielo las crispadas uñas, los del ínclito concurso.—¡Guerra al maldecido Pónos! ¡Guerra al trabajo y á los trabajadores!

Estas noticias y el sólo nombre del trabajo, produjeron entre los concurrentes un tumulto indescriptible, un verdadero paroxismo. No hubo imprecacion que allí no se dijera, maldicion que no se pronunciara, ni faltó blasfemia, voto, gesto, aspaviento ó contorsion para aumentar el desórden.

Cuando aquella barahunda se hubo calmado alguna cosa, pidió la bruja vénia para hablar y lo verificó de este modo:

—Comprendo ¡ilustres compañeros! el horror que os inspira el sólo nombre de Pónos; pero no hay motivo para desesperarse. ¿Para quién hacen sino para nosotros? Dejadles hacer: ellos caerán y cuanto más tarde caigan más grande será el botin. De los buenos es el triunfo si empleais esa energía y ese justísimo corage en servicio de nuestro muy amado Señor y en el de esta vuestra humilde servidora. Tenemos esclava á la hija de nuestro enemigo, á la incomparable Alecia ¿Qué temeis? Con ella—yo os lo fio—tendremos al padre á raya. Dadme tiempo, dadme unos dias para meditar sobre nuestra situacion y disponer el ataque. Confiad en mí y confiad sobre todo en el fuerte, magnánimo y valiente Dinamion. Ahora concluyamos de interrogar al buen Fobo para saber á ciencia cierta el estado de las cosas.

Dirigiéndose al enano de las antiparras le preguntó con su tonillo más capcioso.

—Dinos ahora buen Fobo, que opinion has podido tú formar de los dos protegidos de nuestro contrario. ¿Son fuertes? ¿Son inteligentes? ¿Tienen buen garbo? ¿Producen mucho? ¿Trabajan bien?

—Ambos se parecen en las formas á la bella majestad de nuestro amo ó de su ilustre consejera—dijo envalentonado el duendecillo poeta, echando mano, como todos los poetas, de la lisonja más inverosímil. —El varon es derecho, bien proporcionado, de pecho noble, de semblante augusto; sus formas revelan valor, nobleza, energía; en sus ojos se retratan las impresiones de su alma y anda con tanta desenvoltura, y mira de tal modo al cielo, que parece desprenderse con menosprecio de la tierra. La mujer es más débil y más dulce; sus formas suaves,

mórbidas, torneadas, parecen respirar conjuntamente amor, ternura, entusiasmo. Su cabellera no tiene igual, y cuando la sacude el viento, cae como red primorosa para velarla dulcemente el cuerpo, pues al través de los cabellos brilla su rostro divino como brilla grata y apacible la palidez de la luna, cuando penetran sus rayos en la sombría enramada por entre los tallos entretejidos de la olorosa madreselva.

—No te embeleses como de costumbre, le interrumpió la consejera visiblemente enojada.

—¡Acabemos!—rugió Dinamion todo iracundo y airado.—Dinos cómo son esas hachas y cuchillos, esas hondas y esas flechas de que nos hablabas hace poco. ¿Están armados, por lo visto?

—Ellos, por si, son inermes—contestó Fobo.—No hay en toda la isla séres más débiles al parecer. Ni tienen cuernos como el toro, ni dientes y colmillos cual la hiena, ni las zarpas prontísimas del tigre; son tardos, tímidos, endebles, y sin embargo, cuando atraviesan desnudos los espesos bosques, huye el lobo, se esconde la pantera, el elefante los evita y hasta el leon los respeta. Único animal erguido, con los brazos sueltos, con el rostro al alto, su apostura noble vá rodeada de una aureola de veneracion. Impone su mirada, encanta su piel, cautiva su gesto de autoridad y de mando y parece como creado para dominar.

—¿Vuelves otra vez á tus lisonjas?—interrumdió el jigante.—Siempre fuiste cobarde, rastrero, bajo, y para tí todas son quimeras y exageraciones. Te desprecio como los desprecio.

—¿Cuáles son sus armas?—añadió despues con impaciencia.

—Señor—continuó el enano en tono tembloroso—propias suyas, personales, no he podido descubrir en ellos sino una. Las fabricadas hasta ahora por su industria son cañas inofensivas para tu temible clava. En cambio gozan de un don casi divino, superior á las defensas y las armas de todos los brutos juntos.

—¿Cuál?—preguntó el jigante con voz parecida al trueno.

—Su palabra ¡oh poderoso Dinamion! ¡oh sábia y prudente Seuda! Cuando llegueis á escuchar aquella música suave, aquella melodía armónica; cuando sintais su dominio, contempleis sus creaciones, os hagais cargo de su energía y pasmosa velocidad, convendreis conmigo en que vale tanto como las zarpas del leon, ó la trompa invencible del elefante. O yo me equivoco mucho, ó la naturaleza ha dado al hombre la palabra, para vencer y sujetar á la creacion entera. Con ella representa cuanto quiere; cambia las escenas á su antojo; cubre el cielo de pavorosas nubes; inunda de luz la tierra; yerma y asuela lo que parecia un paraíso; hace brotar las flores en el páramo; anima al tibio; aplaca al soberbio; infunde valor; inspira entusiasmo; acaricia, azota, burla ó hiere. Y todo esto con tanta rapidez, con tamaña propiedad, que á pesar de haber de concebir la idea, bosquejar el cuadro, dar color y vida á las figuras allá en los recónditos rincones de su mente, para emitirlas vivas, ardientes, enérgicas, herir y cautivar con ellas, no media espacio perceptible alguno entre el movimiento de su voluntad y los efectos que desea producir, y quien le escuche imprudente sin taparse los oidos, atacado por do quier, mareado con innumerables múltiples

imágenes, agobiado por el cúmulo de argumentos y razones que pueden llover y lloverán sobre él, más espesos que los copos de la nieve, se sentirá rendido, preso, ofuscado y concluirá por entregarse á discrecion á la admirable virtud de su divina elocuencia.

— Basta—gritaron fuera de sí la bruja y el jigante.—Pues qué, ¿no tenemos nosotros tambien esa palabra?

—Sí, señores—balbució el enano temblando de puro miedo—pero.....

—No hay peros, cobarde y miserable gusano; entre tus impresiones de poeta y tu pavor inverosímil nos harias creer que era imposible luchar contra Pónos y sus protegidos.

—Compañeros—añadió la bruja volviéndose al auditorio,—confianza y venceremos. Contra todos los portentos de la vara mágica de Pónos, á pesar de esa elocuencia imaginaria, sabremos apoderarnos del hombre y de la mujer y gozaremos sin trabajar. ¡Argumentitos á mí! ¡Razones á mi Señor! ¡Cháchara! Mañana y pasado y el otro, meditaré y meditaré. Cuando haya formado el plan, saldremos de esta guarida y daremos comienzo á la gran obra. Es larga, es trascendental, y no hay que pensar en concluirla de golpe. Entre tanto no hay más remedio sino cazar: lo primero es comer para vivir. Suframos resignados por algun poco de tiempo la ley aborrecible del trabajo: dia llegará y no muy lejano en que otros trabajarán por nosotros. Tú, Apenia, cuida de la prisionera: con tu vida me responderás de su custodia. Ahora ¡Señor fuerte y sábio y generoso! permite que me retire para velar sobre tu porvenir y el porvenir de tu pueblo.

—Vasallos—exclamó el jigante—se terminó la asamblea.

—Amigos—añadió Seuda—paciencia, doblez y disimulo.

Y la bruja de las cien caretas alargó en imperioso ademan su brazo diestro amojamado, y la turba de duendes se dispersó como la niebla.

El jigante se sentó, apoyó la estrecha frente sobre las robustas palmas y en la lóbrega caverna reinó aterrador de nuevo un silencio sepulcral.

Sólo llegaban al oido de Dinamion, confusos, imperceptibles, sordos, como la voz inefable de una agitada conciencia, los gritos de sus secuaces repitiendo allá á lo lejos: ¡Muera Pónos! ¡Muera Pónos! ¡Guerra al trabajo! ¡Guerra eterna!

CAPÍTULO VII.

Volvamos á nuestros pastores sobre cuya cabeza se agrupaba y se cernia, segun se acaba de ver en el capítulo anterior, una deshecha y temerosa borrasca.

Para comprender la trama compleja y laberíntica de esta veraz y trascendental historia, no basta con relatar á la menuda algunos de los innumerables lances del hombre y de la mujer en su lucha con tantos y tan variados enemigos como por todas partes les cercaban. Conviene inducir tambien el estado de sus ánimos, las ocultas agitaciones de su espíritu y cómo y por cuán sencillos modos iba creciendo aquel espíritu muy á la manera como se desarrollaron préviamente su cuerpo y sus aptitudes.

Así como les hemos visto hacer las armas y otros instrumentos,—verdaderas conquistas sobre la naturaleza externa—con cuyo auxilio nuestros dos salvajes se iban haciendo relativamente fuertes, así pudiéramos notar los desarrollos verificados por agregacion y suma en el órden personal, medros equivalentes á una contínua adquisicion de faculta-

des, mediante cuya ramificacion se completaban sus entendimientos poco á poco.

De la lucha contínua y despiadada sostenida desde el primer momento contra el clima, la escasez, el suelo y sus pobladores, Ántropos habia sacado una nocion vaga y confusa de ser él y su mujer algo distinto, algo superior al resto de la creacion y de existir entre él y todo lo demás un irreconciliable antagonismo. Era natural: todo entonces le anonadaba y oprimia. Presumia además, segun hemos advertido al dar cuenta de sus sueños, ser él tambien una dualidad y que existia lucha, guerra, antipatía entre su cuerpo y su espíritu.

La idea de dualismo, precedia fatalmente á la más compleja, y por lo tanto posterior, de trinidad ó trimorfismo.

Por otro lado, observando una y otra vez que cada hecho iba precedido de otros, con los cuales se relacionaba, sentia bullir en su cerebro un principio de causalidad, comenzaba á sospechar una causa para todo. Al contemplar el corzo muerto á sus plantas, pasaba por delante de su vista interna y con rapidez vertiginosa un como panorama peregrino formado por una cadena singular de imágenes, y corzo, flecha, arco, cuerda, manos, ojos, brazos, cuerpo, él, su sensacion, su hambre, desfilaban sucesivamente sobre el fondo semi-lúcido de su memoria en ménos de un parpadeo. Es decir: sin querer y sin pensar, dibujábase en su mente una procesion de sombras y recuerdos, y en pós del corzo y su muerte se figuraba la flecha; recordábala despedida por el arco; daba á la cuerda virtud para lanzarla lejos, con velocidad, con precision, y despues de presentir aquella virtud causal, buscaba inconscientemente

la causa de la existencia del arco, y membrábase de su trabajo al construirle, del esfuerzo de su brazo antes de lanzar la flecha, y por fin, retrocediendo todavía en aquella cadena de causalidad veia clarísimamente que el último eslabon, la última causa habia sido su hambre, una de sus sensaciones. Entonces y siguiendo maquinalmente la direccion de sus congeturas se preguntaba dónde tenia el orígen su necesidad de comer, y á pesar de no poder darse cuenta de aquel hecho, sospechaba (y no sin razon entonces) que debia su existencia á alguna causa muy recóndita y oculta.

Empezaba pues á imaginar con algun órden, y áun á sentir que sentia.

Así pues, la accion del mundo externo sobre el hombre fué dando asomo de sér á su conciencia y fué dotándola de los elementos y facultades necesarios para su crecimiento y desarrollo. En la época que relatamos de su peregrina historia, encontrábase aquella conciencia bastantemente formada para que en ella se dibujasen, aunque muy confusamente, un mundo externo y otro interno en perpétuo antagonismo, una dualidad dentro del hombre, generadora de guerra y de repulsion entre el espíritu y el cuerpo, y un concepto vago pero avasallador de causas ocultas, de séres personales impalpables é invisibles quienes se complacian en su mal y gozaban con los padecimientos de los hombres. Juzgando á estos séres invisibles por sus propios instintos y pasiones, dotábales Ántropos con los atributos de crueldad sanguinaria, de ira y ódio, de actividad enemiga y maléfica. Es decir: comenzaba á esbozar en su cerebro las figuras imaginarias de sus divinas ilusiones, la série de sus escelsas criaturas.

Tal era la disposicion de ánimo de aquellos dos míseros mortales, al comenzar su existencia nómada, y con esto comprenderá el lector cuán poco dispuestos estaban á resistir las embestidas de los emisarios de la bruja Seuda, y las gravísimas dificultades diariamente hacinadas contra los buenos propósitos de Pónos.

Porque han de saber nuestros lectores, que desde aquella famosa noche en que el enano de las antiparras sorprendió á Ántropos y Gina dentro de una cueva, nuestros amigos habian tenido constantemente á su lado á un trasgo ó á un duendecillo—y con frecuencia dos ó tres—para recoger sus dichos, observar sus actos, adivinar sus pensamientos y comunicarlo todo á la consejera ó al jigante, quienes no perdian ripio y lo utilizaban sagazmente.

Despues de la asamblea inolvidable en la caverna de Dinamion, la vigilancia del hombre por los espías de la bruja, el estudio de sus gestos, preocupaciones, ideas y sentimientos, se organizó y llevó á cabo con insidioso teson y admirable perspicacia. Tras un trasgo se presentaba un duende, á un disfraz seguia otro disfraz, y si el hombre y la mujer hubieran podido ver y distinguir tanta nueva catadura, se hubiesen de seguro solazado y á la vez sobrecogido.

Hora por hora supieron Seuda y Dinamion cuanto hacian, decian ó sentian los protegidos de Pónos, y dicho se está que en su propósito de esclavizarles procuraron fomentar en su conciencia aquellos errores más á propósito para conseguir su fin. Así por ejemplo, apenas se apercibieron los correveidiles de las figuraciones de Ántropos sobre séres impalpables, dualismos y antagonismos, mundo vi-

sible é invisible, se lo comunicaron todo á Seuda.

—¡Ah!—exclamó la bruja para sus adentros, ensimismada al ver pasar ante su vista interna otro panorama de imágenes y recuerdos como los de Ántropos aunque muy más vagos y sutiles.—Esas cavilaciones se parecen á las mias. Yo tambien he sospechado..... pero no habia caido en la importancia de esos entes invisibles, cuya presencia y potencia es imposible negar. Su auxilio puede sernos de valía..... Aquí hay enredo largo. Ensayemos.

Y luego interrogando á sus emisarios sin dejar de tejer en su magin imágenes con imágenes y recuerdos con recuerdos, dijo:

—Con que ¿Ántropos cavila y teme?

—Vaya si teme—contestó Fobo.—Más tiembla cuando se figura la forma ó la condicion de los invisibles que viendo mónstruos, combates y horrores al través de mis antiparras.

—Y hace bien—replicó Seuda con una doble intencion.—Nada ni nadie puede luchar contra esos séres. Yo su criatura predilecta, apenas si logro sus favores. Son dioses—¿lo entendeis?—dioses. ¡Guay! de quien no se ponga bien con ellos.

—¿Pero tu crees en esos séres, en esas figuraciones?—preguntaron á la bruja algunos de los duendes más procaces.

—¿Que si creo?—exclamó la muy taimada bajo el antifaz hipócrita del más humilde fervor.—Pues si esos invisibles son amigos mios; pues si los oigo y los trato; entiendo su lenguaje, conozco sus aficiones. Lo que de ellos no consiga yo, nadie lo conseguirá.

Y tal fué el acento de sinceridad y conviccion de la vieja que hasta sus criados íntimos dudaron ó la creyeron.

Desde aquel instante y por consejo de Seuda, todos sus emisarios á porfía inspiraron al hombre, timorato y crédulo, ritos groseros, invocaciones y súplicas á los poderes desconocidos y le indujeron á consagrar á aquellos séres imaginarios ofrendas para aplacarles captándose su amistad. Tantas fueron las preocupaciones sembradas en lo más íntimo de su conciencia, tantos los temores acariciados á espaldas del génio protector, que insensiblemente y poco á poco fueron tomando allá, en lo más hondo de su pensamiento, forma y carácter de culto.

Y no era esta la única consecuencia de las comunicaciones entre la familia del pastor y el rancho de sus nacientes enemigos. Lo más notable y digno de memoria fué la influencia ejercida por los progresos de aquélla sobre el modo de ser de éstos. Copiaban sus invenciones, robábanla sus armas, sus trebejos y artimaños y de ellos se valian á su vez con notable modificacion de sus costumbres.

El nómada, reobraba sobre Seuda y Dinamion y por una ley fatal les daba medios contra sí. La accion benéfica de Pónos era segun se vé, aunque por modo indirecto, fuente y orígen de poder para el jigante y los suyos.

—Mal dia has pasado, amigo—decian al hombre Egos, Fobo ó el visionario Eidólatros, en todas y cualesquiera apuradas cuyunturas.—Hoy han sido diezmadas tus ovejas y han perecido á tu vista tus canes mejores y más queridos. Tu mujer se encuentra enferma sin saber cómo ni por qué. Tiemblas por tí y por los tuyos. Los hombres impalpables é invisibles son más fuertes que tú, son unos dioses y para que no devoren toda tu hacienda, lo mejor es degollar tú mismo aquellos animales más

rollizos y ofrecérselos sobre una piedra, sobre un ara. Ellos vendrán, ellos los aceptarán y de este modo te verás libre de sus ataques. Como dioses que son, saben tomar todas las formas, la del tigre ó del lagarto, la del ave ó la del pez. Si ves una piedra negra, adórala, que allí puede haber un Dios; si encuentras una planta rara, sacrifícala cuanto tengas de más caro, con lo cual te será propicio algun sér superior á tí, y puedes coger la piedra ó la planta, ó el insecto y colgárseles á Gina al cuello para sanarla y protegerla.

Tan frecuentes fueron las insinuaciones y consejos de los falaces espías, que el hombre tuvo un Dios en cada lugar y un rito y una ceremonia en cada hora de su mísera existencia.

Entre tanto y á pesar de encontrarse su imaginacion preñada de extravagancias, Ántropos y Gina siguieron pidiendo á Pónos otras y otras satisfacciones para sus crecientes necesidades. Perfeccionaron la honda (destinada con el tiempo á transformarse en máquinas gigantescas) y exigieron del génio del manto azul, vestidos mejores y más cómodos. Bajo su direccion y al toque de su vara mágica se recogieron las bedijas robadas por las zarzas á la oveja, se hizo la rueca y el huso, se aprendió á hilar, se retorció el estambre y con él se tejieron las primeras telas, finas en comparacion de las tejidas con juncos ó raices, pero bastas y de color ya blanco ya pardusco segun fuera el de la lana. Con ellas preparó Gina un manto talar airoso para su marido y otro más decente para sí. Componíase este último de una saya ceñida en torno á la cintura que hacia veces de falda, y de un segundo paño, de forma triangular, echado sobre los hombros, ceñido en

cruz por el pecho y atado á la espalda en lazo. Cuando los dos atravesaban las llanuras siguiendo la marcha intermitente del rebaño, habia en el conjunto de su aspecto, en lo severo y primitivo de los pliegues algo de grave, de patriarcal y majestuoso, muy en armonía con la augusta serenidad de tan vírgenes comarcas.

La necesidad de vestirse y de abrigarse, se satisfizo mejor con esta invencion y produjo incalculables ventajas. Porque no es posible determinar ahora la influencia sobre la sensibilidad de aquel contacto del cuerpo con una tela relativamente suave á flor de cutis. Gracias á él la piel se haria más sensible, sus indicaciones serian más delicadas y nuestros amigos debieron notar despues de aquel adelanto, un progreso muy marcado en beneficio de sus facultades afectivas y aún de las intelectuales.

Dicho se está que para hacer los tejidos necesarios se inventaron y perfeccionaron gradual y progresivamente muy curiosas y muy ingeniosas máquinas. Dos listones de madera con agujeros para fijar gran número de hilos paralelos fueron la base de aquellos artificios, y desviando los hilos de un liston de los del otro, se pasó con paciencia entre los dos planos de la urdimbre otro hilo trasversal por medio de una grande aguja de madera. Cuando con el objeto de ahorrar tiempo se lanzó aquella aguja de golpe, quedó inventada la lanzadera, y de uno en otro perfeccionamiento salieron los telares primitivos, cuya tendencia fué siempre ahorrar trabajo y ganar tiempo.

Con estas primeras máquinas y un principio de esquileo empleando la paciencia y el cuchillo de

pedernal para cortar los vellones, el repuesto de paños creció mucho y pudieron éstos aplicarse á otros usos diferentes.

Pongamos aquí un ejemplo:

De la costumbre de tender su manto entre las ramas ó sobre la lanza hincada en tierra para guarecerse del sol ó resguardarse del rocío, nació la tienda, primera casa del nómada que llevó consigo como el caracol. Perfeccionada la tienda, pudo trasladar su residencia acampando algunos dias en la regiones más amenas, y la posesion de aquella casa portátil fué dando el sér á nuevas necesidades, exigiendo satisfacciones nuevas.

El ajuar de casa iba creciendo á ojos vistas.

El aumento del ajuar, trajo el aumento de los medios de trasporte. Dobláronse las recuas de asnos al servicio de la caravana, á ellas se agregaron piaras de otros animales más ó ménos sometidos, y no pocos, al huir del leon ó de los lobos, buscaron seguridad bajo la flecha y la honda del pastor.

Con las nuevas facilidades para trasportar la hacienda, multiplicáronse los muebles y los utensilios como liaras, ódres, cuernas, cuencos, y tanta y tan contínua fué en todo tiempo y lugar la accion de las necesidades múltiples de nuestra naturaleza sobre la actividad y la inventiva del hombre, que hasta la misma cuerna ó liara se trasformó en vaso cómodo y estable gracias al corcho, esa corteza despedida casi adrede por el cortés alcornoque.

Todos estos materiales, resultado de una obediencia ciega á las órdenes de Pónos ó de imitacion espontánea é inconsciente, proporcionaban á cada instante valiosos aunque rudimentarios elementos para formar la inteligencia de nuestros pastores.

Necesitaron conocer las virtudes de las yerbas, las propiedades de las plantas para cuidar del ganado; distinguir las maderas y las piedras para construir sus armas; apreciar la cohesion y resistencia de los cuerpos, si habian de aprovecharlos convenientemente, y todas estas nociones embrionarias que hoy nos parecen triviales, fueron los cimientos sin cuya adquisicion jamás hubieran pensado ni dado siquiera un sólo paso por las regiones del saber. Atesoradas en el cerebro, impresas en la memoria, con ellas se tejieron despues por modo indescifrable las ideas tenidas durante mucho tiempo por innatas, como se tejian los mantos más vistosos con los pelillos del hilo ó del estambre.

Pondremos aquí un ejemplo muy útil para lo sucesivo si hemos de desentrañar una ilusion trascendental, el error de mayor peso sobre los conceptos, teorías y sistemas del hombre y su descendencia.

Uno y otro dia fijábanse los ojos de Ántropos sobre los juncos y las cañas rectilíneas, sobre las hojas encorvadas, sobre las horquillas más ó ménos abiertas formadas por dos ramas divergentes, y aquel contínuo mirar y aquellas imágenes que le entraban por los ojos y se grababan dentro del cerebro hasta el punto de verlas claramente si por acaso los cerraba, fueron otras tantas impresiones retenidas mucho despues en su mente como ideas de línea recta, de curva ó de ángulo. Sujeto un burro cerril ó una vaca bravía con la cuerda, daba vueltas en rededor y la pista que dejaba, el punto céntrico ocupado por el domador, la longitud constante de la cuerda, imprimian para siempre en su cerebro la forma y las principales propiedades del

círculo. Si atraillaba un par de perros sujetándoles á los extremos de un palo, observaba que al correr permanecian equidistantes porque la distancia entre los dos era la misma en todo punto, y sin apercibirse de ello adquiria la nocion de paralelismo y más tarde la evocaba como producto de su entendimiento.

Estos y otros *hechos fundamentales* — indemostrables con solo serlo — cuyas primeras representaciones aparecieron vagas y como sin desbastar, se fueron grabando en el cerebro con lineamientos más puros, con creciente sutileza hasta el punto de tocar en abstracciones y dar orígen á teorías pretenciosas, á deduciones arbitrarias, pábulo de la vanidad en lo futuro y lisongero espejismo del espíritu dentro del espíritu.

Recapitulemos ahora los adelantos de nuestros amigos bajo la direccion de Pónos en medio de la contemplacion de la naturaleza. En el órden material habian asegurado su existencia proporcionándose alimento sin destruir el cuerpo con la fatiga; habian mejorado su vestido librándose de repentinos cambios exteriores y de sensaciones bruscas, dolorosas; albergados debajo de una tienda, su salud era más igual y su sensibilidad iba adquiriendo notable delicadeza; el desenvolvimiento de su sensibilidad en múltiples direcciones y con más nimia determinacion, perfeccionaba su cerebro y le enriquecia con datos innumerables antes desapercibidos, los cuales asociados de mil modos con rapidez vertiginosa, daban el sér á conceptos, vida y unidad á las ideas, y finalmente, de la accion de aquellas ideas y conceptos, reobrando sobre los sentimientos en su desarrollo, resultaban afectos y simpatías hácia los

servidores obedientes que les emancipaban del trabajo muscular.

En este estado de espíritu y de cuerpo, nuestros pastores tuvieron el primer hijo.

Y decimos el primer hijo, porque nuestro objeto al escribir esta historia no es recordar con sus pelos y señales todas y cualesquiera peripecias de la vida de Ántropos y Gina. Recogemos los lances culminantes en el laberinto inextricable de una existencia oscura y azarosa, con el propósito de sacar de ellos enseñanza y poner de manifiesto y de relieve las maravillas de la isla de Gé ; pero como pasamos en silencio buen número de pecadillos que en nada empañan el noble curso de su vida, sentimos en nuestra conciencia escrúpulos de historiadores nimios y veraces, los cuales sólo podemos apaciguar con un alto sentimiento de nuestro honrado propósito.

A mayor abundamiento y con el fin de quedar tranquilos y satisfechos de una vez, diremos aquí haber motivos para poner en tela de juicio la primogenitura del aquel hijo. Quiénes, afirman el nacimiento de otros anteriores ; quiénes, pretenden que nacieron, se criaron y vivieron en condiciones de pura animalidad, y áun se refieren detalles tan horribles acerca de su abandono y de su cruento fin, que nosotros renunciamos á afear este nuestro cuento con el relato de brutalidades y miserias indignos de séres tan interesantes como los héroes de esta historia.

Echando pues un velo sobre cuanto pudiera deslucir la narracion, repetimos que el hijo de los pastores fué el primero digno de aquel nombre. Y la razon es muy sencilla : hasta entonces no se habian desarrollado en los corazones de Ántropos y Gina

los dulces sentimientos precursores de la paternidad, y estos sentimientos son al fin y al cabo los que dan á los séres humanos los inefables atributos de hijos y de padres.

Cuando Gina estrechó entre sus brazos al chicuelo se sintió transfigurada. Los arrebatos de su amor de madre rayaron en locura. Al abrir él los perezosos ojos, se abrieron para ella las puertas de un paraíso, y la luz del mismo sol era oscuridad y sombra en comparacion de la suave claridad que inundó su alma enagenada al beber con frenesí su primera angelical sonrisa. ¡Cómo le mimaba! ¡Cuánto le queria! Pasaba las horas muertas comiéndose al niño con los ojos, observando sus incipientes movimientos y gozaba de una sorpresa en cada instante al notar signos de vida y desenvolvimiento en aquel ovillejo misterioso, que se nutria de sensibilidad con las miriadas de fenómenos en las cuales se bañaba.

Entre el temor y la sorpresa, oyóle gemir sin lágrimas, hipar y estornudar maquinalmente durante toda una semana, y más de una vez sintió congoja y angustia, al ver como para alimentarle tenia que meterle el pezon en la boquita. A los ocho dias sus estornudos y bostezos fueron para ella goces inefables, rayos de esperanza, y extremó su regocijo cuando él retiró los piececitos y áun retorció los dedillos muy visiblemente al contacto de una mano fria, ó volvió el rostro y buscó el pecho al de una mano caliente. Cuando al mes ó mes y medio fijó los ojuelos en una amapola roja y la siguió con la vista y tendió los brazos en su busca, y se sonrió, y se asustó, y vertió llanto, la madre sintió como si su vivir se duplicase ; cuando pasados dos meses cogia

algo torpemente entre las manos para llevárselo á la boca, y al encontrar resistencia brotaba la voluntad enfurruñándose, aquel vivir se triplicaba. Buscar el niño los ruidos con los ojos, mirarse los dedos ó las manos con fijeza, dar señales de ira ó de cariño, empeñarse ó despecharse, fueron verdaderos acontecimientos en el cuarto y quinto mes, y á seguida ¡qué sorpresas! ¡cuánto placer! ¡cuáles emociones imprevistas! ¡Los brinquitos en la falda! ¡las palmitas y los besos! ¡La elaboracion visible de la idea recordando y asociando! Se le nombraba y atendia; veia el asno y queria cabalgar; oia el balido de los corderillos y procuraba llamarles y atraerles. Tras de la imitacion ingénita, mostróse la curiosidad, evidencióse la memoria; los sentidos se rectificaron y robustecieron con los chascos y castigos de la próvida experiencia, y merced á una incesante adaptacion rapidísima, y al consiguiente desarrollo del delicado cuerpecillo, la inteligencia infantil brindó con sus primicias á la madre y ésta celebró desatinadamente las primeras gracias y ocurrencias del chicuelo, entre las cuales hubo algunas que parecian heredadas. ¡Cuán lejos estaba Gina de sospechar los enigmas y el alcance de aquel tiernísimo idilio, las consecuencias de su culto y de su dulce arrobamiento!

De todos modos los cuidados de la maternidad entretuvieron á la mujer, quien al obrar así cultivó y desenvolvió la ternura de su corazon casi sin apercibirse: para el padre fué aquel amor intenso y apasionado, fuente de nuevas conquistas sobre sí mismo, de un desenvolvimiento extraordinario en su prevision é inteligencia.

Mas no pararon aquí los resultados de la venida

al mundo de aquel hijo á quien llamaron Ándros (1) los pastores. Elpisa (2) la hija de Pónos les visitó para contemplar su bienaventuranza, y no estará de más que nosotros demos cuenta de aquella célebre entrevista.

Ántropos á la sombra componia sus zurrones y agitaba en su pensamiento cien planes para el porvenir. Gina á su lado, tenia al hijo en la falda y le alargaba flores para ejercitar sus torpes desatinadas manecillas; los perros yacian echados á sus piés, con el hocico sobre las manos, la cola inquieta y los ojos fijos en el niño; las ovejas pacian, sus crias balaban, y el viento agitando apenas las briznas secas de la yerba, llevaba en sus alas los aromas de las plantas con los himnos alegres de las aves. De pronto se presentó en el cielo una nube de color de rosa toda bordada de plata, toda recamada de oro, y despues de extenderse lenta, lentísimamente, apareció en su centro Elpisa, risueña, blonda, coronada de siemprevivas, con sus ojos azules y serenos, con su leve vestidura de esmeralda. La aparicion se dirigió en derechura hácia los pastores, pero ¡cosa singular! al revés de lo que sucede con los demás objetos en el mundo, la hija de Pónos disminuia de tamaño á medida que se acercaba. Estando lejana, sus dimensiones eran colosales; más cerca, tenia el grandor natural de una persona y cuando estaba á dos pasos, quedábase reducida al tamaño del pulgar de Gina.

Los pastores no se dieron cuenta de todos aquellos singularísimos fenómenos, porque si la estatura de la muda aminoraba, no por ello era menor el de-

(1) Hombre.
(2) La Esperanza.

leite que su presencia infundia. Se aproximó deslizándose sigilosamente por el aire y, cuando estaba muy cerca, atisbaron su carroza formada por la corola de una azucena. Un sólio de violetas y azahar la resguardaba de los ardores del sol, y dos mariposas, cuyos matices deslumbraban, se dejaban guiar por unos hilos finísimos de plata y oro, sacudiendo los cambiantes de sus alas de manera que en torno agitaban blandamente todo un tumulto de auras deleitosas.

Ántropos y Gina no se pudieron contener: alzáronse y salieron á recibir á la divina Elpisa, mas ella apenas notó sus movimientos, se alejó veloz, creciendo, creciendo sin cesar á medida que de ellos se alejaba.

—¿Por qué huye?—preguntaron los tristes á su protector.

—Ya os dije en otra ocasion—contestó Pónos—que es tímida sobre todo encarecimiento.

—¡Qué lástima!—exclamó la mujer.

—Es cierto—replicó el génio.—Pero áun así y todo—¡mira!—vuelve tan pronto y vuelve tan hermosa que siempre será un ángel en la tierra.

—¡Es verdad!—exclamaron los dos esposos, entusiasmados porque Elpisa de nuevo se acercaba.

—¿Serás muy amiga nuestra?—preguntó Gina con cariño.

—*Quizás*,—dijo Elpisa con una voz que la dejó suspensa.

—¿Cuando vendrás con nosotros?—la dijo Ántropos.

—*Mañana*,—replicó la muda, y el marido se sintió encantado.

Mucho más se disponia á departir la siempre ba-

chillera Gina, si la hija de Pónos no hubiese comenzado á retirarse con la misma prontitud con que viniera. Al alejarse y crecer segun se ha dicho, los pastores notaron otra particularidad por demás extraordinaria: las mariposas se trasformaron en palomas, luego en alcones y por fin en soberanas águilas. El carro tambien cambiaba sus formas y, cuando estaba lejos, parecíales cosa nunca vista, lo cual no era de extrañar porque ellos lo ignoraban todo y la apariencia del soberbio carro era de perlas, de oro y de marfil. Así Elpisa, vista desde lejos, era una reina sobre régio y elevado trono: contemplada de cerca, un sér diminuto y delicado con una corola blanca por pedestal y por sólio unas cuantas florecillas expuestas á marchitarse con el viento. Empero de todos modos, lejos y cerca, pequeñuela ó grande, su presencia esparcia balsámico consuelo, y su mirar restituia todo su vigor al cuerpo, toda su animacion y claridad al espíritu.



CAPÍTULO VIII.

Mientras los héroes de esta historia añadian uno y otro bruto á su ya lucidísimo rebaño; mientras el número de sus servidores crecia y crecian á la par las manifestaciones múltiples de sus primeras y más apremiantes necesidades; mientras la presencia y el candor del hijo despertaba en sus corazones afectos nuevos y se asomaba la esperanza, Seuda, allá en la caverna de Dinamion y en uno de sus antros lóbregos, meditaba y meditaba segun habia ofrecido, y compaginaba misteriosamente sus primeras ceremonias para embaucar al gigante y á su pueblo. Su primer cuidado fué sorprender ó arrancar algunas palabras de la esclava Alecia, aunque para ello hubiera de suspender sus ódios y dar tregua momentáneamente á su bárbara sevicia. Harto sabia que todas y cada una de ellas eran la expresion genuina de la verdad y pretendia por aquel medio poder decir á su Señor algo con visos de certidumbre, algo que el porvenir no desmintiera. Para dar á sus consejos y vaticinios colorido de sapiencia suma, tenia la intencion de divulgarlos enseguida muy solemnemente, disfrazando fraudes y supercherías con el velo del misterio.

Esto sin perjuicio, no se descuidaba nuestra bruja en enviar sus emisarios cerca de los protegidos de Pónos para estar al corriente de sus adelantos, conocer sus propósitos, penetrar sus intenciones y no dar un golpe en vago.

Dias y más dias anduvo Seuda por los rincones fingiendo que meditaba, urdiendo enredos, arbitrios y patrañas en cuya invencion era tan ducha como en el curso de esta fábula irán los lectores viendo.

Dinamion, quien si era fuerte no era perspicaz, dejábase fascinar con semejantes trampantojos y él y su pueblo, fantástico, ligero y veleidoso de suyo, prestaban dócil oido y se dejaban gobernar. Seuda, para toda aquella tropa levantisca, fué oráculo y esperanza. Ella quemó sapos y lagartos, examinó las entrañas de estos y otros reptiles asquerosos, siguió la marcha de escarabajos y de arañas, consultó el vuelo de los murciélagos y las lechuzas. Y todo esto con grave continente, con ademanes y gestos estrambóticos, auxiliada por la siempre rumiante y medio dormida Anoya.

Durante aquellos dias de ansiedad para Dinamion, de espera para los sublevados, el buen génio de la isla, haciéndose invisible á favor de su manto azul penetró hasta el calabozo de su hija. Apenia habia salido á la sazon y Anoya, tendida cuan larga era, roncaba estrepitosamente.

—¡Amargos dias se presentan!—exclamó el génio al contemplar á su hija.

—Y sin embargo, padre mio, preciso es sobrellevarlos si hemos de llegar á otros más felices.

—¿Y qué hacemos si crece la sublevacion y todos me niegan su obediencia?

—Esa es una ilusion y nada más. El jigante, la

bruja, sus adictos y secuaces todos se imaginan menospreciar tus leyes y todos contribuyen de consuno á que tus leyes se cumplan. La aparicion de un elemento nuevo, del elemento libre humano, parece como una perturbacion en las leyes de la isla, y no es sino su desarrollo y cumplimiento. Aparte de que ese libre albedrío se reduce á poder elegir el bienestar con la obediencia ó la rebeldía y el dolor, recuerda la série de séries recorridas para llegar hasta aquí. Cuando por mandato de ÉL ordenóse en equilibrio la materia, sólo funcionó la fuerza bruta, y la obra aunque penosa fué fácil. Con el tiempo hubiéronse de formar las plantas, multiplicar los peces, alimentar las aves y reptiles, modelar los cuadrúpedos y perfeccionar sus organismos antes de aparecer el hombre. La tarea se complicó con todos los elementos de la vida. Hoy se trata de otra creacion más compleja, más rica de accidentes y diferencias, dilatada en el espacio y en el tiempo, bella, dramática, infinita. Tu vara la consumará. Dinamion y Seuda con todos los holgazanes de la isla padecen una ilusion cuando se figuran no trabajar para tí, ó se imaginan sacudir tu yugo. En apariencia huelgan, en realidad trabajan.

—Tus palabras me prestan singular aliento. Habla, Alecia mia. Dime, dime tus augurios.

—A la fuerza que mueve la materia, á la sensibilidad que germina en la planta y en los reptiles florece; al instinto automático del bruto, se ha venido á añadir, con la aparicion de tus protegidos, una voluntad hasta cierto punto libre y una inteligencia capaz de ser en lo futuro previsora. Ya ni trabaja sólo la materia falta de luz en sus entrañas, ni se mueve el organismo impulsado únicamente por la

sensacion; ya no todos los animales que respiran y luchan por la existencia devuelven sus impresiones tales cuales sin modificarlas. Ántropos y Dinamion, la bruja y sus servidores, tienen la facultad de recibir la accion del mundo externo, acumularla dentro de sí y devolverla, cuándo, cómo, en la medida y en la forma, complegidad y direccion que cuadre bien á sus propósitos, les plazca ó les conviniere. En una palabra, el espíritu ha crecido y crece y toma ínfulas de libre. Bajo el influjo de eternas leyes ese elemento libre se desenvolverá, dará sus flores y por fin sus frutos.

—Pero si los flamantes pobladores de la isla tienen el privilegio de ser libres, ¿cómo podré yo lograr que me obedezcan? Si Dinamion el fuerte, si Seuda la astuta y perspicaz se sublevan, ¿de qué me servirá tener sumisos á Ántropos y Gina?

—La obra encomendada á tí, la comedia de la vida, habrá de representarse por todos y cada uno de los múltiples actores. Es demasiado compleja para tus protegidos solos. Hay que dividir sus partes y encomendar la suya á cada cual. Unos á holgar para pensar; otros á obedecer para sentir; aquéllos dirigirán y mandarán; éstos sufrirán obedeciendo y de la lucha despiadada entre la dicha y el dolor, brotará lo útil, y resplandecerá lo verdadero y el bien llegará á triunfar. La division del trabajo se impone por ella misma y esta sublevacion de los holgazanes, con sus dueños y señores à la cabeza, es una division bárbara y cruel, pero hoy por hoy fecunda y necesaria para llegar á otras más llevaderas por más justas.

—¿Y cómo se vá á verificar esa division primera del trabajo?

—Del mismo modo que se verifican en la encantada isla de Gé todos los demás fenómenos y cosas: por la accion irresistible de las leyes que la rigen. Acuérdate de Sus palabras: «*La obra sigue y vá de suyo*» (1). El animal de más inteligencia siempre dominará al de ménos, y hoy por hoy, ser más inteligente es fingir más y mejor, y como Seuda es la más sagaz de los habitantes de la isla de Gé, quien disfraza mejor sus impresiones, ella tiene que mandar directa ó indirectamente. Dinamion como más fuerte, se impondrá á intervalos, por arrebatos: la bruja se servirá á la postre de él como de instrumento dócil. Hoy por hoy y durante muchos años, toca á Seuda trabajar con la cabeza, á Dinamion con la pasion y á nuestros pobres protegidos sudar y regar la tierra.

—Qué me place—dijo la bruja de las cien caretas saliendo de la oscuridad de un antro y adelantándose hácia Alecia.—Qué me place oirte tan sábia y tan justiciera. Mandaremos y proveeremos.

Ante aquella aparicion el génio se embozó en su manto azul y desapareció á la vista.

—Vamos á ver, Alecia, hablemos ya como dos buenas amigas—continuó Seuda al encararse con su esclava.—Ya lo ves: tu padre duda; inútil es toda resistencia por parte de tu familia. Yo y mi Señor estamos predestinados á mandar; pero necesitamos poseer á Ántropos y Gina. ¿Cuál es el medio más seguro para lograrlo?

—Ninguno si obedecen y cumplen los preceptos de mi padre. Nada prevalecerá contra ellos.

—Está bien—interrumpió la consejera con eno-

(1) Prólogo en los cielos.

jo. — Pero eso quiere decir que si por ventura el hombre desobedece, nos será fácil reducirle á esclavitud.

—Así es,—suspiró la esclava.

—¿Y qué nos hace falta para esclavizarle pronto?

—Las armas para vencerles han de ser construidas por las propias manos de los míseros mortales.

—Bien hacia yo en aprovechar sus adelantos—se dijo Seuda en voz baja.

Y luego añadió con mal disimulada ansiedad:

—Y si logramos esas armas ¿los venceremos?

—Sólo con ellas se les puede subyugar.

—¿Y qué hará entonces tu padre?

—Continuar inspirándolos á fin de realizar una y otra maravilla para arrancarme á tu poder y librarme del manto negro que me cubre.

—¿Necesitará mucho tiempo para eso?

—*Cuando el hombre y la mujer hayan llevado á feliz término un número de prodigios tan imposible de contar como los peces de los mares, los átomos en el polvo, ó las flores de los campos, entonces y no antes cesará mi encantamiento.*

—Pues larga vá la tarea—exclamó Seuda soltando una carcajada.

—Apenia, Anoya,—añadió despertando á esta última con el báculo negro y retorcido.—Buen modo es este de vigilar á mi prisionera. Pues contad con lo que os digo: me respondeis de ella con vuestras personas. Si llegase á desaparecer, mi venganza os dejaria memoria.

Al siguiente dia de las escenas que acabamos de indicar se convocó nuevamente á ayuntamiento y Dinamion y la arrogante bruja ocuparon sus asientos de duro y no labrado canto.

—¡Esclavos!—dijo Dinamion cuando vió cubierto el suelo en torno suyo por sus innumerables hechuras.—Hoy vamos á decidir el plan para triunfar y para holgar. La impaciencia me devora; padezco al veros todavía sudando y más sudando por el mísero sustento. Quiero escuchar el parecer de mi consejera áun siendo como soy fuerte, y si salgo con mi clava no habrá nadie que resista. Seuda tiene la palabra.

Púsose en pié la astuta viejezuela, tosió despacio doblando el cuerpo sobre el báculo y en voz desapacible pero clara, dijo:

—Ya sabes, Señor, ya sabeis todos, cuán grande es mi afan por vuestro bien, cuán tierna mi solicitud en vuestra pró. Todavía trabajamos por necesidad, todavía nos vemos en el caso de acatar, mal grado, buen grado, las máximas del odioso Pónos. Pero los tiempos se mudan: cobrad ánimo y tened en mis palabras fé. Pronto dispondremos de Ántropos y Gina, de su trabajo y de los frutos de su trabajo, con el favor de los dioses. Lo he oido en las entrañas de la tierra; lo he visto en las señales del cielo. Aquel que poseyere al hombre y á la mujer no trabajará de cuerpo, será rico y poderoso y ni uno solo de sus deseos y caprichos quedará sin ser colmado. Tal es el fin, la meta gloriosísima que mi sabiduría os señala. ¡Sús, pues! ¡á esclavizar al hombre! Cuando le tengamos á nuestra disposicion, tarde, muy tarde volverá á ser libre. Para ello habrá de despojarse Alecia de su manto negro y puedo aseguraros en virtud de un prodigio inconcebible de sabiduría, que esto no sucederá sino cuando el hombre y la mujer hayan llevado á término feliz un número de prodigios tan imposible de contar como los peces

de los mares, los átomos en el polvo ó las flores de los campos. Todo está visto y previsto: obremos con prudencia suma. Nuestro interés, nuestros ódios, el recuerdo del pasado, la esperanza del porvenir, todo concurre para lanzarnos á la empresa decididos y entusiastas. Sólo os pido un poco de paciencia, un resto de sufrimiento. Nuestro señor necesita indispensablemente armas construidas por las hechuras de Pónos y para lograrlas reclamamos vuestro concurso sagaz, vuestra cooperaracion perseverante. Asediemos á Ántropos y Gina, inspirémosles toda clase de arrogancias hasta enemistarlos con su protector. Este será el avance prévio; una vez desvanecidos y descarriados, fácilmente conseguiremos que labren armas para Dinamion y para sí grillos y cadenas.

Tosió la bruja, se limpió el hocico y añadió en tono humildísimo:

—Ahora habla tú ¡oh fuerte! ¡oh delicioso Dinamion! A tí sólo toca disponer y distribuir nuestros papeles. Habla señor, y tu voluntad será cumplida.

La bruja de las cien caretas concluyó sin duda su peroracion con un ardid raposuno para poner en evidencia delante de la muchedumbre el poco seso de Dinamion y su propia astucia y perspicacia. El jigante cayó en el lazo sin apercibirse.

—Mi plan es muy sencillo; salgo mañana de aquí con mi clava al hombro, llego donde se encuentran Pónos y esos miserables, les intimó la rendicion y si se resistieren los aplasto.

—¡Oh sábio, fuerte y delicioso Dinamion!—replicó Seuda en tono más meloso cada vez.—Tu plan es admirable; pero despues de haber aplastado al hombre y á la mujer, ¿habremos conseguido mu-

cho? ¿Tendremos quien trabaje por nosotros? ¿Podremos vivir sin trabajar? Esto al fin y al cabo es el objeto que nos proponemos.

El auditorio se sonrió maliciosamente.

—Tienes razon—gruñó el jigante algo corrido.—Será menester aplastar á Pónos y cautivar á sus protegidos.

—No sería eso del todo malo, ¡oh sábio, fuerte y delicioso Dinamion!—tornó á replicar la bruja—seria tan bueno como todo cuanto dices. Pero olvidas que Pónos se hace invisible cuando quiere y además ¿qué habrian de hacer sus protegidos sin él y su vara mágica?

Los trasgos y los duendes tornaron á sonreirse. El jigante entre corrido y perplejo se rascó la barba y dijo:

—En ese caso convendrá que yo recoja los tres dentro de mi piel de tigre y te los traiga y que dispongas tú.

—Encuentro bien ese recurso, ¡oh Dinamion fuerte, sábio y delicioso!—volvió á replicar la muy taimada—pero sin tener las armas construidas por el hombre te exponias al toque de la vara mágica de Pónos cuyas virtudes te podrian convertir en otro de sus servidores. Y ¡oh, Señor, qué desconsuelo el de esta reunion si tal pudiera suceder! ¡Qué seria de nosotros sin la luz de tu sabiduría, sin el apoyo de tu fuerza!

—Siendo eso así—contestó el gigante completamente enojado y confundido—dí tú lo que se ha de hacer y concluyamos.

Seuda habia logrado su propósito: sin aparentar siquiera pretenderlo, se veia investida con la autoridad é iba á ser depositaria de la suprema direccion.

Conseguido el objeto de sus eternos desvelos, dió las órdenes á sus secuaces. El primero que despachó fué á Fobo. Llamó enseguida por sus nombres á diferentes trasgos de muy diversas cataduras; Ratimia (1), Alazona (2), Petonosa (3), Filoctesia (4), Licnia (5) escucharon sus órdenes con atencion; Eidólatros (6) recibió instrucciones reservadas; á todos prometió recompensas y galardones, á todos recomendó que siguieran la caravana y aprovecharan las ocasiones de engreir á la mujer, ensoberbecer al hombre, indisponerles con su protector y en una palabra introducir la semilla de la discordia entre los trabajadores. Como regla sencilla de conducta dió á todos sus emisarios la siguiente: «aconsejad á Ántropos y Gina lo contrario de cuanto les aconsejare Pónos». Y en fin, concluyó exigiéndoles actividad sin descanso y noticias contínuas y detalladas de todo cuanto en el rancho de los pastores sucediese.

Terminadas aquellas primeras disposiciones volvióse Seuda á su señor y le habló de esta manera:

—Grande, irresistible es tu autoridad, ¡oh, sábio, fuerte y delicioso Dinamion! Pero por irresistible y grande que sea tu poder hay quienes le otorgan y le quitan. Demostremos nuestra humildad y nuestra gratitud á los divinos invisibles; procuremos alcanzar su proteccion, pues en siéndonos propicios no habrá nada ni nadie que te iguale. Yo indagaré su

---

(1) La pereza.
(2) La vanidad.
(3) La envidia.
(4) La avaricia.
(5) La glotonería.
(6) La idolatría.

voluntad, yo los predispondré en nuestro favor. En tanto que nuestros servidores preparan las cosas para conseguir las armas indispensables, procuraré averiguar la voluntad de los dioses y les propiciaré con mis ofrendas. Ellos me revelarán el porvenir, ellos nos guiarán á la victoria.

—Haz como gustes, contestó el jigante; pero te advierto que yo no puedo estarme quieto. Saldré por donde se me antoje. Veré si no me basto á mí mismo. No veo todavía bien esa necesidad absoluta de tus dioses..... En fin, yo me entiendo..... ¡Amigos! Valor y confianza. Cuando mi consejera acabe de consultar á los invisibles y yo me canse de explorar el campo, otra vez se os convocará. Entre tanto que cada cual se las busque como pueda.



CAPÍTULO IX.

Ya lo digimos hace poco: desde el dia en que Ántropos y Gina tuvieron un servidor para llevarles la carga, comenzó en Gé una vida enteramente nueva, una existencia nómada ó errante.

Mucho tiempo, grandes fatigas, terribles privaciones, luchas externas é internas, habíales costado aquel su incipiente bienestar, pero al fin y al cabo contaban con un comienzo de experiencia nada despreciable, distinguian buen número de plantas, conocian las costumbres de los principales brutos, se veian armados y vestidos, poseedores de unas cuantas docenas de instrumentos y trebejos si feos y toscos, útiles, y lo que es más trascendente, las imágenes y las impresiones no entraban y salian en su mente en confuso y desordenado tropel, sino por el contrario íbanse fijando, clasificando y asociando para constituir grupos, formas y productos nuevos y dar el sér paulatina y trabajosamente al juicio.

El mundo interno y el mundo externo se atraian, y el primero más seguro de sí, ménos temeroso, comenzaba á reobrar sobre el segundo.

Dos solas circunstancias perturbaban aquella vida tranquila en medio de tanto afan, neutralizando las provechosas enseñanzas del buen Pónos : las travesuras audaces de los emisarios de Seuda, y la proximidad nada tranquilizadora de algunos grupos de salvajes, muy parecidos al raptor de Gina, aquel á quien Ántropos se vió obligado á despeñar.

Los primeros enemigos como canalla sagaz, atrevida é invisible, suscitaban frecuentes desavenencias entre el hombre y la mujer, entre Pónos y los dos ilusos. Unas veces fomentaban la vanidad del marido, otras excitaban la versátil impresionabilidad de la mujer y no pocas aprovechaban los celos del cariño de ambos, las gracias y donaires del muchacho, con el fin de atizar la llama de la discordia.

En cuanto á los salvajes, cuya presencia se iba haciendo ya molesta, notábase que atraidos por las riquezas y novedades de la caravana no huian como en un principio, ni se escondian cautelosamente en la espesura de las selvas ó en las fragosidades de los montes. Dejábanse por el contrario ver, se aproximaban de dia como de noche y, no obstante la vigilancia de los canes, hurtaban de vez en cuando una oveja ó una manta, una lanza ó un pollino. Sin la vara mágica del génio y sus oportunas advertencias, los salvajes merodeando en torno de la caravana hubieran dado cuenta de ella.

Y ¿por qué no hemos de decir toda la verdad? Nosotros procuramos retratar á la familia en vías de formacion, con fieles pero simpáticas tintas, porque sus triunfos y aciertos sucesivos deben interesarnos y hasta apasionarnos cual si fueran nuestros ; huimos de copiar con servilismo lo real en su torpe y fea desnudez ; y sin embargo, lunares hay

inocultables y hasta necesarios de apuntar porque sirven para medir con exactitud la distancia recorrida por nuestros pobres mortales y aquilatar con justicia el valor de las máximas de Pónos.

En confianza, pues, y nada más escuchen nuestros lectores y resérvenlo por torpe y pecaminoso. Alguna vez y áun varias veces Ántropos sorprendió á los salvajes dentro de su campamento ó acudió con arco y lanza y cuchillo en defensa de lo suyo. Siempre — preciso es confesarlo — hirió y mató al enemigo, ya resistiese impávido y valiente, ya le pidiera gracia de rodillas. Cuando el furor le cegaba no sabia perdonar. Hombres, mujeres, niños, todo perdia la vida si se ponia al alcance de sus armas. Sea por horror al asqueroso manto de pestilente roña — único vestido de aquellos ignorantes bípedos — sea por exceso de pavura ó por natural ferocidad, el hombre no perdonaba edad, sexo, condicion, y la mujer primero le aplaudia y más tarde le ayudaba.

El camino seguido por la pareja pudo entonces trazarse por los huesos blanqueados á la luz del sol despues de roidos por las fieras, ó mondados por las aves de rapiña.

A pesar de estos peligros, y áun pudiéramos decir á causa de ellos, los pastores siguieron mejorando sus vestidos con su ajuar y sobre todo sus armas. De un pedazo de cobre encontrado á la ventura, fabricaron la primera espada, y machacando con paciencia aquel metal tenaz y dúctil, tuvieron vasos y otros dijes y cuchillos superiores bajo algun punto de vista á los de piedra ó pedernal.

—Ya ves amigo Ántropos—le decia Pónos en una ocasion—mientras el hombre sudaba y forcejeaba

sobre una lámina de cobre; ya ves como una misma necesidad tuya da el sér á otras y otras. Tiempo es de ir asociando las ideas y viendo á qué conduce todo esto. Tienes asegurada la pitanza en tu rebaño; puedes sentarte á la sombra mientras vigilan tus perros; andas desembarazado pues tus pollinos trasportan cargas abrumadoras para tí. Se vé, pues, con evidencia, cómo y por qué puede descansar tu cuerpo alguna parte del dia. Pero ¿descansas todo tú? ¿No se agita una parte de tí mismo cuando así descansas? ¿No evocas por ventura recuerdos de lo pasado, no asocias lances pretéritos con circunstancias actuales y formas planes para el porvenir? ¿Te sucedia esto por ventura cuando nos conocimos orillas de la mar, cuando os mirábais desnudos y os sentíais aterrorizados?

—Tan no me sucedia eso—contestó el hombre dejando de machacar y limpiándose el sudor—que mi vida era un mareo y apenas si recuerdo de ella nada.

—Pues eso—continuó Pónos—segun te dige despues de conquistar tus ovejas, quiere decir que ya, *aunque trabajen tus músculos todo el dia, puedes imaginar un rato.* Á tu trabajo instintivo se vá uniendo otra clase de trabajo, y no te asombre si te digo que toda tu lucha en Gé, tus derrotas y amarguras, tus conquistas y satisfacciones, van dirigidas á disminuir cada vez más los esfuerzos de tu cuerpo y á aumentar ilimitadamente los esfuerzos de tu espíritu. Al Ántropos de carne y hueso se ha de sustituir con el tiempo ese otro Ántropos de aire sutil é impalpable que allá en tus sueños conociste. Sólo cuando esto suceda, te acercarás al cumplimiento de tu destino y estarás en condiciones de llenar tu soberana mision.

Ántropos se quedó como tantas otras veces sin comprender todo el alcance de aquellas sábias reflexiones y sin embargo, el génio del manto azul continuaba iniciando á su protegido en algunas de las leyes de la isla ó procurando despertar su curiosidad, fuente y orígen de la vida de su espíritu. Grande era su sabiduría y su cariño, pero su paciencia—ese pedestal del génio—fué siempre mucho mayor. En lucha perpétua con la ignorancia y la veleidad del hombre, hubo de tolerarle de contínuo costumbres y preocupaciones de las cuales no era posible emanciparle por entonces: sabia que el porvenir de sus educandos dependia en primer lugar de sus conquistas sobre la naturaleza, y fiaba á estas conquistas y á las ventajas con cada una conseguidas, otras de un órden superior por ser triunfos sobre sí.

Así, por ejemplo, observó por fin la aficion de Ántropos y Gina á venerar y hasta adorar los animales, las plantas, y áun las piedras raras, por creer que en cada cosa habia un Ántropos de naturaleza incomprensible, si bien fuerte y vengativo y maléfico. Conociendo sin embargo la imposibilidad de dar á aquella pareja conceptos más racionales, hacia la vista gorda. Siempre previsor, vigilante siempre, no por esto desperdiciaba coyuntura para modificar las intuiciones de los pastores y guiarlos é instruirlos. Cuando sentados á la entrada de su tienda, durante las serenas noches del estío, contemplábales absortos con la mirada fija en el cielo y en los astros, no sólo se esforzaba por enriquecer su inteligencia haciéndoles notar la variable duracion del dia y de la noche, las posiciones relativas y periódicas de la luna y las estrellas, segun la estacion

del año, el fin ó la proximidad del dia, sino que ganoso siempre por cultivar sus sentimientos, les apuntaba con sagaz ingénio los beneficios prodigados á todas las criaturas por el sol, y mañosamente despertaba en sus sensibles corazones respeto y veneracion hácia objetos más sublimes para elevar y dignificar en lo posible su ingénita propension á la adoracion y al culto.

Sabiendo como la verdad se vá formando por ápices en las entrañas del error, y persuadido de la necesidad de un freno para las gentes bárbaras é incultas, se afanaba sin cesar por desenvolver paralelamente su corazon, y su razon, y hoy les hacia advertir cuánto más puro y más noble era sentir gratitud hácia los astros benéficos que desvivirse y temblar ante toscos y miserables fetiches, y mañana les enseñaba á dividir la noche en partes para darles á entender la necesidad del órden, ó el valor inapreciable del tiempo. Y por cierto, es muy de notar como, desde aquella época, el número de las partes del dia y de otras unidades astronómicas fué el de doce con preferencia al de diez. Sin duda la misma imposibilidad de tomar la cuarta parte del número de sus dedos, les obligó á fijarse en la docena y en muchos casos se la impuso.

De todos modos, nuestros pastores con estos y otros conatos de astrónomos aprendices, se convirtieron sin sentir de idólatras en astrólatras. Su buen génio les dejó *temer soñando*, mientras les hacia reparar en determinada estrella fija y por ella les guiaba en el intrincado laberinto de las selvas, al través de las llanuras, por valles, rios y montes para defenderse de las variaciones de los climas, aprovechar las estaciones, ó burlar con rumbo cono-

cido los ataques del jigante, las asechanzas de la bruja.

Porque han de saber nuestros lectores que Dinamion, voluntarioso y testarudo, intentó llevar á cabo sin el auxilio de su consejera las proezas insinuadas por él al deshacerse la asamblea con cuyo ligerísimo resúmen pusimos término y fin al capítulo anterior. Sus ataques, sin embargo, fueron de escasa trascendencia. Faltábale sagacidad, faltábanle las armas necesarias y Pónos, seguro como estaba á la sazon de ser en todo obedecido, cuidó con tiempo y con maña en poner tierra por medio. Sólo, con su clava al hombro, despreciando los servicios de los trasgos y los duendes, veíasele venir desde muy lejos, y con huir y con sortear montes, selvas ó pantanos se le burlaba fácilmente.

Verdad es que en ocasiones, Ántropos hubo de perder buena parte de su hacienda. Muchas, muchísimas veces estuvo él ó alguno de la familia á punto de caer en manos de su enemigo; muchas, muchísimas veces perdieron armas y tiendas, recuas y rebaños y escaparon con muy poco; pero otras tantas obedeciendo al buen génio, dejándose conducir y tornando á trabajar, Ántropos, Gina y el chico recuperaron lo perdido y al toque de la vara mágica siempre lo recuperaron con alguna añadidura. En una de aquellas acometidas, por ejemplo, la familia se encontró apurada y para ponerse á salvo hubo de atravesar desiertos dilatadísimos de arena. Allí hubieran perecido si Pónos no hubiese sometido al hombre el dromedario y el camello, nuevos servidores entonces irreemplazables y en adelante utilísimos, pues como es sabido llevan provision de agua y de comida para largas caminatas, y podian resis-

tir sobre los mares de arena la sed, el hambre y el sol. Los servidores del hombre se ofrecian á su yugo con aquellas cualidades necesarias para auxiliarle ó salvarle. ¡Otro misterio de la isla!

Durante aquel contínuo ir y venir, acampar y divagar siempre cercados de salvajes, tuvo lugar un acontecimiento de suma trascendencia y no debemos callarle. Ántropos se hallaba cierta noche tendido bajo la tienda y no podia dormir. En medio de aquel insomnio y del silencio nocturno, oyó la voz de dos de los emisarios más celosos de la bruja, los cuales conversaban junto á él en tono bajo pero perceptible.

—Está perdido, perdido—decia Fobo con su aplomo acostumbrado.—Los salvajes crecen en audacia y brotan de la tierra por doquier. Ántropos los mata, es cierto, tiene buenas armas y las sabe manejar; pero con tanto matar se embotarán al fin sus armas, y entonces..... ¿qué será de él?

—Pues él se tiene la culpa—contestaba Egos.—Si yo estuviese en su lugar.....

—¿Qué harias?—preguntaba el enano de las antiparras.

—Pues es muy sencillo—continuaba Egos.—En vez de emponzoñar el aire con carroña y de dar pasto á los buitres convertiria á los salvajes en servidores más útiles que el asno, tocándoles en la frente con la vara mágica. Figúrate cuánta diferencia. El salvaje tiene manos, entiende, puede hablar y con hacerle su esclavo se veria libre de un cúmulo de facnas cuyo desempeño no puede encargar ahora á sus pollinos ni á sus perros.

—Eres el ingénio mismo—exclamó Fobo disponiéndose á agotar en loor de su compadre sus me-

jores ditirambos.—¡Ahí es nada tu invencion! Si estuvieses en el lugar de ese pobre hombre serias un semidios.

Aquí llegaba el coloquio de los duendecillos cuando á la dudosa claridad nocturna vió Ántropos penetrar un bulto por la entrada de la tienda arrastrándose cautelosamente. Todavía dudaba si seria un perro, cuando se irguió un salvaje y levantó con rapidez un hacha sobre su cabeza. Uu momento más y aquí terminaba nuestra historia. Pero quiso la suerte que uno de los mastines favoritos de Ántropos durmiera en aquel momento á sus piés y aquel servidor leal, avalanzándose de un salto sobre el salvaje, le tendió en el suelo y le sujetó por la garganta. Ántropos dió un brinco, arrebató su lanza y fué á matar á su enemigo segun su costumbre.

—¡Detente!—le gritó Egos con una intencion aviesa, pues deseaba el duendecillo introducir al enemigo en el rancho. El hombre se contuvo, llamó á su génio protector, le pidió la vara mágica para rendir al salvaje y logró con ella sujetarle desde aquella noche á su mandar.

El egoismo y el temor abrian la entrada á la piedad en el corazon del hombre. Porque el pastor recordó las lecciones aprendidas, los datos de su experiencia, y hartó al esclavo de comida á fin de tenerle sumiso por satisfecho. Vírgen éste todavía de todo sentimiento de dignidad, comparó inconscientemente aquel su nuevo vivir con su vivir anterior y no pudo ménos de venerar á su dueño como á un sér extraordinario.

Á las dos hebras del cariño familiar y el interés por los brutos, se agregaban de este modo los dos hilos de la piedad interesada del amo y del servil

apego del criado para ir tejiendo los lazos, con el tiempo vigorosos, de los afectos altruistas.

No pasaron muchos dias sin que Ántropos sorprendiera de madrugada á una pareja salvaje dentro del redil y cuando la vió á sus piés, herido él y suplicante ella, les echó una soga al cuello y se los presentó á Gina. Tambien aquellos dos criados se encontraron perfectamente en medio de los pastores y Ántropos pudo cuidar mejor sus reses y la mujer tuvo una criada para coser y ordeñar.

Cuando Pónos observó tan inesperadas novedades comprendió las ventajas de la esclavitud para la prosperidad de la familia. Toleró por tanto el mal hasta alcanzar mayor bien y aunque con repugnancia manifiesta, aplaudió la conducta de su protegido y procuró inclinarle de contínuo á la piedad y la benevolencia. Los esclavos por su parte, parecian insensibles á las humillaciones y los golpes. Hubiérase creido, en más de una ocasion, que los del niño eran caricias para ellos y por ellos como favores estimados.

Y á la verdad que el rapazuelo mostrábase en aquel entonces visiblemente engreido de su poder y autoridad. Al verle maltratar á los esclavos, se sospechaba la existencia de algo inexplicable y misterioso á cuya virtud la fuerza bruta cedia. Cierto que el chico superaba en ingénio y en malicia á su padre y á su madre y parecia como si hubiera heredado con sus costumbres y sus bienes, ideas concretas ya formadas. Y no era de extrañar: apenas abrió los ojos se familiarizó con los adelantos hechos á fuerza de sudor y sangre; aprendió una lengua bastante desarrollada sin apercibirse de los esfuerzos imitativos ó lógicos necesarios para su formacion; contempló

en su rededor animales mansos, perros cariñosos, esclavos obedientes y les consideró como servidores sobre los cuales gozaba derecho de vida ó muerte; se vió vestido y abrigado por procedimientos fáciles; manejó las armas de su padre y los vasos y los dijes de su madre; aprendió de ambos sin fatiga una multitud de cosas con cuyo auxilio lucia precoz ingénio y en una palabra, heredero de conquistas materiales é inmateriales gratuitas, crecia sano, robusto, valiente en la edad en que sus padres habian sido débiles y estúpidos. Sus gracias, su desparpajo eran el embeleso de amos y criados, y Gina se pasaba las horas muertas en admirar sus brincos y cabriolas. En semejantes ocasiones excitábase el amor propio del rapaz é inducíale la vanidad naturalmente á merecer la admiracion de su madre. Repetia los gestos más aplaudidos, inventaba pasos y posturas, hasta que un dia loco de entusiasmo él, loca su madre de orgullo, concluyeron por bailar el uno frente del otro.

La danza, primer solaz inofensivo de los hombres, nació de aquellos arrebatos.

Ántropos contempló la escena con delectacion, y por lo mismo la escena se repitió algunas tardes siguientes. Al cabo de cierto tiempo, los brincos se convirtieron en contorsiones con ritmo, y la medida se marcó por los mirones batiendo alegres las palmas. Despues hirióse un cuerpo con un palo para animar á los danzantes, buscáronse los cuerpos más sonoros á fin de aumentar el ruido, y se concluyó por inventar varios instrumentos para marcar el compás, todos los cuales pudieran clasificarse en la categoría de tambores.

La aparicion de la danza, por tan sencilla manera,

trajo en su pos el elemento más rudimentario de la música : el compás.

—¡Es mucho chico!—decia Ántropos á su buen génio en medio de una de estas danzas redoblando sobre su tambor.—No sé de dónde saca tanta intencion y tanta travesura. Con la edad será un portento. Quiero que me le hagas hombre en cuatro dias.

—¡Ahí es nada lo que pides!—le contestaba Pónos. —No está en mi mano ni en la tuya sustituir la accion del tiempo. Lo repito una vez más: todo en la isla de Gé se desenvuelve por ápices, se reforma gradual y lentamente; sobre un grano de arena caen dos granos y sobre aquellos dos caen tres y á fuerza de granos y de tiempo se levanta una montaña, y sobre la montaña crecen galas y primores formados del mismo modo. Todo tiene aquí su peso, su medida y su sazon. Querer variar el curso de cada ley, es pretender un imposible. Cabalmente sólo estudiando la ley en cada caso para saberla y aplicarla es como podreis prever, acertar, distinguir lo posible de lo imposible y en una palabra evitar el mal para conseguir el bien. Tu hijo crece poco á poco porque es un sér superior y cada obra exige un tiempo proporcionado á su importancia. Para hacer un arco y una flecha te basta un dia; para recoger el fruto ya maduro habrás de esperar un año; para conseguir buenos servicios del perro, del toro, ó del pollino, necesitas esperar dos, tres ó cuatro, porque has de saber, amigo mio, que los animales viven cinco veces tantos dias cuantos emplean en su completo crecimiento. Tus perros tardan dos ó tres años en ser guardianes excelentes y buenos cazadores porque viven diez ó quince, tus vacas te servirán veinte años por lo mismo que necesitan cuatro para

serlo. Si tu hijo tarda esos mismos veinte años en parecerse á tí, es porque en su mano está alcanzar una existencia de ciento. En cuanto á la precocidad extraordinaria de Ándros, esa sí que es el mayor misterio de la isla. Concíbese fácilmente que el hijo herede del padre no sólo la tienda y el método de tejerla, no sólo el rebaño y la manera de fabricar el queso, sino tambien los ojos y la nariz, la estatura y proporciones y el color del cabello ó de la piel, porque al fin y al cabo ésta es la herencia diaria de todos los animales; pero además hay en tu especie otra herencia mil veces más misteriosa: ya la iremos estudiando poco á poco. Hoy por hoy, bástete saber que Ándros, en el vientre de su madre, te robó con la figura los principales elementos para pensar y sentir tal cual á fuerza de padecimientos los habias tú adquirido durante toda tu existencia.



CAPÍTULO X.

Sólo Dios sabe nuestros apuros para dar forma á esta historia sin faltar á la puntual y verosímil narracion de tan lejanos acontecimientos; sólo Dios conoce las angustias de nuestra pobre inteligencia deseosa de evitar que una palabra, dicha torpemente, arroje dudas y sombras sobre la brillante lucidez de anales tan provechosos; pero en fin, fuerza es cumplir con el deber aceptado y vamos ahora á detenernos un momento en la primera conquista de un órden trascendental realizada por Ántropos y Gina.

Despues de los adelantos referidos y de otros mil pasados en silencio, entreteníase Gina cierta tarde, tarde apacible y serena, en coger violetas, rosas, claveles y jazmin llevando al niño de la mano. De mata en mata, de arbusto en matorral, fué alejándose la madre con el rapaz por una floridísima cañada y aunque veinte veces se propuso que tal ó cual vistosa flor seria la postrera, siempre se presentaron otras, algunos pasos más allá, cuyas galas la seducian y de su rancho la alejaban. En aquel

entretenimiento, el sol se escondió detras de los altos montes y las sombras comenzaron á cubrir la tierra. Gina se sobrecogió al verse lejos y sola. Quiso dirigirse á la majada y no sabia por dónde. Cogió en brazos al chicuelo y principió á dar voces para llamar al esposo.

—Ántropos—gritó con la desesperacion del miedo.

—*Ántropos*—repitió una voz clara é idéntica á la suya.

La mujer la oyó y su asombro casi excedió á su congoja.

—Ántropos—tornó á gritar al poco rato.

—*Ántropos*—volvió á oirse clara y perceptiblemente.

—¿Quién se burla de mí?—se preguntó la pobre madre.—¿Será un salvaje? ¿Será algun duende maligno?

Y por tercera vez gritó: Ántropos, y *Ántropos* repitió la misteriosa voz tambien por tercera vez.

Gina no pudo proseguir. Sentóse rendida sobre un ribazo, apretó al hijuelo contra el seno y prorumpió á llorar amargamente.

Ándros nada comprendia, pero dió rienda suelta á un lloriqueo bastante más ruidoso que el llanto de su madre.

Un instante despues se escuchó la voz burlona lloriqueando y repitiendo con nunca vista precision los sollozos y gemidos.

Cerraba la noche y la mujer tembló por sí y más aún por su hijo.

Entre tanto Ántropos inquieto por la ausencia de Ándros y de su esposa, salió del campamento seguido por los perros y comenzó á llamarla á voces.

—Gina—gritaba sobresaltado é impaciente.

—*Gina*—contestó una voz en el mismísimo tono.

El pastor se quedó inmóvil escuchando.

—Parece que han respondido—se dijo para sí.—Pero si fuese mi mujer, no repetiria su nombre en son de burla. No importa, la voz sonaba á la derecha; vamos hácia la derecha.

Hízolo así: anduvo en la indicada direccion, tornó á llamar y tornó el acento á repetir los sonidos y las inflexiones de su voz, sus mismísimas palabras. Ántropos permaneció asombrado. Siguió gritando, corrió de otero en otero y por fin, rendido de cuerpo y temeroso de espíritu, se le ocurrió llamar á Pónos.

—¿Qué tienes, Ántropos?—preguntóle el génio presentándose.—Si quieres encontrar á Gina, esta es la ocasion de poner á prueba tus mastines.

El génio sugirió entonces al hombre la idea de dar á oler á los perros una prenda del vestido de Ándros y de animarles con el gesto y la palabra á buscarle por el monte. Aquellos inteligentes animales partieron á la carrera, fueron, vinieron, revolvieron, asomáronse olfateando á las cañadas, bajaron á las praderas y todo esto con el hocico por el suelo, sin dejar de correr y de buscar.

Uno de ellos, por fin, lanzó un latido breve y partió con rumbo fijo. Los demás parecieron comprender la llamada de su compañero y salieron tras él procurando darle alcance.

Pocos momentos despues, Ántropos, siguiendo en pos de sus mastines, escuchó la voz de Gina nombrando y acariciando á los canes.

La familia regresó alegre á su tienda, no sin discurrir por el camino sobre la voz burlona y misteriosa.

Al dia siguiente, cuando Pónos visitó á sus pro-

tegidos, los encontró discurriendo todavía acerca de aquella voz y formando las más peregrinas congeturas.

—No os canseis, amigos mios—les dijo.—Todo eso es sencillo y natural aquí, áun tratándose de lo invisible. Escuchadme y os pondré en camino de hacer una conquista muy otra de las ya realizadas. Uno de los habitantes más singulares de esta isla es el ruidoso y vocinglero Tongo (1), porque dotado de voz dócil y flexible es muy aficionado á ejercitarla. Desde sus más tiernos años, fué un verdadero portento en esto de pronunciar los más diferentes sones, de producir leves ó estruendosos ruidos. Creció de golpe (al revés de como crece todo), y desde un principio jamás se ha callado un dia, nunca se siente cansado de ejercitar sus pulmones. Es la suya una de esas vocaciones decididas que nos sorprenden y asombran. Por todas partes divaga, en todas partes se encuentra; allí donde hay un poco de aire para respirar, allí ensaya y multiplica sus ruidos, voces y tonos. A veces zumba como el viento; á veces trina como el ruiseñor; ora brama cual la mar y á seguida silba como la serpiente. Grazna cual el cuervo, maulla como el gato, croa tan bien como la rana y ruge lo mismo que el leon. Ya imita al lobo y aulla, ya remeda al cisne y vozna. Sabe sustituir al buey mugiendo, al borrico roznando; á la grulla gruyendo y amedrentar con el boreo del oso solitario. Todo lo dice, á todo sabe dar forma inconcebible para comunicárselo al oido. Por eso, amigos, embelesa á veces y á veces tambien asusta.

—¡Bien lo sospechamos!—interrumpieron los pas-

---

(1) El sonido.

tores.—Cuando á deshora de la noche oimos trinos y gorgeos de enamorado ruiseñor, voces más gratas que las de todas las aves, el susurro rumoroso de las hojas, el grito agudo del grillo, el murmullo de las aguas, esa deliciosa confusion de sonidos indefinibles, cadenciosos, moribundos, que no se sabe cómo suenan, que nos inundan de delectacion en arrobamiento plácido, siempre nos preguntamos uno al otro: ¿quién andará por esos bosques?

—Eso sucede—dijo Pónos—cuando Tongo tañe su lira de infinitas cuerdas que vibran regaladamente si el viento las abraza y acaricia. ¡Oh! nada iguala á la mágia de los acordes de esa lira. Es, para vosotros, una de las maravillas más admirables de esta tierra y por eso deseo contar á Tongo en el número de vuestros servidores. Aunque os parezca de pronto el más inútil de todos, habrá de ser—no lo dudeis—quien mayores prodigios realice por ahora en vuestro modo de ser y de sentir.

—¿Y cuándo, cuándo le tendremos á nuestro mandato?—preguntó Gina.

—Cuando despues de haberle dado algunos masculillos en la frente con esta vara dorada, os encariñeis con él y le cuideis con amor.

—¡Ah!—exclamó Ántropos.—Si me proporcionas ese amigo no te vuelvo á pedir más. Seré completamente feliz.

—Esa será tu cantinela á cada nuevo beneficio—replicó Pónos.—Ahora sigamos viendo quién era el burlador de ayer anoche.

—Tongo, claro está—gritó la bachillera Gina.

—No tal, no tal—dijo Pónos.—No era sino su hijo, quien por cierto es muy otro que su padre. Debe á la naturaleza una disposicion por todo estilo feliz en

cuanto se refiere á imitacion, pero en lo tocante á originalidad, es tan inferior á Tongo como inferior en luz, tintas y reflejos es la noche comparada con el dia. Si oye una voz por intrincada que sea, por difíciles que fueren sus inflexiones, la remeda y la repite con una precision pasmosa; mas si le pedís un sonido original, espontáneo, suyo propio no lograreis de su boca el imperceptible trompeteo de un mosquito. Semejante carencia de expontaneidad juntamente con la condicion indómita del muchacho, decidieron á su padre á dejarle campar por sus respetos y, desde que nació, vaga siempre burlon y siempre arisco, por las quebradas de las peñas. Su nombre es *Eco* y á pesar de sus defectos y de su cortedad de ingénio tiene la excelente cualidad de ser respetuoso como pocos hijos : en pos siempre de su padre jamás abre la boca antes que Tongo. ¡Rara y laudable sumision de un respeto amantísimo, filial!

—Pues tambien quiero cautivarle—interrumpió Gina.—Quiero vengarme de mi susto y de sus burlas.

—Seria ocioso intentarlo, é inútil si lo consiguiéramos—contestó Pónos.—Su compañía sería más bien molesta que otra cosa. A quien conviene conquistar, por ser solaz y consuelo, es al fecundo delicioso Tongo.

—Ensayémoslo esta misma tarde—exclamó Ántropos imperativamente.

—Si te empeñas, no habrá más remedio—dijo el génio y se calló.

La caravana siguió como de costumbre y por la tarde se plantó la tienda, por ventura, á cortísima distancia de un arroyo y de un cañaveral. Apenas establecieron el redil y descansaron breve rato,

apremiaron los pastores al buen génio para que cumpliera su promesa, pues ansiaban conocer al mete-ruidos, cuyas singulares cualidades les tenian de pura curiosidad á mal traer.

Cuando las sombras de la tarde se tendieron y la luna se asomaba leda á ras con el horizonte, llegaron á oidos de nuestros impacientes algunas notas agudas mezcladas con otros varios sonidos melífluos y armoniosos.

—Esta es la hora—dijo Pónos.—Tongo juguetea en el cañaveral.

Acercáronse los tres con precaucion, examinaron las cañas azotadas y tronchadas por el viento, buscaron de unas en otras el orígen de los silbos, y se afanaron por sorprender al geniecillo jugueton que, por lo visto, se escondia en los cañutos. Cuando se convencieron de su impotencia absoluta para lograr lo que querian, Pónos les hizo cortar un trozo derecho y terso entre dos nudos de caña y les previno le llevasen con ellos al campamento.

—Ahí está Tongo—les dijo.—Ya veremos la manera de sacarle.

Una vez allí, el génio del manto azul previno al hombre todo lo necesario para dar salida á Tongo con la debida precaucion. Ántropos obedeciendo, cortó primero uno de los nudos, pero Tongo no salió por la abertura; entonces taladró con la punta del cuchillo varios agujeros redondos de trecho en trecho, pero Tongo no salió, viendo lo cual su protector le previno que soplara con brío por el último de aquellos agujeros. Al hacerlo así toda la familia soltó un grito de sorpresa. En medio del corro estaba un mancebo de perfecta hermosura, aunque de rostro soñoliento y algo espantadizo. Su rica, blon-

da y bien rizada cabellera, flotaba á impulso de las auras. Llevaba al costado izquierdo y pendiente de un hilo como de luz, una lira de maravillosa estructura, y su buen talante, su gallardo garbo, se realzaban por la gracia al apoyar al desgaire, sobre la cadera izquierda, la elegante lira y al dejar caer la diestra airosamente sosteniendo entre sus dedos leve y delicada flauta.

El hombre y la mujer le contemplaron como quien aspira á retener dentro del alma una deliciosa sensacion. Pónos se acercó al mancebo y para ponerle á las órdenes de Ántropos le tocó con su vara mágica en la frente. Con esto fijáronse los pastores en la cabeza rubicunda del hermoso músico y se llenaron de asombro. En rededor y primorosamente ocultas bajo la riza melena, tenia un sin número de orejas puntiagudas las cuales asomando siempre móviles, siempre inquietas por entre los sueltos rizos, formaban una como diadema de infinitas puntas. Á la órden del admirable génio dejó pender la lira del costado y se llevó á los labios con las dos manos la flauta. Los valles resonaron con una sencilla melodía, tan suave, tan dulcemente, que las ovejas levantaron la testuz para escuchar, las aves se despertaron en el frondoso ramaje, las brisas se estremecieron á la redonda y todo objeto rehiló con delectacion indefinible. Cuatro veces repitió Tongo aquella música encantadora y hasta la luna se fué poniendo poco á poco sobre su cabeza para escucharla mejor. Entonces nuestros pastores encerraron en la caña á Tongo y Pónos, antes de despedirse, por aquella noche, habló á sus protegidos en los términos siguientes:

—El criado fiel, ó más bien afectuoso compañero,

que llevais con vosotros en la caña, es la primera conquista de un órden superior á todas cuantas hicísteis hasta aquí. Ya tienes ¡oh Ántropos! quien te hable al alma cariñoso; ya tienes quien pase la mano amiga por la frente y apacigüe las borrascas del corazon y la cabeza; ya tienes quien despierte tu entusiasmo y te encamine delirante hácia sublimes aspiraciones y altos y levantados hechos. Haz por escuchar su voz cuando la ira te destroce el alma ó cuando la tristeza te oprima el corazon. La mágia de sus acentos derramará el placer sobre el dolor y la luz encima de las tinieblas, porque ten entendido que Tongo trueca la ferocidad en mansedumbre, la aspereza en afabilidad, la crueldad en compasion y dulzura. Aves y brutos, árboles y cantos, se irán en pos de tu liviana tienda sólo por oir esa voz tierna y concertada. El leon se olvidará del hambre, la oveja dejará el pacer, y hasta la divina muda tendrá al escuchar al músico una sonrisa más suave. Oir á Tongo y contemplar á Elpisa, será de hoy en adelante el bálsamo más eficaz para todas vuestras ánsias, el correctivo más manso á vuestras desatentadas pasiones. ¡Desdichado de veras y digno de lástima será, quien al escuchar el lenguaje sublime de las notas, no sienta latir el corazon enardecerse la sangre, correr por las venas el frio del entusiasmo, ó por sus pálidas mejillas lágrimas consoladoras, sangre tres veces bendita de las heridas del alma!

Punto más ó punto ménos, así se verificó la primera conquista del primer servidor de un órden inmaterial y sublime; punto más ó punto ménos tales fueron las palabras con las cuales el génio benéfico de la isla de Gé anunció á sus protegidos los

inefables beneficios que de ella podrian recabar; pero como al lado de los triunfos se aumentan siempre las derrotas y en pos de las satisfacciones suelen surgir las amarguras, no tardaron los pastores en abusar de aquello, como de todo lo demás, y lo destinado al bien estuvo próximo á producir el daño. La libertad del hombre era en efecto como dijo Alecia, la libertad de elegir entre la sumision con la dicha y la rebeldía con el dolor. Luego veremos las consecuencias de este abuso.

Tan pronto como los acentos de la flauta alborotaron los ecos de la isla de Gé, los salvajes que merodeaban alrededor de la caravana, se fueron aproximando á ella. Con esto, los esclavos de la familia entraron de vez en cuando en comunicacion con los más tratables de sus semejantes y apercibiéndose Ántropos de las nacientes relaciones que iban estableciéndose á hurtadillas, procuró ponerse bien con aquellos enemigos aprovechando sus servicios para aumentar su riqueza. Con malicia y sagazmente supo trocar algunos diges y trebejos, inútiles para él, por caza, fruta, pájaros y pieles, visto lo cual por los salvajes, buscaban diariamente la ocasion de acercarse á los pastores y de ofrecerles todos cuantos objetos raros ó vistosos encontraban por los campos. Por la fuerza misma de los acontecimientos se inició el cambio de las cosas en su forma primitiva y surgió el trueque.

—¡Es singular! se decia Pónos al observar aquellas relaciones y sin atreverse á decir su pensamiento á sus protegidos respetando su ignorancia. Todo es singular aquí; en todo existe armonía. Las manifestaciones de la inteligencia, la mayor cultura, atraen á esos salvajes como la luz á la mariposa.

Ellos dan objetos de valor sumo para Ántropos y al parecer los dan á cambio de nada. Desde el punto de mis amigos parece que se enriquecen ellos con las pérdidas de los ignorantes. Y sin embargo, no es así: para esos salvajes los cachivaches que reciben son inestimables, pues con ellos satisfacen necesidades suyas naturales ó ficticias, imposibles de satisfacer de otra manera, y esto sin contar con las nociones que entrañan—por ellos adquiridas á la postre—para formar su inteligencia y salir de la barbarie. Bajo su punto de vista, tambien ellos ganan más que pierden. ¡Cuánto misterio! ¡Qué armonía! ¡Una ficcion, nada más—el concepto del valor—y unos y otros aumentan su bienestar. Cada trocante cree engañar al vecino y ambos á dos se enriquecen. Luego ¿qué constituye la riqueza?

Concluiremos este capítulo indicando las modificaciones tanto internas como externas producidas en la familia por los progresos materiales, la presencia de los primeros esclavos y la adolescencia de Ándros.

En otro lugar digimos las dudas que envolvian el pasado de Ántropos y Gina. Segun todas las probabilidades sus primeros años habian transcurrido en un estado muy poco superior al de los brutos. Por instinto se acercaron y por instinto ejercieron funciones con tendencia á conservar la especie, pero tan automáticos tan irreflexivos habian sido sus actos y sus relaciones que ni memoria conservaban de ellos. Poseedor del rebaño y amaestrado hábilmente por su génio protector hasta el punto de formar los primeros juicios, y de obrar con un comienzo de prevision, Ántropos adquirió insensiblemente hábitos de autoridad cuyo ejercicio, por

la costumbre arraigado, tomó vago tinte de derecho. Considerábase á sí mismo como señor de la familia y la menor contrariedad le exasperaba; porque incapaz todavía de comprender diferencias de dignidad entre unos séres y otros, lo mismo creia que debian obedecerle á ciegas los esclavos, que los perros, del propio modo sus hijos y su mujer que los esclavos. En ocasiones, ocultas simpatías, sentimientos invencibles le hacian más tolerante y compasivo con los suyos, pero en materia de obediencia á sus caprichos, de sumision á sus mandatos, á todos los media por el mismísimo rasero. Las ovejas eran suyas, suyas las acémilas, suyos los perros y esclavos, suyos su mujer y el hijo, como suyas eran las armas y la yerba que pisaba. Si alguno de su familia se hubiera atrevido á contrariarle de frente, no habria vacilado en matarle por su propia mano.

Por esto Pónos dijo con verdad que Tongo venia á tiempo.

En esta situacion, engreido él con su autoridad soberana patriarcal, preocupada ella con sus crecientes imaginaciones, los pastores tuvieron una hija á quien llamaron TÉLIA.

La familia se iba completando.

CAPÍTULO XI.

Dicen, los que algo entienden de achaques del corazon humano, que la posesion de la riqueza embriaga casi tanto como la autoridad, y séase por esta causa ó por nuestra ingénita tendencia á eludir la fatiga corporal y á buscar el placer en el descanso del cuerpo, ello es lo cierto que despues de verse Ántropos y Gina dueños del cantor fecundo, no oian ya con humildad ni con el respeto antiguo las advertencias de su nunca bien amado Pónos.

Los emisarios de Seuda se apercibieron de aquella disposicion y se prepararon diligentes á sacar provecho de ella. Sacáronle con efecto, mas antes de decir cómo, conviene añadir alguna cosa sobre las inmediatas consecuencias de la posesion del músico.

Eco seguia en pos de la gozosa caravana desde que vió á su padre prisionero, y en los ratos de descanso, cuando éste alborozaba valles y collados con la mágica melodía de la flauta rústica, el mímico solia repetir las acompasadas notas del instrumento primitivo iniciándose en Gé, con aquel duo, el agra-

dable, deleitoso maridaje de voces y timbres diferentes. Y como quiera que en la isla los hechos nacian de los hechos y con los hechos se formaban, Gina, seducida por el nuevo hallazgo, comenzó en burlas á remedar al Eco y concluyó por engreirse y solazarse con su propio canto.

Así nació la costumbre de cantar acompañados por la flauta, y en adelante veremos como siendo parlanchina la mujer, y teniendo una voz fresca y flexible, fué mezclando palabras con las notas, y por la asociacion de dos afines elementos tomó el lenguaje medida, timbre y cadencia antes de dar forma galana á los primeros conatos de una rudimentaria poesía.

En estos entretenimientos solian nuestros pastores distraerse y trasnochar y ya no madrugaban como antaño. Cierto dia, muy hermoso y muy sereno, hicieron alto para sestear en un vallecito fresco, cabe á una fuente cristalina, sombreada por un bosquete de mirtos. El sol saturaba con su beleño la atmósfera, y las ovejas, en medio de la llanura ardiente, se acarraban.

Miéntras Ántropos descargaba sus pollinos y distribuia los mastines para guardar el ganado, Gina se acercó á la fuente, y cuando quiso beber se quedó no poco maravillada al verse reproducida en su tranquilo, trasparente fondo. Su gozo con aquella aparicion fué mucho, porque nunca habia sospechado tanta gracia, tantos atractivos en su ignorado semblante. Primero se sonrió, y sonrióse la figura de la fuente; abrió y entornó los ojos, y vió que la aparicion los abria y entornaba; escondióse y asomóse ya poco á poco, ya de prisa, hasta convencerse al fin ser ella propia la que allí veia llena

de viveza, rebosando gracia. Entonces se saludó, movió la cabeza con coquetería, se atusó el cabello, se lavó la cara, y cada vez sentia mayor gusto al verse tan admirablemente retratada en el agua tranquila de la fuente.

No es fácil sospechar siquiera cuánto tiempo habria permanecido embebecida en aquel juego infantil, si una voz suave, y más que suave melosa, no pronunciara cerca de allí estas ó parecidas razones.

—¡Cuán hermosa eres, bella Gina! ¡Qué ojos tan seductores tienes! ¡Tus mejillas son como dos rosas! ¡y dos claveles tus labios! Lástima grande que el sol tueste esa tu tez tan sonrosada, tan suave; que el viento curta tus manos y que las piedras ó las zarzas hieran esos piececitos tan pequeñuelos, tan preciosos.

Sobrecogióse Gina al escuchar una voz donde creia estar sola, y con no poca timidez alzó los negros y velados ojos en direccion al punto donde vibrara. Al pronto nada pudo distinguir, pero fijando más y más la vista, vió sobre la enramada que daba sombra á la fuente, una figurilla ridícula con atavíos tan ridículos como su gesto y catadura. Su cabeza era de mono, su estatura ni siquera tan granada. Llevaba en torno al cuello y en rededor de los brazos sartas de conchas y otros diges; vestia un tonelete de plumas de cien colores, y algunas de pavo real, colgantes ó arrastrando por detrás, las meneaba despaciosamente con aire coqueton y satisfecho. Atusábase muy amenudo los pechos, mirlábase el hocico con la mano, y en la otra tenia un pedazo de cristal, luciente como un espejo, en el cual se contemplaba una y otra vez con evidente complacencia.

—Yo soy quien te habla, yo—prosiguió el trasgo con zalamería.—ALAZONA (1), la gentil Alazona; tu mejor amiga, el mayor admirador de tu belleza; ¡Oh! ¡cuánto deseo verte todo lo hermosa que los cielos te criaron! Toma, ponte sobre tu cuello de cisne ese collar de preciosísimas conchas. Préndete en los rizos esas violetas. Así. ¡Por quien soy que estás divina!

Y Alazona meneó las plumas de pavo real, y se contempló siete ú ocho veces en el espejuelo.

Gina, despues de tomar las violetas y las conchas, tambien se miró en la fuente de soslayo. Venciendo su timidez calzó las unas y se prendió las otras. El trasgo continuó.

—¡Dichoso quien pudiese ser tu esclavo! Naciste para ser reina de esta isla, para mandar y disponer; no para servir de esclava al perverso y aborrecible Pónos.

—¿Cómo?—preguntó al cabo la interpelada sin poderse contener.—¡Hablar así, de esa manera del génio mejor y más benéfico!

—¡Qué inocencia tan encantadora!—exclamó Alazona.—Pónos es un mónstruo, es mucho peor que un mónstruo, porque se alimenta con lo bello sin que le aproveche, ni le engorde. Si le escuchas, di adiós á tu salud, adiós á tus hechizos. ¿No acabas de ver en esa fuente los estragos que van ocasionando en tus facciones ese contínuo peregrinar, esa atareada vagabunda vida?

—Pero si es preciso andar y más andar—replicó Gina dudando—¿qué he de hacer?

---

(1) La vanidad.

—¡Preciso!—exclamó la figurilla.—¿Y para qué? Esas son patrañas del astuto Pónos.

—Ántropos dice que es necesario obedecerle—tornó á insistir la pastora.

—Ántropos es un pobre hombre. Quítaselo tu de la cabeza. Si me escuchas ¡cuántos y cuán preciosos dones no he de poner á tus plantas! Y serás hermosa, siempre hermosa; y muy feliz, siempre feliz, y todo ello con sólo convencer á tu marido. Empéñate en ello con teson, con maña, con astucia, y hoy mismo tendrá término tan trabajoso vivir.

—Podrá ser—exclamó Gina—pero es imposible, no me atrevo.

—¿Te ha de matar tu marido? Atrévete. Díselo como cosa tuya; sin decirle que me has visto; sin contarle nuestra conversacion. Él cederá, lo aseguro. Ea, adiós, hermosísima Gina. ¡Qué preciosa estás con ese collar y esas violetas!

El trasgo desapareció; Gina se miró en la fuente prendiéndose con cierto rubor unas cuantas florecillas más, y despues de contemplarse con fruicion, convino con Alazona en que no estaba muy fea. ¡Cómo habia de sospechar engaño en quien tan regaladamente la adulaba!

El primer efecto de aquella conversacion fué turbar el espíritu de la mujer; el segundo, hacerla sentir hastío al ordeñar el ganado ó al cuidar de los pollinos. Creíase rebajada con faenas tan humildes.

Sembrado así el desasosiego en la mitad de la familia, Alazona se trasladó donde se encontraba el hombre. Á la sazon, Ántropos concluia de quitar la carga á sus acémilas. El trasgo se ahorcajó sobre las ancas de un borrico y le habló con zalamería en estos términos.

—¡Qué fuerte! ¡Qué rico eres! ¡pero qué rico! Tienes rebaños, tienes armas, no puedes temer al hambre. ¡Qué feliz eres! ¡qué feliz! ¡Deberias ser amo de veras para hacer siempre tu gusto!

Ántropos recordó los consejos de su protector y empuñó una lanza por si fuese Fobo, pero al contemplar al duendecillo volvió á soltarla con desprecio y le contestó de zumba:

—¡Bien venido seas, amiguito!

—Parece que me conoces—replicó Alazona.

—No tal — siguió diciendo con ironía el interpelado.—Pero supongo que serás algun hermano de Egos ó de Fobo, y como me dice Pónos, no podeis venir á cosa buena. ¡Gentil talante tienes á fé mia!

—¿Te burlas?—preguntó el duende con hipócrita tristeza.—¡Cómo ha de ser! No todos somos fuertes, nobles, generosos.

— No lo digo por tanto—dijo el hombre algo corrido. — Pero como sospecho que vienes á divertirte conmigo.....

— Nada de eso — interrumpió la figurilla. — Te quiero como el que más. Gozo con tus alegrías y me aflijo con tus penas. Si vengo aquí es con el fin de aliviarte; es para hacerte conseguir, con mucho ménos afan, ese tan deseado bienestar tras el cual á cada instante suspiras. ¿No es absurdo que sigas siendo nómada? ¿Por qué no fijas la tienda y tratas de vivir con más holgura?

— Eso no puede ser.

— ¿Por qué?

— Porque Pónos me lo dice y Pónos nunca me engaña.

— ¿Cómo puedes conocer si te engaña ó no te engaña mientras no ensayes lo contrario? — continuó

el duende. — ¡Oh! ¡Cuánto sabe el astuto! ¡Cuánto sabe! Por mi parte, lo confieso: me exaspero al considerar que sois unos instrumentos ciegos en sus manos, y que al fin realizará sus inícuos planes. ¡Si vieras á dónde os lleva!

— ¿Qué planes puede tener desviviéndose por mí?

— Nada, amigo mio, nada. Si tú no los adivinas, no seré yo quien te los descubra. En provecho exclusivo de los suyos, te ha convertido en una especie de acémila; pero tú te encuentras bien y no quiero disipar tus ilusiones. Cada cual nace con su instinto: el burro te aguanta á tí y tú sirves mansamente al más interesado de los génios. Sea enhorabuena. ¡Adiós! que te vaya bravamente con el *amo.*

Ántropos, cuya curiosidad se despertaba, quiso detener al duende, mas éste desapareció sin saber cómo ni por dónde.

Por demás ensimismados, se sentaron á comer los dos esposos aquel dia. La mujer no olvidaba las lisonjas de la fuente, y en los oidos del hombre resonaban sin cesar (dándole enojo) las últimas palabras de Alazona.

Era evidente que en el fuero interno de Ántropos y su mujer se iniciaba alguna nueva y singular evolucion. Porque en los primeros tiempos, si recibian impresiones, las devolvian, las esteriorizaban sin tardanza, y ahora, despues de las entrevistas con la rastrera Alazona, la mujer contoneándose con su collar y sus pulseras, se preocupaba al parecer con las flores prendidas en sus cabellos, simulando sencillez, pero forjando allá en su mente cándidas duplicidades á fin de engatusar al hombre, miéntras Ántropos, acariciando en su memoria la

entrevista con el duende, afectaba grave placidez, sintiéndose en realidad muy turbado y muy inquieto.

Decididamente nuestros dos amigos iban adquiriendo la facultad de manifestar sus confusas imaginaciones cuando y como les placiese.

Al terminar la colacion, Gina se aventuró con propósitos alusivos á los trabajos y peligros de la vida nómada, mas Ántropos supo rechazar sus primeras insinuaciones aunque bullian idénticos conceptos en su mente. No se dió ella por vencida en aquel primer ataque, antes muy por el contrario, volvió á la carga bravamente con la paciente tenacidad de una mujer caprichosa.

Pintó la amenidad de aquellos sitios; las ventajas y el regalo de vivir sin divagar; encareció los males de tan sostenida peregrinacion; ponderó sus efectos sobre la salud; valióse de sus gracias y atractivos (jamás ineficaces para seducir la voluntad del hombre), y éste al fin y al cabo convino con ella en la absoluta necesidad de establecerse en un vallecito como aquel, fijando de una vez y para siempre su morada.

A consecuencia de esta determinacion, los sublevados ni alzaron la tienda aquella tarde, ni parecian dispuestos á levantarla en mucho tiempo. Pónos llegó al dia siguiente, llamado con propósito muy otro, y como viera la actitud de sus protegidos, no pudo ménos de preguntar la causa de semejante mudanza.

—Nos cansa ya tanto andar—le dijo el hombre.—Aquí hay yerba fresca, fuente clara, el sitio no puede ser más regalado y queremos pasar el resto de nuestros dias en comarca tan amena.

—Imposible—exclamó el génio—tus ganados convertirian bien pronto esta amenidad en aridez. Cada cosa tiene su sazon, todo adelanto su precio, un nuevo estado de vida exige cargas y deberes nuevos, y no hay que pensar en alcanzarle sin llenar éstos y cumplir aquéllas. Hoy habreis de trashumar: tal vez mañana, si progresais trashumando, podríais fijar la tienda.

—Estoy decidido á que ese mañana sea hoy—replicó Ántropos con osadía.

—¿Y sabes á lo que te expones si te empeñas en recoger el fruto verde? Te sabrá mal y no te aprovechará. Tus obras se han de hacer por ápices, y en faltando un solo requisito necesario, aunque te empeñes no prevalecerán. Toda la eficacia de tu voluntad se reduce á acumular estos ápices en un lapso más ó ménos breve; pero en cuanto á suprimirlos ó á eludir uno ú otro esfuerzo, así podrás conseguirlo como ponerte de un salto sobre la cima de aquella elevada sierra.

—Pues yo no me encuentro bien—refunfuñó el pastor con terquedad—este modo de vivir se me hace muy cuesta arriba y quiero gozar de otro mejor.

—Mala manera de lograrlo es desconocer los beneficios y favores de que gozas—replicó el génio en tono de reproche.—Dados tus escasos méritos, no debes, hoy por hoy, ambicionar más noble y deleitoso vivir. ¡Vagar libre por las selvas, pisando la fresca y florida alfombra de los campos; mirar salir el sol de entre las olas, respirar, despues de puesto, y al través de brillantes arreboles, la dulce melancolía de la tarde; descansar sin penas ni cuidados bajo la guarda de mastines fieles, mientras los astros velan vuestro sueño, y henchir á la mañana los

pulmones con las auras balsámicas que bajan de la montaña pasando por el tomillar! ¡Ingrato! ¡Menosprecias comercio tan regalado con la amorosa y siempre próvida naturaleza! ¿No satisfaces tus necesidades sin tasa y á tu sabor? En placidez de ánimo envidiable gustais las frutas y la leche bajo el aromo, el naranjo y la palmera; sesteais cabe al arroyo ó á la fuente; descansais sobre la verde colina y desde sus enramadas contemplais embebecidos el valle, el rio, la mar, el sol, las nubes, la lucha de la luz y de la sombra, ó fantaseais en inefable arrobamiento al pálido reflejo de la luna paseando la ávida mirada por el inmenso piélago de estrellas. ¡Qué paz! ¡Qué amenidad! ¡Cuánta hermosura! Y luego, ¡cuánta enseñanza! Sin esfuerzo, sin dolor, sin briega, observas cómo el jilguero construye su nido en la espesura, ó fabrica el castor la puente ó el atajadizo; tomas lecciones de paciencia de la cigüeña migratoria cuando ensaya en volar á sus polluelos; aprendes la laboriosidad de las abejas, la prevision con las hormigas, virtudes mil con los brutos y las aves, y conservando la salud y robusteciendo el ágil cuerpo, descubres valiosas propiedades en las plantas, tesoros hasta en las piedras para brindar á tu espíritu con el alimento sustancial del ingente almacen de tu memoria. Con sólo mirar la bóveda celeste te se revelan las señales de los cambios, la vuelta de las estaciones, las mermas y crecimiento de la luna, las oscilaciones de las estrellas y del sol, y pasas la primavera bonancible de tu vida sobre el regazo ledo de la naturaleza mirándote en sus ojos extasiado y descubriendo sin cesar nuevos hechizos en su seno. ¿No te sientes atraido á solicitar de su ternura todavía más favores y más ricas confianzas?

¡Dichoso estado en el cual ni te disputan los palmos de terreno una enemiga muchedumbre, ni turban tus libres peregrinaciones la ambicion, la soberbia ó la avaricia, ni padeces hambre ó escasez en medio de tus móviles riquezas, siendo jefe y áun tirano de los tuyos, con mis consejos por leyes y por únicas prisiones los brazos amorosos de tu Gina!

—Pues quiero fijar la tienda y hoy mismo la fijaré —insistió Ántropos.

—Si tal hicieres no tardaríais en ser esclavos de Dinamion. Sus emisarios te acechan y sólo buscan tu desobediencia á mis consejos, para venir y esclavizaros.

—¿Y quién es ese Dinamion?—preguntó Gina.—Ya vá de muchas que con él nos amenazas.

—Tiene mi mujer razon—añadió Ántropos.—Estoy causado de huir y quiero verle la figura.

—Os tengo dicho en diferentes ocasiones—contestó Pónos—que esta isla está habitada por trasgos, duendes y jigantes, y el más poderoso y por ahora más temible, es sin disputa Dinamion, el audaz, el impávido, el forzudo. Coloso en estatura, sus fuerzas son portentosas, insaciable su voracidad, y en lo feroz corre pareja con el tigre. No hay un enemigo á quien más debais temer, pues su falta de talento se vé con creces suplida por la astuta bruja Seuda, su consejera y favorita.

—¿Y qué nos harán si vienen?—preguntó Gina con cierto tonillo muy donoso de incredulidad.

—Os llevarian á su caverna, y allí ¡desgraciados de vosotros! allí seríais esclavos. ¡Cuántos años no lloraríais despues vuestra pueril desobediencia! ¡Triste de quien cae en las garras de esos mónstruos! Todo lo codician, nada lo respetan. Cuenta á

tus rebaños devorados, á tu mujer escarnecida y esclavos—¿lo entiendes?—á tus hijos. Vosotros teneis esclavos, pero ¡cuán diferente seria vuestra esclavitud! Los salvajes al serviros ganaron inmensamente: vosotros lo perderíais todo.

—Y ¿dónde vive ese terrible jiganton?—continuó preguntando la mujer con irónico donaire.

—Detrás de aquellos picos azules, cuyas cimas se confunden con las nubes—contestó el génio sin hacer caso de burlas.—Desde allí os acechan, desde allí imitan tus invenciones, te roban armas é ideas, se robustecen con tu sávia y se preparan á atacaros tan luego como reciban el aviso de sus duendes, la señal de sus espías, de esos amiguitos vuestros cuyas visitas me ocultais.

—¡Qué miedo!—exclamó la mujer siempre burlona.

—¿Y cómo sabes tú todo eso?—preguntó el hombre.

—Porque mi familia fué víctima de Dinamion y Seuda, y porque mi hija mayor, Alecia, gime todavía prisionera y encantada en la caverna donde anidan.

—Pero ¿cómo sabes tú—insistió Ántropos—que Dinamion nos quiere tan mal? ¿Por qué todo eso? ¿Por qué?

—Porque quieren vivir sin trabajar, porque temen el desencantamiento de mi hija y porque saben que ha de mandar en la isla apenas se descorra el velo negro que la encubre.

—¿Y por qué no la quitas tú ese velo negro?—preguntó Gina á su vez.

—Porque sólo puede desaparecer por ápices y cuando vosotros hayais hecho con el auxilio de mi

vara mágica más prodigios que arenas tiene la mar ó estrellas el firmamento.

—¡Hola!—interrumpió Ántropos, dándose una palmada en la frente.—Ya caigo, ya caigo. Alguien me habló de ello ayer. ¡Bien me decia! que sin hacer lo contrario de tus gustos, mal podríamos saber si me engañabas ó no. Pero en fin, caí en la cuenta, estoy enterado, está muy bien. Será inútil cuanto digas. De aquí no queremos menearnos: aquí nos encontrará Dinamion si viene, y ya que segun es tu deber acudirás cuando te llamemos, y nos dejarás en paz si lo exigimos, yo exijo que te vayas ahora mismo y nos dejes. Quiero vivir á mis anchas.

Pónos suspiró sin decir una palabra más, se embozó en su manto azul y desapareció como de costumbre.

Tres dias estuvieron los pastores sin acordarse del buen génio, y durante todos tres ni áun pensaron en ordeñar las ovejas. Las frutas eran muy abundantes en el valle y con las frutas vivieron. Sus únicas ocupaciones, sus quehaceres únicos fueron recibir las visitas de los duendes obsequiosos como nunca. En todo seguian sus indicaciones y tan á gusto se encontraban en medio de sus lisonjas que llegaron á maravillarse cómo podian haber obedecido tanto tiempo al severo, al inaguantable Pónos.

Los emisarios de la bruja eran los dueños del campo. Primero gozó de gran favor entre la gente de la caravana la necia y pretenciosa Alazona, pero no tardó mucho en suplantar al lisongero entremetido de la fuente, su compañera Ratimia (1). De costumbres voluptuosas, de formas más atractivas,

---

(1) La pereza.

los hechizos de este trasgo eran mucho más temibles que las adulaciones de Alazona. Cuando los pastores iban á hacer algo útil, reteniáles suavemente con un abrazo zalamero, y les decia con entrañable cariño: «*Luego, luego, ¿á qué tanta prisa, amigos? El dia es largo; para todo hay tiempo... Mañana lo hareis, mañana*».

A estos dos emisarios de Seuda se reunieron otros muchos, igualmente taimados y perniciosos, y de tal modo se impusieron á la familia y áun á los esclavos, que al cuarto dia reinó el desórden más completo en aquel valle de deleite. Las tiendas parecian clavadas al duro suelo, las cabras y las ovejas andaban á su placer contenidas sólo y hasta cierto punto por la sagacidad de los mastines; las cabras huian por los montes, las acémilas faltas de agua y de cuidados adelgazaban á ojos vistas, y las vacas, los camellos, los perros, los pastores mismos daban señales inequívocas de tristeza y de mortal abatimiento. Porque en medio de la voluptuosidad de la pereza, el fastidio dejó sentir su pesadumbre desde el segundo dia y esta pesadumbre fué creciendo de manera que en la noche del tercero Ántropos y Gina y el muchacho, escucharon con tédio é indiferencia las alegres melodías de la flauta rústica de Tongo.

Sin la grata compañía del fecundo Pónos, sin sus consejos cariñosos y sus regaladas pláticas, hasta las galas de los campos estaban mústias y marchitas.

Al cuarto dia nuestros pastores se levantaron aún más tarde que de costumbre. Sentian hambre y era forzoso comer: la fruta se iba acabando. Dirigiéronse al rebaño, empero al acercarse á él para

ordeñar las ovejas, vieron con asombro á centenares de ellas yaciendo muertas ó exánimes por el suelo. El apetito les aguijoneaba, sin embargo, y cuando sentian hambre en nada reparaban, ninguna novedad les detenia.

Ántropos y su mujer, se acercaron á las dos reses más próximas, se pusieron en cuclillas con las liaras entre piernas y comenzaron á ordeñar. Aún no habian sacado tanta leche cuanto cabia en el hueco de la mano, cuando los pezones se les escaparon de entre los dedos y las dos ovejas subieron pausadamente por el aire, como suben dos redondos torbellinos de humo.

Tamaña novedad era para sobrecojer al más valiente, y nuestros náufragos, que ante lo nuevo ó lo extraordinario no lo eran á la verdad en grado superlativo, dejáronse caer de espaldas poniéndose como de perlas con la leche, y sin fuerzas, sin aliento se quedaron con la boca abierta, con tamaños ojos viendo subir al par de reses hasta confundirse con las nubes.

—Eso no es nada, no es nada—gritaron algunos duendes.—Es una burla del amigo; alguna venganza ruin. ¿Vais á ceder? ¡Qué vergüenza!

—Eso no—exclamó Ántropos poniéndose de pié. —Veremos quién puede más. Mis ovejas son innumerables.

Y así diciendo, y aparentando una serenidad que estaban muy lejos de tener, los dos pastores testarudos sentáronse de nuevo sobre los talones para ordeñar un par de cabras.

Aquella vez, apenas tocaron los pezones, cuando las cabras subieron y subieron despaciosa y sosegadamente por el mismo camino que las otras. Tras

aquellas fueron otras dos y luego tres, y en seguida cuatro y los animales de la antigua caravana parecian haberse dado cita allá en las nubes, formándose un cordon no interrumpido desde el suelo al cielo que terminaba en blancos y rodados grupos, verdaderamente aborregados.

¿Qué pecho podia resistir sorpresa tan inesperada? ¿Qué corazon permanecer impávido ante tamaña desolacion? Los ojos de los pastores se preñaron de lágrimas, y al apartar la vista de las nubes para mirarse uno á otro, rompieron en triste llanto.

—¿Qué es esto?—se preguntaron por fin.—¡Ah! bien nos lo decia Pónos.

—No hay tiempo que perder—exclamó el cariñoso génio apenas resonó su nombre.—Dinamion viene sobre vosotros. ¡Guay de tu mujer! ¡Guay de tus hijos! Recoge las pocas reses en estado de seguirte: carga sobre tus pollinos cuanto puedas. Poco podrán llevar en su flaqueza, pero salva al ménos algo.

—Pero, ¿qué es esto? ¿qué es esto?—preguntaban á porfía los chicuelos y los padres.

—Esto es—contestó el buen génio—que para retener á todo y cualquier viviente sobre la haz de la isla, no hay sino echarle peso en el estómago. Pronto, pronto. ¡En marcha, en marcha!

Y al pronunciar las últimas palabras Pónos, señaló hácia las colinas sobre el horizonte, y por encima de ellas se vió asomar la cabeza del jigante Dinamion con su roja barba, su flotante cabellera, revolviendo dos enormes ojos como dos áscuas de fuego.

Los pastores corrieron de aquí para allí medrosos y atortolados; hicieron en parte y mal cuanto les

mandaba el génio ; los perros siempre leales, siempre inteligentes, antecogieron los cortos restos del ganado ; todos, hombres y animales, comenzaron á huir en espantoso desórden y mientras tanto descollaron sobre los cerros los hombros de Dinamion, su cuerpo despues, y por fin sus colosales piernas.

De pié sobre una loma se paró el jigante para reconocer la tierra. El rostro airado, el ademan amenazador, apoyábase sobre la tremenda clava del tamaño de un mediano pino.

Los fugitivos volvieron la cabeza y esclamaron:

—¡Cielos! ¿qué es aquello?

—Es—contestó Pónos con intencion—aquel á quien queríais ver. Es el que Gina llamaba con donaire el *terrible jiganton.* Con cada tranco avanza más que vosotros con docena y media.

—¡Somos perdidos!—suspiraron los infelices con el acento de la desesperacion.

Pónos, por toda respuesta les gritaba: ¡Avante! ¡avante!



CAPÍTULO XII.

Antes de poner en conocimiento de quien nos leyere, si los pastores cayeron en poder de su perseguidor en justo y natural castigo de su infantil desobediencia, ó de referir fielmente cómo pudieron salvarse, acompáñenos á la famosa cueva del jigante si desea saber los motivos ó las causas de la llegada de Dinamion tan á punto y hora al *Valle del Escarmiento,* pues así le llamaron los protegidos de Pónos desde entonces.

Recordarán nuestros lectores la série de circunstancias ocasionales de la rebeldía de Ántropos y Gina. Vista aquella rebelion por los emisarios de la bruja, y seguros de la ausencia del buen génio, púsose Fobo en camino con celosa diligencia para llevar á sus Señores la noticia de tan faustos acontecimientos, precursores de un cercano triunfo.

—¿Qué nuevas me traes? despacha—le gritó el jigante desde la entrada de la caverna blandiendo con furor la clava, viéndole venir de prisa ya casi entrada la noche.

—¡Señor!—prorrumpió el enano sin poder ape-

nas resollar—llegó el momento de vencer. Ántropos rompió con Pónos, se encuentra solo, indefenso. Antes del alba podria muy bien ser tuyo.

—¡Seuda!—gritó Dinamion con los ojos centellantes.—Aquí, Seuda. No hay un instante que perder. Antes de asomar el sol estoy de vuelta con toda la canalla. ¡Guia, Fobo!

Y diciendo y haciendo Dinamion se terció la piel de tigre, echó la ponderosa clava al hombro y con imperioso gesto señaló al enano de las antiparras la ruta por donde vino.

Pero la bruja habia oido las voces de su Señor y acudió en seguida para impedir que triunfase sin su ayuda. Llegó tan oportunamente que ya el jigante habia dado dos zancadas.

—¡Oh fuerte! ¡Oh sábio! ¡Oh delicioso Dinamion! Refrena los arranques de tu justísima impaciencia—le gritó al salir de la caverna con toda la fuerza de su voz atiplada y gangosa un si es no es.—Todavía te falta un requisito; no tienes las armas fabricadas por el hombre. Ya sabes los desengaños alcanzados hasta aquí. No malogres mis afanes. Espera, escucha, ¡Señor!

Al escuchar las razones de su consejera, el jigante se detuvo y volvió la vista atrás. La bruja continuó:

—Si hoy te sonríe la fortuna, es en premio, no lo dudes, de tu admirable sumision á esta tu humilde servidora, amiga y confidente de los dioses. Ellos dan y quitan triunfos; sin su proteccion y auxilio, toda gloria se convierte en humo.

Dinamion, indeciso y vacilante, se volvió hácia Seuda y dijo:

—Pero..... ¿y si mientras tanto vuelve Pónos y el

hombre torna á obedecerle? ¿He de perder la coyuntutura? ¿No soy fuerte?

Al advertir Seuda las vacilaciones de Dinamion, suavizó el tono y con zalamera humildad, dijo:

—La primera virtud del invencible, del guerrero, es la obediencia incondicional á la voluntad divina. Seria enojar terriblemente á los dioses si dieses un paso sin haberles consultado. Mañana predispondré su omnipotencia en tu favor mediante algunas plegarias, ofrendas y sacrificios. Ellos nos dejarán oir su voz augusta de algun extraordinario modo. Despues podrás salir á campaña para regresar triunfante, áun sin las armas consabidas.

El jigante vaciló, y por fin, aunque de mala gana, contestó:

—Sea como dices. Consulta cuanto antes á tus dioses. Escucharé sus mandatos. Lo demás corre de mi cuenta.

Aquella noche, poco ó nada se durmió en la lóbrega y desapacible córte del jigante. Alborotados los duendes con la noticia, charlaban hasta por los codos, iban, venian y se afanaban por oir al venturoso mensajero. Era de ver su diligencia por atrapar un monosílabo de los labios del enano; era de ver cómo forjaban afanosos toda una série de acontecimientos sobre dato tan verídico. Llegaban los portadores de sus propias invenciones á los corrillos más lejanos, se encaramaban sobre los demás, pregonaban á voces la noticia y al punto se veian rodeados de curiosos. Los cortesanos y esclavos de Dinamion, los duendes de uno y otro sexo, formaban anillos palpitantes en derredor de cualquier embustero lenguaraz, y alargaban el pescuezo, y se empinaban sobre los de primera fila y tendian las

piernas hácia arriba como cuerdas de viola, y ladeaban la cabeza para no perder ni un soplo y en el paroxismo de su curiosidad hasta abocardaban los oidos. Anoya, la misma Apenia, olvidaron su consigna y se dieron á correr por los rincones á la busca de patrañas.

Aprovechando aquel descuido, Pónos — triste y abatido ante la ingratitud de los pastores—se habia embozado en el manto azul, y deseoso de consejo, habia llegado hasta la presencia de su hija. La conferencia habida entre los dos merece ser extractada.

—¡Al fin se realizaron mis temores!—fueron las primeras palabras del buen génio.

—Era de esperar—contestó la esclava del manto negro.—El átomo de libertad otorgado á tus amigos, la holgura, el juego poco ó mucho de su libérrimo albedrío habrán de producir más de una vez lances semejantes. Ni te asombres ni te abatas. Sin ese elemento libre, la vida de Ántropos y Gina seria nécia y monotona. Se confundirian con las hormigas, con las abejas, en un vivir automático. Ellos te darán disgustos, pero el interés y la belleza del drama de la vida humana, sólo se pueden urdir con las hilachas de esa pobre libertad bastante á envanecer al hombre. Hoy alardean de libres, fuera de toda medida, mañana les enseñará el dolor los justos límites de esa soñada independencia.

—Segun eso, ¿no hay esperanza para ellos?—preguntó el génio con emocion visible.

—Todo lo contrario—contestó Alecia.—Ellos se corregirán, mas para ello ¡cuánta caida! ¡cuánto afan, cuánto heroismo! La comedia de la vida se sostendrá con esas luchas de la rebeldía contra el deber, y sus escenas infinitas, ora horriblemente trágicas,

ora risiblemente cómicas, constituirán (gracias al elemento libre), el más dramático, sublime é interesante conjunto.

—¿Pero que vá á suceder ahora, mi querida Alecia? ¿Qué suerte espera por de pronto al hombre y su familia?

—Continuarán á merced de la fuerza impulsiva que les mueve (cuya manifestacion actual son las pasiones) hasta haber constituido la familia sobre el cimiento de la propiedad. Ricos, con un naciente capital de cosas, de ideas, de afectos expansivos, apenas cambien su riqueza con la riqueza de sus semejantes, se fundirán los grupos familiares en otros más ámplios, más complejos. Para esta nueva creacion son necesarias fuerza prepotente, entrañas sin piedad. En ella desempeñará el jigante como nadie su papel. Él humillará toda resistencia, ningun triunfo saciará su sed de fama y de gloria, y con la ayuda de Seuda, cuyo prurito por dominar nunca jamás se verá ahito, empujarán á tus protegidos hácia una y otra redencion hasta descorrer mi velo.

Pónos se quedó admirado al escuchar el vaticinio. Hubo una pausa de silencio; sintióse un rumor extraño y Seuda penetró en la prision.

—Congratúlome de hallaros juntos—esclamó la bruja.—Necesito de vosotros. A tí, Alecia, para saber lo que pasa: á tí, Pónos, para pedirte varias cosas, y pues tu hija está en mis manos, supongo no las negarás. Vamos á ver, buena Alecia, ¿qué sucede en este instante en el campamento de Ántropos?

—Lo ignoro.

—¡Cómo! ¿Reniegas de la verdad?

—La digo ahora como siempre.

—Explícate.

—Yo digo verdad y entiendo de ella cuando de verdad se trata. Lo cierto, lo necesario, lo que debe ser, ese es el dominio de mi sabiduría. De lo incierto, lo contingente, lo versátil, no me preguntes jamás. Pregúntaselo á tus criaturas. ¿Qué me importa si Ántropos rie ó llora, caza ó teje, vá recto hácia la derecha ó se extravía hácia la izquierda? Sé á donde habrá de dirigirse y el punto al cual ha de llegar. Su libertad aparente podrá alucinarle á él ó divertiros á vosotros: ese espejismo no me atañe. Tus duendes, tus emisarios, los cortesanos de Dinamion, los esclavos de los dos, esos que viven y se agitan corriendo tras sombras y ficciones y nonadas, esos podrán enterarte del pormenor y del detalle del momento, pues para ellos, ese es el fin de la vida. Tienen un parecer en cada duda, un sistema para cada obra, una doctrina al servicio de cada egoismo ruin, y amables, serviciales, tornadizos, darán pasto á la curiosidad, importancia á cualquiera bagatela é incienso á todo desman ó vicio. Los que vemos en conjunto sin confundir la esencia con el accidente, sin sacrificar el bien total al deleite pasajero, nada sabemos del mundo y se nos tiene por pobres en ideas porque una sola nos basta para saber de memoria las ruindades y miserias del vivir de vuelo bajo.

—Arrogante y presuntuosa estás—contestó Seuda con despecho reprimido.—Sea enhorabuena. Dime, pues, si vencerá mi Señor.

—Vencerá.

—¿Cuándo?

—Ya lo dije: cuando logre ser armado por el hombre con armas forjadas al calor de sus delirios,

templadas en su sudor, en su llanto y en su sangre.

—¿Y si vence mi Señor, se dejará guiar por mí?

—Siempre le has de dominar como más inteligente.

—Pero mi amo es fortísimo.

—Por eso cederás siempre en el momento oportuno, por eso cederás para volver á insistir cuando sus bríos amainen. Él es varonil, es cierto; pero tú eres el elemento femenino, y cediendo reinarás.

—Me basta con eso, basta. Ahora, buen Pónos, voy á poner á tu mandar media docena de mis servidores. Necesito sapos, culebras, sabandijas, los reptiles más feos y repugnantes, aquellos cuyos efluvios sobre el ánimo le predispongan á temer; necesito trebejos aparatosos: un trípode, por ejemplo. Si no contengo á Dinamion corre peligro la vida de tus protegidos, y para salvarles de sus iras cuento con el auxilio inestimable de tu vara mágica.

—Estoy para servir á quien me invoca—contestó el génio á la bruja.—Pide, y por más que me repugne tendrás cuanto te se antoje.

Pónos recibió las órdenes de Seuda, y ésta, llamando á voces á las carceleras, las reprendió severamente por su mala vigilancia y áun las propinó tres ó cuatro coscorrones con su negro y retorcido báculo.

El resto de aquella noche lo pasó la bruja cavilando.

Desde los primeros rayos de la aurora la celebérrima consejera dió principio á sus ridículas ceremonias. Hubo ritos, trapacerías, gestos, fingido recogimiento, actitudes estudiadas, plegarias en baja voz, imprecaciones hipócritas. Inmoló la primera víctima (orígen de una larga série de cruentos sa-

crificios) y miéntras duraron aquellas augustas ceremonias y el pueblo duendil y Dinamion las presenciaron estáticos, Seuda tuvo calado sobre el rostro el más grave y compungido de todos sus antifaces. Era de ver cómo dirigia la incomprensible batahola con imperturbable majestad, con una devocion al parecer intensísima. Sus invenciones fueron entonces peregrinas. Las piernas debian moverse de cierto modo y á compás; la mano izquierda podia tocar tal parte de la víctima que hubiera sido un sacrilegio mancillar con la derecha. Para cada frase habia su manera de invocar, su tiempo y sazon marcados. En una palabra, á fuerza de hacer misterio de los actos más pueriles, daba aire de arcano impenetrable á las más estravagantes mentecateces. El toque estaba en hacer creer á todo el mundo, mediante aquel formalismo, en su amoroso comercio con los dioses.

A la caida de la tarde, hizo la celebérrima consejera que Anoya penetrase en una gruta consagrada, cuyos ecos repetian—segun ella—la voluntad de los dioses. Previno á su criada que permaneciese allí toda la noche á fin de no ser vista al penetrar; la ensayó perfectamente en su papel y la hizo aprender de coro varias contestaciones enigmáticas aplicables á media docena de preguntas.

Era la gruta misteriosa un antro natural cuya entrada, casi oculta por abundante maleza, estaba al pié de un ribazo todo cubierto de laureles. En aquel rústico oráculo dejábase oir la voz divina cuando se profetizaba el porvenir. Los duendes de poca talla, despues de descender algunos escalones toscos, podian escucharla desde dentro, pero el jigante, en razon á su estatura, habia necesariamente de oir la

voz augusta desde fuera. Unos y otros, sin embargo, se purificaron el dia antes, asistieron á los sacrificios, contemplaron las entrañas de las víctimas y fueron ungidos de noche por la bruja á las orillas de un arroyo. Segun Seuda, sólo despues de tamañas solemnidades de incomprensible sentido, podíase consultar al infalible venerable oráculo.

Al segundo dia y ya muy entrada la mañana, Dinamion con numeroso séquito, salió de la caverna y se encaminó á la gruta. Altivo, grave, majestuoso marchaba rodeado de sus cortesanos y precedido por la embaucadora con varios de sus duendes por acólitos, hasta dar vista al lugar desde el comedio de un bosque de laureles. Allí se pararon todos y la bruja penetró en la gruta para pedir—segun decia—la vénia de los invisibles, aunque tal vez—segun opinion de algunos maliciosos—á fin de señalar á Anoya la respuesta. Volvió á salir como inspirada é hizo señal á Dinamion, diciendo en tono campanudo:

—Avanza ¡oh fuerte! ¡oh sábio! ¡oh delicioso Dinamion! ¡Avanza! Dentro de esa gruta dígnanse bajar los dioses á conversar con sus predilectas criaturas. Pregunta con humildad; escucha con fervor; cree ciego á pié juntillas.

Dinamion el indómito, el feroz, se acercó trémulo á la gruta, se arrodilló entre la maleza, y clavando curiosamente sus ojos en las sombras del interior, preguntó con voz apagada, mansa y temerosa, cuál seria el éxito de sus proyectos. Hubo un buen rato de silencio, durante el cual, procuraba el coloso penetrar en las tinieblas del fondo sin lograr distinguir otra cosa sino dos como fuegos fátuos, cuya fatídica luz alumbraba aquella oscuridad. Eran las pupilas

de la rumiante Anoya, hidrófoba y en delirio despues de un dia de ayuno.

De allí á poco resonó un ruido pavoroso pues la bruja utilizaba á su manera los tambores inventados por el hombre; hubo otra pausa—pausa de ansiedad—y por fin una voz toda delirante, casi frenética, pronunció una á una, sin sentido y en candencia monotona, las siguientes inconexas, pero sibilíticas palabras:

SERÁN
TUYOS
NO
TE
AFANARÁS
EN
BALDE

—*Serán tuyos. No te afanarás en balde*—gritó Dinamion poniéndose en pié de un salto.—Mi clava, mi clava.

—¡Oh, fuerte, sábio y delicioso Dinamion!—le dijo la consejera.—El primer deber del héroe es mostrarse agradecido á los favores de los invisibles: antes de ponerte en camino para cautivar al hombre y á la mujer, paréceme que debes sacrificar otra vez más, en muestra de agradecimiento.

El jigante, mal su grado, accedió á la nueva exigencia de la bruja—tanto le apremiaba el esclavizar al hombre—pero en fin, cedió; asistió humilde al sacrificio, durmió poco ó veló mucho, y al rayar el alba, púsose en camino para llegar, guiado y precedido por Fobo, de la manera y en la ocasion que recordarán nuestros lectores al *Valle del Escarmiento*.

CAPÍTULO XIII.

Volvamos á los pastores, á quienes dejamos hace poco en posicion harto crítica.

Sin haber podido alzar la frágil tienda; abandonados al huir muchos de sus adelantos; arreando en confusion y tropel los pobres restos de sus numerosas reses, volvian los ojos para ver al enemigo espantable, cuyo aspecto y proporciones jamás pudieron sospechar siquiera. Aquella talla descomunal aumentaba de dos modos su mortal angustia: hacíales comprender la magnitud del enemigo y, por un efecto natural de óptica, apareciáseles mucho más cercano de lo en realidad.

Afortunadamente para los fugitivos, el valle terminaba en un espeso bosque, y cuando se presentó Dinamion sobre la colina, cobijábase la caravana debajo de las sombras de sus árboles. Mientras Dinamion reconocia el campamento y Fobo entraba por la tienda abandonada, en busca de los pastores, éstos, guiados por el siempre fecundo en inventivas Pónos, se pusieron al abrigo de las frondosas copas y dieron á huir apresuradamente columbrando alguna que otra

vez, por entre los claros de las ramas, la terrible figura del jigante. Siendo ellos tan diminutos en comparacion de su enemigo podian distinguirle y percibir sus movimientos, al paso que la más humilde mata les encubria á su vista.

¡Ventaja no despreciable de la pequeñez que en cualquier rincon se oculta, mientras los menores gestos de los grandes de la tierra son solaz, pasto, ó rechifla de los medianos y ruines!

Gracias á esta providencial compensacion, que estaba tambien segun se vé en la índole natural de las cosas de la isla, los fugitivos ganaron la delantera á su terrible contrario. A medida que se alejaban, les latía el corazon con algo ménos violencia, y sin embargo, cuando el jigante dirigia un resoplido en direccion á su rumbo, aumentábase el pavor, pues el aire se agitaba y las hojas se extremecian con aquel aliento, como zumba y se extremece todo cuando sopla un vendabal.

A la caida de la tarde se encontraban ya muy lejos, pero muy cansados. Habian perdido de vista á Dinamion y se les presentó en el cielo Elpisa, la hija de Pónos, en su nube de color de rosa toda bordada de plata, toda recamada de oro. Les sonrió desde los cielos; les hizo oir las dos palabras hechiceras de *quizás* y de *mañana*, y el hombre y la mujer y los muchachos volvieron á tener fuerzas para continuar la huida.

Entre tanto Dinamion buscaba en vano á sus víctimas por todo el *Valle del Escarmiento*, y el trasgo melenudo, absorto con su desaparicion, permanecia dentro de la tienda sin atreverse á salir, pues no sabia cómo explicar aquella fuga á su Señor. Habria querido Fobo que la tierra se abriera y le tragara:

pero no habiendo medio alguno de escapar, discurria explicaciones ó disculpas para amansar al jigante.

Éste, viendo que el enano no salia, recogió la tienda entre el índice y el pulgar como quien levanta un cucurucho de papel, y encarándose con Fobo le preguntó exasperado y colérico:

—¿Dónde, dónde están esas miserables criaturas, cuya cautividad me asegurabas? Habla pronto ó por quien soy que te cojo de las greñas y te arrojo por los aires hasta perderte de vista.

—Señor—balbució el enano todo acobardado y trémulo—mi asombro es inconmensurable, piramidal, infinito; aquí estaban en esa tienda; mira sus muebles, sus utensilios, parte de sus rebaños. Por lo visto huyeron apresuradamente. Los seguiré, los hallaré.

—¡Ira de jigante!—exclamó Dinamion haciendo retemblar el suelo bajo sus piés.—¿Ahora salimos con esas? ¡Oh Fobo, Fobo y cómo me vas á pagar tus burlas! Si no me los encuentras antes de cerrar la noche, mira cómo vuelves. ¡Ahora, largo de aquí!

Fobo aprovechó el permiso diligente y comenzó á correr en todas direcciones como perdiguero en pista.

Cuando el burlado invasor se miró sólo, empezó á recorrer el campamento, sus avenidas, sus alrededores; devoró los bastimentos de boca y descargó los rayos de su ira sobre cuantos objetos se pusieron á su alcance ó llamaron su atencion. Con cuatro boleos de su clava deshizo las más primorosas invenciones de los discípulos de Pónos, y mantos, vasos, armas, aparejos volaron como tamo por el viento. Atraidos por el terremoto, los salvajes que segun

dijimos rondaban la caravana, se acercaron en numerosos grupos sin duda para merodear, y notándolo Dinamion volvió contra ellos su coraje. Con unas cuantas zancadas á la derecha ó á la izquierda los alcanzó, los aplastó, los deshizo y en pocas horas cubrió el terreno de cadáveres, el valle todo de ruinas.

Únicamente cuando vió la tierra empapada en sangre sin dar cuartel á sér viviente, fué cuando su brazo se sintió cansado. Entonces se sentó sobre un otero en espera del enano, y ciego de rabia, jurando venganzas y esterminios pasó la noche en vela contínua al raso.

Al apuntar el alba, algunos de los emisarios de su consejera dieron con él y le trageron noticias de la marcha seguida por los pastores, en vista de lo cual comenzó una larga y tenaz persecucion, cuyos lances, peripecias y episodios llenarian cien volúmenes. Nosotros, fieles historiadores no de estas peripecias, lances y episodios, sino de aquellos adelantos, evoluciones y conquistas capaces de explicar ámplia y verídicamente, la fortuna ó las caidas de los héroes de esta historia, haremos caso omiso, en ésta como en otras ocasiones, de los encuentros dramáticos, las divertidas escenas ó las menudas aventuras y sólo mencionaremos aquellos acontecimientos culminantes cuya influencia fué de monta para la elaboracion gradual de su riqueza y grandeza. Hoy se creian Ántropos y Gina esclavos ya de Dinamion; mañana se encontraban lejos y seguros, gracias á un arranque de valor ó un ardid de sagacidad é ingénio. Y lo singular del caso es que aquella série de sustos y peligros, aquel estado de zozobra, sirvió para dotar á la familia de cualidades pre-

ciosas en el porvenir. El hombre, la mujer, los niños robustecieron su valor con la prudencia, le retemplaron con la calma, aguzaron la sagacidad al toque de la inquietud, aquilataron la utilidad de sus servidores empleando á cada uno en las ocasiones del modo y en el servicio más propios de sus cualidades distintivas, pero ante todo con todo esto y sobre todo, comenzaron á hacerse previsores. Las antiparras de Fobo poblando su imaginacion de imaginarias desdichas y peligros, no contribuyeron poco al desenvolvimiento de aquella su naciente prevision. La lucha de la fuerza bruta desapoderada, ciega, con la flaqueza ingeniosa, defendiendo por instinto la vida y la libertad, dió resultados valiosísimos en beneficio de la obra del buen Pónos.

De esta suerte, la insidia de los trasgos y los duendes, si bien producia sinsabores, sustos, ó malestar por de pronto, era en realidad motor, estímulo y espuela para alcanzar mejoras y adelantos, ya en este órden, ya en el otro de la pastoril actividad.

En prueba de ello, pudiéramos referir cien y cien lances, y otros ciento, consecuencias inmediatas del engreimiento y de la rebeldía, cuyos resultados fueron para los pastores enriquecerse ó instruirse. Así en cierta ocasion — y valga por muchos el ejemplo—la familia se encontró acosada hasta el punto de no poder huir con la indispensable rapidez. Dinamion se venia encima con trancadas de jigante, y al paso de los pollinos era imposible conservar la delantera. Ya se entregaban nuestros nómadas en brazos del abatimiento cuando divisaron algunas manadas de caballos pastando tranquilamente la yerba. Pónos lo advirtió tambien y por consejo suyo reiterado, Ántropos cogió una soga, hizo un lazo, se acercó

con precaucion á los caballos más próximos, y sujetó á uno de ellos por el cuello. Al toque de la vara mágica pudo á seguida montarle, y cabalgando sobre él y enlazando á la carrera otro potro de los más gallardos, volvió cerca de Gina y de su hijo, les colocó sobre su lomo y animando á los caballos con la voz y con el gesto lograron escapar aquella vez como habian escapado ciento.

La conquista del caballo produjo tales cambios en las situaciones respectivas de la familia y sus perseguidores, que en virtud de ella los protegidos de Pónos pudieron creerse por el momento libres. Gracias á aquellos animales sin rival, lograron descansar algunos dias, reponer en parte sus ganados y pensar cual siempre en mejorar sus armas, tejer de nuevo el manto con la tiénda y construir algunos utensilios bastante perfeccionados con las lecciones recibidas.

Hasta tal punto, sin embargo, cautivaban las excelencias del caballo á Ántropos y su familia, que en alas de una nueva extension de su cariño, sin cesar asediaban á su protector con preguntas y más preguntas acerca de su condicion, su índole y su nobleza.

—Está visto — exclamó Gina cierta tarde cuando acababa de comer — no hay en la isla de Gé animales más hermosos y perfectos. ¿Sin ellos, qué hubiera sido de nosotros?

—Dices verdad—contestó Pónos—y ya que tenemos este pequeño respiro, quiero que no pase desapercibida la conquista que habeis hecho: la considero principal entre las más principales. Ese animal bello cual ningun otro en las formas, fogoso y arrogante en todos sus movimientos, siempre vivo, siem-

pre firme en su apostura, de vientre breve y rollizo, de anca redonda, de alto y airoso testuz; ese bruto, cuyas crines y nunca sosegada cola ves tan ricas de luengas y flexibles cerdas que parecen graciosísimos penachos para recrear al viento, es tan noble como fiero, tan intrépido cómo dócil, tan inteligente y sensible como confiado y generoso. Con una voluntad marcada, á pesar de la sangre que en sus visibles venas hierve, se olvidará dócil de sus gustos y fogosidad, si le significas tu capricho con la palabra ó con el gesto. Tú querrás, y él ejecutará, y tanto y de tal modo confundirá su voluntad con la tuya, que al verte sobre su lomo, llegarás á obrar y disponer como si su cuerpo fuese parte y continuacion del tuyo. Refrenará sus deseos si lo exiges, y con solo un impulso de tu mano se sabrá precipitar, contener, moderar y reprimir. Te llevará pacientemente al paso, ó lanzado á la carrera te hará sentir el aire en rostro cual si soplase un vendabal, hasta caer sin fuerzas y sin vida, perdiéndola gustoso por el solo interés de haberte complacido lealmente. Conocerá los peligros, y á su despecho se lanzará al combate como tú; pondrá el inquieto casco sobre el objeto que más tema; luchará mientras tú luches; te sacará sereno de los riesgos, y si por acaso en noche pavorosa se atraviesa en tu senda un precipicio, ó te espera en tu ruta una asechanza, te lo advertirá leal, y hasta resistirá tus imprudencias, siendo esta la única ocasion en que se subleve pertinaz, y prudente te desobedezca. Vive en sociedad por estos campos, con los suyos, y no por temor como la oveja, sino porque es afectuoso y gusta de la amistad del compañero. Valiente y fuerte entre los suyos, jamás ataca, pero

se sabe defender con gran denuedo. Su condicion es tan noble, que aunque su deleite es el pacer, se desdeña de disputar á los demás la comida. En una palabra: en el caballo se hermanan y confunden la docilidad y la bravura, la fuerza con la generosidad. Sobre todas estas ventajas, hoy es para tí el único servidor que en los momentos de apuro te podrá sacar fuera del alcance del jigante, y por eso ahora y en lo sucesivo, el tesoro más preciado de tu tienda vagabunda será un caballo perfecto.

—¿Mas, cómo conocer al que lo sea?—preguntó el hombre.

—Elige tu corcel de hermosa estampa, de gallarda desenvoltura y movimientos, porque sabe de una vez que la belleza y la bondad debieron nacer hermanas, y que hay fuertes presunciones para creer que lo bueno se engendró en las entrañas de lo hermoso. Repara, pues, las partes de tu caballo una á una, sin despreciar señal ni indicacion, por trivial ó insignificante que parezca. Que su cabeza sea descarnada y breve, con ojo vivo, con orejas impacientes y apareadas, y sobre todo de nariz abierta y espaciosa, de tal modo y en tal forma, que sus hollares elásticos, flexibles, la abulten y hasta la afeen cuando los alce por los aires, y el ancho musculoso pecho se dilate con los resoplidos del entusiasmo y la arrogancia, ó rehile y se conmueva con el relincho del amor y del placer. Cuida mucho que el dorso no esté ensillado por la edad, que las cuencas no se hayan hundido bajo el peso de los años, y que esté para completar y no haya perdido todavía los anacarados dientes, los cuales habrán de ser ovales en toda su perfeccion. Los remos serán tersos y limpios, no faltos por ventura de cernejas,

abultados en su orígen, finísimos en su remate, tan derechos y tan á plomo que no parezcan cerrados, huecos, corvos, ni estevados; el casco recogido, la crin guarnida, la cola bien poblada y el muslo fuerte, enérgico, robusto, aunque te haga tambalear si por acaso te empuja. Decirte todos los requisitos que ha de tener un buen caballo, seria cosa de hablar hasta la noche, y como tenemos que caminar no poco, sólo te diré, que si deseas elegir uno entre varios, llévalos todos á la vez hácia un torrente ó un paso estrecho y peligroso; observa durante la marcha cuál procura ir á la cabeza, cuál siente noble emulacion por no quedarse á la zaga; mira bien el que sienta firme el casco, el que hiere con desden y gallardía las piedras, el que no tropieza aunque distraiga la vista en rededor, y si despues que hayas observado en alguno semejantes cualidades le ves que se arroja el primero á la difícil angostura, ó la impetuosa corriente, dando á los tímidos y recelosos ejemplo de nobleza y valentía, elígele para tí, que si le sabes tratar, jamás habrás de arrepentirte.

—Y para montarle y manejarle—dijo Ántropos—¿cuáles serán las reglas y los modos?

—En esa parte, como en otras muchas cosas—contestó el génio poniéndose de pié—nada habrá nunca de general y de absoluto. Quien tal creyere seria un mentecato. Cada ginete, cada caballo tendrá algo de peculiar y privativo que exija atencion, posturas, aires y movimientos diferentes. ¿Cómo quieres montar del mismo modo al caballo cenceño y desabrido de lomos, entablado de remos, pero fuerte, cuyos miembros ni ceden ni blandean al ejecutar con sin igual energía aires y cambios sin gra-

cia, y á aquel que dobla la espalda muellemente para no fatigar á quien le monta, que alza con galanura el paso, que tiende en gentil compás las prolongadas cuartillas y cuyos escarceos son airosos, suaves, cómodos y elásticos? ¿Cómo manejar y hacerse obedecer del mismo modo y por los mismos medios, de animales cuyos temperamentos y aptitudes son tantos como los individuos? Lo que habrá de cierto es, que el caballo entenderá de idéntica manera la seña á que le acostumbres, y si cuidas de que semejantes indicaciones sean claras, distintas, comprensibles, y no las involucras y las usas con juicio y con criterio te verás obedecido con abnegacion pasmosa. Sobre todo no dictes leyes, ni te propongas reglas antes de que la práctica haya abierto los ojos de tu entendimiento, y para saber cómo te has de conducir, estudia la índole de tu corcel, la tuya propia y los defectos y proporciones de tus miembros. Ahora, amigo Ántropos, basta de conversacion, veamos de ponerte en cobro á gran distancia de aquí. Dinamion tiene descomunales arranques y podria sorprendernos.

Todavía resonaban los ecos de la palabra de Pónos en los ribazos y quebradas del valle angosto y apacible en donde se pronunciaran, y pocos pasos habian dado los pastores en obediencia á los mandatos del buen génio, cuando en una angostura cubierta de frondosidad á la salida del valle, se vieron frente á frente del terrible Dinamion, quien en dos trancadas se les puso encima.

No habia medio de huir: la familia se quedó como petrificada.

CAPÍTULO XIV.

Muchas veces hemos reflexionado con afan acerca de las angustias y sobresaltos de la rijosa codorniz, cuando rodeada de sus polluelos entre el verde alcacer y encendidas amapolas, vea de improviso sobre su cabeza el bulto del para ella colosal pachon, que inmóvil, con los ojos fijos, las orejas recogidas, la mano alzada y la cola tiesa, indíca al cazador la pobre víctima y la amenaza con cercana muerte. Pues esta, ni más ni ménos, fué la situacion de nuestros aventureros, viéndose á los piés de aquel jigante, temblando si por acaso clavaba en ellos la vista; y como diz que iguales causas producen idénticos efectos, la caravana hizo lo que hace la codorniz en el mencionado apuro, es decir: se emboscaron, sin respirar siquiera, debajo de lo más espeso del matorral.

Por fortuna, la mirada del héroe de la fuerza estaba fija en otra aparicion que divisaba á lo lejos. Dió algunos pasos más hácia adelante para ponerse sobre un cerrillo tan inmediato á donde estaban los fugitivos, que éstos pudieron contar los vellos de la

pantorrilla, y cuando se paró y se afirmó para hacer alto, algunas peñas se desprendieron de la ladera cual si fuesen guijos y estropearon á varias reses é hirieron á dos acémilas. El peligro, pues, era inminente: áun no reparando en ellos, podia mudar de aquí para allí la planta, y entónces, ¿qué seria de hombres y animales si llegaban á sentir la pesadumbre bajo la cual crujian como alcacer hasta los troncos de los árboles?

Trascurrió un buen rato sin que el coloso se moviese. Inclinado sobre su clava como quien espera alguna cosa, contemplaba fijamente alguien que hácia él venia por lo visto. Ántropos y los suyos, sin embargo, seguian en cruel angustia. ¿Los habria descubierto? ¿Estaria acechando para caer sobre la presa de repente? ¿Saboreaba por ventura con calma y fruicion su triunfo?

Por fin salieron de su penosa ansiedad cuando sobre el otro cerro que tenian á su frente apareció la singular figura de la bruja, reposada al parecer, pero siempre oculta bajo sus cien caretas.

—¿Qué te trae por estos montes?—la preguntó su Señor.—¿Tendremos alguna nueva burla?

—¡Oh fuerte! ¡oh sábio! ¡oh delicioso Dinamion! —contestó la bruja.—¿Burlas contigo? ¿Quién seria el insensato que á tal crímen se atreviese? Lo que me trae es el cariño que te profeso, el deber de sacrificarme gustosísima por tí. Saliste de la caverna con intencion de regresar muy pronto; te hemos esperado dias y más dias en ansiedad indefinible; las noticias eran varias y contradictorias; recelábame un siniestro á cada instante, y decidí salir en busca tuya y compartir contigo los peligros. Eres fuerte, eres valiente, eres invencible, pero antójaseme que

necesitas esperar propicia coyuntura, aconsejarte de mis dioses y ver el modo de conseguir las armas fabricadas por el hombre. Sospecho que sin este requisito serán baldías tus heroicidades.

—¡Ira de jigante!—exclamó Dinamion dejando la postura un tanto socarrona que tenia.—Dime, vieja fementida y embustera, ¿quién me lanzó en esta empresa? ¿No fueron tus oráculos, tus ceremonias, la voz de tus invisibles?

—Perdona, ¡oh fuerte! ¡oh sábio! ¡oh delicioso Dinamion!—replicó la bruja con hipócrita humildad.—La determinacion fué tuya, y por cierto (salvo tu permision y beneplácito) que la juzgué desde luego un si es no es arrebatada.

—¡Mia!—gritó fuera de sí el coloso.—¡Arrebatada dices! ¿Pues no perdí una noche y casi un dia en los cuales hubiera sorprendido y cuativado á los pigmeos? ¿No consulté á los dioses en la gruta y á ellos y á tí me humillé? ¿No me animásteis ellos, tú y los tuyos?

—Recuerda sus palabras—replicó Seuda—reflexiona su verdadera significacion. ¿Qué te contestó el oráculo?

—El oráculo—exclamó Dinamion cada vez más enfurecido—me engañó con sus esperanzas, á no ser que tú, vieja maldita, vieja astuta, te burlases de mi credulidad.

—Pero, ¿qué te dijo el oráculo?—insistió la consejera con calma.—Recuerda sus palabras, te lo ruego, te lo suplico.

—¿Qué me importan sus palabras?—vociferó el jigante echando espumarajos por la boca—lo que sé es que me prometieron una victoria segura; que por eso confié y salí; que hace dias me afano como

nécio en balde; que hoy, tanto yo como mis emisarios, sabemos ménos que ayer dónde se encuentran los nómadas, y que ahora vienes tú con tu acostumbrada gravedad á decirme bonitamente que renuncie á la prometida hazaña, y que me vuelva á mi caverna con el rubor del vencimiento y la vergüenza de la humillacion.

—¿Y si todo ello fuese el fruto de un error, el castigo de una culpa?—volvió á decir la bruja.—Recuerda, te lo suplico, las palabras del oráculo.

—El oráculo—contestó despues de cierta pausa Dinamion rebuscando penosamente en la memoria—me dijo estas mismísimas palabras: *Serán tuyos. No te afanarás en balde.*

—Así, en efecto, interpretaste los acentos divinos—contestó Seuda con aplomo nunca visto—y yo acatando tu superior sabiduría, tu incontestable autoridad, respeté como siempre tus mandatos. Esto no obstante (con tu permiso y tu vénia), yo los entendí de muy diferente modo.

—¿Cómo?—preguntó el jigante en colérica impaciencia.—Habla bruja trapalona, ¿cómo lo entendiste?

—El oráculo—continuó Seuda—quiso decir y dijo lo siguiente: *¿Serán tuyos?* No. *Te afanarás en balde.*

Dinamion abrió la boca con los ojos, dejó caer los brazos con la clava, y se quedó estupefacto.

Los fugitivos sintieron gran respeto hácia la sabiduría de la bruja.

Un trueno horrísono, extridente, resonó entonces en las nubes, porque durante toda la escena anterior se habia formado una tormenta en los cielos.

Seuda, nunca perezosa para aprovecharse de cualesquiera circunstancias, alzó el índice todo lo alto

que pudo, doblando como anonadada la cabeza.

Dinamion comprendió el gesto y se inclinó bajo una especie de terror sagrado.

Los fugitivos trocaron su respeto por veneracion hácia la augusta consejera.

Entre tanto el firmamento se habia ido cubriendo de nubes más y más pardas cada vez; desaparecieron por completo los resplandores del sol, y un vendabal huracanado levantaba los remolinos de polvo en anchas y retorcidas espirales. Cayeron á seguida gotas gruesísimas con sonido hueco, y esculpieron sus tamaños sobre la capa de polvo, y cuando Dinamion se hallaba como quien despierta de una pesadilla, haciendo por abarcar toda la sublimidad de su incomparable consejera, volvió á resonar terrible la voz de la sañuda tempestad y un rayo deslumbrador se desgajó de las nubes.

—¿Qué determinas? ¡oh fuerte! ¡oh sábio! ¡oh delicioso Dinamion!—preguntó por fin la bruja de las cien caretas, procurando no perder tan favorable coyuntura.—El cielo te dirige su imponente voz. No tientes lo desconocido. Tuyos son los rebaños y riquezas de Ántropos: conténtate por ahora con el cuantioso botin, vuélvete á descansar entre los que bien te quieren, y para la salida próxima, tendremos las armas, sin las cuales no hay esperanza de vencer.

El jigante permaneció indeciso breve rato entre iracundo y perplejo, y por fin, echándose la ñudosa clava al hombro, dijo, con voz poco ménos espantable que la horrísona del trueno:

—¡Volvamos á la caverna!

Dejémosles nosotros ir á arreglar sus diferencias y sigamos escudriñando el resultado de aquella per-

secucion y de tan fuertes emociones sobre el carácter, las ideas y el trabajo de Ántropos y su familia. Así como así el ascendiente de la vieja era por el momento ilimitado y al fin y al cabo los enemigos de Pónos y de sus maltrechos protegidos habian de obedecerla en todo y acatar como órdenes divinas los caprichos de su voluntad.

Lo primero que hizo el hombre cuando vió lejos á Seuda y Dinamion, fué recoger los trebejos más indispensables de las cargas de las dos acémilas heridas y colocarlos sobre el lomo de las otras. Pusiéronse á seguida en marcha para encontrar una comarca en donde descansar y reponer sus pérdidas, pero el nublado seguia y una llavia torrencial les obligó á buscar abrigo bajo la copa de los árboles. Largo rato estuvieron aterrados ante aquel espectáculo imponente. Los relámpagos se sucedian con pavorosa regularidad y el extridente ruido de los truenos les acongojaba. Por todas partes caian exhalaciones y rayos; el crugir de los troncos hendidos y de las ramas desgajadas era contínuo, incesante, y por primera vez sospechó el hombre si morarian en las nubes séres más poderosos y más extraordinarios que los fetiches ridículos forjados á su semejanza. Fué ráfaga de intuicion y nada más, pero ráfaga que dió sus resultados con el tiempo.

Al salir de la arboleda donde se habian cobijado y al dominar desde una altura buen espacio de terreno, se encontró la caravana en un peligro mayor que todos los corridos hasta allí; estaban materialmente encerrados dentro de un círculo de fuego. Los rayos habian incendiado la leña muerta acumulada en los bosques, y por primera vez aquel incendio extenso y amenazador ponia á la familia frente

á frente del más terrible de los elementos. Un vientecillo fresco recorria la llanura, y el incendio avanzaba y se estrechaba con velocidad pasmosa como las olas del mar corren y crecen para inundar los puntos en seco de la playa. Ya les daba en rostro por intervalos un ambiente abrasador; las pavesas encendidas llovian sobre sus cuerpos cual copos de blanca nieve; los chasquidos de la madera verde y el azotar de las llamas se oian cada vez más cerca; los asnos se aculaban recelosos; los caballos huian espantadizos; los perros, con el rabo entre las piernas, sacudian las orejas y procuraban guarecerse detrás del amo ó de las matas.

En brevísimos instantes Ántropos y los suyos perdieron toda su serenidad. La voz de Pónos les sacó de su estupor diciendo:

—Allí, por allí. Allí queda un claro: no hay momento que perder.

Toda la caravana se lanzó desatentada al través del único boquete abierto en el anillo de fuego. Cubierta la tierra de troncos á medio arder y tizones humeantes bajo una capa de ceniza, la planta se apoyaba á lo mejor sobre rescoldo, y las personas como los animales hubieron de bregar mucho dando vueltas y revueltas para no quemarse ó abrasarse.

En aquellas vueltas y revueltas tropezaron de contínuo con liebres y gazapos muertos, perdices y otras piezas de volatería asadas ó á medio asar, y los muchachos primero y los esclavos despues, vieron que los perros—cuya finísima nariz adivinó bien pronto las delicias prometidas por el tufillo apetitoso de los tasajos suculentos—se detenian á comer y lo hacian á maravilla. Todos sintieron un hambre

verdaderamente canina é imitaron á los perros.

El hombre se llevó entonces á la boca un alimento caliente por primera vez. Si hubiera podido sospechar las consecuencias de aquel acto, le habria señalado en su memoria con la señal más indeleble y más brillante.

Tan bien les supo aquel manjar, que despues de haberse hartado, interpelaron al génio, diciéndole en tono de reconvencion:

—¿Qué es esto, Pónos? ¿Qué nueva maravilla es esta? Nunca nos habias dicho que la carne pudiera comerse así, tan rica, tan sustanciosa, ¿Quién la puso en este estado? ¿Quién así la aderezó?

—Un cocinero sin igual—replicó el génio sonriendo.

—¿Y dónde está? ¿Cómo vive?—preguntó Gina curiosa.

—Es el mozo más peregrino de la isla, pero terrible cuanto hábil. Vive entre llamas—y bien acabais de ver si son las llamas terribles—de ellas dispone y maneja el fuego segun quiere. Todo esto que presenciais es un pequeño estrago de sus juegos.

—Pero ¿quién es? ¿Cómo se llama?—preguntaron todos á la vez.

—Pir (1)—contestó el génio.

—Quiero tenerle á mi servicio; quiero que sea mi esclavo—se apresuró á decir Ántropos.—Si le rindes á mi voluntad nada más te he de pedir.

—Eso mismo me dirás á cada nuevo deseo. Te prevengo, sin embargo, que la conquista de Pir será la más arriesgada, más difícil, pero tambien la más insigne y trascendente de todas nuestras conquis-

---

(1) El fuego.

tas. Lo sabes ya y te lo he dicho: en esta isla encantada el precio de cada cosa es siempre proporcional á su importancia. Así, pues, amigo mio, habrás de fortalecer tu corazon, armarte de valor casi sobrehumano y aguzar mucho el ingénio para sorprender á Pir, reducirle á servidumbre y hacerle que dócil te obedezca y sirva.

—¿Y por qué?—insistió el hombre.

—Porque Pir es uno de esos servidores impalpables de la familia de Tongo, pero cien veces más arisco. Él te puede hacer verdaderamente fuerte, pero á costa ¡de cuánto afan! ¡de cuánto dolor! ¡de cuánto susto! Terrible, indómito, espantable, tú no eres nadie á su lado y dudo que con él te atrevas.

—Tengo valor para eso y mucho más—exclamó el hombre ofendido.—¿Me quieres tú tambien calar un par de fementidas antiparras como las de Fobo?

—Tu valor, amigo mio—replicó el génio satisfecho al ver los bríos de su educando—es como otras cualidades tuyas: se vá tejiendo con diferentes valores y mientras no se teja con los valores más opuestos sólo en parte te aprovechará.

—Ponme á prueba, ayúdame con tu vara y te prometo que no he de cejar un paso.

—Veámoslo enhorabuena—concluyó diciendo Pónos.—Me lo mandas muy de veras y la obediencia es mi ley.

Acto contínuo emprendieron los pastores una lucha, cuya descripcion seria tan curiosa como entretenida. El tiempo y la ingratitud la han sepultado en el olvido y sin embargo no hay campaña, ni batalla, ni triunfo, ni victoria que con ella compararse puedan.

¡Cuánto heroismo hubieron menester! ¡cuánto te-

son! ¡cuánto ingénio!.... ¡Cuánta amargura! ¡cuánta decepcion no sufrieron con paciencia aquellos héroes ignorados á quienes sus sucesores debieron el dominio del elemento más grande de progreso, el más potente fautor del bienestar y la cultura! Unas veces se revolvia Pir contra sus perseguidores, armado de llamas ponia fuego á los campos, amenazaba y heria; otras se escondia durante meses y meses y no habia medio de encontrarle.

Despues de luchas infinitas, de peripecias sin número; despues de peligros y padecimientos, de dar pruebas de teson, de constancia, de heroismo, Ántropos y su buen génio sorprendieron al codiciado cocinero metiéndose dentro de un tizon caliente todavía.

—Aquí le acabo de ver y aquí forzosamente debe estar—exclamó el génio dirigiéndose al discípulo.—Coge ese tizon, restrégale contra ese trozo de madera seca; frota con fuerza y con rábia hasta que el sudor bañe tu frente para obligarle á salir. Ya es tiempo de poner término á sus burlas.

Ántropos obedeció; hizo ludir el tizon con la madera, y cuando un sudor copioso corria á chorros por su cuerpo, asomóse Pir por fin, y Pónos pudo tocarle en la frente con su vara mágica. Empero al toque desapareció y el pastor, rendido de fatiga, se volvió hácia su protector, desanimado y corrido de vergüenza.

—No hay que desmayar—exclamó el génio.—Conseguísteis una vez que apareciera, le hemos tocado con la vara y puede decirse ya que Pir es nuestro. Descansa y volveremos á empezar.

Mientras tomaba aliento el hombre, y Gina, y Ándros y Télia, se disponian á imitarle para cauti-

var al cocinero, hubo entre ellos y su protector la sabrosa plática siguiente:

—¿Qué génio es este tan extraordinario? ¿Cómo aparece tan pequeño y luego se hace tan grande? ¿Cómo se esconde en el tizon y por qué se presenta restregando? ¿Por qué dispone del fuego?

—Muchos por qués son esos para explicarlos de pronto y de una vez. Poco á poco los irás sabiendo: ahora conténtate con observar algunos hechos. Ese nuevo servidor duerme en la madera y hay que despertarle siempre que quieras que salga, cuando desees que ponga á tu alcance el fuego y para tí le encienda y le maneje. Por lo demás, ni Pir es tan despreciable, ni tú puedes formarte idea aproximada de sus servicios en el porvenir. Ese y otros servidores de la familia de Pir gozan de una naturaleza maravillosa y singular. No les confundas con tus asnos, tus perros, tus vacas, tus caballos ó camellos, con ningun sér determinado, con ninguna definida personalidad. Su fuerza no tiene límites, su vida no tiene término, en todas partes de la isla los puedes evocar á tu capricho; te servirán noche y dia, te obedecerán sin amor, sin voluntad, ciegamente; te harán dueño de la isla á fuerza de prodigar maravillas, y sin embargo, ni te inspirarán cariño, ni desperterán en tí esa dulce simpatía que derrama sobre tu sér un bálsamo de consuelo. Si no tuvieses otros servidores con quienes encariñarte, el trato de esa familia secaria tu corazon y amenguaria tu felicidad.

—No te entiendo, Pónos, no te entiendo—exclamó Ántropos perplejo.

—Pues para que puedas comprenderme volvamos á evocar á Pir.

Tornó el hombre á su faena, utilizando las observaciones hechas en los ensayos precedentes, y tornó Pir á aparecer del tamaño de un grano de mostaza.

—Suéltale sobre ese monton de hoja seca—gritó Pónos—y vosotros, Gina y Ándros y los esclavos y Télia, soplad todos á la vez, pues es el modo que crezca.

Soplaron el hombre y su familia y Pir creció en un instante gallardo y móvil y suelto.

Era un mozo bermejo, brotando salud y sangre por los poros, circunstancia á la cual debia su color encendido como el fuego. Sus formas desde lejos atraian, pues eran flexibles y juguetonas como el aire, y desde luego admiraba su extraordinaria brillantez y la pasmosa facilidad con la cual se revolvia; pero cuando se le contemplaba más de cerca advertíase que en vez de cabellos se agitaban sobre su cabeza y en rededor de su frente manojos de sierpes, cuyas agudas lenguas amenazaban en todas direcciones. Para complemento del horror que inspiraban las tales culebrillas, ninguna tenia ojos.

—Ahí le teneis—dijo Pónos.—Si seguís soplando tomará un tamaño mil veces mayor que el de Dinamion. Cuidado con las sierpecillas. Su mordedura es dolorosa por demás. No distinguen de personas. Duelen como quemaduras.

—¿Y entonces—preguntó Gina—por qué medio le obligaremos á achicarse?

—Echándole polvo encima. Con ello le podreis hacer mermar hasta dejarle tamañito ó hacerle desaparecer.

—¿Qué come?

—Bosques enteros si se le dejais en libertad. De no tenerle sujeto, disciplinado y á raya, os aterrará

con su furor y será capaz de concluir con vosotros.

—No veo entonces—interrumpió Ántropos—la manera de domesticarle.

—Nada más sencillo—continuó Pónos.—Todo se reduce á no suministrarle, á no dejar á su alcance más alimento que el proporcionado á las dimensiones y la fuerza que le quieras dar. Ese nuevo servidor, abandonado á sí mismo, tragaria pinos, y encinas, y cedros, y trebejos, y animales cual una cabra se come las briznas de la yerba ó los tallos de las flores. Pero así como una selva no le satisface á veces si se le evoca jigante, en vuestra mano está reducirle á la estatura que vosotros podais dominar: enano para que os prepare la comida apetitosa, cuyo gusto os cautivó, pigmeo ó jigante para que os ayude en una multitud de faenas chicas, medianas y grandes que él sólo puede emprender.

—Verdaderamente—dijo la familia en coro—como tú sueles decir, esta tierra es encantada.



CAPÍTULO XV.

Bien se puede asegurar, sin temor de corromper los clarísimos raudales de esta verídica historia, ni destruir la nimia, puntual, perfecta y concienzuda exactitud de sus mínimos relatos, que durante muchos, muchos dias despues de la conquista del admirabilísimo Pir y la consiguiente apropiacion del fuego, no se habló de otra cosa en el rancho y sus cercanías, entre amos y criados, pastores libres y míseros esclavos. Para los salvajes fué un motivo más de respetar á la familia como á séres superiores: en la caverna produjo no pequeño regocijo mezclado de estupefaccion. El sentimiento de asombro fué unánime y general. Ántropos hablaba solo y se decia:

—¡Pasmoso! ¡maravilloso! ¡La isla es en verdad encantada!—¡Con que Pir duerme aquí—en esta madera—en el árbol—en la yerba seca—¿y no hiere la mano cuando toco y retoco donde duerme? Pasan dias y nada, no dá señales de vida. Pero de pronto, si se le despierta, sin saber cómo ni por qué, se alza amenazador, terrible y se comeria mis muebles, mis

tiendas, los bosques, los animales..... todo cuanto hay sobre la haz de la isla.—¡Pasmoso! ¡maravilloso!—Y sin embargo, yo le sujeto, le reduzco, le doy el tamaño que me place, me sirve, me obedece, hace maravillas por mí y para mí, en todas partes está. Invisible, inofensivo, oculto, no espera sino mis evocaciones y aparece y no descansa y es la misma actividad.—¡Asombroso! ¡pasmoso! ¡maravilloso!—¿Si será un dios?—¿Si será dios?—La isla de Gé es encantada, pero no todo es en ella *mal*—algo de *bien*—poco, muy poco—pero algo.—¡Isla encantada! ¡Isla encantada!

Tras el procedimiento fatigoso de evocar al nuevo servidor frotando dos trozos de madera, Pónos sugirió á sus protegidos el de hincar en uno de ellos la punta aguzada de otro, é imprimirla un movimiento de rotacion apoyando fuertemente sobre las superficies en contacto. Con esto se economizó una pequeña parte de fatiga, lo cual advertido por el hombre empleó el arco y su cuerda para hacer girar uno de los dos trozos de madera con centuplicada rapidez, logrando así poco á poco inventar un molinete parecido al que usan todavía algunas tríbus salvajes á fin de conseguir lumbre.

En cuanto á los resultados de la posesion del fuego, ¿quién es capaz de presumir su alcance y su trascendencia? Ya iremos viendo los triunfos infinitos que la familia debió á Pir: ahora conviene no hacer caso omiso de los efectos internos producidos sobre el hombre, su mujer y su descendencia.

Han podido advertir nuestros lectores hasta qué punto influian las condiciones externas y la situacion del hombre sobre su modo de pensar y su manera de sentir. Hora por hora, minuto por minuto,

verificábase una adaptacion completa de su organismo y sus funciones al conjunto de fenómenos ambientes. El aire que respiraba; la luz ó la sombra que le envolvia; la humedad, el frio ó el calor; el alimento ya de frutas ó raíces, ya de pescados y mariscos, ya de huevos ó de carne, modificaba la sustancia y hasta la forma de sus huesos, de sus miembros, de sus entrañas, porque la vida del indivíduo no es en último lugar sino una contínua descomposicion de los tejidos y otra y paralela reconstitucion contínua. Y así como la materia asimilada al tomar los alimentos modifica profundamente las cualidades del cuerpo, así la contemplacion de nuevos objetos y fenómenos, la delectacion de conciertos y armonías, las sensaciones ignoradas por el gusto, el tacto ó el paladar, todos esos elementos impalpables que constituyen el alimento del espíritu, modificaban y transfiguraban contínua y paralelamente las ideas y los sentimientos, como manifestaciones inequívocas de la enérgica dilatacion de nueva vida.

Siendo esto así, como lo es, dejamos á la consideracion de quien medite é induzca, la revolucion profunda verificada en Ántropos y los suyos cuando pudieron comer caliente á todas horas. Parecia como que su organismo se habia emancipado de un trabajo aletargador, porque mientras comió frio, la vida se concentraba en el estómago con mengua de la cabeza, y ahora con los manjares calientes sentia que sus ideas se agitaban en la mente con mayor desembarazo. Sus funciones se equilibraban y la superioridad estriba en el equilibrio.

Esto y el grato bienestar con que su corazon latia y circulaba su sangre, le puso en condiciones ex-

traordinarias, mediante las cuales, y sin darse cuenta de ellas, advirtió que era más ágil de cuerpo, más perspicaz de espíritu y más asequible á emociones delicadas á la par de más sostenidas y constantes. Y no sabemos si por estas causas ó por alguna otra oculta obrando conjuntamente, Ántropos afinó su concepto de los séres invisibles cuya existencia le bullia en el magin. Ya no eran sus perseguidores hombres idénticos al Ántropos de aire visto en sueños: empezaban á tener cualidades indefinibles como las de Pir, naturaleza inexplicable, extraordinaria, potente, con cuyas imaginaciones el sentimiento de temor (adelanto indisputable sobre el sentimiento de terror antiguo) íbase transformando con añadiduras de admiracion, aditamentos de respeto y asomos de gratitud.

En una palabra, Pónos advirtió bien pronto que la posesion del fuego habia transfigurado á sus protegidos. Su creciente disposicion á escucharle y á entenderle, le convencieron de ello plenamente: hasta en aquellas cualidades intrínsecas del hombre y de su familia, advertíase transformacion y mejora. El valor, por ejemplo (virtud por excelencia del hombre civilizado á medias), se hizo más reflexivo y más sereno. Esta cualidad, como todas las que hoy nos parecen innatas al sér humano, se robusteció primero en los peligros y se formó mediante luchas sangrientas, en el seno de la insensibilidad; ennobleciéronla despues algunos actos de sacrificio hechos en defensa de otros, y ahora tendia á combatir terrores supersticiosos luchando serenamente contra fuerzas imponentes y á primera vista invencibles. Con el valor inteligente del espíritu, con las nacientes heroicidades de la voluntad, se

inauguraban los anales de las grandes, de las fecundas victorias.

Por eso Pónos, procurando siempre alentar al padre y educar al hijo convenientemente, solia decir á este último para que ambos lo entendieran:

—No te alabes así ni vanaglories de una cualidad que fuera mengua no tuvieses. El hombre sin valor es leon sin zarpa, águila sin pluma, oveja sin vellones, potro sin cascos, perro sin voz y sin olfato. Es un sér á quien le falta su primera condicion, el toque característico, la cualidad privativa. Vuestra mision es de lucha y sin valor no hay victoria. ¿Qué frutos dará, qué hazañas esperas del que por evitar un dolor pasajero, conservar los miembros sanos ó no descomponer su ruin belleza, abdica el puesto que le cupo en suerte como señor de todo lo creado por no tener aquella virtud que ennoblece á la gallina si el gavilan se acerca á sus polluelos? El hombre sin valor debe considerarse, por lo tanto, como un pequeño mónstruo entre su especie y los demás le han de mirar con prevencion, porque quien dejare de hacer una accion buena por temor, es de recelar que no retroceda ante las indignas por la misma causa. El valor te fué otorgado para un fin providencial, como elemento indispensable en la lucha por la vida; de él habrás menester principalmente cuando no se trate ya de pelear á brazo partido, con salvajes ó jigantes. Valiente y más valiente habrás de ser para buscar con teson el bien, combatir tus pasiones y flaquezas y perseverar en tus propósitos. Porque habeis de saber, amigos mios, que el verdadero valor es el valor contra sí mismo. Ese otro ciego, iracundo, irreflexivo, como el del perro ó el leon, siempre aparecerá cuando sea

indispensable; mas el reflexivo y noble, patrimonio del hombre y de su familia, necesita de cultivo, pues crece y se desarrolla como todas vuestras aptitudes. Para conservar fuerte y robusto el valor del corazon, bastará con la costumbre, pues al fin y al cabo los movimientos inconscientes ante un peligro imprevisto, con la costumbre se dominan, y estais dotados de aptitud tan acomodaticia que hasta llegareis á sonreir — casi á gozar — en medio de los horrores de la muerte; pero no basta este valor en las batallas iniciadas por la conquista de Pir: á la energía en el combate, al desprecio del dolor, conviene unir la serena tenacidad de la fé, el ardor de la esperanza. Quiero deciros con esto, que vuestro valor de hoy no será vuestro valor de mañana. El verdadero heroismo es un producto complejo de sucesivos desarrollos, como lo son ya varias de vuestras facultades, y por eso debeis ejercitarle en todas ocasiones, no sea que arrinconándole como arco inútil, le roa la carcoma y en alguna principal ocasion se os quebrare.

Con pláticas tan oportunas, unas dichas de seguida en la sazon conveniente y otras sugeridas á retazos, aunque reunidas por nosotros para dar cuerpo y realidad á su enseñanza, procuraba el génio bueno de la isla reducir á conceptos claros y precisos, la multitud de intuiciones incompletas en la mente de sus protegidos. Su sistema era siempre el mismo: facilitarles una conquista material, hacerles notar en qué grado y hasta dónde crecia con su posesion la inteligencia, y obligarles á observar los hechos en que estribaba, las condiciones de su logro, para ir grabando en su conciencia leyes de órden, de relaciones perennes y hasta de fatalidad.

La comarca elegida por los pastores, despues de la apropiacion del fuego, para continuar sus escursiones nómadas y reconstituir lo antes posible sus rebaños y riqueza mueble, era un país abundoso, de vegetacion jigántea exhuberante, bañado por anchos rios y cortado por fertílisimos valles. Allí corrieron peligros de otro género, y allí pudieron apreciar la utilidad y los servicios de su nuevo servidor. Porque en aquellas espesuras pululaban las culebras, las serpientes, y toda clase de reptiles, y dominaban los tigres carniceros, y lo arrasaban todo en ocasiones manadas numerosas de elefantes. El fuego, manejado hábil y convenientemente por el cocinero Pir fué, sobre todo de noche, una defensa eficaz para contener ataques y escapar de los peligros.

Allí tambien se agregó el cerdo al ganado, se hicieron las primeras pruebas para atravesar los rios sobre troncos y se idearon infinitas invenciones, que nosotros no podemos ni siquiera enumerar. Las comunicaciones entre el rancho y la caverna, con esto se multiplicaron, y el ir y venir y el volver y retornar de los trasgos y los duendes para llevar noticias á sus amos, se aumentaron á tal punto, que de contínuo se cruzaban dos y tres en el camino.

—¿Á dónde vás, comadre, tan de prisa?—preguntaba Fobo á Licnia allá en lo alto de una sierra.

—¿Á dónde he de ir?—contestó Licnia—á llevar al Señor y á la Señora un nuevo descubrimiento de esa familia maldecida.

—¿Pero qué es? cuéntame.

—Esta sustancia preciosa.

—¿Cómo?—exclamó Fobo sonriendo—¡esas

chinitas menudas, esos cristalillos blancos! ¡Pues apenas tengo visto de ellos en mis correrías!

—Pues ahí verás—contestó Licnia—nosotros vemos todo esto y no sabemos lo que vale. Ántropos y hasta los chicuelos, cuando los dirige Pónos, sacan de todo algo útil, algo para hacerse superiores. La situacion se complica y aquí entre nos, dudo que nuestros amos consigan su objeto y triunfen.

—¿Pero qué es ello? cuéntame—exclamó Fobo atusándose el bigote.

—Te lo diré en dos palabras, pues tengo prisa por llegar. Desde que tienen á Pir y comen cosa caliente se les vé más listos, más perspicaces y crecen en ingénio y en salud para darnos mucho en qué pensar. Aficionados desde luego á comer la carne asada y á asarla con plantas y raíces, notaron gusto especial en su comida cuando sacaban la carne de las brasas, cubierta toda de cenizas. Hasta decia la mujer que se encontraba mejor comiéndola de aquel modo, ganando mucho en apetito. Discutiendo estaban con el génio esta circunstancia baladí y disputaban con él si la carne asada con ceniza era ó no era más apetitosa, cuando el muchacho observó que las ovejas y las cabras lamian los blanquizales salobres, y como travieso que es, hizo lo propio y se halló bien. Entonces por indicacion de Pónos recogieron estos cristalillos de los charcos, los echaron sobre su comida, y no te puedes imaginar cuánto han mejorado desde entonces. Hasta se muestran confiados.

—¿Pero qué es ello para tanto?—preguntó el enano de las antiparras.

—No te lo sabré decir. Lo llaman sal, y cuando llegues y los veas te persuadirás de su importancia.

—Y ahora, adiós. Me urge decírselo á Seuda y quiero dar la vuelta enseguidita, porque me figuro que cuando llegues tú al rancho tendremos otras novedades. Adiós.

—Adiós.

Y los dos trasgos se separaron diligentes: Fobo muerto de curiosidad en direccion al rancho de los pastores, y Licnia con ansiedad indefinible por llegar á la caverna.

Al dia siguiente se cruzaban otra vez en el camino, aunque siguiendo direcciones encontradas.

—¡Hola, Fobo!—exclamó Licnia al divisar á su compadre.—¿Cómo tan pronto en camino?

—¡Calla, amiga, calla, calla!—exclamó Fobo en su tono más enfático—esa gente crece y crece y yo no sé donde vá á parar. Figúrate que anoche quise darles un buen susto, y cuando estaban cercados de tigres y de otras fieras les calé sobre las narices un par de mis antiparras. ¡Nunca lo hubiera intentado! Evocaron á Pir, pusieron fuego á los bosques, se rodearon de llamas, y las claridades del incendio trocaron la noche en dia. En médio de aquellas llamas —¿lo creerás, Licnia, lo creerás?—durmieron á pierna suelta, y cuando se hartaron de dormir, se levantaron muy tranquilos y muy ufanos con la hazaña. Se van haciendo valientes, bizarrísimos, heróicos. A este paso serán capaces muy pronto de habérselas mano á mano conmigo ó con Dinamion. Pero aquí viene Filoctesia. ¿Qué otra novedad traerá?

Y en efecto, llegó Filoctesia con gran prisa é interpelada por sus dos amigos vino á decirles en suma:

—Despues de salir tú, tan de mañana, los pastores se pasearon impávidos sobre los restos del in-

cendio. En compañía de Pónos, buscaron entre las cenizas y á puro buscar sacaron de debajo de ellas un cuerpo pesado y blanco—«Plata, plata—gritó Ántropos.—No tal—le dijo su génio.—No confundas el estaño con el metal encontrado el otro dia al atravesar las sierras, ni con las pepitas de oro recojidas por tus hijos entre las arenas de los rios y las ramblas. Ese estaño mezclado con el cobre te dará armas más resistentes y más duras.—Pues yo sostengo que es plata—insistió Ántropos.—Compara los tres metales y te convencerás de sus marcadas diferencias.» Entonces, sacaron de sus zurrones los pastores unas laminitas blancas, y unas pepitas amarillas y las pusieron al lado de los botones de estaño. Al verlas no se lo que pasó por mí. Me las hubiera comido. El metal amarillo, sobre todo, es capaz de volver loco á cualquiera. El blanco es hermoso, muy precioso, pero el oro es preciosísimo.

—¿Y no traes ninguno de ellos?

—¿Qué he de traer, si pesan más que otro tanto? Además, no es fácil quitar al hombre una muestra de cualquiera de los dos porque tiene poco de uno y de otro, y le dejo sustituyendo el pedernal y el cobre de sus lanzas con los dos nuevos metales cuyo aspecto le enamora.

—Es decir—preguntó Fobo—que los pastores, no sólo han mejorado sus armas por de pronto, sino que esperan mejorarlas más. ¡Estamos bien, rebien, retebien!

—Y no para en esto,—replicó Filoctesia.—Si oyeras hablar á Pónos, creerias que el hallazgo de los metales preciosos iba á trastornar la isla. ¡Cuánto les ha dicho! ¡Cuánto ha exagerado! Pero en fin, lo cierto ello es que Pir, no es sólo cocinero sino un artífi-

ce incomparable. ¡Si vieras como modela los metales! Los maneja como si fueran barro, arcilla, y hace con ellos cuanto quiere. La cosa, pues, es de importancia y digna de ser puesta sin demora en conocimiento de los amos. Adiós.

—Adiós.

Y no habia andado Licnia el vuelo de una golondrina cuando topó con Alazona.

—¿A dónde vas tan desalada?—la preguntó al emparejar con ella.

—A llevar otra noticia á nuestra queridísima maestra—contestó el trasgo mirándose en el espejuelo.

—¡Otra noticia! ¡Otra más!

—Otra y nada baladí.

—¿Pero qué es ello?—habla sin tardanza porque mis temores crecen.

—Los pastores son maestros en el arte de curar, y de cada planta van sacando remedios y medicinas. ¡Figúrate las consecuencias! Si aseguran la salud, será eterna su hermosura. Las travesuras de Ándros, las imprudencias de Télia dieron lugar esta mañana á una catástrofe y la chica se quemó una mano, y el chico salió herido en la cabeza. «Vamos —me dije yo cuando les ví — dos enemigos ménos y más fácil nuestro triunfo,» pero llegó Pónos, reconoció á los heridos, recordó al padre la virtud de algunas plantas y se ordeñaron las vacas y Télia metió la mano en una cuerna de leche y se aplicaron varias hojas á las heridas de Ándros, y dejo á la chica con piel nueva en toda la quemadura y al chico casi bueno y sin dolores, más travieso y más temible que nunca.

—Cuando yo digo que esa gente nos ha de dar

mucho que hacer—exclamó Licnia pensativa.—Si siguen como hasta aquí, se han de burlar de nosotros. Cada acometida nuestra les prepara un nuevo triunfo. Diríase que en vez de enflaquecerles y rendirles contribuimos á su bienestar. Lo cierto es que cada vez los veo más animosos.

—Tan es eso así—replicó Alazona, despidiéndose—que Gina canta ya otra vez y lo hace de dia en dia más gallardamente.

Y así era á la verdad. La mujer gustaba de oir á Tongo, y al imitar con su voz las sencillas melodías, iba puliendo poco á poco las palabras de su canto. Su alegría al ver la luz, su tristeza al contemplar la luna; la hermosura y el aroma de las flores, el parlero concierto de las aves, su cariño y emociones, todo cuanto sentia é imaginaba era expresado por ella en frases inconexas é infantiles. Empero la asociacion de diversos elementos se verificaba gradualmente en aquellos simplicísimos solaces, y los cuerpos se encontraban bien y los ánimos mejor.

Pónos, procurando contener á sus amigos dentro de límites prudentes contra las contínuas seducciones de la insidiosa Ratimia, solia decirles afectuoso, si el canto, el baile ó los juegos fuera de sazon se prolongaban.

—Me place, y mucho, veros alegres y contentos. Teneis necesidad de descansar de cuerpo, como de espíritu, y cuando esta necesidad se satisfaga en forma pura, digna y bella, serán vuestras distracciones nueva fuente de progresos y manantial de vida y de salud para los frutos más sabrosos de toda vuestra actividad; pero ha de ser con una condicion: la de disfrutar de esto como de todo lo demás con

su peso y su medida. Ya os lo tengo advertido varias veces; los vicios, los males, los errores, nacen y ejecutan sus estragos por la sola culpa de satisfacer una necesidad legítima con poquedad ó con exceso. Amén de este peligro constante, aquello de que se abusa hastía, y si quereis desarrollar cuanto es posible vuestras facultades, atended con preferencia á cultivarlas todas gradualmente alternando la diversion con los quehaceres.

—Pues desengáñate, Pónos—exclamó Ántropos al oir uno de estos consejos del buen génio cuando habia repuesto con creces y añadiduras su antigua riqueza pastoril.—Me es imposible obedecerte si continúo esta vida vagabunda. Cuidaré los animales, pero no me cuido de las plantas. Para llevar mis muebles y trebejos empleo todas mis acémilas y pierdo la mayor parte del dia en cargar y descargar. Ni es posible disciplina entre los mios, ni yo puedo atender como deseas á una multitud de cosas. Te he obedecido sumiso hasta cansarme y rendirme. No puedo más. Exijo de tí resueltamente que fijemos mi vivienda. Si me enseñas á labrar albergue sólido contra los salvajes y las fieras, casa donde guardar mis bienes, rediles cercados y cubiertos para poner mis rebaños en seguridad, me sentiré al cabo feliz y nada más te pediré.

—¡Ay, amigo!—le contestó su génio protector—siempre me dices lo mismo, y nunca te veo satisfecho. Pero en fin, tienes razon y yo no puedo desobedecerte. Preveo los peligros de la casa, sus facilidades para dar contigo; mas lo que ha de ser tiene que ser á la postre, y el mal camino andarle pronto. Mañana os enseñaré á construir vuestra choza.



CAPÍTULO XVI.

El lector ha de perdonarnos por muy grande que sea su curiosidad, si antes de decirle cómo fabricaron los pastores su primera casa, con qué materias la hicieron y si cabian ó no muy holgadamente en ella, le invitamos á dirigirse en nuestra compañía hácia la córte del cien veces burlado Dinamion para presenciar la barahunda y alboroto reinante allí á la sazon y distraerse breve rato á fin de conllevar así el fastidio ineludible de la primera parte de este cuento. De paso podrá aprender una ley principalísima si ha de penetrar en lo más hondo de los misterios de Gé, y darse cumplida cuenta de los lances y aventuras posteriores.

Entremos en la caverna, escuchemos y observemos.

Muy graves deben ser las noticias recibidas, ó alguna novedad inesperada habrá sucedido aquí, cuando próceres y chusma andan tan alborotados. Allí se vé al jigante taciturno, conversando á la sordina con su astuta consejera; aquí discuten cor-

tesanos á respetuosa distancia; allá la gente menuda asedia sin órden y en confusion la entrada de uno de los varios nichos de las rugosas paredes, los cuales siendo agujeros, nada más, para su colosal Señor, son para el pueblo duendil—y áun para cualquiera de nosotros—cuevas, grutas, simas y antros.

Procedamos con órden y con método y acerquémonos á los corros de los cortesanos. Oigamos lo que dicen tan fuera de sí.

Los mozos.—Scuda nos ha de perder; toda tardanza es peligrosa. Si se nos permitiese obrar, con cuatro boleos de estas trancas habíamos concluido.

Los viejos.—¡Hervores de sangre moza! ¡Habíamos concluido!..... pero ¿cómo?

Los mozos.—Siendo dueños de esa canalla y de Pónos para acabar de una vez.

Los viejos.—O siendo convertidos al toque de su vara mágica en unos cuantos servidores más de Ántropos y su familia.

Los mozos.—Antes la muerte. Jamás.

Los viejos.—Pues no hay sino resignarse. ¿Quién lucha ya cara á cara con el amo de ese Pir? ¿Quién alcanza á sus perros y sus potros? ¿Quién resiste los golpes de sus armas? Scuda es prudente y hace bien. No quiere dar el golpe en vago; y como cuanto más hagan Pónos y los suyos más rico será el botin, ni tiene dudas ni prisa. Vá utilizando entre tanto las conquistas é invenciones, y las aprovecha cuerdamente en nuestra pró.

Los mozos.—¡Valiente modo de utilizarlas y aplicarlas! Para conservar el fuego se vé obligada á atizarle noche y dia sobre el ara, y sus acólitos turnan de contínuo en la tarea echando leña en la lumbre. Y todo ello ¿para qué? Para embaucarnos

con sus ceremonias. Y quien dice esto dice lo demás. Nos dá un puñado de sal y se apropia casi toda para sí y sus lustraciones; quiere imitar á los pastores, superarles como curandera, y en vez de buenos remedios nos propina muecas, misterios y pócimas. Las entrañas de una víbora, el corazon de un gallo blanco, el estiércol de un reptil, el huevo de un ave negra, bañado todo por la luna, batido con un yerbajo, á media noche, en ayunas, y administrado el menjurje despues de hacer garabatos en el aire con su báculo ó sus garras. ¡Quita allá esa consejera! Todo su saber consiste en embrollar cuanto toca.

Los viejos.—Y sin embargo, ¿qué haríamos sin ella? Ella nos salvó hasta aquí, y jamás se equivocó.

Los mozos.—A no ser en lo tocante á nuestra esclava, al manto y al encantamiento.

Los viejos.—Esas son habladurías calumniosas. Nada hay que pueda alarmarnos. Alecia sigue como siempre.

Los mozos.—No hay tal. Su manto mermó.

Los viejos.—Esas son invenciones de la plebe.

Los mozos.—Es lo que todos pueden ver.

Los viejos.—Una impostura.

Los mozos.—Un hecho real.

Los viejos.—Pues á la prueba.

Los mozos.—Á la prueba.

Todos parecen dirigirse hácia el nicho asediado por los curiosos, y si hemos de averiguar en lo que pára la disputa, sigámosles hasta allí.

Apenia, con su látigo de alambre, se pasea á la entrada de la cárcel como una pantera en jaula y tiene á raya á los duendes á fuerza de latigazos.

Unos alargan el hocico procurando escudriñar

en las tinieblas del oscuro calabozo, y como nada ó poco ven, preguntan á los más cercanos; otros se ahorcajan sobre los hombros de los de delante, y no pocos de primera fila se agachan cuanto les es posible, pegan un carrillo en tierra y en direccion al interior miran y remiran.

Extraños son en verdad los gestos y los ademanes del gentío, pero las exclamaciones y los dichos corren parejas con los gestos.

—Es cierto—prorrumpe un duende despues de mirar mucho y no ver nada.—Vaya si es cierto: ha mermado.

—Y tanto como ha mermado: dos buenos y cabales dedos—dice otro ente muy redicho.

—¿Quién vió la luz?—pregunta uno de los viejos.

—Yo—grita un rapaz con toda la catadura de un mico.—He estado en primera línea desde el alba sin quitar ojo, ni siquiera pestañear. Al fin y al cabo logré percibir cierta claridad, luego el bulto de esa maldita hija de Pónos, y mirando y remirando alcancé á ver sus tobillos, despues sus pantorrillas, y aún, aún.

—¿Tiene los piés como nosotros?—preguntó un prócer de los mozos.

—Muchísimo más bonitos—replica el mozalvete mendaz que estuvo en primera fila desde el alba.—Sólo el verlos enamora.

—Pues ¡qué será cuando se la descubra más arriba!—exclama un endriago con visos inequívocos de sátiro.

—¿Lo veis?—prorrumpen los mozos.

—Vemos lo mismo que vosotros: oscuridad y tinieblas—contestan los viejos con desden.

Y aquellos afirman, y estos niegan, y la turba se

divide en bandos, y todos hablan á la vez y crece la confusion y el vocerío. Y pues no es posible acercarse al calabozo, ni echar una mirada al interior, ni sacar nada en limpio de esta gresca, volvámonos en busca de Seuda y de Dinamion y procuremos averiguar la causa de la bulla y la algazara.

Tome nota el lector de cuanto escuche, porque el asunto parece de importancia.

—El caso es grave—Seuda—el caso es grave. En vano tratas de tranquilizarme. Si el manto no ha mermado, como dices, ¿de dónde han sacado lo de la merma y de la luz?

—Son invenciones, hablillas, los frutos de la ociosidad. El manto de la hija de Pónos no desaparecerá sino *cuando el hombre con la mujer hayan llevado á felíz término un número de prodigios tan imposible de contar como los peces de los mares, los átomos en el polvo ó las flores de los campos*. La cosa no puede ser más clara, más categórica. Los prodigios necesarios para el total desencanto son innumerables, el plazo para su realizacion larguísimo. Mis invisibles no engañan.

—Á no ser cuando se entienden sus palabras al revés como el oráculo de marras.

Seuda se muerde los lábios y replica:

—Es distinto, muy distinto. Las palabras que acabo de citar fueron oidas por mí personalmente, las recogí de los lábios divinos en persona, son esplícitas, no admiten la menor duda: la luz y la hermosura de la hija de Pónos no se verán poco ni mucho hasta despues de haberse realizado todos los prodigios á cargo de Ántropos y Gina. Sólo despues de hecho el último, el manto desaparecerá.

—¿De golpe?

—Sí, de una vez.

—Pues yo no lo entiendo de ese modo. Desde que oí la profecía la dí una explicacion más natural y más lógica.

—¿Cuál?

Note el lector, de pasada, cómo se corre la bruja sobre el rostro una careta burlona. Sin duda espera oir de boca de su Señor delicioso una de sus habituales majaderías

—Yo entendí, que á cada adelanto realizado por el hombre, mermaria una pequeña cantidad el velo susodicho de la esclava. Si el adelanto era pequeño, poco, y si era importante mucho. Hasta me figuraba que la merma se habria hecho perceptible con la conquista de Pir. De este modo iria siendo más corto hasta desaparecer, y de aquí mi malestar, porque no desconoces los peligros de descubrirse, hoy por hoy, una sola uña del cuerpo seductor de Alecia, un solo rayo de su luz. Desencantándose por ápices, su claridad será más llevadera y no tenemos la esperanza de que la luz de repente deje ciegos á nuestros contrarios.

Un rayo caido á los piés mismísimos de Seuda, no la hubiese aterrado, por lo visto, tanto como la sencilla observacion de su Señor, con tales visos de exacta. ¿Quiere el lector que le digamos lo que pasa por su mente? Pues sepa que se pasma, la muy bruja, de no haber adivinado tan natural explicacion, y se sorprende y se corre por haberla comprendido y expresado con tamaña lucidez el obtuso entendimiento del gigante. ¡Fenómeno singular! Los espíritus sagaces se forjan enredos laberínticos para explicar las cosas más sencillas, y no ven ni lo evidente para el vulgo, porque ellos elevan la vista á

las alturas imaginarias, mientras éste la clava sin devaneos modestamente en la tierra.

De todos modos, corrida ó asombrada, la bruja procura ocultar su turbacion bajo sus móviles caretas y se dispone á replicar. Oigamos:

—¡Imposible! ¡Imposible! Eso seria tanto como limitar nuestras exigencias, poner coto á nuestros goces, freno á nuestro poder, medida á nuestros deseos; equivaldria á sujetarnos á esos miserables entes, condenarnos á una contínua zozobra, á un imposible dilema, á un verdadero suplicio. ¡No es posible! ¡No es posible!

—Pues temo mucho que lo sea y conviene estar en guardia.

—Descuida, Señor, así lo haremos. Desde hoy tendremos á la prisionera en la reclusion más rígida, la observaremos asídua y atentamente y evitaremos así la agitacion y las hablillas de nuestros fieles servidores. Con ellas gana bien poco tu indiscutible autoridad.

—Y mucho ménos la tuya, pues al fin y al cabo el encantamiento de la esclava corre por tu cuenta.

—La autoridad de los dos—¡Señor fuerte y delicioso!—no disputemos: dá lo mismo. Nuestra autoridad se funda en la obediencia, en la quietud, y todo movimiento, todo juicio, deben alarmarnos. Despejemos la caverna para sacar de su nicho á la encantada hija de Pónos sin críticas ni testigos. Voy á despachar á todos mis emisarios á fin de conseguir cuanto antes las armas que necesitas para vencer á Pónos y á los suyos.

—¿Qué noticias trajeron hoy nuestros correos? ¿Qué hacen los pastores?

—Mañana ya no lo serán. Por fin hemos conse-

guido que Ántropos se empeñe en trocar la tienda en choza y es posible que á estas horas haya fijado su morada para siempre.

—¿Y qué bienes nos vendrán con ello? Con eso y con hacer otra conquista parecida á la del fuego podríamos quedar lucidos.

—No lo temas, Señor. Fija la habitacion del hombre, darás con él más fácilmente, nuestras relaciones serán más ordenadas, más seguidas y le podremos sorprender con todo cuanto sea suyo. Además, Señor, tengo para mí que sin tener él casa propia, no habria medio de conseguir armas bastante grandes para tí ó proporcionadas á tu estatura y á tu empresa.

—Ello dirá, Seuda amiga. Confieso que no las tengo todas conmigo. Ese manto de la esclava me irrita y me quita el sueño.

—Pues despejemos esas turbas para encerrarla donde no la vean ojos.

Parécenos algo expuesto el permanecer aquí si esa bulliciosa muchedumbre ha de salir en tropel, y ya que Seuda y Dinamion se disponen á quedarse solos, si le parece al lector, les dejaremos á sus anchas.

CAPÍTULO XVII.

Cuando una legion de duendes más traviesos que otro tanto, capitaneada por Egos en obediencia á las órdenes de Seuda, llegó al rincon feraz y deleitable señalado por Pónos á sus protegidos como nuevo teatro de sus luchas, encontró al hombre muy atareado construyendo su primera choza.

El emplazamiento era la falda tendida, y á levante, de una loma que con otra igualmente apacible, pero más sombría, más húmeda y más cubierta de vegetacion, formaban un ancho, abierto y regalado valle en cuya hondura bullicioso arroyo bañaba con sus linfas, entre quiebros y remansos, los albos tallos de los lirios y las raíces de las azucenas. El sol heria con sus rayos matutinos aquella suave pendiente y la enjugaba de rocío al rebasar el horizonte, y el sitio elegido ni estaba tan alto que la subida fatigase ni tan bajo que se inundara con las crecidas del arroyo. Pónos, por lo visto, obligaba ya al hombre á sacar partido de la experiencia adquirida por la observacion y le inducia á preca-

verse contra los peligros de la humedad ó de las calenturas

Despues de descuajar una buena pieza de terreno, Ántropos se puso á blandir su mejor hacha de cobre con todo el empuje del que desea un nuevo goce y tiene grandes esperanzas de lograrle. Por eso sin duda, Elpisa la divina, acudió á contemplar sus nuevos triunfos desde el cielo, y su presencia y sus palabras le infundieron descomunales bríos.

Primeramente cortó y mondó de ramas y hojarasca algunos arbolillos limpios, delgados y esbeltos; trazó en tierra un redondel y sobre el trazo fué colocando dos á dos las pértigas de punta sobre el raigal; inclinólas y uniólas arriba por la cogolla y las fué tendiendo así y derramándolas en abanico circular ó en forma de cucurucho cónico; con las ramas menores y los juncos enlazó transversalmente, aquel esqueleto ó varillaje y le cubrió de retamas á fin de escluir la lluvia, los rayos del sol, la escarcha, sin dejar otro respiro sino una abertura ó puerta, sobre cuyo dintel colgó pieles para resguardar del viento el interior.

La primera noche que pasaron dentro de la choza los pastores la tuvieron por palacio, pues hasta tal punto en todos tiempos la novedad nos encanta. Desde el dia siguiente Gina, se sintió investida con todos los atributos de ama de casa, y arregló camas y dispuso muebles y aprovechó los rincones como si aquel estado hubiera de ser eterno. Sus exigencias de entonces contribuyeron al progreso de la familia, como veremos muy pronto.

Por otra parte, la natural propension del hombre á creer lo nuevo inmejorable, así como á exagerar cuanto le agrada hasta sus últimos límites, le hizo

desear tener todas las cosas cerquita. Cansado de divagar por la isla con el desórden consiguiente al estado pastoril, apoderóse de su alma un como prurito de concentracion desde el punto y hora en que se hizo labrador. Trasportáronse junto á la puerta de la choza los árboles predilectos por su sombra ó por su fruto; las plantas más conocidas por tiernas y sustanciosas, crecieron cultivadas con esmero y se transformaron en legumbres; del erial brotó la huerta, y hasta las aves más gordas vieron sus alas cortadas porque Gina quiso tener su ganado de corral, huevos fresquitos y pollos, á fin de autorizar la mesa con invenciones culinarias y poner de paso á prueba la pericia del flamante cocinero Pir.

Algo ruda fué, en verdad, aquella primera parte de la vida del agricultor, porque su afan por extender en torno suyo todo cuanto le agradaba, le hizo pasar malos dias y peores noches, y porque las faenas del campo son llevaderas y hasta gratas cuando á fuerza de sudor está completamente cultivado, pero muy desapacibles habiendo de descuajar bosques, quemar malezas, mezclar cenizas con el suelo no arrompido, cercar la heredad, regarla con el agua de distante fuente, trasplantar el árbol, protegerle y esperar con paciencia y resignado su despacioso crecimiento. Semejantes ímprobas tareas (orígen del valor del suelo), son cuidados parecidos á los muy angustiosos de la paternidad, por más que tengan tambien algunos de sus placeres. De aquí que muy rara vez salia entonces Tongo de la caña.

A la primera choza circular siguieron otras cuadrilongas, las cuales fueron más capaces y contenian los muebles con holgura. A éstas se agregaron varias para preservar al caballo del relente; para

encerrar á los asnos y las vacas, para almacen de provisiones y de aperos, y con una y otra choza, con las cercas y corrales, con las cijas y rediles, la nueva colonia fué tomando todo el aspecto de un pueblo.

Y á la verdad que pueblo era, pues además de Ántropos y su mujer, del mancebo ya crecido, y de la hija pizpireta sirviendo de algo á su madre, el número de criados fué creciendo, y fué creciendo, ya porque el hombre hubo de hacer prisioneros al defender su hacienda y su persona, ya porque varios salvajes se pusieron voluntariamente bajo su amparo generoso.

Todas estas novedades cambiaron profundamente las ideas y los gustos de nuestros amigos. Si su inteligencia se enriqueció con nuevas observaciones y con datos innumerables para crear ideas asociándolos, hubo á la par en sus sentimientos una verdadera revolucion. Antes de hacerse agricultor, amaba el hombre á los suyos, y aquel amor se habia extendido en forma de apego interesado á varios de sus servidores animales: ahora, sin darse cuenta del milagro, se encariñaba por momentos con las flores, las plantas y los árboles. Aquellos sus primeros confusos movimientos de atraccion apasionada ó simpatía más ó ménos definida, se ensanchaban, se multiplicaban, se afinaban y se diferenciaban. Uno era su afecto hácia su esposa y sus hijos; otro el que le unia á sus perros y caballos; otro—y por cierto nada benigno ni manso—el inspirado por los salvajes en esclavitud; y por fin, otro—aunque parezca mentira más piadoso—aquel á cuyos impulsos se levantaba con el alba, recorria la huerta ó el jardin, y fatigaba su cuerpo aporcando la lechuga, regando los cla-

veles y las rosas, matando al topo, espantando al gorrion ó destruyendo el caracol, la oruga ó la babosa.

Sin apercibirse de ello, la sensacion—fuerza motora de toda su actividad—se transformaba en sentimiento tomando formas más dulces, más bellas, en lo más hondo y misterioso de su sér.

Un dia, (y á propósito de su manía por las plantas), en que acababa de repetir á su buen génio su cantinela de costumbre: *«si nos concedes eso seremos completamente felices y nada más te pediremos»* Pónos se sonrío con su habitual benevolencia, y abriendo la mano, dijo:

—Aquí teneis sobre mi palma algo que vale mucho más.

—¿Y de dónde lo has sacado?—preguntó Gina.

—No te sabré decir—replicó el génio—si es fruto formado expontáneamente ó si es producto del cultivo, pero le encontré no lejos de aquí, y desde luego le tuve por una de las más grandes maravillas.

—¿Pero qué es ello?—preguntaron los noveles labradores.

—Este es el alimento por excelencia, el alimento universal—contestó el génio.—De estos granos de trigo que contemplais casi con desden, saldrán las cosas más grandes de la tierra. Aquí se halla encerrado el porvenir de vuestra especie, la dicha de vuestros hijos, el poder del hombre, sus progresos, sus ideas, su ciencia, su felicidad. Si no os apropiáseis esta simiente inalterable, incorruptible, vuestra existencia seria precaria, vuestro número por lo tanto exiguo, efímero vuestro poder, perecederos vuestros adelantos, limitados los dominios de vuestra alma, y nunca libre vuestro espíritu. Merced á

fruto tan modesto, la isla podrá poblarse de más hombres y mujeres que son las arenas de la mar. Gracias á los recursos que atesora, vuestros nietos habitarán todos los climas, lograrán resistir los cataclismos, emprender obras de larga duracion, unirse con lazos indisolubles, comunicarse sus ideas, auxiliarse y sostenerse en los momentos de escasez como verdaderos hermanos cariñosos. Sí, amigos mios, de este ruin y miserable trigo sale el pan, palabra que equivale al sumo bien, al fundamento de todo.

—Muchas cosas son esas para caber en tan ruin simiente—exclamó Gina con sonrisa incrédula.

—Nunca juzgueis por primeras apariencias—les contestó Pónos.—Grano hay en Gé diez veces más diminuto y de él sacaremos con industria la ciencia, la libertad, la luz.

Estas palabras escitaron la curiosidad de la familia, y el génio, para calmarla, les entretuvo anticipando varios métodos para preparar el trigo por de pronto y convertirle en alimento sabrosísimo. Se tostó sobre la brasa, se remojó en agua, se machacó entre dos piedras, se hicieron tortas, se tostaron, y de todos modos encontraron nuestros labradores el manjar muy de su gusto.

Una vez saboreadas las delicias de aquel novísimo alimento, Ántropos quiso saber en dónde encontrar el trigo, cómo sembrarle y cosecharle para poseerle en abundancia. Pónos le condujo á una tierra en la cual recogió, espiga por espiga, lo bastante para la primera siembra, hizóle rozar y quemar una suerte de monte bajo, cuyo suelo era apropósito; le enseñó á esparcir el grano sobre las cenizas y á recubrirle y abrigarle. Cuando creció la planta se agostó

la paja y maduró el fruto, segó con sus mejores cuchillos, trilló con sus reses en la era, venteó la parva con los bieldos y separó el trigo del tamo.

Observó entonces el hombre que la simiente mejor y más granada se daba á la sombra de la encina, en aquellos lugares en donde el cerdo—rebuscador incansable de la criadilla y la bellota—solia detenerse á hozar. De tan pequeña observacion nació la labranza de la tierra con ayuda de varios instrumentos, los cuales de mejora en mejora y de tamaño en tamaño produjeron el arado. Ántropos comenzó por imitar el hocico del cerdo con un palo quemado por la punta y con él removió la tierra empujándole inclinado hácia adelante. Vió sin embargo, que sudaba mucho y adelantaba bien poco. Despues cavó con horquillas de dos y tres y más puntas; en seguida, arregló un gancho con una rama gruesa y larga dejándola en un extremo otra más corta y más delgada para tirar de ella y no empujar — esfuerzo aquel ménos fatigoso que éste—y por fin, viendo que sus fuerzas no alcanzaban para arañar con aquel gancho la tierra, ató al asno á la herramienta é hizo funcionar aquel tosquísimo arado, primero digno de este nombre. Alentado con los efectos de aquella primera máquina, la mejoró y agrandó deseoso siempre de labrar más terreno en ménos tiempo, pero encontró que si el arado era más potente, el asno carecia de fuerzas para arrastrarle. Pensó entonces en el toro: su braveza le dió sustos y fatigas y puso á prueba su ingénio. Para lograr su deseo, se le ocurrió entonces degradar al toro á la condicion de buey y en verdad que no fué esta la más insignificante de sus múltiples conquistas, de sus invenciones útiles.

Desde el dia en que el buey, arrompiendo el cés-

ped y revolviendo la gleba, trazó los primeros surcos rectos, interminables, paralelos, el seno de la madre tierra se vió forzado por el hombre y le rindió frutos sazonados y ópimos. Andando los tiempos, el descubrimiento de un nuevo metal, que más adelante se dirá, acabó de perfeccionar el instrumento agrícola por excelencia, emancipando al hombre de cuatro quintas partes de su trabajo muscular y echando sobre los animales la rudeza toda de las faenas campestres. ¡Nueva y doble redencion que unida á las anteriores preparaba poco á poco la definitiva redencion!

Esta emancipacion trascendental, junto con el novísimo alimento, borraron para el organismo buen número de impresiones rudas que embotaban su sensibilidad; las fibras y los tejidos adquirieron mayor delicadeza y nuevos afectos resultantes, en forma rudimentaria á los antiguos se agregaron.

De la abundancia de los frutos nació la necesidad de conservarlos, pues en la isla encantada de Gé, si una mejora traia tres mejoras, un deseo engendraba diez deseos. Para la conservacion del trigo se hizo el silo y el granero; para las frutas, las grasas y los caldos no se cansaba Gina de pedir vasijas de varias formas.

—Comprendo lo que deseas—la decia Pónos—pero no es obra baladí. Las calabazas y las nueces de coco no te sirven, las cuernas son muy incómodas, los vasos demasiado diminutos, las odres responden mal para determinados usos. Además pretendes beber caliente suponiendo, y con razon, que esto os ha de ser tan provechoso como lo ha sido y lo es el tasajo asado al fuego. Hay que ingeniarnos para conseguir vasijas á prueba de lumbre.

Sólo así llegareis á utilizar por completo los servicios del cocinero Pir. La empresa es difícil y demandará los tres esfuerzos aunados de vuestro sér como mi varita mágica necesita para hacer milagros este triple entretejido.

—Explícate—esclamó Ántropos—No veo que ninguna de esas obras necesite para hacerse otra cosa sino puños y sudor. ¿Qué tiene que ver esos esfuerzos que dices ni el entretejido de tu vara con vasijas y pucheros?

—Tiempo es ya—replicó el génio—de entendernos. ¿Recuerdas cuanto te dije el dia de la aventura de las abejas y los monos?

—Recuerdo esas aventuras, y sin embargo no te entiendo.

—Pero ¿no te hice notar durante el curso de tu peregrinacion que para trabajar ménos con el cuerpo tienes forzosamente que pensar más y que sentir mejor?

—¡Toma! eso ya lo hago sin apercibirme de ello.

—No basta hacer las cosas á ciegas; es necesario tener conciencia de su razon y su por qué. Sin la plena conciencia de tus actos te será imposible prever y ni serás un sér verdaderamente racional.

—Acaba de una vez de disipar mis confusiones. ¿Á que viene todo eso?

—Á comenzar á iniciarte en el enigma de tu existencia, en el misterio de tu naturaleza triple, en la clave del progreso, en la ciencia de la vida.

—Si no te explicas no entiendo.

—Escucha, pues. Ese cuerpo de carne y hueso tuyo, está tan admirablemente dispuesto, es tan exquisitamente sensible, que no se mueve un átomo en tí ó cerca de tí, sin que tu organismo acuse su

presencia con un movimiento, una vibracion, un cambio. Por eso se reflejan dentro de tí formas y colores, gustos y sonidos. Tus sensaciones infinitas, sin que te apercibas de ello, mueven tus nervios y excitan tu inteligencia, por todo lo cual, puede decirse, que tu sensibilidad es la fuerza que te impulsa. Aunque esta fuerza tome en tu interior forma nobilísima de sentimiento, sigue moviendo tus músculos, embelleciendo tus juicios; y á medida que las obras se complican, ó sientes, piensas y obras, ó sientes, obras y piensas. Tu trabajo se compone, evidentemente, de tres clases de movimientos. Pues, bien, Gina nos pide vasijas; al toque de mi vara mágica, de todas formas las harás.—Ollas, cazuelas, ánforas, tinajas—mas para traducir el ideal en hecho habrás de estudiar las tierras y las rocas, distinguir los barros blancos, rojos ó amarillos, conocer las propiedades de los untuosos y plásticos, saber cómo se mezclan, se trabajan y se orean, inventar el modo y la manera de darles la mayor dureza y consistencia, y en una palabra, habrás de pensar, es decir: trabajar con tu cerebro, y al propio tiempo, obrar, es decir, trabajar con tus brazos y tus piernas, todo lo cual te rendirá, te cansará. Hechas todas las faenas, conocidos los fenómenos, será preciso dar á cada vasija forma apropiada á su uso y no repugnante al ojo. Vé, pues, amigo Ántropos, si la empresa es para realizada de golpe y al desgaire, ó si por el contrario, tenemos que tomarla con mucha calma y muy en sério

—Pero yo — interrumpió Gina — necesito mis cacharros y los necesito pronto.

—Enhorabuena, Gina, enhorabuena — concluyó diciendo Pónos. —Haremos lo que se pueda, y ma-

ñana se dará principio. Hoy ya es tarde, necesitais descansar y me despido hasta mañana.

Quedáronse solos los dos cabezas de familia y se quedaron mohinos. Ándros y Télia dormian hacia rato en un rincon de la choza. Anochecia á la sazon y la aldea estaba iluminada por el crepúsculo vespertino.

Egos y Alazona penetraron en la estancia, y el primero empujó á la segunda hácia el hombre. Alazona se despojó de sus dijes, los entregó con su espejillo á su acompañante, tomó forma sensible, y acercándose al hombre en ademan comedido, le dijo con la mayor cortesía:

—Muy buenas tardes, Ántropos, ¿quieres que hagamos un par de pucheritos? Es cosa fácil, sin estudios, ni mezclas, ni idas y venidas, ni zarandajas, ni consejos.

Gina reconoció á Alazona, pero halagada con la idea de satisfacer su antojo miró al hombre como diciendo que accediese. Ántropos vaciló breves instantes y contestó por fin:

—¿Vienes otra vez con burlas? ¿Con qué piensas hacer esos pucheros?

—Con la primera tierra á mano. Ven conmigo y ya verás.

El hombre se puso en pié, siguió al trasgo dócilmente y la mujer salió en pós para ayudar á su marido.

Con poca luz y de malísima manera, modelaron toscamente entre los tres varias vasijas informes, y mientras se afanaban por dar un disgusto á Pónos, otros emisarios de la bruja les entretuvieron relatando cuanto podia indisponer á los noveles alfareros con su génio protector.

—Vés—exclamó por fin Alazona señalando con orgullo á un par de feísimos cacharros.—Mañana se los entregas á Pir y tendreis vasijas inmejorables. Ya se vé; haciendo las cosas fácil y sencillamente no se descorre el negro velo de Alecia—¿ya sabes? la hija de Pónos—pero en cambio tampoco te revientas tú, y váyase lo uno por lo otro.

Ántropos y Gina se acostaron aquella noche ciegos de vanidad y de soberbia, desconfiando de su mejor amigo y deseando echarle la vista encima para decirle cuatro frescas.

CAPÍTULO XVIII.

Absorto quedóse Pónos á la mañana siguiente cuando al llegar á las chozas de sus protegidos vió que Ántropos entregaba á su criado Pir algunas vasijas de mal barro y peor forma diciéndole que las endureciese.

—¿Qué es esto?—preguntó el génio con asombro.

—Esto—prorrumpió la atrevida y bachillera Gina—es que se pueden hacer pucheros en un periquete sin cojer puñaditos de tierra allá en el cerro, ni puñaditos de greda en el aroyo, ni trabajar por aquí, ni acarrear por acullá, ni formar arroyitos con el sudor y la sangre de mi buen Ántropos, ni desencantar hijas de nadie, ni descorrer velitos, ni otras muchas zarandajas. Conténtese con lo suyo cada cual y arréglense las del manto negro con su manto negro, y no se vengan ahora á sacar del cuerpo de mi pobre marido lo que no es de nadie. Pues no faltaba más sino que mi Ántropos se metiese á desencantar doncellas. ¡Bonita soy yo para semejantes burlas!

—¡Ta! ¡Ta! ¡Ta!—exclamó el génio al oir aquella

retahila de disparates.—Se conoce que habeis tenido visita. Acordaos de los pasados escarmientos.

—Sí, mucho que sí—continuó Gina, exaltada ante la serenidad del génio.—¿Vuelves á tus sempiternas amenazas? ¿Y qué? ¿Tendremos sustos y gigantones? Sospecho que Dinamion y tú estais de acuerdo para amedrentarnos. Pues mira: entre trabajar para quitar velos á nadie ó para mantener gigantes, ¿quién sabe lo que será mejor? Todo es al fin trabajar, y de trabajar no hemos de salir.

—Veo—contestó Pónos con acento de tristeza—que os han contado la verdad á medias, y como lo que á medias se sabe suele ser fuente de grandes desaciertos, bueno será que yo os la diga todita. Pir tardará algunas horas en devolverte los cacharros: ¿me escuchareis breves instantes?

La pareja encogióse de hombros con gesto entre mohino y de menosprecio, pero al fin se sentaron sin decir palabra á la sombra de un peral, y Pónos, remondando la garganta, les habló en los términos siguientes:

—Os lo he dicho y lo repito: tengo una hija prisionera debajo de un velo negro; ansío verla libre, pues al fin soy padre y me precio de amantísimo; de vosotros depende su libertad y mi dicha, pero nadie puede tener más interés en verla libre que vosotros, pues sólo entonces sereis ricos, sereis sábios, sereis buenos. Alecia os hará libres. Mientras ella gima oculta ó prisionera, el dolor ha de seguir vuestros pasos y la tierra se verá regada con vuestras lágrimas y vuestra sangre. Yo no os puedo revelar (porque me está vedado y no me es lícito) la razon y el orígen de esto, pero puedo y debo deciros cómo y por qué se liga vuestro bien al de mi hija.

—Vamos á ver—se dijeron los dos esposos por lo bajo.—Alguna nueva monserga.

—Os dije el primer dia de nuestra amistad que en pisando las playas de esta isla no habia paso sin esfuerzo, triunfo sin luchas, bocado sin gota de sudor.

—Eso bien visto lo tengo—interrumpió Ántropos. —Nada se me dá de balde y se me exigen los esfuerzos por adelantado.

—Pero habrás notado, amigo mio—continuó Pónos—que si bien el trabajo del hombre es el precio de todas y cada una de sus satisfacciones, puede cualquiera alcanzarlas si otro de vosotros hace por él los esfuerzos necesarios. En una palabra: unos pueden trabajar y otros gozar del fruto de su trabajo. Hasta aquí trabajais en familia y las satisfacciones alcanzadas se reparten amorosamente. Pero existen en vuestro rededor quienes rehuyen el trabajo y ambicionan las satisfacciones. Ellos son quienes os persiguen y acechan; ellos los que tienen prisionera á mi pobre Alecia, porque saben que bajo su pío mando y á la luz de sus resplandores alcanzará cada cual el justo premio de su trabajar, sin despojos y sin iniquidades. Hoy os burlais de mis consejos porque todavía gozais de libertad; mas si llegais á perderla, si otros llegan á gozar con vuestro sudor y angustia, entonces comprendereis el interés de libertar á mi hija para alcanzar justicia en el reparto de las satisfacciones.

Pónos se calló por fin viendo la insolente indiferencia de los presuntos alfareros. Despues de un rato de silencio, Ántropos, con torvo ceño de desconfianza, dijo:

—Está bien, amigo Pónos. Me voy haciendo cargo

de las cosas: no está mal urdido el cuento. En resúmen, tienes una hija debajo de un manto negro y nosotros la habremos de desencantar. No me parece mal, por vida mia; mas si prodigios se han de hacer, yo creo poderlos realizar con la décima parte de trabajo y sin tu contínuo sermoneo. Mi primer ensayo es inmejorable. Retírate por ahora y vuelve y te asombrarás.

—Reflexiona—exclamó Pónos—que no hay obra sin método y sin ley. Hasta la más trivial requiere preparacion, procedimiento. Nada se obtiene de golpe y por capricho. Todo se crea con tres órdenes de esfuerzos ....

—Basta—gritó Ántropos con imperioso ademan.

Pónos echó sobre sus protegidos una mirada de lástima, se embozó en el manto azul, y sumiso, desapareció.

Gina aplaudió la entereza del marido, los hijos retozaron de alegría y todos fueron en busca del inimitable Pir para enterarse á qué altura se encontraban las vasijas.

Las encontraron todas en añicos.

La famiiia se quedó muda de vergüenza.

Ántropos, sin embargo, no se confesó vencido, y para animar á los suyos, dijo:

—¡Venganza de algun génio malo! A bien que ya me voy acostumbrando á ellas. Ni por eso he de ceder.

—Y harás bien—exclamaron Egos y Alazona, metiéndose dentro del corro.—Esto no es nada: una torpeza de Pir. Tomaremos otra tierra y vigilaremos al hornero. En dos periquetes podeis hacer otros tantos cacharros y algunos más y muy mejores.

Efectivamente, el hombre, la mujer, el muchacho y la chicuela, volvieron á cojer barro, le amasaron, le modelaron y procuraron cocer otra tanda de vasijas, tan feas y tan informes como las primeras. Aquella vez, los pucheros y cazuelas, habian cambiado de color, pero se rezumaban.

Tornó Ántropos á insistir y tornaron los duendes á halagarle. La tercer tanda de vasijas, era más dura y sonora, aunque completamente inservible: apenas se pusieron sobre la lumbre, cuando se abrieron y rajaron.

Una y otra vez, uno y otro dia, volvieron los presuntuosos alfareros á trabajar como nunca. Por fin se encontraban cansados, abatidos y dolientes á fuerza de chascos, insomnios y quemaduras. Hasta tal punto desesperaron Gina y sus hijos, que, arrojándose á los piés del padre, le conjuraron para que cediese. Ántropos no deseaba otra cosa y concluyó por llamar á Pónos.

—¿Cuándo te convencerás de que nada, absolutamente nada, se adelanta en esta isla, sin aprender antes sus leyes, acatarlas y observarlas? El precio de cada cosa, se ha de pagar, pese á quien pese, pero además, no será nunca indiferente el órden, la manera, el método. Libre eres, no te lo niego, para faltar á la ley, libre para invertir ó embarullar el órden de tus esfuerzos, libre para alterar el peso y la medida de cada uno de ellos; pero cada una de estas falsas libertades, te acarreará un mal y por eso tu libertad queda reducida á elegir entre un sólo bien y muchos males. Os he dicho y os repito, que nada conseguireis de bueno, sino mediante trabajo. Pues bien: vuestro trabajo no es el del asno y ni siquiera el del mono. Puede ser útil, puede ser

ruinoso. Se compone de tres clases de esfuerzos, sin cualesquiera de los cuales, vuestro trabajo es automático. Hasta para hacer pucheros, por ejemplo, debeis, como ya os dije, trabajar con la cabeza al estudiar los materiales, conocerlos y mezclarlos, saber cómo y en qué forma adquieren plasticidad, inventar las máquinas ó herramientas mediante las cuales traduzcais la idea en hecho. Los movimientos ciegos de tus músculos, sólo te conducirán (siempre como ahora) á desengaños y amarguras, si no se encaminan á un fin, bajo la guia de la inteligencia. Y no es esto todo: sin el sentimiento que te conmueve é impulsa á vencer la inercia y la pereza, sin el sentimiento que sostiene tu energía, despertando tu ambicion y aguijoneando tu amor propio, sin el sentimiento generoso hácia tí mismo y los demás, sin el sentimiento maestro en formas adecuadas, en proporciones y armonía, nada harias bien porque tus obras carecerian de esa cumplida utilidad, oculta siempre en la belleza. Tu naturaleza es triple y tu actividad triple tambien y compleja necesariamente.

—Si yo supiese tanto como tú—contestó el hombre mohino—no buscaria el mal por mero gusto.

—Tienes razon, amigo—dijo Pónos—no te exijo un saber que sólo aprenderás con mis lecciones. Sólo te recomiendo la obediencia para evitarte pesares.

—Pues dime cómo he de trabajar para hacer cacharros buenos y bonitos.

—Procurando mantener en equilibrio los tres elementos de tu triple naturaleza; procurando que los esfuerzos de tu cuerpo, de tu cerebro y de tu corazon se enlacen, liguen y confundan en esta ocasion y en todas como las tres sustancias de mi vara má-

gica. Además, hijos mios, los tres esfuerzos de que os hablo, se pueden combinar en proporciones infinitas, en cantidad ilimitada. No sois—como el perro, el caballo, el toro—tipos con limitacion insuperable, animales casi estacionarios: vuestro organismo es indefinidamente perfectible por modo maravilloso, porque pudiendo variar las proporciones de los tres elementos de vuestra actividad se abre una série de tipos, variada, rica, infinita. Tú mismo, Ántropos, me has dicho más de una vez que eras doble ó que en tu carne y tus huesos se encerraba otro Ántropos de aire sutil, quien recorria los campos y el espacio mientras tú dormias. Pues bien, amigo, para lograr maravillas y ejecutar las hazañas, objeto de tu ambicion y pábulo de tu gloria, los dos Ántropos habrán de trabajar á la vez unidos por afectos inefables en paz, en amistad, en armonía.

—Hasta ahí casi te comprendo—interrumpió el hombre—pero, ¿cuál es la diferencia entre mi sensacion y mi sentimiento?

—A verlo vamos—prosiguió el buen génio.—¿Por qué te mueves ó por qué trabajas?

—Segun y conforme—contestó Ántropos—si tengo hambre para comer, si tengo frio para abrigarme.

—¿Y si tienen hambre ó frio tu mujer, tus hijos, tus corderos, tus pollinos, tus caballos?

—Para no verles padecer, para que no enfermen ó me falten.

—¿Luego sientes malestar por otros aunque estés ahito y cómodo?

—Claro está: siento congoja en el corazon y procuro no sentirla. Me figuro que se van á morir y casi padezco como si se hubieran muerto.

—Pues ahí tienes una sensibilidad que no es la sensacion de tu cuerpo sino la del Ántropos impalpable, y si reflexionas bien advertirás que nueve veces sobre diez, el sentimiento vá siendo la fuerza impulsiva de tu actividad. La que sostiene tu energía, la que te inspira y alienta. Has progresado, pues, inmensamente desde que nos conocimos; porque entonces obrabas segun como sentias y sólo por sentir tú; tu sensibilidad era toda ella sensacion. Despues te agitaste á veces para evitar un hambre que no sentias, un hambre futura, una imágen ó un recuerdo de hambre, y aquel hambre imaginaria era un sentimiento. Si la sensacion grosera de tus primeros años no se hubiera transformado en sentimientos más delicados cada vez, seguirias al nivel de los demás brutos, tus goces serian los suyos y tu existencia un páramo sin flores, sin calor, sin luz. La sensibilidad creciente y esquisita del Ántropos inmaterial te anima, te conmueve, te impulsa cien veces, mil veces más que la sensibilidad del Ántropos de carne y hueso. El otro tú (como dices) atesora todas y cualesquiera impresiones con su forma, su color, su ritmo; las recuerda, las combina, las evoca para asociarlas con impresiones actuales y juzga é imagina y piensa. Mal andaria tu casa y tu familia sin la sensibilidad y la inteligencia del otro Ántropos. Ellas te guian en cualquier trance, ellas rigen los movimientos de tu cuerpo y los encamina á un fin, ellas refrenan tus pasiones para dar peso y medida á las manifestaciones de tu triple actividad. Son dos clases de esfuerzos espirituales perfectamente distintos aunque á menudo se confunden. En cuanto á los de tu cuerpo, á los esfuerzos materiales, nada tengo que decirte: predo-

minan hoy en tu trabajo y predominarán por mucho tiempo de tal modo, que por ser los más evidentes, repugnantes y abrumadores los tendrás por el único elemento de tu actividad y á ellos exclusivamente darás el nombre de trabajo por antonomasia. ¡Cuántos errores no profesarás por esta confusion de términos! ¡cuánta lucha, cuánta discordia, cuánto mal perseguirá á tus descendientes por no dar su verdadero valor á cada uno de estos inseparables elementos de tu actividad! Sí, amigo Ántropos, sí: tu naturaleza es triple y esta sagrada trinidad imprimirá sello y carácter á todas y cada una de tus obras segun el elemento que en ellas predomine.

—Dura cosa es — contestó Ántropos con los ojos en tierra y en ademan de despecho — estar sujeto á semejantes misterios sin tener de ellos noticia. Yo hago lo mejor que sé, y lo único que quiero es distinguirme del bruto; ¿cómo ni cuándo me habré de redimir si he de hacer todos esos esfuerzos que me dices?

—Ese es otro misterio de la isla. El tiempo te le revelará. Bástete saber ahora que harás cada vez más fácilmente y mejor todos esos esfuerzos en cantidad diez veces, cien veces, mil veces mayor. De pigmeo llegarás á ser gigante. Esos esfuerzos físicos que te repugnan podrás ponerlos á cargo del perro, del caballo, del buey, de Pir y de las máquinas por tí ó para tí y andando el tiempo inventadas. Con cantidades ilimitadas de trabajo material ajeno, combinarás otras (ilimitadas tambien) de tu trabajo espiritual propio, y no habrá empresa que te se resista. Casualmente esta es la clave del enigma de tu perfectibilidad; la explicacion de tus medros; lo que puede hacerte grande, pues por inmensas que sean

las satisfacciones á que aspires, las lograrás haciendo poner á tus criados el trabajo material indispensable, y agregando el tuyo inmaterial en proporcion conveniente. De esta guisa, el trabajo á cargo tuyo se transformará de material en espiritual ennobleciéndote y transfigurándote. Ahora te abruma la fatiga para hacer vasijas y cacharros: en vez de eludir los esfuerzos musculares de la empresa, procura encontrar un servidor que te ayude y agrega á su trabajo de bruto esfuerzos siempre crecientes de tu inteligencia, y movimientos de tu corazon cada vez más y más puros y más bellos.

—¿Pero dónde está ese servidor?—preguntó Ántropos.—¿Dónde le busco? ¿Dónde encontrarle?

—Quizá le tengas debajo de tus piés.

—Pues dame ese servidor para moler y amasar y me creeré feliz y nada más te pediré.

—Ya le conquistaremos con el tiempo. Hoy por hoy sólo podremos dar con su escondite. Antes de lograr su aparicion y de poner la mano sobre su persona, habrás de hacer otras conquistas y de adquirir aptitud bastante para poderle mandar. Así y todo, áun dentro de su escondite, haciéndose el dormido por ahora, yo te indicaré los medios de utilizar su mismo sueño en la fabricacion de los pucheros. Pero Gina tiene prisa, hay que satisfacer sus exigencias sin tardanza, y por lo tanto, resígnate tú á preparar el barro trabajosamente hasta contar con la ayuda del nuevo servidor.

Más sumiso y más conforme obedeció Ántropos al génio, y á pesar de algunos desengaños, logró preparar un barro dócil á la hechura, resistente al fuego y completamente estanco al agua. Inventó de allí á poco, la torneta, la hizo girar sobre su eje, y

á fuerza de probaturas y torpezas, torneó y sacó de entre los dedos cacharros de buena vista y de simétrica forma. En uno y otro y otro ensayo, consiguió cocerlas con el auxilio de Pir, y á la postre, obtuvo cántaros de color rojo hermosísimo, cazuelas sonoras y refractarias al fuego, con otras varias vasijas.

—¡Estas si que son bonitas!—gritó la familia en coro.

—¿Y por qué?—preguntó el génio.

—Sin duda por la torneta.

—No os equivoqueis. La torneta es una de tantas herramientas para ejecutar fácilmente las formas de vuestra naciente fantasía; pero las formas son vuestras, vosotros las creais y dependen de vuestro modo de sentir.

—Pues es verdad—exclamó Ántropos.—Ayer me parecian hermosísimos aquellos burujones de barro jorobados y torcidos, y ahora su sola imágen me horripila. Tengo otro gusto, lo siento, ¿de dónde viene este cambio?

—De donde surgen tus facultades todas: de las mil y mil hilachas de conocimiento que al toque de mi vara mágica toman formas sucesivas, reflejo de las perennales de belleza, que son como los patrones, moldes y mónadas del Universo con todas sus criaturas.

—No te entiendo, pero es lo cierto, que con este oficio de alfarero, los adentros de mi cabeza se pueblan de curvas graciosísimas, de suaves ondulaciones, y con ellas, y con alguna línea recta voy formando figuras cuya elegancia y armonía—te lo confieso—me embelesan.

El arte cerámico, desde sus comienzos, con todas sus imperfecciones, influyó, por modo maravilloso,

en el buen órden, comodidad y aseo del hogar y hasta sobre la condicion de sus huéspedes. ¿Quién seria capaz de precisar aquí su influencia sobre la educacion de la familia? Despues de asar, pudo cocer.

La satisfaccion, incompleta y todo, de aquella nueva necesidad, sirvió para avivar el deseo de Ántropos por poseer al servidor anunciado, y de aquí que dijese á su buen génio.

—Te he obedecido como vés. ¿Será tiempo de pensar en la conquista de ese criado moledor para ayudarme en mis faenas?

—Algo podremos hacer—contestó Pónos.—No será posible despertarle todavía; le apresaremos dormido, pero áun así y todo, para moler te servirá. En premio de tu obediencia mañana te indicaré el escondite de BÁROS. (1)

---

(1) La gravedad, la pesantez.

CAPÍTULO XIX.

Difícil sería describir las innumerables sensaciones de nuestros labradores alfareros cuando muerta la luz solar, apagados los crepúsculos y terminadas las últimas faenas, se sentaron á la puerta de sus chozas. El tiempo estaba sereno. Tibio y ledo el perfumado ambiente, apenas si conmovia las hojas de las flores, y éstas, plateadas por una luna brillante, parecian contemplar con embeleso la marcha del astro de la noche, al través de un cielo puro, y cuyo azul ni la más leve ráfaga empañaba.

Enfrente de las cabañas, sobre la orilla opuesta del arroyo que serpeaba rumoroso por el valle, habia un bosquecillo cuyas ramas enlazadas formaban una bóveda tupida de verdura, debajo de la cual se destacaban, en la sombra, los negros troncos de los arbolillos como otras tantas columnas de misterioso, solitario templo. Manojos de pálida luz, atravesando por entre las frondosas copas, caian sobre el césped de esmeralda y bordaban con ar-

gentados recortes una alfombra vistosa y peregrina.

Con los ojos fijos en aquel paisaje encantador, cruzaban por la mente de los labradores vagos recuerdos de los sucesos anteriores; pero sobre todos, bullia y descollaba la promesa reciente de su génio protector, figurándose al criado apetecido como gracioso, ágil y gallardo.

En medio de aquel silencio deleitoso interrumpido únicamente por el susurro del aire entre las ramas, el grito lúgubre del buho ó la lechuza, el croar de las ranas en el charco, el chirrido incansable de los grillos y todos esos sones de la noche distintos, discordantes y que, sin embargo, componen la más grata é inexplicable de todas las armonías, se dejó oir una voz más dulce, más lozana que la de la mujer, y un canto más melodioso que los acentos del inspirado Tongo. Escucharon, reteniendo hasta el aliento, y percibieron vagamente estas ó parecidas palabras.

¡Salve, Señora, de la noche, salve!

¡Cuán suaves son tus rayos cuando pálidos vienen en el silencio de las sombras á besar con amor mi ansiosa frente!

Gratísima es la luz de tu hermosura, tu triste majestad incomparable.

¿A quién buscas vagando por los cielos, moviendo á los que miran tu grata palidez á gran tristeza?

¿Qué sentimiento es este meláncolico que embarga mi sér todo y que le inunda como tus rayos al pelado risco? ¿Qué deseo infinito, incomprensible, agita mi alma como mece el viento de un rumbo para otro las hojas de la rosa que se elevan hasta tocar en el azul del cielo?

Eres, á no dudarlo, diosa amiga que acaricia la frente y la entusiasma. Eres como una madre encariñada que viene silenciosa y sonriente á velar el dormir de su cariño, en cuyos brazos duermen los bosques, duermen los arroyos, duerme el canoro ruiseñor, el bruto, los insectos alígeros y duerme hasta el inquieto viento, que despierto juega agitando los robustos cedros.

En el regazo de tu luz divina la suave violeta, la verbena, el cándido azahar, la altiva rosa respiran, y su aliento es el gentil aroma que enloquece entre sueños de amor y de tristura.

¡Salve, deidad augusta; salve, salve!

Ledas auras que en blando movimiento recogeis al pasar el suave aroma de las tiernas corolas de las flores, acudid reposadas, y en los bosques, entre las ramas y los leves juncos, suspirad melodiosas alabanzas al astro de la noche.

Pintadas flores que en colores vivos matizais la verdura de los prados y embalsamais el aire con perfume de vuestro dulce aliento, respirad, respirad, y que el incienso de vuestro ardiente amor suba en raudales hasta el rostro de aquella que os alumbra con su mirada fria y melancólica.

Gárrulas voces que turbais la calma del seno de la tierra y la laguna, y con acentos varios infinitos saludais á la luna entre las nubes, despertad al fiel eco soñoliento y que cante la plácida belleza de la deidad modesta y pudorosa.

En tanto, entusiasmada por el breve rumor de esos suspiros, por la pasion fecunda del aroma, por el concierto de armonía tanta, sentiré que mi sér se alza á perderse en la vaga sonrisa de la luna, como se anegan en las blancas nubes los vapores ligeros de la tierra.

Calló la voz: Ántropos y los suyos escucharon

16

largo rato respirando con la suavidad posible; mas al ver que el canto dulce no se repetia, miráronse todos con asombro como para preguntar la causa de aquel tan inesperado portento.

—¿Quién será?—preguntó Gina.

—Debe ser un génio bueno y amigo—contestó el muchacho.

—Vamos á verlo—exclamó el hombre.

El hijo y Gina contestaron: «vamos».

En alas de la curiosidad se dirigieron nuestros amigos al bosquecillo, con cautela, y rodeándole entre los cuatro se encaminaron á su centro protegidos por las negras sombras. Cuando llegaron al comedio de la frondosa arboleda percibieron en un claro que formaba como espacioso redondel, la más singular aparicion que hasta entonces contemplaran.

Á la luz de la nevada luna revoloteaba una doncella de hermosura celestial, merced á las dos alas más dóciles y más vistosas. Un velo sutil, azul como los cielos, desvanecia sus formas ricas de vida, morbidez y gracia. Calzaba coturnos de oro, y su blonda cabellera, contrastando singularmente con sus ojos de azabache, iba sujeta en torno de su alzada frente con una corona de jazmin y de verbena. Su cabeza despedia una aureola de una claridad que apenas podia llamarse luz, pero que al caer sobre las alas reflejaba todos los colores y cambiantes del arco iris, y matizaban su figura esbelta con el más indefinible tornasolado.

Largo tiempo estuvieron los buenos labradores ocultos entre la espesura, sin moverse, sin pestañear. Ni quisieron, ni pudieron apartar la vista de aquella hada fantástica y encantadora. Viéronla

danzar graciosamente sobre el césped, balancearse por los aires, remontarse atrevida hasta las nubes, cernerse como una golondrina, precipitarse con ímpetu sobre la tierra y volver á comenzar sus vuelos y sus giros.

En una de aquellas veces el hada pisó las flores. Gina ya no pudo más: salió de entre el bosque y dijo:

—¿Quién éres, vision celeste que nos encantas y nos enamoras hasta sentirnos fascinados?

—Fanta (1)—contestó la del velo azul y los dorados coturnos.

—¿Y quién es Fanta?—tornó á preguntar la siempre curiosa Gina.

—¡Fanta!!!—contestó la sutil hada mostrando grande sorpresa al verse desconocida.

—¿Pero eres amiga ó enemiga nuestra?—preguntó á su vez el hombre abandonando su escondite.

—Soy amiga de todo el mundo, pero de vosotros he de serlo mucho—dijo con dulzura Fanta.

—Vente, pues, con nosotros—exclamó el muchacho. Te querremos bien y cantarás con Tongo.

—Visitaré vuestra choza cuando me plazca; porque yo jamás me dejo sujetar, que para eso tengo mis alas voladoras. Mi alimento, mi vida, es la libertad, la hermosa libertad. Si pusiérais en mí la mano, si limitárais mis movimientos en la más pequeña cosa, mi aureola se apagaria, perderia mis reflejos, mis alas quedarian mústias, y en vez de poseer á Fanta tendríais su frio é inanimado cadáver.

—Entonces ¿te niegas á acompañarnos?—exclamó Gina con tristeza.

---

(1) La imaginacion, la fantasía.

—No tal—replicó Fanta dulcemente.—Mi mayor gusto será ofreceros dichas y consuelos y os acompañaré alegre ó compasiva do quiera que os encontreis, lo mismo en el placer que en la amargura. ¡Oh! y no sabeis cuánto valen mis consuelos. Todavía ignorais cómo acierto á conciliar el sueño, á disipar las sombras de la mente, á iluminar y engalanarlo todo con mis leyendas y mis cuentos. Para mullir el blando lecho del placer, ó engalanar una mortaja; para tejer coronas de laurel, de rosas, de mirto ó de siemprevivas, jamás me faltan fragrantes matizadas flores. Con ellas, transformo cuando me place los desiertos en jardines, el luto en risa, las penas en alegrías. Siembro todo sendero de espejismos y amenizo la comedia de la vida con ellos y mis leyendas. Sin éstas y sin mis flores ¿qué seria vuestro mísero vivir?—¡Mis flores!—Mirad cuál brotan mil á mil bajo mi planta.

Y en efecto, la asombrada gente reparó entonces en la más singular circunstancia de Fanta la divina.

Do quiera que posase el pié, allí brotaban las flores á millares.

—¡Ah!—exclamó la mujer con vehemencia.—Ven alguna vez á vernos. ¿Cuándo nos contarás algunas de esas que llamas tus leyendas?

—Esta misma noche, si tú quieres—contestó la complaciente Fanta.—Prometedme que jamás atentareis contra mi libertad, y apenas volvais á vuestra choza y os tendais á placer sobre el blando y perezoso lecho, cuando apareceré á la cabecera para que oigais algunas de mis leyendas.

No hay para qué ponderar la presteza y diligencia con las cuales Ántropos, Gina y los muchachos

traspasaron los umbrales de sus chozas, se despojaron de sus vestiduras y se tendieron sobre las camas de yerba-buena y de romero seco.

Un instante despues, Fanta estaba á la cabecera, y con delicia sin igual los esperanzados labradores oian lo siguiente, dicho en una voz que apenas se percibia, pero que en cambio arrobaba, como suspenden y arroban las melodías moribundas que vienen á espirar en nuestro oido, flotando sobre las ondas de las auras.

—Mañana amanecerá y ¡qué mañana tan bella! ¿No veis cómo reverbera la luz? ¿No ois cómo canta el jilguerillo? ¿No sentís un soplo amigo derramando sobre vuestras sienes un torrente de frescura? ¡Cuán dulce es vivir así oyendo á los ruiseñores! ¡Cuán grato abarcar la tierra gentil y hermosa en un abrir y cerrar de ojos! Dadme la mano y lancémonos por ese azul misterioso de los cielos.—¿Veis qué placer es surcar como las aves este mar impalpable de las brisas? — Todo pasa, todo pasa. Y el panorama interminable de vuestro peregrinar se presenta á vuestros ojos. — Los rios se deslizan, los bosques corren, se acercan las nevadas sierras y alcanzais á la garza y al azor sin fatigaros, sin moveros, que tan blandamente sois llevados en mis alas al través de los espacios.—Ya llegamos á las cumbres de las montañas altísimas; no temais, pasaremos rozando con sus picos.—Mirad al otro lado.—¡El mar! ¡El mar! Sus olas encrespadas se estrellan contra un jardin poblado de palmeras. Allí dormíais. — Allí está Pónos con su vara mágica, con su manto azul. —¡Qué diferencia entre él y Fobo!—¡Las palmeras!— ¡Los dátiles! — ¡La cueva! — ¡El majestuoso leon!— Pero allí está Ántropos armado con sus armas, y

lucha, y vence, y el raptor de Gina se despeña y se deshace. ¡Qué horror!—¡Cuánta escena! ¡Cuántas cosas! Unas clarísimas, brillantes; otras turbias y veladas.—El espíritu se cansa y la vista se marea.—Se ligan sombras con bultos y se penetran y confunden. —La cueva se muda en tienda, la tienda en choza, la choza en casa, la casa en..... ¡Magnífico!....—Mirad, mirad.—Palacios de oro y de diamantes—abundancia—bienestar—huertas pobladas de frutas —¡qué gustos tan exquisitos! ¡qué ambiente tan tibio, tan embalsamado!—Por aquí debe andar Báros, vuestro nuevo servidor.—¿Y quién es Báros?—¿Cómo será Baros?—¿Cuál es su figura?—Gentil, airoso, galano, nació Báros entre flores y fué su madre una hada diminuta y frágil cual margarita del bosque. —Meciéronle los vientos en la corola de un lirio y creció entre mariposas.—Se parece á Pir y no se parece á Pir.—Es amable como Tongo y no seduce como Tongo.—En vez de lira lleva un caracol todo llenito de trigo.—¡Cuánto trigo, cuánto trigo!—Cuando inclina el caracol llueve harina, llueve harina.—Pronto, pronto: las vasijas, los cántaros..... los mayores.—Así, así.—Ya están llenos, ya teneis pan para muchos dias.—¡Qué gordos nos vamos á poner!—Qué criado tan dócil y tan útil.—Él muele y vosotros descansais.—¡Qué hermosura!—Dadme la mano.—A mecernos regaladamente, á ver, y oir y sentir.—¡Así, así!—¡Qué blandura! ¡Qué frescura! ¡Qué hermosura!

Y al decir estas palabras, muy lenta, suavísima y regaladamente, agitó Fanta sus alas de tornasol encima de los esperanzados labradores, y cual sombra desapareció, porque los cuatro respiraban á compás en brazos del amigo sueño.

CAPÍTULO XX.

El alba apuntaba apenas, cuando Pónos llamaba con amor á la puerta de la choza de Ántropos. Sus voces, resonando por modo maravilloso en la dormida conciencia del codicioso labrador, acabaron por despertarle y le pusieron de pié.

—Temprano vienes á despertarme al trabajo—dijo el hombre al percibir al génio.

—Presumia que estarias impaciente y he querido venir para empezar á darte á conocer al nuevo servidor.

—Enhorabuena—replicó Ántropos.—Déjame dar una vuelta por las cuadras, espera que se ponga la familia en pié, y cuando haya dicho á cada cual su obligacion, departiremos como quieras. Grande curiosidad tengo y motivos muy crecientes, para anhelar conocer á ese mozo, á fin de hacerme cargo de su facha.

Todo cuanto fué disponiendo el jefe de la colonia, se hizo. Los criados salieron al campo, unos con los aperos al hombro, para labrar ó regar; otros con hachas para cortar leña; Ándros, descendió á la

huerta, para aporcar la hortaliza, escardar las tablas y recolectar la fruta; Gina y su hija, soltaron los cerdos y las aves, ordeñaron las cabras y las vacas, avivaron la lumbre y barrieron la vivienda.

Durante aquel tiempo, la imágen de Fanta y el eco de su peregrina voz, distraian de contínuo al marido, á la mujer y á los hijos.

Por fin Ántropos, volvió al lado del buen génio y se puso á su mandar.

—Ya te escucho y te obedezco—dijo.—¿Dónde está Báros? ¿Quién es Báros?

—Sepamos antes por qué tienes tal empeño en saber quién es el servidor prometido, qué facha tiene y dónde está.

—Mis motivos tengo para sentir inmensa curiosidad, porque desde que te vi, me ha sucedido una aventura que luego te contaré. Aparte de esto, mi impaciencia es natural y su causa harto evidente: vamos tomando gusto al trigo, porque cada grano contiene un polvillo de harina blanca, muy rica; pero le majamos mal, no acertamos á separar la cáscara, y las tortas preparadas por mi mujer, y por Pir cocidas entre brasas, son ásperas é indigestas. El paladar pide ya otra cosa. Quiero moler mejor el grano, separar la harina de la casca y como no lo consigo, deseo cerciorarme si ese nuevo servidor lo sabe hacer. Pónle á mi disposicion y de seguro soy feliz.

—Sí, feliz de sol á sol—interrumpió Pónos sonriéndose.—Pero es el caso, amigo mio, que esa tu actual necesidad, no es tan fácil de satisfacer como otras de menor cuantía. Báros es de la familia de Pir. Quiero decir, que como Pir, se esconde en todas partes, siendo invisible para tí y los tuyos—

aunque sensible su accion—mientras con vuestro ingénio ó vuestra industria, no le obligueis á presentarse.

—¿Pero es grande ó es pequeño?—preguntó Ántropos.

—Segun con lo que le compares—contestó el génio.—Todo en esta isla es relativo. Al lado de la hormiga, tú eres inmenso y, sin embargo, poco supones comparado con el elefante.

—Compárale conmigo, pues en fin de cuenta, yo no puedo prescindir de compararlo todo con mi tamaño y mis fuerzas.

—En ese caso, te diré que Báros es inmenso, colosal. No te alarmes ni te asustes; tambien Pir se hace gigante y empiezas ya á dirigirle. Del propio modo, Báros, cuya grandeza llena el universo, tiene la propiedad de reducirse al tamaño que tú quieras y de crecer como mejor te cuadre.

—Verdaderamente—exclamó el hombre—esta tierra está llena de prodigios. Será gracioso, sutil, ágil, delicado.

—Es la misma pesadez. Con espaldas de gigante, con piés enormes, con manos descomunales y redondas, brazos largos y robustos, piernas cortas y estevadas, membrudo, tardo, agreste, torpe y tozudo, su educacion te ha de costar fatigas y quebraderos de cabeza, por muchos y muchos años.

—Parece como que intentas asustarme. ¿Me ha de costar la posesion de Báros, más de lo que me costó Pir?

—No tal, no tal. Cada adelanto tuyo te va allanando el camino, y es un elemento más para conseguir con facilidad nuevos triunfos. Lo que deseo inculcarte, es el convencimiento de que en la isla

de Gé, para todo se necesita tiempo y todo se realiza por órden, en série, con su peso y su medida. Te imaginarás tal vez que todo está hecho con poseer á Pir, con disponer de Báros, y no obstante Báros y Pir, exigirán esfuerzos tuyos, cada vez más complejos, más ámplios, más inmateriales, para transfigurarse en los peregrinos servidores de futuros tiempos. Como tú te has transfigurado, te transfiguras, y seguirás transfigurándote, así esos servidores, como todo cuanto te rodea, para tí se transfigurarán.

—Pero ¿por qué no le he de ver hoy mismo, chico ó grande, pesado ó sutil, hermoso ó feo?

—Porque no has hecho todavía y todavía no sabes hacer lo necesario para sacarle de las piedras y los cuerpos donde mora.

—Pues yo le quiero conocer á todo trance.

—Esa pueril curiosidad , no tiene objeto por ahora. Lo principal, lo importante, es obtener buena harina; lo demás es una necesidad ficticia, pero áun ésta, con el tiempo, cumplidamente te la satisfaré. Vamos al pié de la sierra y busquemos alguna de las piedras donde duerme Báros.

El hombre siguió sin rechistar á Pónos; buscó en el lecho de los torrentes dos piedras rodadas , pero ásperas y rugosas, de la forma, peso y condiciones que le indicára su maestro; trájolas á casa; enterró una de ellas en el suelo con el fin de darla fijeza y estabilidad; hizo en la otra dos taladros; introdujo en ellos dos mangos ó manijas de madera, y esparciendo un puñado de trigo sobre la muela yacente, colocó la otra encima y comenzó á hacerla resbalar, ya tirando, ya empujando.

Advirtió entonces, con no escaso gusto, que el tri-

go se desmenuzaba haciéndose perceptible la diferencia entre el salvado y la harina. El problema con esto quedó reducido á separar ésta de aquél.

Por de pronto no se le ocurrió otro medio sino el de llamar á la mujer y á los hijos para que, casca á casca y tamo á tamo, fuesen limpiando el polvillo. Figúrense nuestros lectores la suma de trabajo necesaria hasta obtener por tal procedimiento harina para una hogaza.

Rendidos amos y esclavos con semejante faena, ocurrióseles soplar, y despues de repetidos ensayos consiguieron abreviar la operacion algun tanto. Empero, así y todo, la mejora del pan y el auxilio que para ello les prestaba el ponderoso Báros, oculto siempre dentro de la piedra, estaban muy lejos de la fácil abundancia prometida por Fanta la de las alas de tornasol en su primera leyenda. Ántropos no podia con el chasco, se volvió á Pónos y le refirió la aventura relatada en el capítulo anterior.

—Ahora bien—concluyó diciendo el hombre.—Me has dicho y me repites de contínuo que nada hay en Gé inútil para mí: piedras y plantas, peces, animales, gigantes, duendes, endriagos, todo puede contribuir á un adelanto. Quisiera yo saber ahora de qué me puede servir esa doncella sutil y vaporosa, esa Fanta atrevida y embustera. ¿Dónde está el mozo gentil y dónde su caracol vertiendo harina y más harina?

—Esa Fanta—contestó el génio—con sus mañas de chismosa y sus ribetes de fútil es vuestra mejor amiga.

—¿Cómo—exclamaron todos los de la familia—amiga y nos engaña y nos miente?

—Tal vez, amigos mios, tal vez. Pero con sus

mentiras y engaños os consolará para alentaros y sosteneros. ¡Ay, amigos mios, cuán consoladoras son todas las invenciones y las ficciones de Fanta! ¡Cuán halagüeños sus engaños! Sin ellos vuestra vida seria triste, sombría y fastidiosa. Sin luz, sin reflejos, sin calor, no tendríais ánimo para luchar y padecer, porque ó no veríais término á la lucha, ó le veríais demasiado claro. El tédio, la desesperacion, acabarian con vosotros, si como anoche una y otra vez no os distragera con las incomparables seducciones de su voz dulcísima, si en medio de vuestras amarguras no os brindára con engañosos consuelos, ó si despues de vuestros abatimientos, no sellase vuestros párpados con mano blanda y cariñosa.

—Está visto—exclamó el hombre despechado y dando muestras evidentes de un enojo nuevo en él.—Soy el juguete de todos y no puedo aguantar más. Me voy á tomar el aire, y renuncio á toda lucha. Esto no es vivir. Puedes alejarte.

Y sin esperar, ni oir, Antropos—haciendo nuevo y más definido alarde de su creciente voluntad—salió furioso resuelto á no escuchar á nadie y se dirigió á sus campos. Iba seguido por un enjambre de trasgos y duendecillos, muertos por saber en qué pararia aquello. Al llegar á la primera linde, se arrojó al suelo con desesperacion, y se sentó sobre la yerba con la cabeza entre las manos y los codos sobre las rodillas. Fanta le vió desde una nube, plegó sus alas de tornasol, descendió como una flecha y posándose sobre los hombros del meditabundo, se inclinó graciosa y dejó caer en sus oidos las siguientes razones inconexas, en una voz imperceptible, pero dulce y fascinadora como la mágia de un encanto.

—No hay duda, no hay la menor duda—eres juguete de todos y de todo.—Juguete, sí, juguete.—¡Oh! vilependio.—El mal se palpa y se respira en esta isla.—Antes, terrores—¡qué terrores!—los pelos se ponen de punta de pensarlo—despues, temor y brega y zozobra—ahora burlas, desengaños.—El mal, el mal, todo es mal y crece, crece, cual la mala yerba..... ó como el trigo de ese campo—¡qué verde está!—Á ese paso pronto se pondrá amarillo—y en la punta de cada caña, habrá una espiga—preñadita de granos—y en cada grano, blanca harina, una miguita de pan.—¡Qué rico es el pan! ¡qué bueno!—Y sale de ahí, de la tierra.—Pero ¿quién le hace? ¿Quién le saca?—Pues verás:—Un génio más sutil que el aire y como el aire invisible, se mete dentro de la tierra—y hace la planta—y la asoma—y luego sale y la estira—la estira, la estira poco á poco, hasta empenacharla para tí.—Es un génio hermoso y generoso.—Y debe ser amigo tuyo, porque ese no te quiere mal—te dá trigo, te dá pan, y el pan es manjar muy bueno.—¿Si darás, al fin, con un amigo que te quiera bien?—Ese dá y no te pide—no se burla—te quiere bien—te quiere bien.—Luego hay algo de bien en esta isla.—Algo de bien..... algo de bien—Mucho bien.

—Ya lo oyes—interrumpió Alazona en voz de refinada ironía, alarmada al observar el efecto de las razones de Fanta—ya no te puedes quejar—te quejas de puro vicio. Todo va bien, demasiado bien. Dá las gracias á tu amiga Fanta.

—Eso no—exclamó Ántropos poniéndose de pié y sintiendo renacer su ira.—¡Fanta! no te quiero oir. ¿Me vienes á engañar de nuevo?

Y como resonasen todavía en sus oidos las pala-

bras del hada *«algo de bien—algo de bien—mucho bien»*—se apretó con las manos las orejas y echó á correr hácia su casa.

Durante toda la carrera, sin embargo, y á pesar de taparse los oidos, oia allá en sus adentros *«algo de bien—algo de bien—mucho bien»*.

Alazona y algunos de sus compadres, salieron á quien más corre para contar á su señora la escena y las palabras de Fanta.

Cuando Ántropos penetró en su choza, y enojado y perplejo se arrimó á la lumbre, oyó que Pónos departia con su mujer y con Télia, y escuchó quiso que no quiso.

—¿Qué te parece de nuestra invencion?—preguntaba á la mujer el génio.

—Que de puro contenta me siento fuera de mí—contestaba la mujer.—¡Quién me habia de decir que de aquella planta enana, con sus florecillas azules y diminutas, habia de salir un hilo tan fino, tan largo, y blanco como la nieve! Nunca hubiera yo soñado con una tela tan fina. Eres, en verdad, amigo Pónos, lo único bueno en esta isla.

—Pues esos son los comienzos—contestaba Pónos sonriente.—Si tú pudieras comprender de golpe todo cuanto sacaremos del lino con el tiempo, de veras te asombrarias. Esa tela, mal tejida por tus manos, es un primer ensayo tosco, y aunque por ahora te servirá para mitigar el roce de la lana con tu cuerpo, ya verás hasta dónde la afinamos, y qué cosa tan excelente, tan sana, es una fresca, suave y limpia túnica. Tú, tan amiga de lo delicado, no podrás ménos de afanarte en la mejora del lienzo, cuando adviertas cuánto mejor os sentís y cuánto mejor pensais.

—Pues yo quiero una túnica, ¡una túnica!—interrumpió Télia brincando.

—Hay que hacer algunas cosas antes—continuó Pónos.—El telar, la lanzadera, han de afinarse y pulirse.

El hombre no pudo más, la curiosidad le roia y abandonó su asiento junto á la lumbre y se fué acercando poco á poco.

Al ver el lino y el lienzo, se olvidó, como un niño, de su enojo y emprendió con verdadero ardor la fabricacion de otro telar y de otras lanzaderas. Mientras trabajaba asíduamente en las máquinas, la voz de Fanta resonaba en sus oidos y aunque procuraba distraerse, oia cada vez más claro aquello de *«algo de bien—algo de bien—mucho bien»*.

Como resultado de aquel empeño y afan, los padres y los muchachos tuvieron todos su túnica.

Una vez descubiertas las singulares propiedades del lino, la mujer trató de utilizar otras plantas para el mismo fin. Muchas fueron las que ensayó hasta descubrir las condiciones textiles del algodon. Como consecuencia de este descubrimiento, la rueca, el telar, la lanzadera, de nuevo se perfeccionaron.

Estos y otros muchos lances que omitimos aumentaron el tráfago en la colonia, en donde todo era sembrar y cortar leña, recojer las cosechas y traerlas para almacenarlas. Los pesos á transportar crecian, y á lomo se transportaban tarde y mal. El padre y el hijo se preocuparon de la manera de transportarlos mejor.

Por de pronto, construyeron rastras con ramas y ramajes y con ayuda de los bueyes hicieron el acarreo con mucha más facilidad. Cuando se trata-

ba de remover grandes piedras ó troncos corpulentos, emplearon rodillos de madera, y al ver cuánto trabajo les ahorraban en terreno llano, de veras se sorprendieron.

Con todas estas faenas, lo mismo que en las agrícolas, echaron de ver la importancia capital de la dureza de los cuerpos. Ni áun la del cobre les bastaba, y como era de rigor, acudieron en demanda de un metal más resistente al siempre fecundo Pónos. El génio les recordó como la accion del fuego sobre diferentes tierras las habia por casualidad cambiado en una masa de feo aspecto, pero tenaz y durísima. Buscaron aquella escoria, se la entregaron á Pir una y otra vez, y tras ensayos repetidos y una tenacidad tres veces laudable y admirable, lograron conseguir el hierro. Viendo Pónos que sabian elegir las piedras parduzcas ó rojizas y que el cocinero Pir era además todo un herrero, les habló de esta manera:

—Empezais á ser verdaderamente ricos. Con ese metal, mil y mil veces más precioso que el cobre, el oro ó la plata, podeis endurecer la reja de vuestro arado, sustituir el pedernal y el cobre de vuestras armas, vencer el teson de la materia, y de la isla enseñorearos. Sus valiosas cualidades os proporcionarán duras y buenas herramientas para trabajar la tierra y esquilmarla, y no habrá campo ni bosque, rio ni mar, risco ni montaña que no se rinda con el tiempo al hierro, ni deje de brindaros con riquísimo tributo. Duro, tenaz, dócil, amoldable, os sacará triunfantes de los mayores empeños, multiplicará vuestras satisfacciones y tomará en vuestro servicio filo al cual nadie resista, y diamantino temple. *Desde hoy trabajareis diez dias con el cuerpo, pero*

de cada diez podeis imaginar uno. Sigue vuestra redencion su curso: cuando dispongais del hierro en abundancia estará ya muy cercana vuestra redencion final, y os advierto, que si hoy le dais valor sin tasa, no es sólo por sus inapreciables cualidades, sino más bien por ser tan poco. Mañana tendrá esas mismas cualidades y, sin embargo, sólo por abundar ilimitadamente apenas si le apreciareis, pues tales son hoy y serán siempre las causas del concepto que formeis en cuanto al valor de cada cosa: su utilidad, su rareza y el invencible atractivo de la forma y la hermosura. Un solo torcedor me inquieta en este dia tan célebre: las espadas y las lanzas con el hierro fabricadas, de tal modo os deslumbrarán con su reflejo y su lampo, que témome mucho os aficioneis á verter sangre, áun la de vuestros hermanos, y en fieras os convirtais.

Ántropos y Ándros nada respondieron, pero tal importancia daba Pónos á la posesion del hierro, que en su primera visita habló del nuevo metal á la prisionera Alecia y despues de una larga y muy instructiva plática, la enlutada concluyó diciendo:

—Mucho ganarán tus protegidos con la posesion del hierro. Con él, con Pir y con el pan tienen los principales elementos para el pleno desenvolvimiento de su sér. Terrible ha sido la lucha, pero inconsciente, y por lo mismo ménos dolorosa. ¡Providente disposicion la de esta isla en donde se ponderan así el bien y el mal, la sensibilidad y su natural piedra de toque, el dolor! Pero no te hagas ilusiones, padre, el bienestar y el progreso no pueden tener por límite la esfera de accion de tus protegidos. La reaccion del mundo externo sobre su conciencia toca á su término, y seria querer parar

en firme el movimiento y la vida si no vinieran otras acciones y otro impulso á embellecerla y ensancharla. Seuda y Dinamion habrán de tomar parte y papel principal en la comedia de la vida, y aunque tus amigos sufran más por ser tanto más sensibles, lo que ha de ser ha de ser y no puedes oponerte á la prosecucion de la obra encomendada á tu cuidado á trueque de evitar la herida que de seguro en tu cariño sufrirás. Sírvate de consuelo haberles preparado para la próxima cruenta lucha y haberles redimido en parte del terror y de su inercia, del frio y la desnudez, del hambre y de la ignorancia, y puesto á su disposicion casi todos los servidores animales preparados de antemano para auxiliarles gradualmente, y además tres de esos criados impalpables que de tantos modos y bajo tantas formas les servirán, les instruirán y les redimirán. Los pasos más difíciles se han dado; prepárate á sostener el ánimo de tus amigos, y en medio de enmarañadas peripecias los restantes se darán.

CAPÍTULO XXI.

Creerán quizá nuestros lectores que en presencia de los triunfos, invenciones y mayor riqueza de Ántropos, los emisarios de Seuda y de Dinamion se mostrarian ó mústios ó abatidos. Pues en verdad, en verdad que todo ménos eso. Cierto que no hacian gala de tanta procacidad, de absoluta confianza cual al principio la hicieran, empero por esto mismo eran sus trazas y ardides más ingeniosos, más enrevesados y frecuentes como nunca.

Ningun trasgo desmayaba, todos codiciaban á porfía, y sus enredos (dicho sea en su honra y pró) estaban urdidos bravamente, rebosaban travesura, y á veces tenian chiste. El resultado de sus acometidas, sin embargo, era el mismo casi siempre: el hombre ó la mujer se dejaban engañar; desoian la voz de su protector; soñaban irreflexivamente con satisfacer este capricho, aquel antojo, hasta que el látigo inflexible del dolor ó las amargas burlas del desengaño á la obediencia los volvian.

Por lo visto aquellos ciegos mortales, necesitaban otro maestro más duro y más riguroso además de

Pónos el benigno, de Pónos el condescendiente.

El trasgo de más fortuna en todo tiempo fué indudablemente Egos, ladino y perspicaz como ninguno, y por su gran actividad temible. En toda y cualquiera empresa gustaba de figurar el primero, y rara era aquella en la cual no lo conseguia. Llevaba muy á mal la prosperidad de la famila, y envidiaba muy particularmente el desahogo y bienestar de la mujer.

Viendo á su compañera Licnia husmear por la cocina y la despensa para regodearse con la vista de las provisiones y las golosinas, la interpeló de esta manera:

—¿Dónde has andado, glotoncilla? Dias hace que no nos veíamos.

—¡Dónde he de haber estado! En la caverna. Allí me encontraba cuando llegaron Alazona y varios de nuestros amigos con la estupenda noticia de las más recientes cavilaciones de Ántropos sobre el bien y el mal. Yo, cuando las oí, me eché á reir porque ya vés, Egos, ¿qué nos importa á nosotros ni á nadie—digámoslo de una vez—si existe ó no existe el bien? Yo daria todos esos devaneos por ese zorzal tan mantecoso, tan gordito.

—No te distraigas—dijo Egos.—En viendo un bocado apetitoso, te olvidas de tus deberes.

—Pues segun iba diciendo—continuó Licnia—nuestros compañeros dieron cuenta del enojo de Ántropos con Pónos, la burla de Fanta y su segunda leyenda, yo lo oi como otras muchas noticias insustanciales comunicadas de contínuo por el celo exagerado de unos cuantos servidores; pero ¡amigo! no era así: Seuda dió grande importancia á la cosa y pronunció dos arengas elocuentes é insistió en la

necesidad de apresurar el desenlace, consiguiendo que esta canalla haga las armas para Dinamion. Todo parecia marchar, como de costumbre, y yo me disponia á seguir á nuestros compañeros para ayudarles á revolver este cotarro, cuando se levantaron disputas entre los nuestros ¿sobre qué dirás? Egos, ¿sobre qué dirás?

—Pues sobre lo de siempre: sobre querer los unos venir aquí y dar el golpe sin tardanza, y sobre opinar los otros obedecer á Seuda para asegurar el éxito.

—Pues no—amigo Egos—no fué eso. Las disputas versaban sobre el bien y el mal. Parece mentira, pero los nuestros son así: como están ociosos la mayor parte del dia, cualquiera vision les apasiona y se mueren por dar tormento á sus imaginaciones, alambicar los conceptos y perder el tiempo disputando. Si tuviesen tantos quehaceres como Ántropos y los suyos, no desvariarian tanto.

—Y sin embargo—interrumpió Egos—la idea, el tema, la sustancia de las disputas salió de aquí.

—Pues ahí tienes lo que á mí me choca y me marea. El meollo de cuanto los nuestros piensan, tienen y hacen, sale ó de las manos, ó de la mollera de estos labriegos artífices, y á poco de manosearlo nosotros, no hay modo de reconocerlo.

—Todo lo cual quiere decir, amiga Licnia, que Seuda tiene razon: es necesario acabar pronto y urge tener las armas consabidas.

—Pero ¿cómo?

—No veo sino un medio: dividir á la familia y separar al hombre de la mujer. Mientras estén reunidos y obedezcan acordes á su génio, nos resistirán y burlarán.

—No veo fácil lo que dices.

— Pues yo sí, si tú me ayudas.

— Siempre estoy á tu mandar.

— Pues escucha, y al avío.

Los dos trasgos urdieron un nuevo enredo y cada cual se dispuso á ejecutarle. Licnia se encargó de Télia; Egos se propuso solevantar á Gina.

Al poco rato penetró Télia en la choza destinada por las mujeres á despensa y á cocina. Era de mañana y la mozuela venia en busca de algo para desayunarse.

—Ahí tienes ese zorzal, que está diciendo «*comedme*» —dijo Licnia á la muchacha en su tono más amable.—¿De dónde habrá venido aquí?

—Ese le cazó mi padre, porque le gustan muchísimo. Mi madre se le quiere asar para la cena.

—¡Hola, hola! pues hace bien, retebien. Asado sobre la brasa, debe estar.....¡Télia! ¡qué rico! ¿Por qué no le comes tú? ¿No te se hace agua la boca? Cogeremos otro antes de la noche, y al fin y al cabo, tienes hambre y nada como ese zorzal la puede satisfacer. Mira qué gordito está: debe ser cosa de gusto. Yo me relamo de pensarlo.

Télia, de suyo irreflexiva, alargó la mano, cogió el zorzal, le enterró entre la brasa y la ceniza, y sin atender á nada, sino á su hambre, le devoró en un periquete.

Licnia contempló el desaguisado con fruicion y relamiéndose.

Todavía se estaba limpiando el hocico Télia, con el revés de la mano, cuando la madre penetró á su vez en la cocina y se puso á preparar un guisote. Hallándose muy ocupada en su faena, Egos se metió en la choza á tiempo de tener ella la sal en la palma de la mano para echarla en el puchero.

—Buenos dias, Gina—dijo el trasgo en alta voz procurando no ser visto.

Gina, con la diestra sobre la boca de la olla, volvió maquinalmente la cabeza. Egos, ligero como una ardilla, giró á su espalda, puso su zarpa debajo de la mano, recibió en ella la sal y la arrojó léjos del fogon.

—Muy buenos dias mi apreciable Gina, siempre tan afanosa y tan mal recompensada—prosiguió el duende apareciendo.

—No tal—contestó la mujer—si trabajo, mi marido me quiere, mi hijo me respeta.

—Te aman y te respetan por la cuenta que les tiene—prosiguió el trasgo fementido.—Pero con todo su amor y su respeto te condenan á las faenas más humildes: tú obedeces y ellos disponen. ¡Válgame Dios! Remendar, barrer, guisar, fregar, siempre sudando, siempre cediendo. ¿No eres tú su igual? ¿No piensas como ellos, y en muchas ocasiones mejor que ellos? ¡Y ni siquiera te consultan!

—Verdad es—dijo la tan hábilmente lisonjeada Gina.—En apariencia no me oyen y siempre hacen su voluntad al parecer, pero en confianza te lo diré: en realidad, no hacen más que cuanto quiero. Una súplica, una caricia, en último apuro una lágrima, me alcanzan gustos y deseos, y si me apuras, caprichos.

—Vaya una dignidad—replicó el duende con marcadísima ironía.—Ello es, que suplicas, acaricias, lloras. Bien dicen, que cada cual tiene su génio. Si estimases tu altivez, no así te rebajarias. Yo, por mí, sé decir que antes dejaba la casa y me declaraba independiente.

—¡Qué disparate!—exclamó Gina.—¿Y adónde ha-

bia yo de ir? No puedo vivir sin amar á alguien y postergada y oprimida, mi destino es amar y siempre amar.

—Sea enhorabuena—concluyó diciendo Egos.—Si así lo quieres, con tu pan te lo comas. Decididamente hay entes nacidos con el instinto de la domesticidad. Hasta más ver, humilde y más que humilde Gina.

Medio picado en su amor propio, Egos se dirigió al lugar en donde el hombre se entregaba á sus rudas faenas de labranza.

—Buenos dias. Ántropos—le dijo.—Siempre te encuentro trabajando. ¡Válgame el cielo y qué vida tan aperreada llevas! ¿Cuándo llegará el instante de verte holgar á pierna tendida?

El labrador conoció la voz, recordó las pasadas burlas de los trasgos y recogió una esteva con mucho disimulo, llevándosela taimadamente á la espalda. Miró y vió á Egos con tal ademan, y con tan buena compostura, que casi dieron con su prevencion y su desconfianza al traste. Aunque en sus ojos y en sus movimientos habia algo y áun algos de truhan, hipócrita, estaba tan recogidito, tan manso, tan amoroso; mostraba en su mirar una expresion tan simpática, un interés tan sincero, que Ántropos descorrió el airado ceño y se apoyó en la esteva cruzando sobre ella entrambas manos.

—Es verdad que trabajo — contestó entre festivo y socarron—pero tambien disfruto y gozo.

—Y sin embargo, el sudor es mucho y las satisfacciones pocas.

—No suelo medir el uno por las otras; pero vamos á ver, amiguito ¿qué te importa á tí que yo trabaje ó que huelgue?

—Nada me viene ni me vá—replicó Egos.—La simpatía.....esta invencible aficion á todo lo que te concierne. ¿Me puedes prohibir que me interese por tí? ¿Quieres reirte de la pena mia, cuando te miro hecho un azacan? ¿Tan mal juzgas mi intencion cuando deseo verte libre de la tiranía de ese Pónos, de ese mónstruo de entrañas pedernalinas?

El labriego sin más aviso, enarboló la estaca, y descargó un mandoble sobre el trasgo. La esteva empero hirió al aire, nada más, y nuestro hombre (quien por primera vez hallaba fuerzas y valor para atacar á un duende resueltamente) se quedó con el brazo alongado, la punta del garrote en tierra y revolviendo los ojos como para buscar al enemigo sutil. Entonces oyó á su espalda la misma voz melíflua y mimosa, que le decia.

—¡Cuán injusto eres Ántropos! Así pagas el cariño de quien bien te quiere.

Ántropos se revolvió resuelto á deshacerse del duende.

—Mira que doy fin de tí. Pues á buena ocasion vienes. ¿No ves que estoy renegando hasta de mí mismo? Si no acudo á todas partes, todo anda mal y de través.

—Pues á eso venia yo precisamente, á proponerte un medio para trabajar muchísimo ménos.

—Eso no puede ser: cien veces lo intenté por consejo vuestro, y cien desengaños fueron el fruto de mis tentativas. Pónos tiene razon: en esta isla de mis pecados, cada cosa tiene su precio y hay que pagarle en trabajo.

—Pero tambien te dice Pónos—replicó el astuto Egos—que puedes y debes hacer de modo que trabajen otros en tu lugar á fin de pensar tú, pagando

ellos con su fatiga corporal tus excelentes pensamientos. ¿No trabajan tus asnos y tus bueyes? ¿No trabajan Tongo y Pir? ¿No trabajan tus esclavos?

—Es verdad—replicó el hombre—y áun tengo esperanzas muy fundadas de contar pronto con otro servidor.

—Lo celebro—insistió el duende—pero ni los bueyes, ni los asnos, ni Tongo, ni Pir, ni nadie puede ocupar tu lugar para ciertas operaciones. Por ejemplo: llevar el arado, segar y trillar la miés, aporcar bien la hortaliza, distribuir los riegos, aechar el trigo, cuidar el ganado con tino, con inteligencia.

—¿Y quién quieres que me reemplace en esas faenas?—contestó el hombre incauto é imprudente en el mero hecho de discutir con Egos.

—¿Quién? ¿Y tu mujer? ¿y tu hija? ¿No son por ventura, tan aptas como tú para esas y otras tareas? ¿Se han de estar metiditas en las chozas haciendo poco y eso mal, mientras tú tomas el sol, tiritas con el hielo ó bregas con los ventiscos?

—Gina y Télia no han nacido para eso—contestó el labriego vacilando en su primera actitud.—Son débiles, delicadas, y á mí me tocan los trabajos rudos y á ellas los quehaceres de la casa.

—Sí—exclamó Egos riéndose.—Hacer la lumbre y los guisotes.....y á fé á fé que lo hacen bien. La razon es concluyente. Diríase en ocasiones que tu mujer era superior á tí, que la servias como un perro. En fin, viva cada uno con su gusto. Por lo que veo, Pónos se cuida de tu mujer y de tu hija con particular predileccion y te sabe engatusar prometiéndote algun asno ó algun perro más, y tú te encuentras feliz con ser el perro ó el asno del astuto Pónos.

Egos desapareció, y el labrador pensativo y taciturno tomó á la caida de la tarde el camino de la choza.

Una vez entre los suyos, se sentó con ellos en derredor de la cazuela hirviente, y al tufillo de la cena y con la conversacion se iban ya desvaneciendo poco á poco las ideas sembradas por Egos en su espíritu, cuando á los primeros bocados notó que la comida no estaba sazonada como de costumbre. Enojóse é irritóse fuera de toda medida, y para no quedarse sin cenar pidió el zorzal que en imágen habia estado viendo y áun oliendo todo el dia. El zorzal no pareció, Télia se puso colorada y el padre sospechó lo sucedido. Su enojo no tuvo límites.

Inverosímiles parecen las borrascas que algunos incidentes, despreciables en realidad, suelen levantar en las regiones domésticas, y por conseja se tendria el efecto que la jugarreta de Egos y de Licnia produjeron en el ánimo de Ántropos, si los datos de la tradicion no demostraran palmariamente la inmaculada verdad de esta parte interesante de la más interesante historia.

Ántropos, rugiendo como energúmeno, reprendió á su esposa y á la chica y recapituló sus faltas y flaquezas. Gina lloró primero, replicó despues, devolvió en seguida denuesto por denuesto, y por último retó sin pizca de juicio á quien tenia la fuerza y la autoridad.

Á consecuencia de aquel escándalo, las mujeres fueron desde el dia siguiente á labrar la tierra, á limpiar el establo, á desempeñar, en fin, las labores más humildes y peor avenidas con su sexo, ni más ni ménos como los demás esclavos. Su marido, como egoista despechado, se propuso echar sobre sus

débiles hombros la mayor parte de las cargas que le impusiera el destino, reservándose para sí exclusivamente las holgadas libertades de la direccion suprema.

Cuando Pónos se enteró de aquel profundo trastorno, de aquella perturbacion, reconvino con energía al hombre; pero éste le contestó con insólita altivez y en tono de reconvencion, que él no hacia sino obedecer sus máximas.

—¿Cuándo te he dicho yo—preguntó el génio—que abusaras así de la debilidad de tu compañera?

—Me has enseñado una y otra vez—contestó Ántropos—que el único medio de satisfacer mis necesidades era pagarlas con trabajo, y que éste le podian desempeñar otros por mí. Así como he obligado al buey á arar y á Báros á moler, quiero que Gina cave, siegue y trille.

Tan inesperada salida dejó confuso al buen génio por breve espacio de tiempo; pero muy luego replicó:

—Ese razonar no es tuyo; esas son las inspiraciones de los duendes que te asedian. ¿Qué paridad hay entre las condiciones del bruto ó de esos servidores insensibles, puestos á tu disposicion, con la de tu igual, tu semejante, tu pareja? Domesticar al perro y á la cabra, domar el caballo, rebajar el toro á buey, sacar á Pir de las llamas, aprovecharse de Báros aunque dormido y oculto, esfuerzos son dignos de encomio y merecedores de aplauso. Son séres inferiores á tí, faltos de inteligencia, careciendo de sensibilidad; pero tu mujer, es parte de tí mismo, forma contigo el indivíduo de la especie, y atentar contra su libertad, oprimirla ó degradarla, es hacer esfuerzos por rebajar tu condicion y cometer el más

ruin de los suicidios. Tan lícito y provechoso como es — y tan plausible — eludir el trabajo corporal esclavizando á los brutos ó apropiándote los esfuerzos de esos cien servidores escondidos en las entrañas de la isla, será de expuesto y criminal el obligar — mediante fuerza — á trabajar por tí á otro cualquiera de tus semejantes.

— Todo eso será verdad — replicó Ántropos atrevido é insolente — pero nuestras tareas son muchas y harto haré yo con pensar y dirigir. Soy más fuerte, pienso mejor, preveo más y conozco que he nacido para el mando: Gina trabajará y yo dispondré.

— Está visto — exclamó Pónos con tristeza. — Hasta que Seuda y Dinamion hagan contigo lo mismo que tú haces con los demás, no brotará en tu alma la idea de justicia y de derecho. Lo veo y me entristezco, porque los dias de tus amarguras serán largos.

Todo fué inútil. Ántropos, ciego de egoismo, cerró los oidos á la verdad, los ojos á la luz, y mantuvo imperiosamente su resolucion irrevocable.

Al otro dia volvió el génio, y habiendo encontrado á Gina anegada en lágrimas y á su marido convertido en tiranuelo, los llamó cerca de sí y volvió á dirigirles su voz siempre sábia y elocuente en esta inolvidable plática.

— Nécio es aquel que lisia ó que mutila la más pequeña parte de su cuerpo; nécio quien á sabiendas merma, pervierte ó desdora cualquiera cualidad de su almo espíritu, pero más nécio será quien menosprecie ó envilezca á la mujer, que es carne de su carne y mitad indispensable de sí mismo. La gallarda palmera es árbol productivo, en tanto que otra de distinto género la completa allí

á su alcance. Unidas por lazos invisibles al través de la distancia y el espacio, ambas forman un todo indisoluble. Suprimid una de ellas, alejadlas, separadlas y ambas serán estériles, ni un dátil producirán: serán dos troncos cubiertos de hojarasca. De la misma manera, aunque unidos por vínculos mucho más misteriosos, más dulces, más incomprensibles, el hombre con la mujer forman un solo indivíduo de su especie, son partes de un mismo todo. Las fealdades de una mitad, nunca embellecerán á la otra, y así como tu cabeza no puede estar muy alta cuando tu corazon se arrastre por el lodo, tu esposa te llevará forzosamente hasta la bajeza á que tú la degradares. Vaso quebradizo y frágil depositario del elixir del sentimiento, la mujer nos anima y nos sostiene, siendo como una flor de aroma célico, que si algunas veces nos embriaga, siempre nos conforta y dignifica. Si quieres crecer y prosperar, pon sobre tu cabeza al frágil pomo, abriga la tierna flor sobre tu pecho. Su amor inunda el mundo entero con sus suavísimos efluvios, ya desbordándose en raudales de heróica abnegacion para rodear al niño con sus ondas de ternura y apartarle blandamente de peligros y de escollos, ya tomando sesgo y deleitable curso para brindar con galas y consuelos al corazon del hermano, del amante ó del esposo. Desde la cuna á la muerte, la mujer es una fuente de amor que no debemos enturbiar, porque, ó no hemos de existir, ó de ella habremos de beber. Corres, te agitas, luchas, ambicionas: ¿qué harias de tus conquistas, si no tuvieses á la mujer para colocar bienes y triunfos á sus plantas? Piensa en tu hijo, en el reflejo de tu imágen, en ese único trofeo á tu memoria, y calcula si es prudente afear y de-

formar el troquel, en el cual se acuñará su carácter. Porque la educacion comienza desde el pecho, y tus hijos han menester, desde entonces, un maestro amoroso y afanoso, que estudie, indague y corrija. ¿Y qué ojo más avizor, qué interés más vigilante, qué cariño más perspicaz, presumes encontrar aquí, que el ojo, el corazon y los desvelos de una madre? Sólo cuando tu mujer sea capaz de formar desde el primer instante el alma y la inteligencia de tu hijo (como á sus pechos formó su corpezuelo), podrás confiar tranquilo en el porvenir de tu descendencia. Y ahora conviene decir breves palabras, para que Gina no se desvanezca y traiga sobre tu prole mayores plagas, aunque por otro camino. ¡Desventurada ella si pretendiese totalmente emanciparse! Ella sí que se convertiria en tronco estéril, en mónstruo de su especie. Tú al fin tienes ancho campo, innumerables fines, múltiples satisfacciones, mas ¿qué la quedaria á la mujer en esta vida si renunciara á la abnegacion, renegase de la ternura y abdicase su puesto tan elevadamente humilde? Para ser fuerte, invencible, abroquélese con su paciencia y su modestia, esgrima las armas jamás ineficaces de su infinita ternura, porque su mision no puede ser de fuerza, cuyo ejercicio la vedó el destino entregándola sin cesar doliente á la generosa proteccion del hombre. Su oficio es de paz, su imperio de mansedumbre. Tú eres la cabeza, ella el corazon: si aquélla manda y gobierna, el otro inspira y sostiene. Haya entre vosotros tolerancia, no pugneis por romper los dulces lazos de los cuales pende vuestra dicha sobre un abismo lóbrego y horrible. Estrechadlos, estrechadlos: tú, Gina, porque sin Ántropos serás palmera sin fruto: tú, Ántropos,

porque las mujeres son las flores y sus hijos los frutos deliciosos del jardin encantado de la vida.

Así habló Pónos. ¿Quién podrá sospechar siquiera que tan sentidas palabras no hallasen eco en el corazon del hombre? Solamente aquellos que conozcan la irresistible fascinacion ejercida sobre el ignorante por Egos el perspicaz, Egos el infatigable, Egos el artero.

Ántropos no quiso ceder en su villano propósito, y Gina fué desde aquel dia irrevocablemente esclava.

CAPÍTULO XXII.

Tiempo es ya de echar una mirada general en torno al naciente pueblo, cuyo relativo bienestar perturbaba, como sucede siempre con el éxito, la serenidad de juicio de sus pobladores y escitaba la codicia del gigante y de la bruja, las malas artes de sus fieles emisarios y hasta la hostilidad de los salvajes. Para aquel grupo en embrion de actividad colectiva, estos efectos causados por la familia en el ánimo de sus vecinos y enemigos reobraban á su vez, como causas externas, para avivar el movimiento y la lucha en tal grado y por tal modo, que al amainar alguno de los móviles internos á causa del engreimiento de Ántropos, la esclavitud de la mujer ó la desidia de los hijos, arreciaban los ataques contra la próspera familia, y los discípulos de Pónos se veian obligados á hacer un esfuerzo más para luchar y vivir.

En cuanto á los salvajes, sus relaciones con Ántropos y los suyos crecian gradual y paulatinamente en beneficio de unos y otros. Nuestros amigos

iban conociendo objetos y cosas nuevas por medio de los trueques, y cada invencion de bulto, cada conquista capital realizada por los labradores, era como la caida de una piedra sobre la superficie inerte de un pequeño lago en calma: producian todo en rededor ondulaciones sostenidas que agitaban someramente el sentimiento de curiosidad, perdiendo en extension y en energía á medida que del centro se alejaban.

Queremos decir con esto, que los salvajes se contagiaban tambien con los pruritos y manías de los discípulos de Pónos, y con su grande aptitud de imitacion tenian algunas armas, ruines y toscas en verdad, pero temibles por su número, y se acercaban con ahinco á los campos cultivados, siendo ya muy de temer su contínuo merodeo.

Pónos observaba aquella vecindad con inquietud y si algo le tranquilizaba, era advertir la poca ó ninguna consistencia de aquellos esfuerzos sin plan, sin órden, sin concierto. Hoy un grupo de salvajes parecia estar en camino de progreso, y mañana, sin saber cómo ni por qué, se deshacia aquel grupo, y sus indivíduos volvian á arrastrarse por las selvas, sin conservar vestigio alguno de su efímero conato.

Muy otros eran los peligros que amenazaban á sus protegidos del lado de la caverna. Allí se conservaban todos y cualesquiera inventos ó descubrimientos de Ántropos, y sus dichos, sus hechos, sus presunciones ó imaginaciones se comentaban, se apropiaban, se tergiversaban. Con esto Seuda era cada dia más prudente y más astuta, y Dinamion y los suyos iban aprendiendo poco á poco el modo único, seguro de dar el golpe y triunfar. ¡Mísero destino por entonces el de los pobres mortales! Sin

apercibirse de ello, á cuantos codiciaban sus riquezas daban armas contra sí.

No es de extrañar, por lo tanto, si la impaciencia de Dinamion rayaba ya en paroxismo y si la bruja se veia apurada de contínuo para amansarle y contenerle.

—Esto no puede continuar así. Se me acaba la paciencia—rugió por fin el gigante cierto dia de mañana.—Suceda lo que sucediere, estoy resuelto á concluir.

—¡Señor, sábio y fuerte y poderoso!—contestaba la prudente Seuda en su tono más melífluo.—El árbol no dá fruto sino despues de haber tendido sus raíces, multiplicado sus ramas, echado sus hojas y anunciado con la flor que el tiempo indispensable ha transcurrido. Un plazo más, un plazo corto. Recordemos los pasados desengaños y no olvidemos la condicion fatal impuesta por los mismos dioses para conseguir el triunfo.

—No te canses, ni me canses—replicaba Dinamion fuera de sí.—Mi voluntad se ha de hacer, porque soy fuerte y esto basta.

—Pero Señor—volvia á insistir la bruja en acentos cada vez más suplicantes.—Nuestro triunfo está cercano; todo lo vengo preparando para la victoria; mis emisarios se insinúan sagazmente en el ánimo del hombre; la familia se halla dividida y pronto tendrás las armas indispensables. El dia se acerca; mi plan es infalible; ¿hemos de arriesgarlo todo por no saber aceptar un pequeño sacrificio más?

—Pamplinas, Seuda, pamplinas. ¡Una higa por las armas de Ántropos! Mi clava me sobra. Quiero gozar. Quiero apoderarme de las riquezas del trabajo ajeno. Esa canalla se hace cada vez más fuer-

te; el manto de nuestra esclava irá mermando de seguro, y no hay tiempo que perder.

—No merma, señor, no merma. Y si la hubieras oido como yo, sabrias á qué atenerte.

—Pues quiero oirla. Tráela aquí. Por última vez quiero saber lo que dice.

La vieja de los antifaces hizo una reverencia respetuosa y se dirigió á la prision recóndita de Alecia.

Al breve rato compareció de nuevo seguida por la enlutada, bajo la custodia de sus dos guardianes.

—Vamos á ver—gritó el gigante.—¿En qué parará la lucha entre los protegidos de tu padre y yo?

—En tu victoria—contestó la prisionera suspirando.

—¿Cuándo? ¿Cuándo?

—Tan luego como cumplidamente armado por la imprudencia del hombre, estés en condiciones de trabajar con él por la redencion de todos.

—¡Cómo! ¿Yo? ¿Trabajar yo?

—Todo viviente trabaja.

—¡Voto vá!—exclamó Dinamion blandiendo la clava sobre la cabeza de la prisionera.—¡Yo trabajar! Jamás, nunca.

—Pues entonces—replicó Alecia con voz firme y reposada—dejarias de existir.

Dinamion se quedó absorto ante la tranquilidad de Alecia. Advirtiéndolo la bruja, é inquieta ella tambien, tomó la palabra y dijo:

—Explícate, mi querida Alecia. ¿Cómo ni por qué ha de trabajar nuestro Señor? ¿No comprendes que tanto él como yo aspiramos á todo lo contrario? ¿No sabes que el vil trabajo no se hizo para nosotros?

—Estais en un error, porque en la isla de Gé

quien vive trabaja. El trabajo es el precio de la vida, y cuanto más sensible, más inteligente, más fuerte, más ambicioso sea el sér, tanto más ha de trabajar.

—¡Qué locura! ¡Qué locura! ¿Qué entiendes tú por trabajo?

—El movimiento del músculo, el movimiento del cerebro, el movimiento del corazon, hé ahí el trabajo de los séres racionales. Podreis eludir hasta cierto punto, y nada más que hasta cierto punto, los movimientos del músculo por molestos ó por repugnantes; podreis lograr que otros los hagan para aprovecharos de ellos, pero ¿cómo pretendeis vivir y gozar sin hacer en cambio de vuestra holganza los movimientos del cerebro y más aún los personalísimos del corazon, motor eterno de toda actividad, fuente de vida, impulso inicial de cuanto os propongais hacer?

—Voy entendiendo, me voy haciendo cargo, pero eso no es trabajar.

—Ese es vuestro error—continuó Alecia—por fortuna de la isla. Tan difícil es separar esas tres clases de movimientos, como destejer la vara de mi padre y conseguir que existan separados sus tres divinos elementos. Podrá una ley fatal é ineludible permitiros compartir el trabajo con el hombre, reservándoos la mejor y más noble parte del trabajo: la de pensar y de sentir; será tal vez una division necesaria y provechosa, con sus quilates de justa; pero áun así, trabajareis tomando parte en el trabajo total, para descorrer mi velo, para establecer, al fin, la igualdad en el amor.

Una estruendosa carcajada y una risita cascada, socarrona, interrumpieron á la hija de Pónos. El

gigante y su consejera reian á más y mejor. Por fin, se sosegaron ambos y el primero dijo.

—Quedo enterado. Enhorabuena. Me alarmaste, lo confieso. Pero si ese es el trabajo que nos propinas sabremos desempeñarle. En cuanto á eso de igualdad—ya lo veremos.

—Dices bien, Señor—interrumpió en aquel punto la bruja.—Todos tenemos ilusiones, y la esperanza de esta esclava, es portentosa por demás. Comencemos por pensar y dirigir, mientras el resto de la isla obedece y suda; despues, mucho habrán de cavilar quienes se figuren quebrantar el yugo si logramos imponérsele. Ahora, Señor, comprenderás que la victoria es segura, si sabes y puedes esperar.

—¡Esperar!—dijo Dinamion refunfuñando.—Sepamos lo que te propones.

—Antes, Señor, si te parece, podría retirarse nuestra esclava.

—Retírese enhorabuena; pero quiero saber á qué atenerme.

Seuda, hizo una señal con el negro y retorcido báculo. Apenia y Anoya, se dirigieron con su prisionera hácia la parte más tenebrosa de la cueva y la bruja las siguió para tomar por sí las convenientes precauciones á fin de tener bien custodiada á su víctima.

El gigante se sentó sobre su desnudo trono de granito, apoyó las palmas en el remate de la clava y dejó caer la frente sobre las manos en actitud de meditar.

No habia dado Alecia cuatro pasos cuando el gigante levantó el rostro con marcado sobresalto y exclamó.

—¿Qué es eso Seuda? ¿Qué claridad es esa que

ilumina mi caverna? Veo que sale luz entre la tierra y el manto de esa esclava. ¿Qué es eso Seuda, qué es eso?

—No te alarmes, ¡Señor poderoso y sábio! Esta miserable—no lo ignoras—despide luz de su cabeza. Por eso se la cubrió con el manto.

—Antes, si embargo, no se veia ni un reflejo. Ese manto ha debido mermar. Ves como sucede lo que yo temia: á medida que Ántropos y su familia realizan adelantos y primores, ese manto se acorta. Hay para sobresaltar al más valiente.

—No tal Señor, no tal—insistió la bruja.—Has percibido alguna luz por los movimientos del andar, por el oudular del manto; pero está lo mismo, está lo mismo.

El gigante movió la cabeza á uno y otro lado en señal de incredulidad, y Seuda continuó su marcha asediada de temores, pues apesar de una tranquilidad en apariencia impasible, conmenzaba á sospechar si efectivamente el acortamiento del velo de su esclava seria cosa perenne, lenta, irremediable.

Tan luego como la sagaz consejera del impaciente gigante hubo dejado á su prisionera en el calabozo y asegurádose de su buena y vigilante custodia volvió al lado de su Señor y le dijo:

—Deseas saber mi plan y voy á satisfacerte. Los protegidos de Pónos aumentan su poder y su riqueza, pero á la par aumentan los peligros que por doquier les amenazan. Los salvajes le cercan y le hostigan; los tigres y los leones diezman todas las noches sus rebaños. Ántropos comienza á mostrarse inquieto. El interés y la costumbre arraigaron en su corazon cierto cariño por sus servidores. Si Fobo sabe usar sus antiparras, sus inquietudes se trocarán en

espanto, y para conseguir un poco de tranquilidad será capaz de dar cuanto se le pida.

—¿Aunque ese cuanto sean armas para mí?—interrumpió Dinamion con impaciencia.

—Aunque sean armas para tí—continuó la consejera—porque sin seguridad la vida es solo un tormento. Ya tienes la clave de mi propósito. Inspiremos al hombre un poco de gratitud al unísón con su interés y ya verás cuán generoso se muestra. Voy á salir en persona para dirigir de cerca los últimos ataques de mis fidelísimos criados. Finge tú convertirte en guarda y defensor del labrador y sus ganados, y cuando Ántropos lo sepa y se muestre agradecido le pediremos las armas sin las cuales no hay que pensar en vencer. Astúcia, Señor, astúcia. La fuerza del leon de nada vale en ocasiones si no la guia y la dirige la traicionera astúcia de la zorra.

Dinamion abrió una boca tamaña y no acertaba á expresar su admiracion, cuando una muchedumbre tumultuosa y atrevida invadió sin respeto la caverna.

Dinamion se puso en pié y empuñó su clava.

—¡Venganza, Señor, venganza! Esto ya no se puede tolerar, vociferaron los primeros parándose al llegar frente al gigante.

—¡Órden!—gritó Dinamion con voz de trueno.—Al primero que turbe el órden, le aplasto. ¿Qué es ello? ¿Por qué venis de ese modo?

—Porque hay entre los tuyos quienes desconocen tu suprema autoridad é insultan á tu consejera—contestaron los más viejos á la cabeza del tumulto.

—Explicáos—exclamó Seuda sin poderse contener.—¿Qué novedades son estas?

—Son invenciones de Fanta ó cavilaciones del labriego—gritaban los unos.

—Es la verdad, la verdad evidente—vociferaban los otros.

—Los dioses son innumerables.

—Son dos, porque todo es dualismo.

—Los dioses no se discuten.

—Pero su volundad se estudia.

—Sólo Seuda la comprende.

—Todos la podremos comprender.

—¡Impíos!

—¡Hipócritas!

—¡Sacrílegos!

—¡Fanáticos!

Y unos y otros, como verdaderos energúmenos, se amenazaban con las garras y estaban á punto de descuartizarse si podian.

—¡Órden!—volvió á rugir Dinamion enfurecido. —Si me faltais al respeto, os extermino. Hable uno sólo y sepamos de una vez de qué se trata.

—Sabes Señor—comenzó á decir un viejo, dando dos pasos al frente—que sólo Seuda está en buenas relaciones con los invisibles, innumerables é infinitos.

—Señor, eso es un puro disparate—exclamaron los mozos dando tres pasos hácia adelante.—Los poderes ocultos que rigen los destinos de la isla son á lo sumo dos: uno para el mal, otro para el bien.....

—Señor, eso es minar nuestra fé—tornaron á decir los viejos, dando hácia adelante cuatro pasos.

—Señor, esto es amor á la verdad—interrumpieron á su vez los mozos dando cinco.

—Eso es ¡impiedad!—gritaron los viejos dando seis.

—Eso es ¡idolatría!—chillaban los mozos dando siete.

Y tan cerca del gigante se pusieron, echando espumarajos por la boca, que Dinamion levantó una pierna en alto y volvió á decir con ira y rechinando los dientes.

—Reportaos ó pereceis. ¡Ira de gigante! ¿Qué mala yerba habeis pisado, que así perdísteis el juicio? ¿Qué teneis? ¿Qué víbora os ha picado? Hable uno sólo á la vez, y hable con comedimiento.

Los discutidores retrocedieron medrosos y un viejo se adelantó á decir:

—Discurríamos para matar el tiempo, acerca de la leyenda última de Fanta sobre el mal y el bien, y nosotros los de mayor experiencia achacábamos la credulidad de Ántropos á su creciente bienestar y á no hallarse como antaño bajo el dominio del terror, cuando estos mozos comenzaron á defender la novísima cavilacion del labriego y con viveza juvenil la erigieron en doctrina. Al oirles blasfemar contra Seuda y los invisibles, salimos á la defensa de nuestra maestra y de nuestra fé, y aquí tienes cómo y por qué esos mozos se enfurecen.

—Nosotros no nos enfurecimos los primeros—tornaron á gritar los mozos olvidando las prevenciones del gigante.—Defendimos la evidencia: un principio oculto malo y otro principio oculto bueno, dos dioses que luchan y se persiguen y se atacan mútuamente sin saber cuál triunfará, y las pruebas se nos meten por los ojos: la noche y el dia, el invierno y el verano, el frio y el calor, el hambre y la hartura, la dolencia y la salud.

—Esa es una idea de Ántropos, tan vaga como falsa, nacida de su manía de dualismos. Ni siquiera

tiene el mérito de la originalidad—interrumpieron los viejos.

—¿Y de dónde por ventura—tornaron á interrumpir los mozos—nos vino la idea de vuestros invisibles sino de Ántropos y de su sueño? Á no haberle ocurrido la existencia del Ántropos de aire, ¿dónde estarian vuestros invisibles?

—¡Blasfemos! ¿Y la divina sabiduría de nuestra maestra?

—Decid más bien su habilidad para arreglar estas cosas.

—¡Atrevidos!

—¡Mentecatos!

Y de nuevo se disponian unos y otros á pasar á vías de hecho, cuando Dinamion hizo silbar su clava por encima de la muchedumbre y dijo con voz aterradora.

—¡Ni una palabra más! ¡Silencio de una vez y para siempre!

Y volviéndose hácia su consejera, añadió luego:

—No entiendo ni una palabra. ¿Qué es esto, Seuda? ¿Qué es esto?

—Esto Señor—le contestó la bruja—es la consecuencia natural de haber dejado á cada cual hablar de lo que no entiende. Tiempo es ya de poner coto á la licencia. Nadie, sino yo, comprende el lenguaje de los dioses, y como soy único intérprete de su divina voluntad nadie debia ser osado á discurrir por sí sobre estas cosas. Tú, que tienes el instinto de la disciplina, comprenderás los peligros de la falta de unidad.

—Lo comprendo y lo estoy viendo — contestó el gigante en tono de meditacion.—Yo pondré freno á la licencia.

Dirigiéndose despues á la muchedumbre, dijo:

—Tiene razon mi consejera. Desde hoy, á ella sola toca hablar y disponer en cuanto á cosas divinas. Quien no se sometiere en absoluto, á todo cuanto ella diga y mande, perecerá, perecerá..... ¿lo entendeis? Si alguno no está conforme con esta mi disposicion, huya de aquí sin tardanza. No es amigo, sino enemigo mio, quien murmure ó quien rechiste. Los que me sigan y queden á mi lado, ya saben á qué atenerse. ¡Ea! Pronto, pronto: ó conmigo ó contra mí.

Con asombro del gigante y de la bruja, cierto número de los próceres, en su mayoría mozos, les volvieron las espaldas allí mismo, y se salieron de la caverna.

El primer cisma—no el último—se iniciaba entre los parciales de Seuda y de Dinamion.

Los dos Señores se miraron y no sabian qué decir.

Entonces, tomando la palabra Seuda, como si nada hubiese visto, procuró contener la desercion diciendo á los que quedaban.

—Os doy gracias, queridos amigos nuestros, por vuestro amor á los dioses y vuestra confianza en mí. Tened fé, creed, creed, pues sólo así alcanzareis por mi conducto los favores de los dioses. Ahora dejadnos solos para preparar nuestra próxima victoria sobre Pónos y los suyos.

Los creyentes se retiraron muy ufanos, mientras los disidentes se dirigian contumaces hácia otras regiones de la isla, y Dinamion, volviéndose á su consejera, la dijo, no sin enojo:

—Ya lo vés, Seuda. Es necesario concluir. De continuar en esta situacion, la rebeldía crecerá.

—Bien lo veo ¡Señor, fuerte, y sábio y delicioso! Disponte á hacer cuanto te decia há poco: á matar leones tú, para cobrar fama de héroe; yo voy á dar algunas órdenes á todos y cada uno de mis emisarios, y en pos de ellos, iré yo misma hasta las chozas de los labradores para apresurar el desenlace.

Dinamion se dispuso para salir y hacer el papel de guarda de los rebaños del hombre, y Seuda se metió por los recovecos de la caverna para dictar sus últimas disposiciones á su fiel tropa duendil.



CAPÍTULO XXIII.

Asaz fundadamente, decia Pónos á su protegido, que los errores se lastaban tarde ó temprano allá en Gé y que buen grado, mal grado, habria de obrar en ley, porque la armónica constitucion de aquella tierra encantada era maravillosamente entretejida, pero fatal en fin de cuenta, llevando en sí los errores el oportuno correctivo, y los aciertos la recompensa más justa. El primero, y no poco lamentable efecto de la servidumbre de Gina, fué bastardear su carácter esencialmente sensible y por la tanto apasionado. Por de pronto, en vez de una compañera tierna, jovial, candorosa, Ántropos tuvo en su casa una sirviente desabrida y taciturna. Algo ménos trabajaba él—siquiera aparentemente—pero en llegando la tarde ya no salian á recibirle dos brazos amorosos en cuya franca efusion encontraba el dulce premio de sus diarias fatigas. Más tarde y andando el tiempo, convenciose Gina de la inutilidad de su lucha contra el fuerte, y como la defensa es natural en todos los séres grandes y pequeños, una

vez de su impotencia persuadida, buscó medios de vencer y se hizo falaz, disimulada é hipócrita.

Semejante cambio, significaba para el hombre el castigo de su egoismo, siendo á la vez la más patente demostracion de cuanto Pónos le decia. Con efecto, en esto como en todo lo demás, el libérrimo albedrío del hombre podia elegir la senda más lisongera, al parecer, por el momento, pues su libertad consistia en poderse extraviar dentro de determinados límites; pero si se obstinaba en ir contra las leyes inmutables cuya observancia constituia su bienestar, escarmientos dolorosos se encargaban de conducirle mal su grado al á veces árido y fatigoso arrecife del deber.

Por virtud de esta concatenacion de misteriosas armonías, hasta sus errores fueron motivo de adelantos. Citaremos uno de los muchos á que dió lugar la innoble situacion de la mujer.

La carga que pesaba sobre Gina era superior á sus fuerzas y se aumentaba de hora en hora. Transcurrido algun tiempo no la alcanzaba la luz para atender al campo y á la casa. Ociosos yacian rueca y huso; ni hilaba ni tejia. Las cabañas perdieron poco á poco su aseo y su compostura; los trajes del hijo y del marido se resintieron de abandono. Todo se cubria con el feo cendal de la desidia.

Ántropos, cuyo egoismo rayaba en crueldad, lejos de advertir las indelebles huellas del cansancio en el rostro de su esclava, pensó en alargar el dia. Exigió de Pónos, ó que detuviese el sol, ó que le hiciera aparecer algunas horas antes.

—No alcanzan á tanto, ni tu voluntad, ni mi poder—contestó el génio sonriendo tristemente.—El menor y al parecer más insignificante fenómeno

natural, no se desviará de su curso necesario la centésima parte del paso de una hormiga por halagar tu capricho. Tú y toda tu descendencia se verán barridos de sobre la haz de la tierra primero que se modifique la menor de sus ordenanzas. Procuremos, pues, estudiar los hechos á fin de indagar las causas y utilizarlas precavidamente como la expresion de una voluntad incontrastable. Lo que podré hacer—dispuesto siempre á obedecerte—será buscar entre los mil portentos de la isla, aquel que hoy por hoy puede dar satisfaccion á tu nueva necesidad.

—Míralo pronto—contestó el aspirante á tiranuelo.—Mi casa no puede seguir así; mi mujer ni cose, ni teje, ni hila y es necesario que se me cuide y se me atienda.

—La llama—continuó diciendo Pónos—derrama en torno claridad y trueca la noche en dia. Pues el caso está en robar al fuego una llama permanente, una crespa de sus resplandores para fabricar un sol del tamaño de una almendra. Si podemos conseguir encender y apagar este sol á nuestro buen sabor, tendremos luz en tu cabaña y, al ménos dentro de ella, el dia será más largo.

—Buena invencion seria esa—dijo el hombre.—Proporciónamela y nada más te pediré; es cuanto me falta para ser feliz.

—¡Feliz!—exclamó el génio—¡y minas tu paz doméstica! ¿Cuándo te dejarán serlo tus deseos? Afortunadamente la isla en que vives tiene tesoros para satisfacerlos todos.

Pónos, obligado siempre á condescender hasta con los caprichos de los héroes de este cuento, enseñó al hombre á fijar un asta de carnero en la pared y á introducir en aquel primitivo candelabro una tea

encendida de pino resinoso. Aquello, por de pronto, le dió luz aunque tambien le ahogó en humo. Más tarde observaron que la punta ó postrer remanente de la tea duraba más y alumbraba mejor, porque la resina derretida llenaba la cavidad del asta, y el remate de la tea hacia oficios de alma ó de torcida. Esta observacion les sugirió la forma de los primeros candiles. En unos vasos de barro rellenos de sebo ó de materias resinosas se introdugeron yerbas secas retorcidas, lo cual dió orígen despues á los blandones, y de mejora en mejora, y con el tiempo, á las hachas, las velas y bujías. Cuando el instinto ó el ingénio favorecidos por la casualidad recogieron el jugo de la oliva, aquellos toscos y primitivos candiles se convirtieron en lámparas de barro, gérmen y orígen de todas las demás alimentadas con aceite.

La luz artificial, caliginosa y asfixiante en un principio, constituyó, sin embrrgo, uno de los adelantos más preciosos y más útiles. Puede decirse que el infantil y quimérico deseo de Ántropos se realizó: el sol se detuvo en su carrera para alargar la vida y dar claridad y luz á sus trabajos y placeres. Gracias á los benéficos fulgores de aquel remedo microscópico de sol, nacieron entonces y despues durante las pesadas vigilias del invierno ideas é invenciones y costumbres favorables á la constitucion de la familia é idóneas en grado sumo al desarrollo del pensar y del sentir.

El hombre se redimia de las angustias de la oscuridad, y semejante redencion unida á las anteriores, constituirian en su dia una redencion suprema.

Volviendo á tomar el hilo de nuestro cuento, diremos, que si admirable fué la apropiacion de la

luz artificial para el adelanto de los labradores, con ella se recargó mucho á Gina, y sin embargo, no desfalleció, circunstancia digna de notarse, pues con ella quedó completamente demostrada la resistencia paradógica del sexo llamado por nosotros, *débil.*

El marido por la inversa, se hacia cada vez más desidioso. Sólo pensaba en sus potros, en cazar, y antes que nada en sus armas. Llevaba al hijo á todas partes; le educaba entre inútiles pasatiempos, y ni siquiera cuidó de hacerle respetar como debia á la más tierna y afectuosa de las madres.

Malo era, por lo tanto, el rumbo de la colonia. Si se hubiera necesitado un síntoma infalible de tan patente verdad ó claros indicios del fin y paradero de tan desatentada marcha, no hubiera habido sino reparar en el alborozo y la fruicion de trasgos y duendes, quienes bullian y se movian á la luz del sol con actividad pasmosa. Iban, venian, tornaban siempre alegres, siempre alborozados, sin bastar el ceño del buen Pónos á desterrarles de la aldea. Cada dia se aumentaba su número y los habia de todos tamaños, formas y cataduras. Tres de ellos sobre todo, empezaban á brillar tanto como Egos, Fobo y Alazona. Estos tres eran Licnia, Petonosa y Filoctesia, que más tarde hicieron gran papel en los memorables acontecimientos posteriores. Era patente, claro, indudable que algo de mucho bulto se tramaba, á juzgar por las idas y venidas, entre la aldea y la caverna de aquella tropa falaz y fementida, y sólo la ceguera connatural á los hombres podia dejar de verlo, y su soberbia desoir las sábias prevenciones del nunca bien alabado protector. Con un valor y una entereza á prueba de repulsas, todos,

todos los dias les presentaba la verdad envuelta en amenos y delicados ejemplos, y todos los dias el ingrato protegido le despedia nécio de su lado.

Era una tarde desapacible y nebulosa: el viento levantaba en polvoroso remolino el tamo de la era, y de vez en cuando hasta se veia subir por la espiral retorcida alguna mata de las yerbas agostadas. Gina se hallaba recogiendo el heno, más no obstante su escelente voluntad, la era imposible concluir con tiempo su tarea. Lo mismo la sucedia casi siempre y por eso tenia cien y cien cosas atrasadas. Se sentó con la frente cubierta de sudor á la sombra de unos tilos, y sus ojos se bañaron en triste y acerbo llanto. El recuerdo de sus cuitas, del entibiado cariño del esposo, del desamor é ingratitud de su hijo, acrecentaban sus lágrimas, cuando reparó que Egos, muy formal, muy diligente estaba reuniendo el heno, atando los hacecillos y formando como si tal cosa los almiares. Al principio lo extrañó, pero como la necesidad de algun consuelo, necesidad preferente para todo sér sensible, la habia obligado en medio de sus desventuras á apreciar como dicha singular el trato libre y sin rebozo con los duendes, creyó ver en la conducta de Egos una prueba tierna de cariño y lloró doblemente, comparando tan delicado proceder con el desvío de los suyos.

—Vamos, Gina, vamos —dijo acercándose Egos, luego que hubo terminado el primer almiar. — No llores, prenda, no llores. Me contristas con tus lágrimas. ¿Por qué no buscas quien te ampare?

—Y ¿quién ha de amparar á la esclava desvalida?—exclamó la mujer llorando á más y mejor.

—Aquellos que saben más que Ántropos y ese embaucador de Pónos. Una mujer cariñosa, sábia,

prudente. Ha venido movida por mis súplicas, y espera detrás de aquellas zarzas que tú consientas en oirla. ¿Quieres que la llame?

Preciso será decir en honra de la mujer, que á la idea de confiar sus cuitas íntimas, y mucho más á una extraña, sublevóse su delicadeza y áun experimentó cierto rubor. Empero el trasgo insistió más zalamero cada vez, y al fin dijo la cuitada:

—Tan desesperada estoy, amigo mio, que no sé lo que deseo.

—Voy á llamarla—se apresuró á decir el duende. —Ya verás como te dá remedio para todo. ¡Es tan prudente! ¡tan cariñosa! ¡tan sábia! Voy á llamarla. Ya verás.

—No hay para qué—dijo Seuda saliendo de entre los zarzales apoyada sobre su famoso báculo.—Se llora y aquí estoy. Cuéntame tus cuitas, hija mia. Dímelas todas. Si confias en mí, bien pronto terminarán.

La aparicion de aquel cuerpo amojamado, oculto bajo cien caretas, asombró al pronto á la mujer é hizo un esfuerzo por huir; pero la consejera de Dinamion venia rodeada de Fobo, de Alazona, Licnia, Petonosa y otros cien ligeros servidores, los cuales se interpusieron.

—¿Qué temes, mi querida Gina?—preguntó la bruja en un tono de voz con pretensiones de dulce, pero que no llegaba al corazon.—¿Qué te aflige? ¿Por qué lloras?

—Lloro, Señora—contestó Gina, sin quitar ojo al movimiento de las cien caretas—lloro, porque mi marido no es ya aquel Ántropos de nuestros primeros años. No sé lo que tiene. Temo si estará encantado. Antes era tan bueno, tan dulce, tan mimoso;

hoy no pasa dia sin reñirme, apesar de mis afanes. No puedo más, y cuando caigo sin aliento me moteja, me insulta, me zahiere.

—¿Nada más qué eso?—preguntó la bruja con un reir horripilante.—¡Pobrecilla! ¡en cuán poca agua te ahogas!

—¿Cómo poca agua?—exclamó la mujer —¡Ahí es nada! Pues yo quisiera ver á más de cuatro en mi lugar.

—Eres una tonta—prosiguió Seuda.—Una tontuela. Cuando el hombre es tan injusto, tan brutal, el remedio es, sobre evidente, fácil.

—¿Cuál?—preguntó Gina con viveza.

—No se hace cosa alguna de las exigidas fuera de razon.

—¿Y cuándo pregunte mi marido?

—Se contesta que están hechas.

—¿Mentir?

—Defenderse.

—¡Faltar á la verdad! ¿Engañar á mi marido?

—Hacer aquello á que te se obliga. Corresponder á la crueldad de tu tirano.

—¡Imposible! Me lo conoceria él, y entonces..... ¡Ah! no; no quiero mentir.

—Ven acá, tontuela, ven acá—la interrumpió la bruja.—¿Y si yo te diera para que nadie lo supiese esta magnífica careta?

Y Seuda presentó á Gina un antifaz como los suyos.

—Si yo me pusiera sobre el rostro ese disfraz—contestó la pobre con dolor—seria fea, seria repugnante y Ántropos no me querria.

—No seas tan arrebatada—replicó Seuda con cierta autoridad.—Es todo lo contrario. Escucha y reflexiona. La careta que te ofrezco está tan encan-

tada como todo lo de por acá. ¿Te imaginas que sólo Pónos sabe hacer prodigios? Calado ese antifaz sobre el semblante, se adaptará de tal modo á tus facciones que los ojos de un lince no advertirán la más pequeña variacion ó diferencia. Con él, ni tu boca crecerá ni un punto, ni perderá esa nariz su línea severa y pura, ni tus ojos han de ser ménos divinos, ni tus cabellos dejarán de ondear con su lustre y su tersura hasta besarte los hombros amorosamente. En nada has de variar, en nada, ¿entiendes? y la vista del hombre jamás verá al través de mi careta, porque podrás sonrojarte y el carmin de la vergüenza quedará encubierto; palidecerás y no por eso ha de disminuir el arrebol de la mejilla. Atiende ahora á lo mejor: sobre tantas y tan pasmosas cualidades, mis antifaces poseen una virtud única en la tierra: inspiran al hombre que los vé una pasion eterna de por vida, un amor sin cambios ni mudanzas.

—Venga, venga ese antifaz—gritó Gina alargando con ánsia entrambas manos.

La bruja entregó á la inocente la careta, y si hubieran podido penetrar los ojos al través del remolino de las ciento se hubiese visto con horror una sonrisa diabólica.

Gina comenzó á correr para llegar á su casa antes y con antes. Como era casi de noche y el viento zumbaba entre los árboles, Fobo se empeñó en acompañarla. Segun se vé los duendes no podian mostrarse más urbanos.

Llegó por fin á la puerta de la choza y se paró en el umbral para calarse con mano trémula la careta de la bruja.

—¿Has concluido la tarea?—la preguntó su marido al verla entrar.

—Toda—contestó Gina con voz apagada, indecisa y temerosa, y sintió que se la abrasaban las mejillas. En breve, sin embargo, se tranquilizó al ver que el hombre nada percibia. Seuda no la habia engañado: desde aquel momento podia sin temor mentir.

De esta suerte, y por las infernales artes de la mala bruja, Gina se acostumbró al engaño y ni un solo dia dejó de faltar á la verdad. Con esto, la hacienda no se cuidaba ni las faenas se hacian. El ganado no pastaba á tiempo, los campos estaban sin sembrar, y para decirlo de una vez, todos juntos, y cada uno de por sí, abrian bajo sus plantas un abismo.

Pónos bien veia y deploraba la ruina, mas sus consejos eran enojosos, y apenas desplegaba el lábio cuando le mandaban desaparecer. Limitábase, por lo tanto, á acompañar y aconsejar á Gina, á quien roia el pecho un torcedor singular entre de tédio y tristeza. Apesar del antifaz y de sus mentidas virtudes de atraccion, su esposo era siempre el mismo y ella en vano soñaba ansiosamente con el amoroso bienestar de antaño.

Por su parte Ántropos sentia una repugnancia inexplicable siempre que miraba á su mujer en rostro. Advertia en sus facciones cierta cosa indefinible para él: la frialdad de la muerte, la estúpida impasibilidad del idiota. Lejos de sentir la pasion amorosa con cuyo vaticinio Seuda se apoderó de la voluntad de la mujer, su desvío hácia la triste tomaba temerosas proporciones.

La rica y próspera labranza por todos cuatro vientos se desmoronaba.

Tampoco Pónos, á pesar de su penetracion, podia

explicarse aquel cambio extraordinario en Gina. Unas veces atribuíalo con lástima á su degradante esclavitud; otras sospechaba algo de maravilloso ó fuera del órden de las cosas, pero nunca pudo averiguarlo (que tanta fué la virtud de los sortilegios de la bruja).

Y sin embargo, para dar una idea á nuestros lectores de los profundos arcanos de aquella encantada isla en donde el bien brotaba de contínuo de las entrañas mismísimas del mal, diremos que aquel mentir de la mujer era en suma la manifestacion de un trascendental progreso. Efectivamente, en los albores de la vida los protegidos de Pónos obraban y hablaban como niños: cada impresion recibida era devuelta por ellos tal y como la sintieran. No poseian voluntad bastante para sufrirla sin manifestarla, vivian sin cautela á la merced de todos y de todo, porque, incapaces de ocultar sus sensaciones al enemigo, éste sabia de antemano sus pensamientos y sus obras. Gracias á los lances referidos y al desarrollo consiguiente de sus aptitudes, los actos reflejos de la mujer se transformaban en actos reflexivos cuya primera y tosca manifestacion era la miserable mentira. Triste seria en verdad aquella primera manifestacion, pero era no obstante la prueba más evidente de una facultad preciosa: la de recibir una impresion y conservarla impasible para devolverla cuándo, cómo y en la forma que más conveniente fuere; la de concebir un pensamiento y retenerle en los limbos del cerebro para no darle á la luz sino modificado convenientemente.

—¿Qué tienes?—preguntaba cierto dia Pónos á la mujer entre perplejo y confuso.—Dime tus dolores.

Confíame tus secretos. Tengo bálsamos que alivian si no curan.

—¡Yo!—contestaba Gina con fingida admiracion. —Yo no tengo nada.

Y tambien gracias al pícaro antifaz mentia á su buen génio, al mejor de sus amigos.

—Eso no puede ser cierto—continuaba el génio con su voz dulce y apacible.—Procuras engañarnos y te engañas á tí misma. Porque te repito una vez más que Ántropos y tú, con dos cuerpos diferentes, no formais sino un sólo sér indisoluble. Toda mutilacion y toda mancha, alcanza al uno y al otro. De algun tiempo á esta parte no eres en nada la que fuiste. ¿Dónde echaste tu candor, aquel candor que te adornaba más galanamente que todos lo dijes y las joyas? ¿Dónde se fué tu ternura? ¡Oh! aquí se encierra algun misterio, alguien te aconseja; algun génio malévolo te inspira. Vuelve cuitada, vuelve en tí. El desvío de tu marido no puede ser sino pasajero, y si conservas tu alma sin mancilla y puro tu corazon, los sinsabores actuales serán nubes de un instante. Escucha un cuento provechoso, una fábula sin precio: Hubo una vez una garza como todas las garzas, melancólica, mansa y pensativa, con un plumaje de colores vivos y sobre la cabeza el penacho más gracioso de todas las garzas habidas y por haber. Era entonces primavera, y su compañero rendidamente la requeria de amores, harta razon por la cual la garza no pudo ser más feliz. Así pasaron los dias, y por el natural curso de las cosas, el macho, allá para el otoño, no se cuidaba ya tanto de su penachuda y melancólica compañera. Alejábase las noches y los dias para pasearse por el cieno de las lagunas y el légamo de los rios. Prefe-

ria ¡qué locura! las ranas y las sabandijas á los favores de su garza. Con esto la pobre se hizo cien veces más amante de la soledad. Pasaba las horas mortales en un pié, sobre las desnudas rocas, contemplando correr el agua de los arroyos. Atormentábala el desvío de su esposo y consultó su desazon con la cigüeña. Esta (envidiosa entonces y despues del moño airoso de su rival en los pantanos), la contestó con una sencillez encantadora: «¿No has advertido que tu esposo se ha aficionado á las ranas y que éstas tienen el cuerpo sin pluma y la cabeza sin garzota? Pues si deseas atraerle de nuevo á tu regazo, déjame que te prive de esas plumas, y verás cómo torna amante cual la vez primera.»—«Tienes razon»—exclamó la estúpida garza, y se dejó despojar de su mejor adorno y hasta se embadurnó la cabeza y el pico con el cieno, por parecerse á la asquerosa rana. Así pasó el invierno y la marcha de los astros trajo otra vez la blanda primavera. El macho, cansado de correr por cenagales, sintió renacer el dulce anhelo, pero cuando se acercó á su pareja no la reconoció. Huyó de ella como de un ave de rapiña y desde entonces la pobre vaga más solitaria y melancólica que nunca por las márgenes desiertas de los charcos. Tu penacho es el candor, tu garzota la ternura, tu mejor moño el sufrimiento: conserva intactas tan inapreciables galas que para hacerte única entre todos los demás séres te las dió la naturaleza, y cuando vuelva á recobrar sus fuegos el sol de tu destino, verás cuál torna á sonreirte la dicha en florida, amorosa primavera. Mientras conserves puros esos adornos de tu alma puedes y debes confiar: sólo cuando los mancilles, habrás de darte por desperanzada.



CAPÍTULO XXIV.

Si poco ó nada se cuidaba Gina de las ingeniosas y galanas pláticas del génio, mucho en cambio la preocupaba el creciente desvío de su esposo. Su altiva frialdad, su egoismo, su indiferencia cruel, la destrozaban el alma y comenzaba á sospechar que Seuda la engañara prestando á la careta que la diera virtudes que por ningun estilo poseia. Momentos hubo (y no pocos) en que una voz interna la decia que se arrancara el antifaz, siguiera los consejos del buen Pónos, y tornase á ser para los suyos Gina la amante, Gina la buena, Gina la veraz, Gina la candorosa. En más de una ocasion llegó á formar propósito de enmienda, pero desgraciadamente nunca resistió á la tentacion de oir á los duendes ó consultar á la consejera por última vez (segun dedecia) y los halagos de los unos, y las argucias de la otra, desbarataron siempre sus laudables intenciones.

Seuda con su sagacidad presentia que semejante situacion no podia sostenerse, y buscaba dia y noche el medio de precipitar el desenlace. La imprevision

y la locura del simplicísimo Ántropos no tardaron en allanarla el camino y facilitarla un triunfo por tanto tiempo y con tanta tenacidad buscado.

Segun indicamos ya, la en otro tiempo aldea floreciente comenzaba á dar señales de visible decadencia. Con esto las acometidas de los duendes y los trasgos eran más frecuentes, su descoco más procaz, sus éxitos infinitos. Ántropos estaba á punto de ceder á la primera insinuacion de sus enemigos y á forjar con sus propias manos las armas indispensables al triunfo de Dinamion y á su propia esclavitud. El incesante aumento de lobos, tigres, leones, serpientes y otras alimañas en rededor de sus chozas apresuró la catástrofe, porque rara era la noche en que no desaparecian reses lanares, de cerda y áun boyunas, y esto le ponia espanto, le acongojaba y le rendia.

Mesábase cierta mañana los cabellos porque un leon atrevido se habia llevado durante la noche una de sus vacas favoritas, cuando se le acercó Fobo, el enanillo de las antiparras, y retorciéndose el bigote le dirigió su voz en estos términos:

—Apostaría yo algo, buen amigo, á que darias tú ahora tres vacas sobre la perdida por la piel del insolente y sanguinario leon.

—No; tres vacas no—exclamó el iracundo ganadero.—La mitad de mi hacienda sabria sacrificar con gusto á trueque de vengarme y de pisotear las guedejas de esa fiera.

—No hay que dar tanto por tan poca cosa—replicó el duendecillo con ridícula prosopopeya.—Hazme la promesa de servirme cuando tuviere algun antojo, y mañana al ser de dia tendrás aquí la piel de ese leonzuelo sin faltar ni una uña ni un colmillo.

—¿Será posible, amigo Fobo?—preguntó el hombre.

—Hazme la promesa y lo verás.

Ántropos, sediento de venganza, prometió hacer en obsequio del emisario de Seuda todo aquello que en la primera ocasion le demandara. Fobo avisó á Dinamion, y el primer leon con el cual topó fué víctima de su clava.

Al dia siguiente, cuando el hombre se asomó á la puerta de su choza para ver salir el sol, contempló, no sin horror en los primeros instantes, los despojos aún sangrientos de un leon cuya melena patentizaba á las claras que su dueño habia muerto en el apogeo de su vigor y tamaño. ¡Con cuánta fruicion no llamó el nécio á los suyos, y todos juntos pisotearon los despojos, escarmenaron las guedejas y arrastraron en loco frenesí la piel! El padre y el hijo, sobre todo, se pasaron el dia entero en medir los palmos desde el hocico á la cola, figurarse el imponente aterrador aspecto de la fiera, remedar sus rugidos y ensalzar llenos de admiracion la pujanza del brazo heróico capaz de combatir con semejante adversario frente á frente.

Entre tanto, aquella misma noche, faltaron otras reses como de costumbre, y cuando Gina fué á trabajar al campo con el alba encontró en las inmediaciones de un arroyo señales inequívocas de haber celebrado allí su festin nocturno una verdadera manada de animales carniceros. Quejóse Ántropos al enanillo cuando apareció á la caida de la tarde, mas éste le repitió que no se cuidara de ello, pues el asunto estaba en buenas manos y antes de mucho los bosques se verian limpios de fieras, serpientes y toda clase de alimañas.

—Pero ¿quién los matará?—preguntaba Ántropos.—¿Quién puede vencer á ese leon, amo de las selvas y terror de todos los animales?

—Ese es mi secreto—le replicaba Fobo.—¿Qué te importa á tí quién sea? Desaparezcan las fieras—que es tu necesidad más apremiante—y mátelas quien las matáre. Claro está que debe ser alguien superior á tí; alguien muy fuerte, muy bizarro.

—Tienes razon—tornaba á decir el hombre—es digno de admiracion y respeto. ¡Vaya un mozo! Pero vamos, ¿qué me vas á pedir á trueque de este servicio? No vayas á exigir un imposible.

—Vive en paz, mi buen amigo—le decia con aire protector el trasgo.—Lo que te haya de pedir siempre será una bicoca: por ejemplo, algun arma de esas que fabrica Pir con tantísima destreza, porque al fin y al cabo nadie está más interesado que tú en armar á tus defensores con armas de excelente temple. Eso poco te puede costar; más difícil para tí será resistir á Pónos. De fijo que cederás como siempre á su sermoneo. Por puro ódio hácia mí y hácia los mios, te negará su varita y su permiso.

—Te juro por quien soy—exclamó el hombre resueltamente—que en vano se cansará. Quiera ó no quiera, has de tener lo ofrecido.

Desde aquel dia, todas las mañanas pieles de leon, de tigre, de oso, de pantera amanecieron colgadas de las ramas cual otros tantos trofeos del valor y del poder irresistible de quien tan generosamente se consagraba á la defensa del labrador, sus rebaños y tesoros. Al ver éste un despojo nuevo, el cadáver de un leon, el cuerpo inanimado de un reptil gigante, se sentia poseido de un temeroso respeto, de una veneracion supersticiosa hácia el sér extraordinario,

autor de tales hazañas. Por su braveza y pujanza, su osadía en acometer, su calma para despreciar, el leon habia sido hasta entonces á los ojos de aquellos míseros mortales un sér omnipotente, irresistible. Sin querer le llamaban el *fuerte*, *el señor*, *el amo*. Las serpientes y lagartos, por allí de gran tamaño, eran asimismo causa y orígen de sus más terríficas imaginaciones. Su forma y sus movimientos, el aterrador silencio de su impertérrita marcha, su ferocidad estúpida, su estructura invulnerable, siempre y en todo tiempo colmaron sus corazones de pavor. Algo parecido sucedíales tambien con algunas aves, especialmente las nocturnas de rapiña: el mochuelo, la lechuza, el buho les habian dado en lo pasado muchos y muy bravos sustos, y algun murciélago monstruoso les inspiraba repugnancia y asco. Todas estas imágenes barajadas más que asociadas en la mente, contribuian á aumentar su veneracion hácia el sér fuerte y animoso, terror de guaridas y cubiles, y les predisponian á creer en fábulas y leyendas, en la existencia de héroes generosos, en aventuras fantásticas.

Hallándose Ántropos cierta noche tendido sobre su lecho sin poder pegar los ojos, Fanta penetró en la choza con su guirnalda de verbena y de jazmin y plegó las alas de tornasol posándose sobre la almohada. Ántropos á la sazon se preguntaba á sí mismo quién podria ser el defensor y el amigo que así acudia generoso á defenderle. Fanta adivinó sus pensamientos y le dijo con su vocecita suave, suave, suave:

—¡Matar leones! ¡Ahí es nada!—¿Quién los matará? — ¡Cuánto valor! ¡Cuánto heroismo! — No cabe duda : es más que tú. Un sér extraordinario..... un

semi-dios. Y los mata para protegerte, y nada pide. — ¡Cuánta generosidad!—¿Quién será? Pero ¿quién será?— Dame la mano, volemos en su busca.— Ahí vá gallardo con su clava al hombro, con su piel de leon sobre la espalda.— ¿Á dónde irá? ¿á dónde irá? Pues á jugar la vida por aquel cuitado que está roncando en su choza.—Es de noche y se dirige impávido hácia ese bosque de fieras y serpientes.— Un espantable dragon defiende la entrada de la selva — ¡ y qué dragon ! — ¡ Mírale ! — Quijadas con triple hilera de dientes, alas de murciélago con uñas de diamante, una cola que se pierde en la maleza y que al moverse sañuda troncha los cedros y los robles. — Y tu amigo avanza. — ¡ Mira ! — ¡ Sin parpadear siquiera ! — Y el dragon clava en él los rayos de su vista — y abre la boca — y vomita llamas por las fauces.—¡Qué luz tan lúgubre! — ¡Qué selva tan caliginosa!—Y en medio de tanto horror... ¡Vaya un rugido!—¡Ni el rugir de cien leones!—¡Si te tendrá aficion el héroe!—Nada le detiene, nada le intimida.—Levanta el brazo izquierdo con la piel— resguarda el rostro detras de la guedeja—sacude la clava atrás con la otra mano—y ligero como un corzo salva la triple hilera de colmillos y se mete por la boca.—¡Qué horror, Ántropos!—¡qué horror!— Ahí dentro todo es oscuridad y lobreguez, y llamas y humo y peligros.—Sale un leon á detenerle—se lanza sobre él—ya está en el aire.—¡Famoso golpe de clava!—Cae (deshecha la testuz) antes de tocar al suelo.—Le cierra el paso un jabalí—¡zás!—le tiende muerto á sus plantas.—Dos toros bravos le acometen—¡zás!—¡zás!—Con dos golpes los deshace.— Vienen sobre él tres buitres como tres harpías— ¡zás!—¡zás!—¡zás!—Ya los tienes hechos trizas.—Es

invencible, invencible.—Echa mano á una serpiente horripilante (como ahogaba culebras en la cuna) y con ella flagela lobos, tigres y alimañas, como si fueran corderos.—Á un gigante que le reta.... le abraza—le suspende—le extrangula.—Le detiene una laguna pestífera y hedionda y la ciega con un monte.—Le cierra el paso una montaña y la hiende bonitamente en dos con sublime esfuerzo hercúleo.—Ya está á la entrada del jardin—el de las célicas delicias, el de las pomas encantadas de oro.—Pero á la puerta hay una hidra—una hidra de cien y cien cabezas.—Se cortan diez y veinte y ciento y retoñan y retoñan.—¡Qué trabajo el de tu amigo!—¡Cómo suda! ¡cómo suda!—Parece haber concluido y ha de volver á empezar.—¡Cuánto valor! ¡cuánta constancia!—Ya está dentro, ya está dentro.—Es un pensil ameno y deleitable.—Cesped tachonado de margaritas y violetas..... cielo de luz y de zafir..... brisa benéfica y balsámica..... arpegios de aves y liras entre los bosques y enramadas.—El héroe limpia su frente y..... ¡no es extraño!—¡no es extraño!—se detiene majestuoso en delectacion estática.—Tiende la mano victoriosa—coge una poma dorada—rasga la corteza para mitigar su sed y—¡oh sorpresa!—Salen de la fruta un coro y otro coro de bellísimas doncellas, tañendo liras impalpables cuyos melífluos acordes son todos de alabanza y de lisonja.—*¡Loor al vencedor! ¡Loor al héroe!*—Y le coronan de laurel y le cogen blandamente en vilo—y vuelan por encima de las tendidas ramas y las copas.—¡Cómo suben! ¡Cómo suben!—Cantando siempre—repitiendo siempre: *¡Loor al héroe! ¡Loor al vencedor!*—¡Habrá mayor placer!—¡Habrá otra dicha!—¡Premio al valor!—¡El premio al heroismo!—Y suben—suben al

empíreo—á la morada de los inmortales—y allí..... ¡Cuidado no te ciegue tanta gloria!—El padre de los dioses deja su trono—suelta sus fulmíneas armas—y tendiéndole los brazos amorosamente ensalza su virtud, y le acaricia.—«*Acércate hijo mio. Digno eres de vivir eternamente. Sea tu gloria envidia de los siglos.*»—Pues ese es—Ántropos—ese—tu amigo—el protector de tus rebaños—el héroe que por tí se afana.

En estos desconcertados términos continuó y continuó el inconexo relato de la entusiasta é impresionable Fanta, hasta que los primeros rayos de la luz rindieron dulcemente al sueño á su crédulo, embelesado oyente. Entonces agitó despacio sus alas de tornasol para derramar luces y colores sobre su sueño plácido y tranquilo.

Despertóse, por fin, el labrador, y despertaron en su memoria las maravillas que le habian adormido. Sentia en su corazon una gratitud grande hácia el heróico mata-dragones, una veneracion inmensa hácia su superior naturaleza. Bajo semejantes impresiones se dirigió á sus cijas y á sus cuadras en busca del enano Fobo, resuelto á averiguar el impenetrable arcano, á conocer las aventuras y costumbres del héroe ó del semi-dios:

No tardó en encontrar al enano cabezudo en compañía de Gina y de su hijo. Otro monton de pieles sanguinosas acreditaban una vez más el poder del amigote de Fobo. El número de fieras cazadas aquella noche era grande, pero tambien era mayor el de las reses de todas clases que la mujer, con harta pena y dolor, estaba echando de ménos.

— Lo dicho—exclamaba Gina al llegar Ántropos al corro.—¡Gran matanza y mucho despojo!. .. eso sí:

nuestro amigo y protector, como tú le llamas, Fobo, es muy valiente persona. Pero ¿me quieres decir lo que ganamos? Todas las mañanas, pielecitas de leoncitos muertos por la noche, y mientras, desaparecen mis vacas á docenas, y mientras, vengan cabras y corderos. ¡Linda proteccion! ¡Vaya un consuelo! Decirla á una cada dia, — *aquí te traigo unos pellejos; vengan otros con su carne: toma* y *dáca;*—y á cada *dáca* se dobla la desvergüenza. De buena gana perdonaba yo la torta por el coscorron. ¿Me quieres decir el chiste de tanta longanimidad?

—Consiste—contestó Fobo con imprudencia nueva en él — en que quien mata esas fieras tambien come, y pues trabaja y os protege, toma para sí y los suyos las reses que le hacen falta.

—¡Cuando yo digo que es mucho protector el nuestro! —replicó Gina con su natural desparpajo. —¡Pobrecito y qué malos ratos pasará comiéndose mis rebaños para traerme estas piltrafas! ¡Mire y qué cariño el suyo! Para que las fieras no nos acaben de limpiar las cijas, se resigna á manducar tres veces más reses que ellas.

—¿Y vuestra tranquilidad? ¿Y vuestro descanso? —preguntó Fobo un tanto cuanto impaciente.

—Tienes razon, buen Fobo, no te enfades—continuaba la mujer con ironía.—¡Vaya si tienes razon! Mientras haya bueyes para tu Señor, podemos vivir tranquilos, y en concluyéndose, más, porque con la hacienda se van los cuidados. Entonces aquí estamos yo y mis hijos. Que nos devore y le daremos las gracias. ¡Cuándo yo digo que es una gentil persona el matador de esos bichos!

—¿Y es lo mismo por ventura—continuó diciendo el enanillo con más del conveniente desenfado—que se

coman vuestras reses feas alimañas, ó que se mantenga con sus carnes el más valiente de los héroes?

—Para mí lo mismito—replicó la mujer con su excelente buen criterio.

Pero Ántropos que lo oyó, y á quien bastaba oir una opinion de Gina para hacer alarde de autoridad y opinar él en contrario, interrumpió el coloquio, diciéndola muy erguido.

—Silencio parlanchina. Á tus faenas de costumbre. Á mover las manos y dejar la lengua queda. ¡Qué entiendes tú, por ventura, de héroes, hazañas y glorias?

—Ahora Fobo—prosiguió dirigiéndose al de las antiparras—es preciso, es imprescindible que me digas á quién debo tan señaladas mercedes. Quiero mostrarle mi agradecimiento.

—Nada más fácil—contestó el enano.—Casualmente venia hoy á pedirte unas chucherías para ese héroe nunca bastantemente ponderado. ¿Te hallas dispuesto á cumplir la promesa que me hiciste?

—Pide cuanto quieras y serás servido. Lo espero, lo ansío, lo ambiciono—se apresuró á decir el pobre nécio.

—Sea enhorabuena. La cosa no es ni importante, ni difícil. Se trata de que te des un mal rato bajo la direccion de Pónos, y con la buena ayuda del herrero Pir. Se trata únicamente de forjar un casco de buen metal del tamaño que diré y una espada un poco más larga que las tuyas. Son para el héroe consabido. Supongo que no te parecerá mi peticion descabellada. ¿Me la otorgas?

—¡Cómo no!—exclamó el incauto.—¡Lejos de pedirme una recompensa, un premio, sólo exiges armas para servirme mejor! ¡Oh generosidad! ¡oh mag-

nanimidad! ¡oh abnegacion! Cuenta con lo que me pides.

Fobo entonces alargó al hombre un par de tiras de piel y le dijo con embarazo visiblemente receloso.

—Aquí tienes la medida del casco es decir: de su torno, y aquí la largura de la espada. Son un poco grandes..... como para quien mata leones..... Si puedes..... que sean fuertecitas. Lo demás queda á tu buen juicio.

—Descuida—concluyó Ántropos tomando las corregüelas.—Tendrás espada y casco sin pareja. Voy en busca del herrero Pir y de paso llamaré tambien á Pónos, aunque á decirte verdad, se vá volviendo insufrible.

Cuando Pónos compareció al llamamiento de su protegido y éste le enteró de su exigencia, el buen génio se sobrecogió.

—¡Por fin caiste! Has prometido las armas indispensables á tus enemigos. La catástrofe es inevitable. ¡Qué tiempos te esperan, Ántropos!

—Tiempos heróicos—exclamó el hombre con entusiasmo.—Tiempos en los cuales los héroes, los semi-dioses se sacrifican por mí, por darme seguridad. Quien mata fieras, hiende montañas, se sorbe charcos pestilentes, sanea el agua y el aire, bien merece una espada para servirme mejor, un casco para su defensa. ¿Quién haria sino esos trabajos gigantescos?

—Tú si hubieses escuchado mis consejos y en vez de tiranizar á los tuyos.....

—Déjame de sermoneos—interrumpió Ántropos, sacando las tiras de pellejo y preparándose á tenderlas.—Lo que ha de ser, ha de ser. Vamos á fabricar una espada y un casco para mi amigo.

—Bien lo veo—concluyó diciendo Pónos con tristeza.—En estas luchas por la vida el más fuerte habrá de prevalecer.

Ántropos tendió una corregüela en línea recta y formó un redondel con la otra.

—Aquí tienes las medidas—continuó.—Este es el largo de la espada, este el tamaño del casco.

—¡Esa es la cabeza de Dinamion!—exclamó el génio al contemplar aquellas desmesuradas dimensiones.—¡Ese es el largo de su brazo!

—No importa—replicó el hombre.—Obedéceme y á callar. No quiero ser pasto de leones; no me acomoda vivir en contínuo desasosiego; quiero ante todo seguridad. Tengamos seguridad y cueste lo que me costare. La seguridad es lo primero.

—Convengo—continuó Pónos—pero tú quieres la seguridad sin sacrificio y así ni eso, ni nada se logra. Te dominan el miedo, la pereza, mientras Dinamion lucha y combate. Eres, pues, un ser inferior á él, y por eso te dominará y te hará pagar caros sus servicios. Rindes adoracion á la fuerza y esclavo de ella serás. Despídete ¡oh infeliz! de la libertad dulcísima. Tan luego como hayas fabricado esas armas, tendrás señor que te esquilme.

Inútiles fueron todas las exhortaciones. Ántropos, loco de entusiasmo ante las hazañas verdaderas y fabulosas del héroe desconocido, exaltada su imaginacion por Fobo el pusilánime y por Fanta la entusiasta, desoyó los consejos de su protector. El mejor de los génios hubo de obedecer á la más débil y veleidosa de las criaturas y al toque de su vara mágica el hombre modeló con Pir, á fuerza de tiempo y de paciencia un casco con una espada corta, ó parazonio. Eran grandes, fuertes y de formas no in-

correctas, pero no dechados de elegancia cual otras armas de tiempos posteriores. Y á la verdad que no fué por falta de esmero é interés del incipiente armero. Hizo cuanto pudo y supo y hasta inventó un metal nuevo con la liga de otros dos.

Las primeras armas de Dinamion fueron de bronce.

Cuando estuvieron concluidas, Ántropos las llevó al sitio designado por Fobo y las colgó de un laurel—árbol que en su opinion, hasta el rayo respetaba—pues ni podian entrar por las puertas raquíticas de entonces, ni cabian en ninguna choza, casi, casi.



CAPÍTULO XXV.

¡Válganos y que tristeza nos acomete al tener que recordar determinados episodios de esta peregrina historia! Pero como ni es cosa de dejarla comenzada, ni pasar debemos en silencio los lances capitales necesarios á su cumplida exposicion, fuerza es narrar lo mucho que nos falta de la mejor manera que podamos.

Mientras Ántropos dominado por el miedo, seducido por los duendes y descarriado por un entusiasmo imprudente, aunque generoso, se preparaba á confiar la defensa de su persona y la custodia de su hacienda al gigante y á los suyos, Gina seguia cultivando la amistad de Seuda, daba dóciles oidos á sus consejos insidiosos y cooperaba sin comprenderlo siquiera á labrar su desventura.

En una de sus entrevistas con la bruja hablábanse sobre la linde de una viña cuyas cepas estaban cargadas de racimos. Los duendes acompañantes de Seuda se hartaban de uvas, y Licnia sobre todo, la insaciable Licnia, vera efigie de la gula, se daba bravamente un atracon.

—¡Cómo engullen!—exclamó la mujer llenándosela la boca de agua á pesar suyo.

—Qué quieres, hija mia—contestó Seuda.—Las uvas encierran un néctar delicioso. Si pudiérais reunir el contenido de todos esos granos, tendríais un bálsamo de amor. ¿No vés como goza Licnia?

—Ya traté yo de conservar ese zumo para beberle en invierno, pero cocia dentro de la vasija, echaba un tufo dañino y hube de vaciarle en el arroyo.

—No acertarias con la manera de hacerle. Díselo á Pónos. Para todo hay modo en esta isla. Díselo y verás como lo consigue al toque de su vara mágica.

—No puedo más; me siento llena, mas no harta—balbucia Licnia la glotona mientras dos chorros del zumo de las uvas manaban por la comisura de sus lábios.—Si yo tuviese las fuerzas de mi Señor Dinamion, amontonaria toda la uva de esta viña y la de cien viñas más hasta formar una montaña de racimos; cogeria despues una montaña de piedra y la pondria encima de la uva, y cuando por semejante modo manase sobre la falda de aquel monte un arroyo de este néctar, me tumbaria panza arriba, y abriendo á guisa de pilon la boca, dejaria caer en ella el chorro, para sentir eternamente, con los ojos entornados, el deleitoso cosquilleo del licor por el gaznate.

—¡Voto vá!—exclamó Ántropos llegando de improviso.—¿Eres tú la que se come mis racimos?

Y viendo que Licnia se atragantaba con el zumo añadió colérico:

—¿Qué haces ahí, espantajo? Cómo se conoce que no has regado las cepas con tu sudor. ¿Así dispones de lo mio?

—¿Y qué he de hacer?—contestó Licnia impasible.—¡Si tú no sabes aprovecharte de ello!

—¿Cómo?

—Debieras agradecerme la sugestion de una buena idea.

—¿Cuál?

—Vosotros no podeis comeros toda la uva de estas viñas: la mayor parte se pudrirá como de costumbre. ¿No es mejor que me la coma? Si eres nécio y no sabes aprovechar cosa tan rica ¿qué culpa te tengo yo?

El hombre se quedó cortado por de pronto con tan insólita procacidad. Despues añadió como reflexionando.

—Aprovechar la uva, y ¿cómo?

—Pues haciendo lo que yo: bebiendo el zumo y escupiendo los hollejos. ¿De qué te sirve Pónos y su vara mágica? Pues casualmente todo su mérito consiste en combinar actos con actos en un acto mayor, total; multitud de operaciones en una operacion contínua; ó si quieres un movimiento raquítico en una série y suma de semejantes raquíticos movimientos hasta obtener resultados apreciables. Ya ves como aprovecho las lecciones de Pónos mejor que tú:—«*Todo se hace con ápices y por ápices*».—Lleno mi boca de granos, aprieto, trago, y arrojo los granillos y el orujo. Pues ahí tiene Pónos lo esencial. Que imite eso mismo en grande y ya verás lo que es bueno.

—¡Pónos! ¡Pónos!—exclamó en el acto nuestro labrador.—Enséñame á fabricar con las uvas esa bebida que me dice Licnia.

—No me será difícil complacerte si te empeñas—contestó Pónos.—Te debo obedecer y te obedeceré; mas hubiera deseado verte cuerdo y previsor antes

de proporcionarte una satisfaccion útil y á la vez dañina cual todas las de esta tierra, en donde todo consiste en el ménos y el más. Lo que me pides es el vino, y néctar á la verdad seria el vino si con sus buenas cualidades no anduviesen confundidas otras malísimas y peligrosas. De esos racimos de amaranto, de esos granitos como el oro, harás brotar un licor transparente, dulce y oloroso que atacará á la vez tus tres sentidos principales. Halagará al olfato más que todos los perfumes; sabrá fascinar tu vista con sus cambiantes de topacio ó de rubí, y si llegas á probarle (y no habrá fuerza para evitarlo cuando le huelas y contemples), se apoderará de tu paladar como el gerifalte de su presa. Traidor y fementido el vino, primero se congracia á fuerza de virtudes y de singulares prendas: entona al lácio, reanima al lánguido, anima al tímido, fortalece al flojo, dá entusiasmo al zonzo, amor al indiferente, ingénio y chiste al mentecato, valor al cobarde y al enfermo la salud; pero tan luego como se le han abierto las puertas de la confianza; tan luego como ha tomado posesion del cuerpo, procura ensañarse cual tirano y entonces abusando de la influencia adquirida merma el amor y el entusiasmo para evocar en su lugar torpezas y feos apetitos; apaga la poca inteligencia de sus víctimas; afloja su energía hasta que ni sostenerse pueden; mina su salud y la destruye, y en fin, y en puridad, lejos de fomentar la virtud, como taimado en un principio simulaba, quita hasta la figura humana y convierte al sér consciente y racional en bruto repugnante, estúpido y feroz. Escanciado por la razon en la copa del comedimiento, es á no dudar un bálsamo inapreciable, porque borra sombras y recuerdos para evo-

car esperanzas y fulgores; pero cuando de él se apodera la licenciosa gula, le derrama impetuosa y á torrentes hasta convertir lo más galano de la tierra en inmundo lodazal. En una palabra: como todas las satisfacciones de esas tus necesidades infinitas que surgen unas de otras como por ensalmo, es necesario usar de ésta con prudencia, pues si hay peligro en satisfacer en más ó en ménos cualquiera necesidad, en la que el vino satisface, es indispensable pulso y medida como en ninguna otra.

—Eso—le interrumpió Ántropos—está tan bien parlado como todo lo que tú dices, porque tienes un piquito de oro; ni el mismo ruiseñor te iguala; pero proporcióname sin más tardanza ese que tú llamas bálsamo y amigo y joya, y ya sabré yo salirle al paso cuando pretenda transformarse en enemigo ó en ponzoña. Ea, pues: venga cuanto antes ese portento tan oloroso y tan vistoso y tan sabroso. La boca se me hace agua, y no he de dejarte en paz hasta verle, y olerle y paladearle.

Gina unió sus ruegos á los mandatos de su esposo, y ante la firme resolucion del hombre, Pónos, hubo de ceder.

Sin perder tiempo se vendimiaron las cepas y se reunieron varios canastos de las uvas más maduras, echáronse en un cajon, se cubrieron con una lancha de pizarra y encima se colocó un peñasco enorme, en donde sin duda dormia Báros, á juzgar por su pesadumbre. Al cabo de poco tiempo el cajon estaba lleno de zumo. Se extrajo el caldo despaciosa y trabajosamente, y se encerró en unas grandes vasijas muy semejantes á tinajas. La intencion era conservarle, pero en vez de lograrlo fermentó, y solo despues de cocer y de agitarse se vió que se clarifica-

ba. Entonces pensaron en trasegarle los noveles cosecheros y así se hizo:

No satisficieron, sin embargo, aquellas operaciones la pulcritud de las mujeres. Aun empleando la palanca para poner y quitar piedras pesadísimas, la uva se prensaba mal y la faena no era limpia. Tras mucho ensayo, y no poco discurrir, se convino en que para sacar todo el zumo de la uva lo mejor era pisarla. Pisáronse, pues, los racimos desde entonces en balsas cerradas y enlosadas con determinada inclinacion hácia un costado, y una canal con su espita sirvió para rellenar los cántaros.

En su lugar y á su tiempo, indicaremos, si conviene, las mejoras introducidas por la experiencia y el ingénio en la faena de prensar. Hasta separar la raspa, oprimir los granos limpios y aprovechar el orujo, las invenciones fueron muchas, interesantes y curiosas.

Siguiendo ahora nuestro cuento, diremos que Seuda, como era natural, cuidó de tener al corriente á Dinamion de cuanto iba adelantando. Avisóle la hechura de las armas, dióle cuenta de la fabricacion del vino y hasta para contentarle y contenerle le envió sendos racimos de regalo, y por fin, un cántaro del nuevo nectar.

Cuando Dinamion cató las uvas no pudo ménos de exclamar:

—Decid á mi consejera, que si antes sentia ganas de apoderarme del hombre, hoy siento rábia y codicia por ser dueño de sus cepas. ¡Qué diferencia entre estos granos deliciosos y la castaña ó la bellota de nuestras sierras agrestes! No espero más. Tengo casco, tengo espada y quiero hartarme de racimos.

Cuando llegaron los criados con el cántaro de vino

el gigante se sentia cansado y desfallecido á fuerza de matar tigres, serpientes y leones. Tomó un buen trago y se encontró tan animoso, tan otro, que anunció á su consejera su firme resolucion de caer sobre los labradores al dia siguiente y al anochecer.

Seuda comprendió que habia llegado la ocasion: su señor estaba armado y corajudo; faltaba desarmar á Pónos.

En vista del número y de la importancia de los despojos sembrados durante aquella última noche en bosques, viñas y praderas todo á la redonda, la bruja se propuso aprovechar el entusiasmo y la alegría de los labradores é hizo que sus duendes les insinuasen la conveniencia de celebrar con un holgorio tanto triunfo y tanta víctima.

Ántropos acogió la insinuacion con avidez y reunió en torno suyo á su familia y esclavos.

—Quiero—les dijo—celebrar los triunfos del héroe, del semi-dios, y para celebrarlos nos vamos á hartar de vino. Aquí le teneis en punto: llenemos el primer cántaro.

Toda la familia se agolpó en rededor de la vasija puesta en el suelo y en medio de la cabaña.

—¡Qué bien huele!—exclamaron los amos y los criados acercando uno tras otro las narices al jarro y á la espumilla.

Ántropos cogió la vasija con sumo pulso y se la acercó á la boca. Tomó un sorbito, chasqueó los lábios y se relamió poniendo en blanco los ojos.

—Á mí—gritó Gina.

—Á mí—gritó Ándros.

—Á mí—gritó Télia.

—Á mí—gritaban los esclavos.

—Despacito—dijo el padre.—Vaya una prisa que

teneis. Apenas si humedecí la lengua. Dejadme tomar siquiera un par de sorbos.

Con esto tornó á beber, no sin que Licnia invisible, se pusiera de puntillas debajo del cantarillo y le empujara hácia arriba suavemente.

Bebió en seguida la mujer, luego los hijos, por último los demás y el duendecillo gloton se entretuvo en hacer como antes.

Á poco rato toda la familia se encontraba poseida del más regocijado contentamiento. Todos parecian tener doble chiste, doble viveza, doble ingénio. Bailaban, cantaban y reian con singular algazara. Fanta que oyó la bulla por acaso, penetró en la choza, agitó sus alas de tornasol y plegándolas silenciosamente se posó sobre los hombros de Ántropos. Hablóle desde allí con vocecita suave, y gracias á sus inspiraciones el labrador arengó á los suyos en estos ó parecidos términos:

—¡Viva el héroe, el semi-dios que nos mata los leones! Ahora comienzo á comprender, y casi casi á envidiar, los encantos de su gloria. ¿Qué valen mis cosechas y ganados? ¿Qué vale todo lo demás en comparacion de su heroismo? ¡La gloria! ¡la gloria! ese debe ser el bien supremo de los dioses. ¡Y Pónos me aconsejaba que no forjase armas para él! ¡Y amenazándome con Dinamion pretendia amedrentarme! ¡Viva Dinamion! ¡Viva la gloria!

Pasó otra vez el cantarillo á la redonda y menudearon los discursos de unos y otros, cuyo tema principal fué el entusiasmo más frenético en favor del héroe desconocido.

Empero poco á poco el vino fué trocando la viveza en pesadez, la alegría en desvergüenza, el ingénio en procaz atrevimiento y variando la escena en-

tretenida del principio en torpe y licenciosa orgía. Fanta, cuyos instintos eran por todo extremo pulcros, batió las alas y se alejó del repugnante espectáculo.

Fué cediendo poco á poco el regocijo, se quedaron silenciosos y el beleño de la embriaguez apagó los últimos resplandores de su razon.

Tendiéronse por el suelo en estúpido letargo, y entonces Pónos—el cual habia aparecido cuando el hombre le nombrara — contempló el cuadro con tristeza y de sus lábios salieron las siguientes sentidísimas razones.

—¡Qué es ésto? ¡Qué significa? ¿Á dónde se fueron mis desvelos y la tierna solicitud de todas mis ambiciones? ¿De qué me ha servido ¡oh Ántropos! ir formando poco á poco tu inteligencia y tu espíritu? Unas gotas de ese licor borran tus sublimes facultades y te reducen en breve espacio á la condicion de bestia. Ya al toque de mi vara mágica te encuentro inerte é insensible; ya no se reflejan en tu dormido cerebro las formas perennales y sublimes con cuyas múltiples combinaciones se tejia tu razon. La obra se compromete, mi mision está en peligro, crei comprenderlo todo y vacilo, tiemblo y dudo. ¿En que consiste, pues, la inteligencia? Muerta la sensibilidad, la veo muerta tambien: ¿en qué consiste? ¿en qué consiste?

Entre tanto la modorra causada por el vino se iba disipando, y el cerebro de los beodos tornaba á revivir poco á poco á la sensibilidad.

Su primera sensacion fué una sed abrasadora.

—¡Agua!—gritaron los muchachos.

—¡Agua!—gritó la mujer.

—¿Quién bebe agua habiendo vino?—dijo el hom-

bre entre gruñendo y mascullando.—Venga el jarro y volvamos á empezar.

Y poniéndose trabajosamente en pié se dirigió tambaleando á llenar el jarro en la tinaja.

—Quiero (iba diciendo parándose á cada paso y procurando guardar el equilibrio) quiero que todo sea fiesta y noramala el trabajo.—Esto es vivir y no la vida arrastrada de hasta aquí.—Una higa por Pónos y su vara mágica.—Que venga Tongo.—¡Ea! Gina, despierta á Pir.—Ándros, Télia—dos recentales para el cocinero.—Á comer para beber.—Á todos se nos dá un ardite por los sermones de Pónos.—¡Ah bribon!—¡Cómo te voy á poner!

—¡Infelices!—exclamó el génio.—Ya nada puede salvaros. Estás borracho, tú mujer ébria, tu hijo beodo y Dinamion sabedor de cuanto pasa, fuerte con las armas que tú mismo le proporcionaste, aprovecha vuestra desobediencia y sobre vosotros viene para esclavizaros. ¡Quién habia de decir que así preferiríais los consejos de Egos, los vicios de Licnia, las amenazas de Fobo, los halagos de Alazona á mi cariño y mi enseñanza!

—¡Silencio!—gritó el borracho alzando la siniestra mano y extendiendo con flojedad el brazo en ademan ridículo de autoridad.—Silencio y no insultes á mis mejores amigos, porque te prevengo.....

Y al querer erguirse majestuosamente se descompuso, tambaleó y dió con toda su majestad al traste.

—¡Basta! ¡basta!—continuó.—No más pláticas.—No más sermones.—Venga esa vara para sostenerme.—¡Venga!—Ahora..... lárgate de aquí.—Hasta más ver.—¡Si te echo la vista encima!.... por quien soy que he de hacer un descomunal desaguisado.—¡Oxte! marrullero.—¡Fuera!

Tornó Ántropos á significar su voluntad con gesto cómicamente majestuoso, y despues de la desaparicion del génio se puso en medio de la choza bamboleándose y con el jarro en una mano y la vara mágica en la otra, fué diciendo entre hipo é hipo el siguiente celebérrimo soliloquio.

—Con que—¿borracho yo, eh?—Borracho él.—El muy sándio—el mentecato.—Por todo el mundo se me dá una higa.—¿Con que vendrá Dinamion, eh?—Que venga.—¡Quién dijo miedo!—Valiente borrachon será Dinamion.—¡Viva el vino!—¡Muera Pónos!—En esta isla encantada—me decia—hay que sudar y trabajar—por ese medio—llegarás andando el tiempo á un paraiso.—Pues ya estoy en él.—Ni siento ni padezco.—Ya tengo quien me defienda y quien defienda mis rebaños.—¡Qué más!—Comamos hoy y no pensemos en mañana.—Esta es la vida, la gran vida: una contínua borrachera.—¿Emborracharme con el trabajo....? ¿Con el entusiasmo....? ¿Con la fé....?—¿Qué más dá?—¡Viva el vino!—¡Viva Dinamion!—Sopla Gina—sopla Télia.—Vamos á asar un carnero—quiero ver á Pir gigante.

Y Ántropos, al acompañar sus voces con el gesto perdió de todo á todo el equilibrio y fué á dar con el jarro sobre los cántaros de agua, rompiéndolos y cayéndose debajo. Al sentir el baño frio, el valenton comenzó á gritar y Fobo, siempre diligente, le caló sobre las narices un par de sus antiparras. Entonces chilló á más y mejor con voz entrecortada y temblorosa, y agitó las piernas y los brazos presa del más risible espanto.

La mujer, Ándros y la chica soltaron la carcajada, y apuntando al valiente tiranillo con el dedo, no dejaban un punto de reir.

El vino habia consumado su obra. La familia estaba á punto de desmoronarse.

Entre tanto, la noche habia cerrado, y el interior de la cabaña iluminado al principio por el vacilante é intermitente resplandor de los tizones, se inundó de luz repentinamente. La risa se heló á los tres en la garganta; levantaron los ojos con sorpresa: un resplandor lúgubre, siniestro cubrió al exterior la aldea. La choza ardia por todas partes.

En los primeros momentos nuestros beodos parecian estátuas del espanto, mas por fortuna el incendio estalló cuando la embriaguez de Gina y de sus hijos comenzaba á disiparse y el inesperado baño de Ántropos le habia devuelto su razon.

—Salvemos cuanto podamos. ¡Pónos! ¡Pónos!— gritaron todos por fin.

Y con presurosa diligencia recogieron algunos utensilios sin olvidar la flauta en que yacia Tongo, la madera en donde estaba Pir y la piedra en que dormia Báros.

Pónos aprovechó la confusion y recogió su vara mágica.

La choza amenazaba sepultarles bajo una capa de fuego. Salieron apresuradamente.

Cuando estuvieron al aire libre, las cabañas, graneros, establos, cijas, todo ardia en derredor y tantas riquezas en largos años ganadas á fuerza de sacrificios, de sudor, de sangre, iban á quedar reducidas á pavesas antes que el próximo sol saliera para alumbrar su desventura.

El incendio se extendia con pasmosa rapidez á los pocos puntos por donde todavía era posible salvarse, y las ovejas balaban lastimosamente, y los bueyes y las vacas se atropellaban y mugian, y los potros

rompian los ronzales y salian desbocados por las huertas, y las aves vocingleras se esforzaban por remontar el vuelo y al atravesar las llamas se abrasaban. Todo era ruido, confusion y horrores. Los desgraciados tendieron la vista para ver por dónde huir. Una sola salida quedaba en aquel peligro y hácia ella se dirigieron; mas cuando se creian, aunque arruinados, á salvo, cuando saboreaban la esperanza de conservar la dulce vida, contemplaron delante de ellos iluminada por los rojizos y crecientes resplandores del incendio, la colosal figura del gigante Dinamion clavando en ellos dos ojos mil veces más encendidos. Blandia con la diestra la ancha espada, llevaba sobre la cabeza el casco: no habia modo de resistirle.

Ante el peligro de los suyos, Ántropos se adelantó con dignidad, y le dijo á Dinamion:

—Señor yo admiro tu valor y tu heroismo; yo rindo culto á tu fuérza. Si nuestra resistencia te ofendió, yo sólo soy el culpable. Aquí tienes mi vida; tómala, pero apiádate de los inocentes cuyo único crímen fué el de obedecerme por cariño.

—Otra maravilla—murmuró el buen génio.--¿Qué singular maridaje de bajeza y de nobleza forma la esencia del hombre? Antes un bruto, ahora un héroe!

Las manos del gigante bajaron pausadas al parecer aunque tan veloces en realidad que detrás de ellas zumbaba un remolino, y cuando las hubo apoyado en tierra para encerrar entre ellas á sus víctimas, dijo con voz atronadora:

—Ya sois mios. Entregaos sin rechistar. Si se me antoja os aplasto.

—Haz con nosotros á tu buen sabor— exclamó Gina—pero concédenos la vida.

—Eso haré yo de buen talante por la cuenta que me tiene—contestó Dinamion.—¿Jurais obedecerme? Si jurais os daré *seguridad.*

—Sí, juramos—gritaron los infelices temblando de terror.

—Sea enhorabuena—replicó el coloso.

Y cogiéndoles, con sumo cuidado, los colocó entre su cuerpo y su brazo izquierdo dentro de un pliegue de la piel de tigre, como el rapaz coloca en la montera los pájaros en cañones robados sin compasion al antes dulce y ya frio y abandonado nido.

Poniéndose á seguida en pié mandó á sus huestes que salvaran cuanto pudiesen del incendio, para llevarlo á su guarida.

Luego tomó el camino de sus áridas montañas arrogante y silencioso.

—¡Qué caida!—exclamó Gina deshecha en llanto tardío.

—¡Oh!—decia Ántropos.—¡Con cuánta verdad, con cuán previsor cariño nos aconsejaba Pónos!

—¿Qué murmurais por lo bajo?—preguntó Dinamion con voz airada.—Si aprieto os hago jigote.

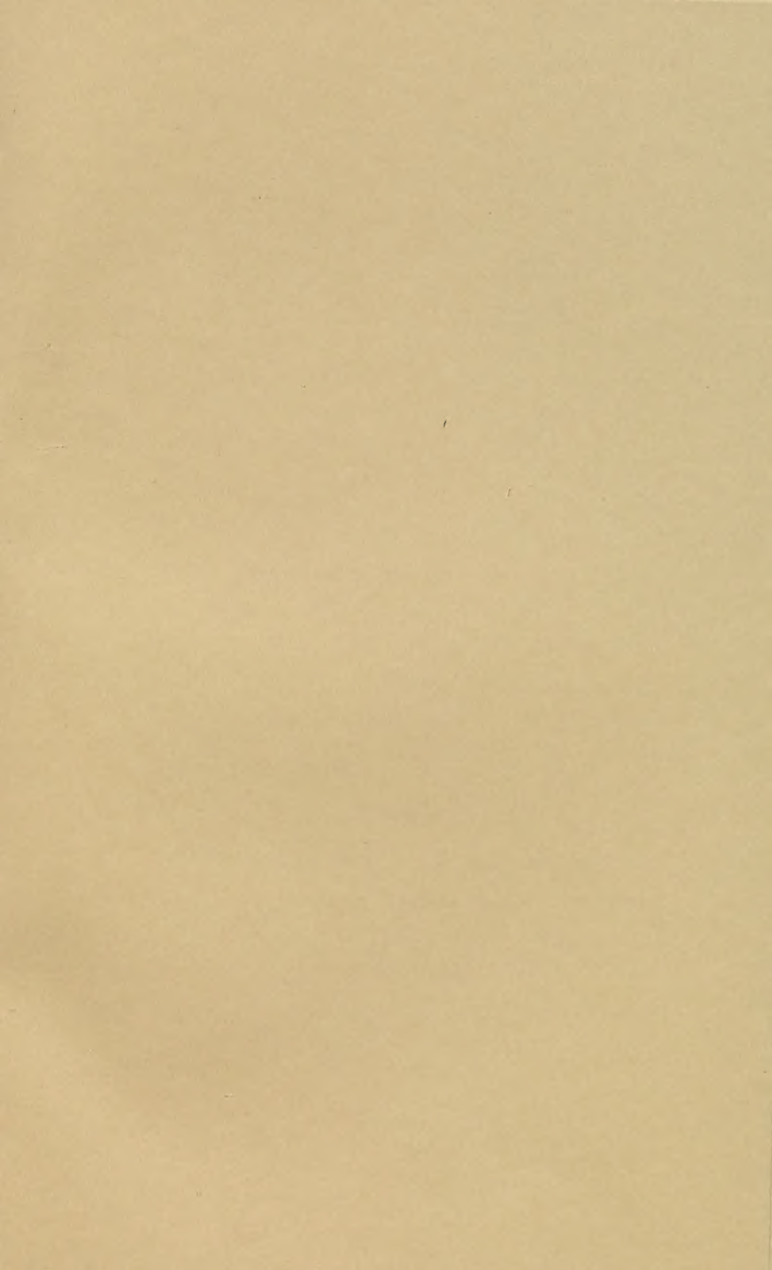
Los cuatro se acurrucaron medrosos en el pliegue de la piel de tigre.

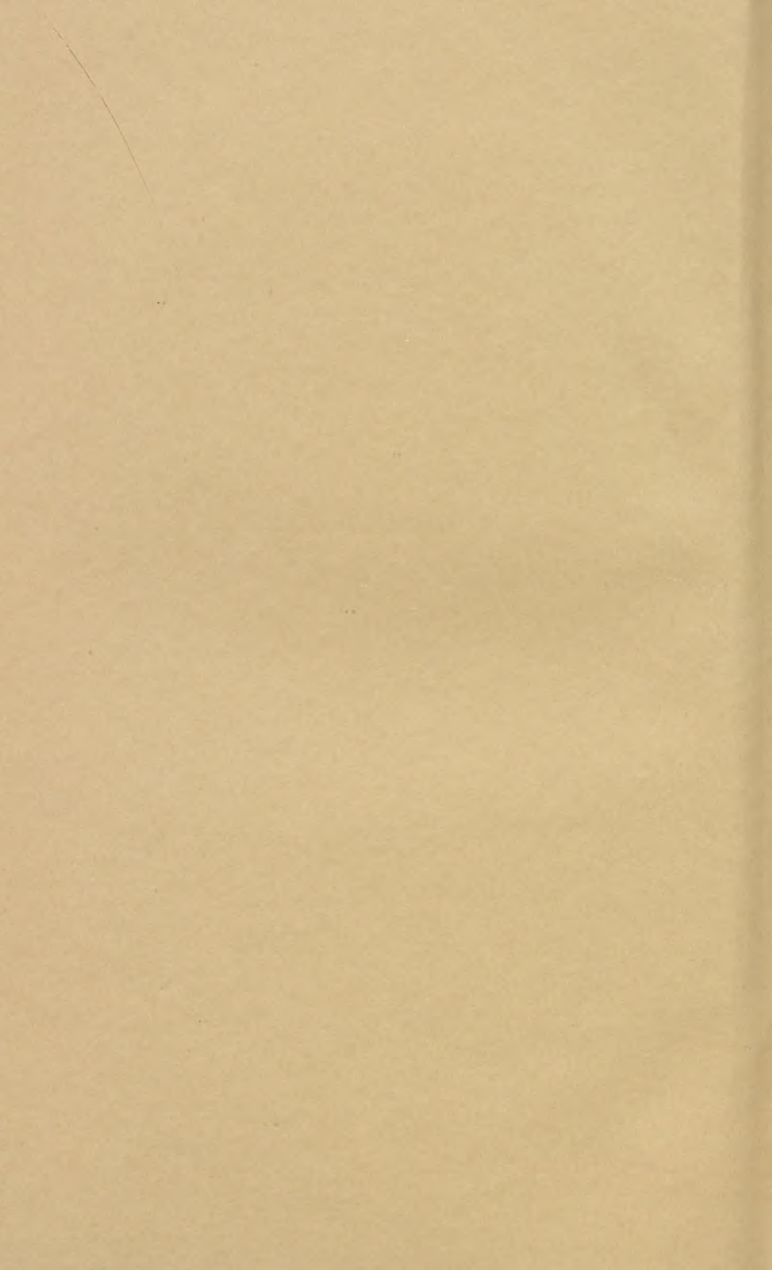
En esto llegaron á la caverna.

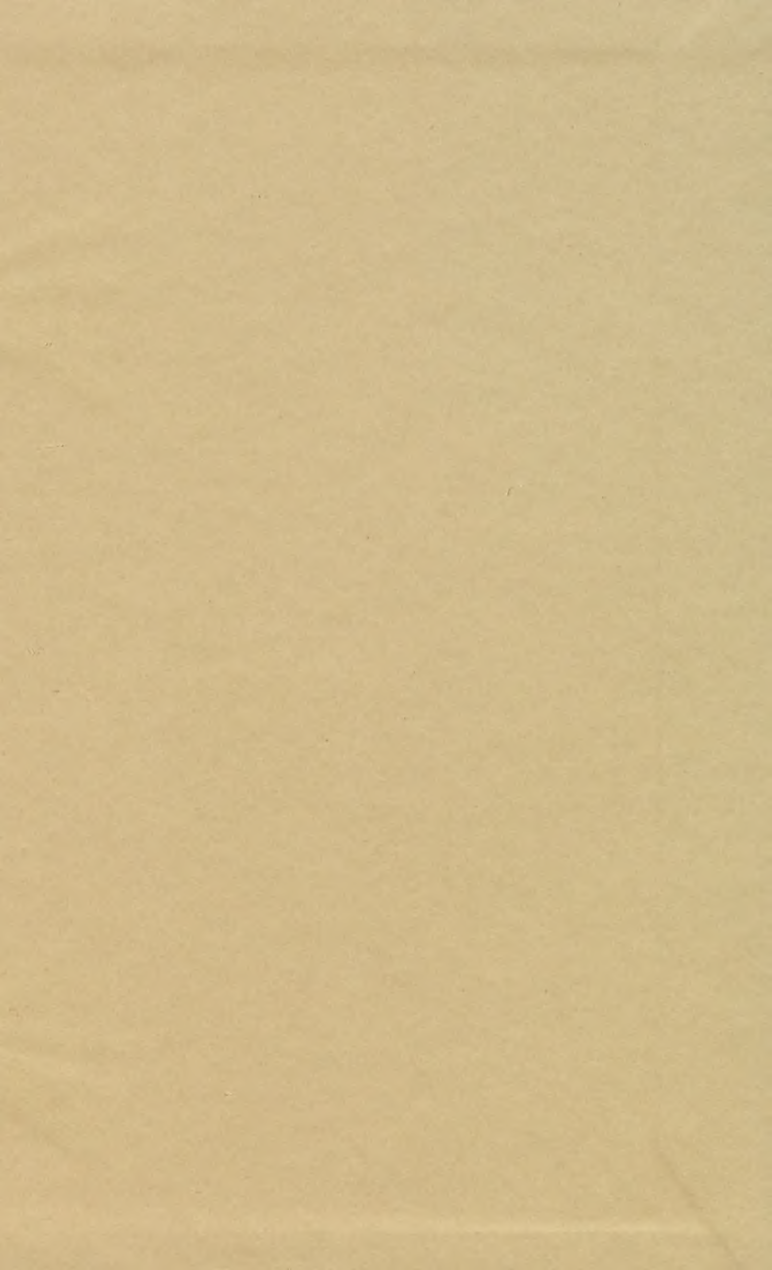


OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Conato de clasificacion de los conocimientos humanos en el siglo IX.
Filosofía del Sentido comun.
La Leyenda del Trabajo.
La Cartilla del Trabajo.
La Imaginacion.
Las Huelgas, sus causas y sus remedios.
Le Travail humain.
El trabajo en España.







[illegible]

PONOS
ó
LA COMEDIA HUMANA

Vol. I

1883